

EUDEBA

P. H. Randle

GEOGRAFIA HISTORICA Y PLANEAMIENTO

GEOGRAFIA HISTORICA Y PLANEAMIENTO

P. H. Randle

La geografía histórica, conforme a su concepción actual, no es una ciencia auxiliar de la hstoria ni, menos aún, la historia de la geografía. Tampoco consiste exactamente en una ecología humana retrospectiva. Su objeto es investigar el complejo geográfico —la relación hombre-Tierra de un área determinada— analizado a través de fases sucesivas en el tiempo.

Randle expone los fundamentos de esta disciplina y refiere al caso de la Argentina las experiencias que resultan de las más significativas investigaciones realizadas hasta la fecha, considerando su adecuación metodológica. "La investigación histórico - geográfica aplicada a áreas de planeamiento —dice— permite conocer la condición actual, no solo tal cual es, sino a través de las alternativas que la han hecho posible, ayuda a determinar tendencias del desarrollo espontáneo y a evaluarlas para que no sean contrariadas innecesariamente. Sobre esas posibilidades naturales —agrega— puede articularse un planeamiento más realista y efectivo, de modo tal que no haya oposición entre tradición y desarrollo, sino una más fecunda colaboración."

Geografía histórica y planeamiento está dirigido especialmente a estudiantes y profesionales de geografía y planeamiento urbano, regional y sectorial. No obstante, por la importancia del tema interesará al historiador, al economista, al sociólogo y a todo lector alerta de la urgente necesidad de acortar distancias entre disciplinas afines.

P. H. Randle, profesor de la Fa-

GEOGRAFÍA HISTÓRICA Y PLANEAMIENTO

TEMAS DE EUDEBA/GEOGRAFIA

P. H. Randle

Geografía histórica y planeamiento

EUDEBA EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

Esta obra ha sido revisada por el autor

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES — Viamonte 640
Fundada por la Universidad de Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINA

ÍNDICE

La geografía histórica es la ciencia de lugares y de épocas, de regiones y de períodos, y aun de la Tierra y la historia universal, en la que esta duplicidad de la realidad une la dinámica geográfica con la histórica. Su relación con el planeamiento es obvia, aunque más no fuera como el antecedente imprescindible para tareas de previsión en materia de ordenamiento racional a lo largo del tiempo.

Si fuese preciso echar mano de una justificación extrema, que argumente la misión de este trabajo en nuestro medio, podría invocarse, sin temor a errar, la prácticamente nula existencia de libros sobre el tema, escritos -y aun traducidos-, en lengua castellana. De tal manera sabrá el lector disimular los defectos que hallare en éste, apaciguando su espíritu crítico con las ventajas que derivan del estar escrito en su propio idioma.

Pero a una circunstancia meramente lingüística no puede faltar otra explicación que concierna al fondo del asunto. Nuestros países de habla hispana -particularmente los que integran el continente americano-, han sido, hasta ahora, lerdos, si no remisos, en volcar su atención sobre los problemas de la geografía histórica. No se trata ya de los alcances de esta ciencia en el orden de la cultura europea -que en cierta forma nos es propia-, sino de la versión doméstica que este enfoque tiene en cada uno de los países, y de las regiones del así llamado Nuevo Continente. Entre nosotros, un pleito todavía no resuelto entre el saber cultural y el saber natural parece haber gravitado de forma tal que mientras el primero ha sido concebido como una erudición irreal y el último como un cientificismo compartimentado, la integración de ambos, lejos de afirmarse, tiende a hacerse más problemática.

Con la excepción de los primeros cronistas hispánicos y de los llamados viajeros científicos -todos ellos extranjeros-, es prácticamente imposible hallar la más breve rendición de cuentas que acredite vívidamente la relación entre la naturaleza y la acción humana. Ha sido preciso aguardar tiempos muy recientes para que la preocupación por prever el porvenir y ordenar más racionalmente el desarrollo de las actividades espaciales, renovara aquella espontánea preocupación, cobrando un nivel más sistemático, acorde con las demás expresiones del conocimiento científico contemporáneo.

Ha sido, en efecto, la necesidad de planificación, la que no ha podido evadir la urgencia de concebir la realidad como una totalidad abarcadora de los hechos físicos y humanos en un solo complejo, y en esta forma exigir la confección de los más completos relevamientos en los que se acuse tal estado de cosas. De tal manera, la relación entre geografía histórica y planeamiento físico tiene, por de pronto, una razón de ser, en el propio origen de este último. Veremos, además, que el aporte del análisis histórico-geográfico no es solo un punto de partida; es una guía constante para quienes tienen en sus manos el atributo de modificar el orden espacial de la sociedad y sus consecuencias físicas.

Pero, más aún, debe declararse que uno de los motivos concretos de este trabajo, es el de afianzar la conciencia temporal -o histórica-, en los expertos en planeamiento, sirviendo de paso como cordial consejo para aquellos geógrafos que carecen de todo sentido de futuro, advirtiéndolos de la imperdonable omisión en que caen al quitar dinamismo a su quehacer específico. En una palabra: planificadores con más sentido del pasado y geógrafos con mayor conciencia del

t i e m p o , parece ser una síntesis perfecta de lo que hoy día se hace preciso, tanto para conocer mejor la realidad espacial como para proponerles las normas de regulación y desarrollo más adecuadas.

De paso (no puede callarse), esta tarea contiene un llamado de atención a nuestros historiadores que absorbidos por una temática demasiado particular -o, por el contrario, demasiado vaga y difusa-, han perdido el sentido realista que necesitamos de esta disciplina. Cierta cientifización de la historia, o sistematización espacial del dato histórico es, incluso, algo saludable para la historia misma, especialmente en los tiempos que corren.

Esquematizados los motivos centrales de nuestra inquietud, corresponde asimismo delinear algunas de las normas a que nos atendremos para llenar nuestro cometido. Como medida previa de disciplina mental, nos confinaremos inicialmente al campo de la ciencia geográfica, al cual la geografía histórica naturalmente pertenece. Se trata, pues, como decimos, de un criterio metódico, una definición básica de jurisdicciones sin la cual se puede correr el riesgo de confundirlo todo; ello no implica, sin embargo, que las consecuencias de lo tratado rebasen los límites de dicha ciencia.

Además, es oportuno advertir nuestra reticencia frente a la generalización, sea histórica, estadística o cartográfica, cuando no es el resultado de investigaciones sistemáticas como las que proponemos.

En modo particular hay que señalar que abogamos por el uso de las metodologías de análisis espacial, practicadas contemporáneamente por los expertos en planeamiento, y esto, trasponiéndolas imaginariamente a situaciones geográficas pretéritas, con el objeto de alcanzar la visión más precisa de aquellas fases superadas.

A la vez, estamos convencidos de que, para que estos estudios signifiquen un aporte de valor aplicativo concreto, no es posible quedarse en la etapa descriptiva -bien que ella debe ser exhaustivamente agotada-, sino que es menester proponer elaboradas síntesis que, en cierto modo siendo una nueva descripción, ilustren no solo los hechos, ni siquiera las razones, sino las s i g n i f i c a c i o n e s del cambio histórico-geográfico.

Indiscutiblemente, así como toda geografía debe tener base regional, en geografía histórica todo otro parámetro desespacializa, sea por exceso, tratándose de estudios de orden mundial -puramente estadísticos, casi abstractos-, sea por defecto al restringirse a la minucia cuando abarca áreas parcializadas y despegadas de su mínimo vital. Por otra parte, si la regionalización indica una magnitud exacta, la ocupación del territorio por el hombre determina en el paisaje una doble modalidad que debe ser percibida diferenciadamente; se trata de lo u r b a n o y lo r u r a l que, en cierto modo, han precisado con mayor rigor sus caracteres también como un resultado de las investigaciones previas que impone el planeamiento físico.

En este trabajo no hemos podido proceder a una sistemática distinción de ambos aspectos de la realidad regional, habiéndola pospuesto para estudios posteriores, bien que en la práctica -no se nos oculta-, es imprescindible proceder a tal diferenciación. Por lo demás, el valor de la historia de las ciudades parece estar más presente en la mente de los urbanistas que la geografía histórica de las regiones, y a esta omisión responden con más énfasis nuestras consideraciones.

Pierre George ha distinguido tres tipos de regiones: la n a t u r a l , la h i s t ó r i c a y la v i v a . Si entendemos por región h i s t ó r i c a la que cristaliza un momento decisivo y fundamental en toda una evolución, dejando rastros imborrables -superpuestos al cuadro n a t u r a l -, la región v i v a (activa, funcional), ha de ser concebida como la síntesis real de las dos primeras; la suma integrada de todos los factores que han concurrido en el desarrollo, o sea, también, la última fase de la

evolución histórico-geográfica. Para planeamiento es, sin duda alguna, esta región viva la que cuenta. Toda región de planeamiento -podría definirse-, es el resultado de los factores del cambio histórico-geográfico llevados -a través del tiempo-, desde el pasado a un presente vital y vigente que es de por sí anticipo de un concreto futuro.

De la geografía histórica, entendida como la reconstrucción de geografías pretéritas, a la representación de dichas etapas como una secuencia completa, median un esfuerzo y una afinación de objetivos que consideramos indispensable emprender. Solo así la geografía histórica adquiere un propósito, una utilidad, una aplicación fundamental por encima de todas las demás, que supera los fríos límites de la concepción académica. Y justamente, por entender que dichas secuencias revelan que no se trata nunca de una evolución al azar, sino conforme a un fin -análoga a la de los organismos (en este caso, el cuerpo vivo son las aglomeraciones humanas)-, abogamos vehementemente a favor de este enfoque y lo destacamos como un aporte válido -e irrenunciable-, a las tareas de la planificación.

Hallar el sentido de los procesos, detectar las tendencias naturales, medir las frecuencias y el ritmo, en una palabra, profundizar el conocimiento de una realidad con la que el planeamiento ha de trabajar, parece ser un quehacer que no admite la menor desaprensión. Empero -los hechos lo demuestran a cada paso-, el olvido, la ligereza o el peligroso apego a esquemas teóricos destruyen una y otra vez la imagen de la realidad favoreciendo la utopía y cercando el auténtico espíritu de libertad del experto, que no debe nacer del capricho, sino de un sinceramiento profundo con los hechos.

La bondad de un plan no admite juicio más definitivo que el que dará el tiempo; más aún, su valor no puede ser íntegramente medido con el calibre de los principios y las leyes generales, sino que solo a la luz del caso particular de que trata. Por ello, toda pretensión principista -las teorías urbanísticas ideales han ido fracasando una a una-, se asemeja a esos cuerpos de legislación que conforman ideologismos rígidos, pero que no consultan los usos y tradiciones de los pueblos. Por tanto, penetrar, remontar las esencias de la realidad histórico-geográfica de un área de planeamiento, parece ser una salvaguarda contra los excesos de la imaginatividad sin control o de la adhesión arbitraria a fórmulas supuestamente infalibles.

Como la casi absoluta mayoría de los ejemplos aquí citados, a propósito de la práctica de la geografía histórica, corresponden a países extranjeros, no hemos podido permanecer sin echar una ojeada a nuestro propio caso. Por de pronto, como una respuesta al acertado adjetivo con que alguien ha calificado a todo nuestro continente -A m é r i c a , l a s i n m e m o r i a-, entendemos que es de especial urgencia destacar la necesidad de investigar el caso argentino. Por un lado, al no conocerlo sistemáticamente, se tiende a declararlo inexistente; por el otro, al insistirse repetidamente en un breve repertorio de hechos evidentes, no se hace sino simplificarlo erróneamente. Más aún, reconociendo que el bagaje de factores concurrentes no es por cierto muy rico -ni mucho menos, comparable con los que intervienen en países europeos-, esa misma carencia obliga a salvar del olvido y el equívoco los pocos elementos con que podemos contar. Tratándose de una nación en incipiente desarrollo -bien que siendo la evolucionada más homogéneamente dentro de toda América Latina -, pareciera imperdonable no atender a lo que existe (y cómo ello ha sido posible), pues aquí no es lógico, ni lícito, planificar como si se tratase de una hoja en blanco; haciendo experiencias peligrosas; aguardando que el azar se encargue de suministrarnos sus enseñanzas.

La Argentina tiene una estructura no solo definida en el momento presente, sino que para alcanzar ese grado de definición -bien que no fatal y definitivo-, ha cu-

bierto un largo proceso evolutivo, pleno de lecciones aprovechables, y ha puesto a prueba la solidez de sus lineamientos básicos, arrollando otros tenidos por fundamentales que el tiempo se ha encargado de anular. Concretamente, hay que redefinir a la luz de métodos objetivos nuestras propias regiones, las regiones vivas, que aparecen más claras en la superposición del cuadro natural y el histórico, complementado por las alternativas más recientemente registradas.

Arrojar luz sobre expertos en planeamiento no definitivamente ubicados sobre el mapa y la cronología correspondiente a nuestro país, se nos antoja un requisito principal, especialmente cuando el concepto de desarrollo desborda en una multitud de acepciones y no acierta a precisar rigurosamente su contenido. Indirectamente, llamar la atención de los funcionarios oficiales, que al requerir el concurso de los planificadores revelan una y otra vez su creciente impotencia, parece ser de un objetivo modesto pero difícil en el caso de administraciones, como la nuestra, en que la rutina, la mera voracidad fiscal, la falta de previsión, la inestabilidad y la restringida imaginación contribuyen cada día más a imponer, sobre la faz apenas perceptible del país real, la ficción complicada y hueca de un país puramente legal. Definir a ese hoy tan socorrido país real, aunque solo sea en términos espaciales, se nos ocurre una de las tareas más imperiosas que reclama la hora, sea tanto como objetivo científico, técnico o político en el más alto sentido de la palabra.

Buenos Aires, noviembre de 1962.

CAPÍTULO I

ENTRE LA GEOGRAFÍA Y LA HISTORIA

1. Precedentes del saber histórico-geográfico

Para fundar mejor la relevancia de la geografía histórica haremos algunas consideraciones sobre la esencia de la geografía y la de la historia separadamente. No obstante, para no inducir al lector a pensar que el saber histórico-geográfico es una consecuencia en el tiempo del desenvolvimiento de estas ciencias, nos referiremos previamente a los precedentes que tienen este enfoque.

La relación de los pueblos con el medio físico fue advertida de antiguo por los filósofos clásicos. Platón es fecundo en referencias al tema y, basado en la observación de la naturaleza -particularmente de la topografía-, unida a la experiencia histórica del hombre, compuso coherentemente una política, una verdadera ciencia del comportamiento colectivo, con agudos visos de realismo frente a la relación entre hechos naturales y sociales.

A veces, las guerras derriban los gobiernos e introducen cambios en su constitución; a veces, la miseria extremada produce los mismos efectos. A menudo, las enfermedades son también causa de innovaciones como cuando se producen pestes o se alteran las estaciones durante varios años, escribe Platón en Las leyes, (1) mostrándose alerta de la interrelación de los factores naturales y sociales a lo largo del tiempo. Más explícito aún, lo reconocemos cuando enfrenta los problemas de la colonización, donde confluyen las tradiciones históricas y se deciden los emplazamientos de nuevas comunidades. No es sino a través de un profundo conocimiento de la experiencia de los pueblos en relación al sitio que ocupan, como puede arribar a conclusiones como la de que cierto aislamiento es más propicio a la estabilidad social que una excesiva accesibilidad.

Heródoto, tenido por el padre de la historia clásica, une a la narración de los hechos la descripción de los lugares donde transcurren; por momentos, con lujo de detalle. Acaso su visión de la historia, por la naturaleza complicada de los acontecimientos, principalmente militares, que re-

lata, le exigiese la condición de fundarla sólidamente sobre las peculiaridades de las regiones que les servían de escenario. Al respecto, no es posible olvidar la pobreza del conocimiento vulgar de la Tierra y la estrechez mental en la imaginación de otros mundos, que predominaba en la época. Heródoto no suministra documentación empírica suficiente para formular esquemas continuos, ni cifras; solamente sugiere rasgos y puntos -se lamenta Reginald Walter Macam al hacer el comentario de los libros del antiguo cronista e intentar reconstruir un mapa de Scythia de acuerdo con la narración. Cabe preguntar, sin embargo, ¿pero es que acaso el historiador corriente suele aportar material más concreto? Cierto es, pues, que más adelante, Macam se ve compelido a reconocer que en las historias de Anakarsis y Skyles las notas geográficas son mucho más completas e incluyen imponentes pasajes geográficos, como los cc. 16-20 (la tierra) y cc. 45-57 (los ríos). (2)

Entretanto, por otras vías, sabios como Hipócrates establecen tentativamente la influencia del aire, del agua y de la situación topográfica sobre la naturaleza humana; aunque sin llegar a sugerir sus consecuencias sobre la conducta colectiva. Aristóteles, por su parte, no oculta que le concierne tener que resolver cuál ubicación es más apropiada para la instalación de una polis, si la montañosa o la marítima, y su discurso no pierde de vista la acción que, como factor de influencia directa, tiene el medio sobre la sociedad, bien que sin llevarlo a extremos deterministas y quedando dentro de los límites de una especulación experimental.

Partiendo concretamente de la geografía, Estrabón formula discretamente su presunción de que el clima y la naturaleza de los lugares donde moran los pueblos tienen cierta influencia sobre ellos. Particularmente se sirve de una argumentación combinada de hechos naturales y peculiaridades que -según sus propias palabras- son resultado del hábito y de la educación, para explicar mejor los territorios que describe y las gentes que en ellos habitan. Así, Corinto habría debido su opulencia, al hecho de poseer dos puertos, como consecuencia de su situación ístmica, explicando al mismo tiempo la conveniencia de descargar la mercancía allí antes que correr los riesgos de una circunvalación del Peloponeso, especialmente una vez alcanzado el cabo Malea, famoso por sus vientos contrarios. Ello no obstante, no se le oculta la circunstancia de que dicha situación geográfica es en parte el origen de complejos problemas sociales, derivados del cosmopolitismo, de la población fluctuante y sin raíces y, finalmente, de la avidez de placeres, característica marcada ya en los marinos primitivos. Todos estos factores considerados en su totalidad, terminan por definir un lugar con base histórico-geográfica, a

pesar de que la historia -en estos casos-, fuera la reciente y, por tanto, careciera de la perspectiva que solo adquiriría en tiempos modernos, al mismo tiempo que la geografía estuviese limitada especialmente a la topografía y, cuando mucho, se permitiera incursiones por el campo de una incipiente climatología.

Conforme a estos principios, también Estrabón intentó explicar el ascenso del Imperio Romano en virtud de las condiciones de su medio geográfico. Por sobre todas las cosas no hay que perder de vista la ancha concepción de este prócer de la geografía, que después de tantos siglos vuelve a ser una lección para los incursos en el abuso de los especialismos. El equívoco predominio de la fisiografía decimonónica aparece como ridícula a la luz del profundo sentido que Estrabón imprime a la ciencia geográfica, cuando como en el capítulo I de su *Primer libro de geografía* escribe: *Además de su enorme importancia con relación a la vida social y el arte de gobernar, la geografía nos descubre el fenómeno celestial, nos familiariza con los ocupantes de la tierra y del océano, y la vegetación, los frutos y peculiaridades de los varios cuadrantes de la Tierra; un conocimiento que deja, a quien lo cultiva, la marca de un hombre alerta en el gran problema de la vida y la felicidad.* (3)

Al considerar el pensamiento histórico y geográfico de la Antigüedad clásica es menester insistir en el hecho saludable de que la indigencia casi completa, en punto a referencias, obligaba al historiador tanto como al geógrafo a completar su relato con descripciones, o sus descripciones con relatos, según fuera el caso de uno u otro. Y decimos que esta circunstancia es saludable por cuanto el resultado provee un saber donde geografía e historia se prestan asistencia mutua, en lugar de quedar rígidamente confinados en sus límites. En la obra de los cronistas, el conocimiento integrado de lo geográfico y lo histórico aparece todavía más espontáneamente coordinado. Especialmente en Pausanias, que viajó a Grecia durante el tiempo de los Antoninos, alrededor del año 169 y cuya *Descripción de Grecia*, según uno de sus traductores, *por su tema variado ha sido felizmente comparada con una historia condal (o local)*. Léase en este párrafo el fundamento de tal analogía: *En tiempos antiguos, el Pireo era un poblado, pero no fue puerto hasta que Temístocles encabezó a los atenienses; mientras tanto su puerto era Palero -pues aquí el mar se halla lo más próximo a Atenas- y dicen que fue de allí de donde Menestheus partió con las naves de Troya...* (4) y continúa explicando lo que hizo Temístocles, qué

razones tuvo para convertirlo en su puerto y de qué manera lo transformó. Si se examina con detención el breve texto citado, puede convenirse que contiene juicios de naturaleza tanto histórica -en tiempos anti - guos- como geográficos -el mar se halla lo más próximo a Atenas-, con alusiones a aspectos socio-económicos, militares y hasta legendarios: y dicen que fue de allí de donde Menestheus partió con las naves de Troya, todo esto en el comprimido espacio de un solo párrafo.

La visión integral del pensamiento clásico va a reeditarse -si bien con menos simplicidad- durante el Renacimiento. Va sin decirlo que en el Medievo, por la peculiar modalidad que el individuo asume como perteneciente a una especie social, no se problematiza una explícita interacción de éste con el medio. Acaso esta profunda actitud intuitiva, típica de la Edad Media, sea la clave de su complacencia ante una realidad física que percibe implícitamente, pero que no indaga. Acaso este conformismo alcanzado mediante una maduración sin precedentes de los usos, debilita la capacidad de preguntarse por semejantes temas. O quizá, la estabilidad social, favorable para la especulación pura, agotara por esta vía la preocupación por teorías de orden meramente temporal.

Como quiera que fuese, es preciso esperar hasta el Renacimiento para ver aparecer un Jean Bodin, en Francia, volviendo a desarrollar el tópico que, según Lucien Févbre, habría de ser lugar común para los sabios del siglo XIX, preocupados por superar esa clase de lenguaje ingenuo y elevarlo a la categoría de científico. (5) Asimismo, típica del Renacimiento el ansia de resolver las incipientes complicaciones del mundo de la economía, hizo volver muchos ojos hacia el campo de la geografía -ya jerarquizada por los descubrimientos- en busca de una línea coherente que interpretase los cambios. Recuérdese que el descubrimiento del oro en América Hispana fue un rudo golpe para el equilibrio monetario de toda Europa y la medición de esos recursos inquietaba seriamente a los hombres de gobierno. (6)

En Alemania, entre tanto, eruditos como Philippi Cluverius (1580-1622) abordan la geografía con un amplio sentido de las alteraciones introducidas en el paisaje, con motivo de la colonización de tierras nuevas y particularmente en relación a los territorios coloniales del Este europeo, tan fecundos en ejemplos de este tipo. Peter Heylyn, en Microcosmus o pequeña descripción del mundo grande (1621), enuncia un principio que va a ser muy citado en la actualidad, según el cual, historia sin geografía, como una carcaza muerta, no tiene ni vida ni movimiento en absoluto, y como dice H. C. Darby (7) al comentarlo sorprende más aún y es menos conocido el co-

mienzo del párrafo que dice: geografía sin historia tiene vida y movimiento, pero al azar y sin estabilidad. Esta formulación conceptual puede ser tenida como el primer atisbo de una ciencia histórico-geográfica, a pesar de no haber estado como tal en la mente de su autor.

Entre los muchos nombres que podríamos citar de geógrafos y cartógrafos de los siglos XVI y XVII conscientes del método histórico-geográfico, hay que citar por lo menos a uno: Abraham Ortelius o Wortels (1527-1598) quien, según algunos autores, debería considerarse el padre de la geografía histórica y cuya labor retrospectiva en la geografía del Imperio Romano inauguró una temática que sería luego clásica en este tipo de estudios.

El siglo XVIII renueva la inquietud del conocimiento combinado de lo geográfico y lo histórico, particularmente con vistas a poder fundamentar los ideales republicanos en hechos científicamente comprobados. A semejanza de Platón y Aristóteles, si bien con un rigor mucho más sistemático, Montesquieu formula todo un edificio dialéctico en cuya base opera un naturalismo a ultranza. Las leyes humanas y las de la naturaleza tienen que tener un fondo común, un mismo espíritu, y así, geografía e historia tienen que estar necesariamente ligadas en una estrecha relación de dependencia. Basta con enumerar el título de algunos de los libros que componen El espíritu de las leyes para formarse una rápida impresión de su opresiva temática: Libro XIV: Leyes en relación a la naturaleza del clima. Libro XV: De cómo las leyes de la esclavitud civil tienen relación con la naturaleza del clima. Libro XVI: De cómo las leyes de la esclavitud doméstica tienen relación con la naturaleza del clima. Libro XVIII: De cómo las leyes de la servidumbre política tienen relación con la naturaleza del clima. Capítulo VI: Nueva causa física de la servidumbre, de Asia y de la libertad de Europa. Libro XVIII: Leyes que tienen relación con la naturaleza del terreno. En este último libro, el capítulo X se titula: "Del número de hombres en relación con la manera de cómo se procuran la subsistencia" un claro anticipo de la rica noción de género de vida que va a ser tan cara a la geografía humana francesa. Frente a tan claras evidencias, es obvio que Montesquieu llevaba mucho más lejos las inquietudes del pensamiento platónico o aristotélico y las redondeaba en generalizaciones antropogeográficas y psicológicas, tales como al enunciar con categoría de ley que los estados absolutos y despóticos de Asia tienen origen en la naturaleza desmesurada de sus territorios, o bien que cierta

proporción de humedad en el suelo favorece las formas monárquicas de gobierno.

No es el caso de entrar a discutir aquí la obra de Montesquieu con más o menos detalle, aunque no debe dejar de notarse que la pretensión de sus teorías pecaba de obsesionante, así como la aplicación de las mismas carecía de los más mínimos recaudos científicos, confinándose siempre en la mera observación de fenómenos globales y sin siquiera poseer un criterio histórico con las amplias perspectivas que se iban a conquistar en estos últimos cien años.

Historiadores y filósofos alemanes, particularmente los iluministas, convencidos de estar sobre la pista que aclararía todas las preguntas posibles sobre el hombre, no cedieron a la tentación de especular acerca del fundamento científico de la humanidad como cuerpo social, del Estado moderno y de los ideales morales, entendiendo por ciencia la misma composición de fuerzas naturales y culturales como la que nos ocupa. Herder pone gran énfasis en la influencia de lo biológico -sin llegarlo a expresar en términos concretamente ecológicos- sobre el hombre y la historia; mientras que Hegel deriva más hacia la consideración del sustrato concretamente geográfico de la historia, solo que poniendo ambos en escala universal.

De más está decir que todos estos intentos, a pesar de la profundidad de su inspiración, estuvieron destinados a no prosperar metódicamente por estar basados más en el alto vuelo de la pregunta que en el de la posible respuesta; es decir, quedaron siendo filosofía, y aun así, limitada por el escaso grado de generalización alcanzado por las ciencias de ese entonces. Ha sido, pues, necesario esperar doscientos años para que, por caminos rigurosamente científicos, se arribara a situaciones verdaderamente fecundas para la especulación filosófica. A este respecto baste citar dos ejemplos elocuentes, cuyos resultados pueden ponderarse palpablemente; nos referimos a la Conferencia Internacional organizada por el Instituto de Altos Estudios de Sankt Gallen sobre el estado actual de las ciencias y al Simposio Internacional sobre el papel del hombre en el cambio de la faz terrestre, celebrado en Princeton en 1955, cuyas publicaciones son claro trasunto de los interesantes aportes de la ciencia a la filosofía. (8)

Al formular estas consideraciones hemos querido simplemente, introducir al lector en el campo específico de la geografía histórica a través de algunos precedentes bien lejanos en el tiempo, aunque no extraños a la esencia del problema. El siglo XIX nos provee ya una larga lista de directos precursores de la geografía histórica como disciplina formal, a los que nos referiremos en el próximo capítulo el tratar el tema de los

EL PROCESO DE LA DEFORESTACIÓN EN EUROPA (Resultado neto a pesar de la regeneración y el replante)

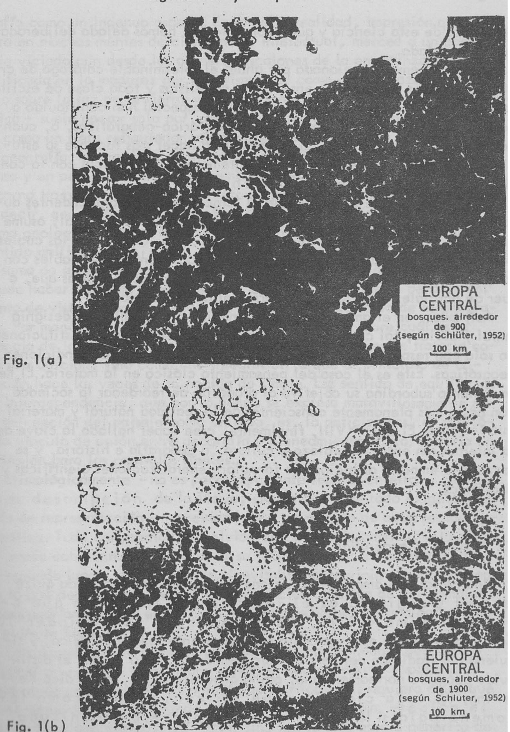


Fig. 1(a)

Fig. 1(b)

Reproducidos de Darby, H.C., "THE CLEARING OF THE WOODLAND IN EUROPE", incluido en MAN'S ROLE IN CHANGING THE FACE OF THE EARTH, University of Chicago Press, 1957. (Según Schlüter, 1952)

principios de esta ciencia y que, por lo tanto, hemos dejado deliberadamente a un lado.

Tampoco hemos mencionado por ahora el interminable catálogo de cronistas, hombres de ciencia, ensayistas, novelistas y toda clase de escritores, hasta poetas, que con una sensibilidad especial han contribuido a perfeccionar la noción de los fenómenos histórico-geográficos, o, cuando menos, han contribuído indirectamente a hacer más factible su estudio. Este aspecto del tema lo desarrollaremos en consonancia con la consideración del método de la geografía histórica.

En síntesis, puede afirmarse que el largo proceso de antecedentes durante el cual se va configurando la geografía histórica como tal, asume diferentes modalidades a lo largo de su transcurso, algunas de las cuales parecen desviar su atención hacia temas no fácilmente conciliables con lo que hoy se entiende por histórico-geográfico y otras que, a fuer de parciales, desvían la puntería del objetivo final.

Así, pues, en el amanecer de esta inquietud predomina un designio moral y cívico, tal como el de fundamentar sólidamente las instituciones, no solo con respecto a las tradiciones históricas, sino a las condiciones geográficas. Éste es el caso del pensamiento clásico en la materia. El Renacimiento subordina su objetivo al propósito de reordenar la sociedad con bases más plenamente conscientes de la realidad natural y material que le rodea. El siglo XVIII, finalmente, cree haber hallado la clave de la interacción entre naturaleza y cultura, o geografía e historia, y se lanza a la empresa ambiciosa de formular generalizaciones científicas y filosóficas.

2. *¿Qué es geografía?*

Una de las más amplias definiciones de geografía jamás dada quizá sea ésta: Geografía es el registro del fenómeno que ocurre próximo a otro, en el espacio ("nebeneinder"). Kant. Partiendo de este concepto eminentemente fenomenológico, y siguiendo la tradición del pensamiento germánico, Carl Sauer, el distinguido geógrafo norteamericano, opina al respecto que, como dice Keyserling, (9) toda ciencia debe ser considerada como fenomenología si le damos el sentido de proceso organizado para incrementar conocimientos en lugar de quedarnos con la noción más corriente y restringida de un cuerpo de leyes físicas. (10).

Tampoco conforma, en sus aspectos definitorios, esa visión de la geo-

grafía como un ingenuo aspecto dado de la realidad, impresión que perdura en muchas mentes de cierto nivel intelectual, merced a un aprendizaje viciado aún desde los primeros escalones de la enseñanza escolar y ratificada en la madurez por el turismo que como un desplazamiento pasivo sobre la faz de la tierra -sin ningún criticismo, ni perspectiva científica- suele operar solo por catarsis sobre el protagonista, cuando no como un mero restaurador psicosomático. El argumento verdadero de la geografía, en cambio, es el de una realidad total, interrelacionada, tensa y en perpetuo cambio. Sin embargo, la consideración de este proceso no transcurre básicamente tanto en profundidad como en extensión; es decir, geografía no es la suma de diferentes especialidades - tales como geología, fisiografía, antropogeografía, etc.-, sino que posee un sentido unificador inicial reñido con la idea postiza de que una mera suma de sus partes producen el todo. Solo el frenesí del especialismo puede haber inducido a cometer este error que envuelve la pérdida del punto de vista genérico y total que está en el fundamento de la geografía. Por manera que, aun cuando sea lícito discurrir sobre cuál es la esencia de la geografía, bueno es no incurrir en el error de tratarla como una adición, sino como una integral en la que el principio de conexión hace las veces de la noción de límite. Ese sentido de equilibrio, de interdependencia, que por lo demás se expresa maravillosamente en la percepción del paisaje como un todo, es, lo anticipamos, el más sólido vínculo de unión entre geografía y planeamiento físico; materia de reflexión para los capítulos finales.

Etimológicamente -no es poco importante reparar en ello-, geografía es descripción de la Tierra, siendo que ante todo exige un método de representación y -previamente- un método de observación sistemática. Toda concepción que olvida este punto de partida, o lo niega, no puede coherentemente reclamar su título sin caer en contradicción y en segundo lugar, por otra parte, inevitablemente vicia con preconceptos lo que debe emanar de una contemplación objetiva de ese complejo -casi podríamos decir orgánico si no fuera peligrosa tal analogía- que es el de la Tierra.

Para Sauer, por lo demás, la armonía del conocimiento geográfico encuentra su óptimo de realismo y simplicidad cuando se expresa a la vista no de una determinada porción de territorio, ni siquiera de lo que en el mejor de los casos puede entenderse por región -región es un orden de magnitud- (11) sino frente a la escala genérica de lo que debe entenderse por paisaje, y que definimos, según cierto criterio, como la continuidad de rasgos más o menos coherentes de cuanto es capaz de abarcar el ojo huma-

no sobre la superficie de la Tierra. En este sentido viene al caso la observación que hace Preston James al aclarar que la palabra topografía antes de su uso incorrecto por parte de los geólogos... se definía como la descripción de una pequeña área (12). Si tenemos en cuenta el papel absorbente de la topografía en la geografía antigua, alcanzamos a entender que la esencia del paisaje era lo que intuitivamente se trataba de representar en la descripción y narración que sobre tantos lugares nos han dejado geógrafos griegos y romanos. Otra cosa es, naturalmente, asentir con Preston James que el concepto regional constituye el meollo de la geografía o también que región es una generalización geográfica, pues estos postulados se refieren pura y exclusivamente a cuestiones de método y aplicación de principios como los que tratamos de aclarar. Antes de la generalización viene, a no dudarlo, la observación y la descripción de los elementos constitutivos del saber geográfico, así como antes de volcar el material a diferentes escalas ha de haber sido preciso el trabajo de campo, la observación personal que se podrá o no usar de segunda mano, pero de la cual no es posible prescindir en absoluto.

Tenemos que, con propósitos de trabajo, indudablemente la determinación de regiones es un postulado imprescindible, al mismo tiempo que la unidad irremplazable e indisoluble de ese fundamental quehacer de la descripción es el paisaje. Si sobrepasamos el paisaje, compondremos complejos de geografía de diferente magnitud -en la escala mundial, continental, nacional, provincial o regional-, y si atomizamos el paisaje, obtendremos un conjunto de visiones microcósmicas y parciales -fisiográfica , biogeográfica, antropogeográfica, sociográfica, etc.-, que nos pueden suministrar material para reconstruir el paisaje, pero que no nos pueden completar esa tarea totalmente, ya que dichas partes operan como un todo, pero siempre referidas a un orden que escapa del límite concreto de la observación específica. Es decir, lo que decíamos de la geografía que no puede concebirse como la suma de sus distintas partes -creadas, por lo demás, con el objeto de servir a un todo preexistente-, es análogamente lo mismo que acabamos de explicar referente a la noción de paisaje. Este concepto es una especie de umbral entre dos recintos del conocimiento; de un lado, las escalas espaciales de síntesis, y del otro, los distintos departamentos exclusivos del análisis.

Hacemos hincapié en esta idea que sobre el paisaje formuló originalmente Sauer y que nosotros hemos desarrollado más allá de lo previsto, porque creemos que para geografía histórica y para planeamiento físico nos va a proveer de fecundas conclusiones. El espíritu de la geografía antigua que reposa sobre un punto de vista análogo, tampoco está circunscripto por el

límite de otras esferas del saber, sino que se desarrolla como una consecuencia despreocupada de su propia motivación. Todas las ciencias que de una u otra manera tratan de la distribución de fuerzas y eventos en el espacio son ciencias geográficas o, más concretamente, la geografía es el estudio de la distribución de esos procesos. (13) Más aún, se ha dicho que el papel original de la geografía es poner en contacto los hechos que otras ciencias estudian aisladamente, y más lejos aún ha llegado Geddes cuando en el paroxismo de sus disquisiciones escribe: Todas las ciencias son artificios lógicos por los que enfocamos nuestra atención sobre una cosa o un aspecto, con la consiguiente distorsión o desproporción, como sucede a través del microscopio o del telescopio. Así tenemos geólisis o cosmólisis. La geografía es más que una ciencia. Es la síntesis concreta del mundo en evolución. (14)

Con ser saludables ejercicios para la inteligencia, reflexiones como la anotada todavía no aportan medios concretos para iniciar el estudio de la geografía desde un núcleo simple e inicial; razón por la cual la vieja idea de Estrabón, adecuadamente enriquecida por un geógrafo coherente y completo como Sauer, adquiere el valor de un verdadero hito en el intrincado camino hacia la esencia de la geografía. Otra cosa son los problemas de la organización de la disciplina con propósitos de método que, ricos en aspectos especulativos no nos pueden dar la esencia de lo geográfico –que es lo que aquí intentamos asir–, sino apenas una síntesis relativamente heterogénea de factores ordenados en un cuadro.

Un empirismo rutinario ha creado muchos problemas a la geografía de los que no se libera fácilmente, quedando a veces inerme frente a la realidad cambiante y a la encuesta incesante de nuevos procedimientos inductivos. La respuesta no debe ser sino simple y esencial, amplia y realista. Pero geografía no es solo lo que los geógrafos hacen, sino todo lo que aún pueden hacer. Su campo es tal que en lugar de ceder frente a la presión de los especialismos y planteos novedosos, quedando confinada a los límites artificiales superimpuestos a su tradición de fondo, puede abarcarlos a todos, tratando una vez más de perfeccionar esa admirable sencillez de alcances que obtuviese en la Antigüedad, bien que por medios mucho más complejos.

La geografía, como rubro de la enseñanza, ha estado tan mal orientada –y en buena parte lo sigue estando en nuestro país– que ha dejado rastros indelebles en varias generaciones que aún la consideran en cierto plano de inferioridad, como si se tratara de una materia relativamente superficial y aparentemente fácil –sin problemática–, sin horizontes por

descubrir y completamente supeditada al avance de otras disciplinas más altamente especializadas -de estructuras más abstractas- que se pueden considerar geográficas y cuyos resultados pueden incorporarse adecuadamente a la ciencia madre. Precisamente así, se ha desvirtuado el aspecto esencial que tiene de integrar en un solo cuerpo diferentes facetas de la realidad espacial a una misma escala, tarea que, justamente en la medida que se ensancha su capacidad cognoscitiva, logra una mayor relevancia y sentido.

Cabe preguntarse aquí, por qué lo que ha sucedido con la geografía, como ciencia madre, no ha acontecido con otras ramas troncales del saber humano. En filosofía: la metafísica, la ontología, la axiología, la epistemología, han tenido sus épocas de desigual predominio, pero en ningún momento han competido con el quehacer fundamental del filosofar ni, mucho menos, han mermado el rango de la filosofía misma. De todo lo cual debe deducirse que al hablar de geografía -sería interesante poder conjugar el infinitivo de un verbo inexistente g e o g r a f i z a r- no hablamos de una ciencia estanca y estática, sino de una verdadera problemática geográfica, siempre posible de ser enriquecida con nuevas respuestas y a la luz de otras tantas nuevas preguntas; de un común lenguaje y expresión entre varios departamentos aislados del conocimiento que dispersos distorsionan la visión unitaria de la realidad y que integrados asumen el papel de comprehender en un mismo plano, lo que, originado por fuerzas y procesos de muy distinta procedencia, solo adquiere plena realización en una categoría genérica. En suma, entendemos que hablar de geografía es referirse simultáneamente a la descripción de la Tierra en términos comprensibles a los diferentes niveles del conocimiento porque se trata de un saber no solo original sino integrador y, por otra parte, tratar de incorporar en una armonía científica el conocimiento de todos los elementos que componen la Tierra.

Resumiendo lo expuesto, podríamos formular no una definición, pero sí el proceso envolvente de factores fundamentales que intervienen en la geografía. En primer lugar hay que considerar cuál es el ámbito en el cual se desenvuelve lo geográfico, es decir, e l e s p a c i o; luego corresponde preguntarse: pero ¿en qué cosa que transcurra en el espacio debe concentrarse la atención? Pues, e n l o s f e n ó m e n o s, ¿ y qué aspecto de estos fenómenos físicos -de origen natural o cultural- es atributo exclusivo de la geografía estudiar?: l a d i s t r i b u c i ó n. Este importantísimo aspecto de la distribución, repartición, ubicación o como quiera llamársele, adquiere nuevos relieves cuando como sucede con los desarrollos de temas parciales del orden geográfico, se pierde de vista el lazo común. Además, partiendo de este aspecto, la geografía puede

convertirse en el fundamento científico de una dinámica: el planeamiento físico.

El desenvolvimiento de la ciencia geográfica es, naturalmente, más elocuente que cualquier consideración epistemológica, y aunque no es ésta la ocasión de hacer la historia de la geografía –o del pensamiento geográfico–, permítasenos, al menos, referirnos a las tendencias sucesivas que han gozado de mayor predicamento para finalmente resumirse en la visión actual.

Siguiendo a Edward Ackermann, (14a) la geografía comenzó con la descripción de la Tierra como un sitio dando una posición específica en el espacio a cada fenómeno, delimitando la matriz física donde éste se verifica. El segundo paso fue el de identificar el contenido específico de cada fenómeno (cantidad, cualidad, gradación, etc.). La determinación de relaciones genéricas y genéticas fue tema de la tercera y la cuarta fase. Una quinta etapa consistió en la determinación de la covariación entre los rasgos terrestres, y un sexto y último capítulo ha sido el de la integración de los conocimientos sobre sitio, fenómeno y proceso, de modo tal que revele la pauta completa de las relaciones espaciales.

Esta secuencia es un reflejo de lo que ha acontecido cronológicamente y, a la vez, una fórmula metodológica de palpitante vigencia. A propósito de esto puede preguntarse si todas las ciencias muestran un caso tan notable de síntesis, en su estadio actual, en relación a su propio desarrollo y si en otras disciplinas como en ésta puede descubrirse la relevancia del estudio de su historia como ciencia, ya que ha ido cumpliendo un camino ascendente sin destruir enfoques anteriores, sino integrándolos.

En otro trabajo más reciente, el mismo Ackermann, a quien se puede considerar como a uno de los más exhaustivos definidores de la geografía actual, aboga por un mayor énfasis en los métodos de cuantificación; sin embargo, repara con detenimiento en que la geografía concierne a regiones que tienen una significación verdaderamente funcional dentro del gran sistema hombre-tierra, y concluye con una cita de Darwin: "... ese gran tema que es casi una piedra angular de las leyes de la creación: la distribución geográfica". (14b)

Así entendida, podríamos decir que asistimos a una etapa que puede ser llamada de la geografía funcional, donde cada elemento, conforme a su relación necesaria con el todo, se integra en una estructura. Por algo ha sido definida, según lo refiere Pierre George, como

la ciencia total del espacio humanizado, y así esas relaciones ponen en juego elementos y actos de esencia múltiple, tan diferente como la presencia del granito o la de una frontera. (14c)

Pero esto no significa que el geógrafo maneje el concepto de granito tal como lo ha concebido el geólogo, ni el de frontera tal como es del resorte del experto en derecho internacional, sino que justamente los haga entrar en la medida que los necesita para definir estructuras espaciales y mostrar cómo son susceptibles de evolucionar, de transformarse y en qué condiciones y dentro de qué sentido.

Puede advertirse que conforme a este enfoque, la dicotomía de geografía física-geografía humana ha sido ampliamente superada, y así los fenómenos pertinentes pueden estar adscriptos a una o a otra o a las dos al mismo tiempo, como sucede en la generalidad de los casos.

La base de la estructura geográfica está dada por la distribución de los elementos que la configuran, entendiendo que esa repartición no es casual, sino funcional -sea esta función de origen natural o cultural o conjunto.

Finalmente, lo mismo podría decirse de la artificiosa oposición entre paisaje y región (existente en nuestra lengua y que no se halla en alemán), pues son conceptos complementarios y resumibles en el más genérico de espacio.

Componiendo una síntesis de todo lo arriba expresado, podríamos enunciar una definición comprimida, tarea a la cual no nos sentimos muy afectos, pero que osamos formular con posteriores propósitos de comparación con la historia. Geografía sería, entonces, la ciencia que estudia la distribución de los fenómenos en el espacio, fórmula un tanto kantiana si se quiere, pero de lo cual no hay que extrañarse habiendo sido aquel filósofo quien por primera vez indagó profundamente en su aspecto epistemológico. En cualquier caso apenas hemos puesto un jalón en lo que podría ser tema de una inagotable digresión.

3. *¿Qué es historia?*

Una definición amplia, pero vaga, del sujeto de la historia sería: todo lo que sucede en el tiempo. Pero aquí no sucede lo que con la geografía, que al centrarse en el espacio comprende indiferenciadamente los fenómenos naturales y la repercusión física de la actividad humana. En la historia no es la naturaleza, sino solo el hombre el protagonista, bien que por extensión también sus obras materiales en cierta forma son

una prolongación de la personalidad, o dicho en otros términos, que el vivir deja rastros cuyo complejo total llamamos cultura. Por cierto, pues, no todo lo que sucede en el tiempo es histórico, aunque por una demasiado ancha analogía se haya bautizado así a la historia natural.

Parafraseando a Kant podríamos haber dicho: historia es el registro del fenómeno que ocurre próximo a otro en el tiempo, aunque para completar la idea deberíamos haber agregado a fenómeno el calificativo de humano. Sucede, sin embargo, que no todos los fenómenos humanos alcanzan la jerarquía histórica. Adviértase aquí que decimos jerarquía, asumiendo que los hechos tienen distinto valor histórico de una manera que no sería practicable en geografía; es decir, a priori. Lo histórico, en cambio, tiene diversas valencias en sí mismo y puede predecirse que una gran masa de fenómenos humanos no trasciende del breve lapso de su estricta duración, ni se integra sino deleznablemente en el complejo de hechos durables, ni se encadenan unos con otros produciendo una sucesión con sentido. Mientras en el orden natural nada es inútil, en el orden humano la mayor parte de los actos cotidianos carecen de sentido ascendente y a lo sumo quedan como fondo, como rutina, sobre la cual se construye un destino de aventura. Los mecanismos casi automáticos de la actividad humana tienen un interés accesorio muy importante para la comprensión de la historia, pero no son historia misma. Pueden ser tipificados en bloque, en una generalización tal que de una masa de hechos cuantitativamente grande solo se traduce un mínimo cualitativo.

Pues bien, esa jerarquización del material histórico, que es prácticamente indiscutible, imprime a la historia una característica humana que la diferencia, en esencia, netamente de la geografía. No mencionaremos más que de paso el doble aspecto objetividad-subjetividad que puede aplicarse a la historia, pues bajo ese prisma ni aun la ciencia más potencialmente pura escapa a una elaboración de la realidad según su propio punto de vista, por amplio y general que éste sea. Desde luego, se descarta que al menos, conscientemente, sea admisible violentar la objetividad –eso sería simple y groseramente falsear o mentir–, y no merece ser tenido en cuenta. En cuanto a la situación del observador, la del historiador es igualmente objetiva –o subjetiva–, que la del geógrafo –o debiera serlo–, y aunque procede a la postre conforme a una tabla de valores, su quehacer no difiere metodológicamente de los postulados de la ciencia, aunque los contenidos tengan muy diversa significación.

Ahora bien, el material histórico de hecho se ha seleccionado según los más diversos designios; en un tiempo los hechos militares –que alteran violentamente la condición de grandes sectores humanos–, acapararon toda la

atención. En otras circunstancias, los credos religiosos engendraron los cambios más formidables en la vida de los pueblos. Las ideologías políticas y las potencialidades económicas y tecnológicas concretas parecen haber polarizado ahora, más que ningún otro aspecto, la mirada de los historiadores. Pero lo que tal vez no se ha examinado profundamente todavía, es que el registro de tales eventos -dejando su inevitable y unilateral ponderación-, no permanece solo trascendente en la medida que cada generación es parte de su herencia social, sino que, además, ese registro comprende un conjunto de fuerzas dinámicas -más o menos desarrolladas, según cada caso-, cuyas posibilidades se reeditan de continuo.(15)

Hemos dicho en otro trabajo (16) que el viejo adagio la historia se repite encierra bajo una ingenuidad, como tal falsa, el profundo mensaje -siempre escondido en la sabiduría popular- de que si bien los hechos no se repiten literalmente, el breve repertorio de circunstancias humanas se vive repitiendo. (De otra manera la más rudimentaria comunicación sería imposible). Es decir, frente a determinadas situaciones, cuya analogía con otro momento puede ser más o menos evidente (a veces aparecerá hasta como contrapuesto), las posibilidades de acción y de pensamiento pueden nutrirse en el ejemplo anterior que opera no solo como una verdadera fuente de inspiración, sino también que concretamente estimula la imaginación humana, siempre más propensa a considerar original e inédita su propia situación que reconocerla vulgar y pasajera.

Respecto al valor del material histórico, hay otro aspecto que contemplar y que está íntimamente relacionado con la naturaleza de lo geográfico. Hemos dicho que la historia tiene contenido esencialmente humano, lo cual no descarta la emergencia de factores geográficos actuando sobre el hombre individualmente y por grupos. Este aspecto del problema produce un claroscuro difícil de precisar, ya que, entendiendo en un sentido amplio esta interacción, los matices pueden presentarse con diferencias imperceptibles, o bien aparecer con una evidencia absoluta. Esto equivale a decir que, análogamente, la erupción del Vesubio que destruyó Pompeya en el año 79 a. de C. y un ligero cambio climático en determinado lugar y momento, están en un mismo orden causal, a pesar de que sus consecuencias difieren en una amplitud de gradación considerable. O dicho de otra forma, el proceso fenomenológico es de la misma naturaleza, pero su valoración histórica, diversa. De manera que no todos los eventos de origen puramente humano, ni tampoco todas las repercusiones de fenómenos no humanos sobre el hombre, tienen la misma categoría histórica, siendo la mayoría de ellos de magnitud y calidad despreciables.

Mucho se ha dicho que en la valoración del material histórico se oponen dos polos extremos, identificados con las escuelas alemana e inglesa.

La primera tendría en cuenta fundamentalmente, las ideas; mientras que la segunda, los hechos, como móviles del cambio histórico. Para los historiadores alemanes, las ideas mueven al mundo y su análisis arroja más luz sobre la realidad que ningún otro enfoque. Para los ingleses, las ideas pueden tener su importancia como factor contenido, pero en definitiva lo que concretamente opera el cambio son los mismos hechos. Este divergente estado mental repercute, lógicamente, en cuestiones de método y en el resultado final de la historiografía. Sin entrar en tan apasionante polémica, anotaremos ya que el tratamiento empírico de la historia está más cerca de la actitud realista que, como veremos, es de la esencia histórico-geográfica, lo cual sin embargo, no quiere de ninguna manera decir que la geografía histórica alemana no tenga una jerarquía igualmente alta que la inglesa; por el contrario, si acaso, podría obedecer a una especie de reacción frente a la poderosa tradición idealista del pensamiento germano.

En medio de ambas, y como aclaración, habría que ubicar la escuela francesa, profundamente imbuída -sobre todo durante los dos siglos anteriores- no tanto por las ideas como por las ideologías; aunque esta observación es puramente complementaria y no nos centra en el objetivo propuesto.

Lo positivo es que estamos ahora en condiciones de comprender que no todos los acontecimientos son históricos -no de hecho, pero de derecho-, sino solo aquellos que por lo menos se proyectan y participan de un todo orgánico. Claro está que este concepto de un todo orgánico no tiene escala absoluta, sino que es apenas una representación de fenómenos relativamente homogéneos o interrelacionados a un nivel semejante. Así, pues, hay una historia universal o . . . una historia del vestido, aunque ambas participan diversamente de la fuente común de la historia en sí misma. Pero, acorde con las divisiones de la geografía, la mera suma algebraica de las historias parciales no produce historia a secas, pues la esencia de ésta no depende de la aplicación que se le haya dado a su inspiración fundamental. En rigor, no puede decirse que las cosas tengan historia, ni siquiera que progresen o retrocedan, pues en la medida que cambian ya son otras y solo porque les adjudicamos valores -o fines preferidos- las seguimos llamando por el mismo nombre.

Manuel García Morente en su Ensayo sobre el progreso, (17) al desarrollar este pensamiento, dice que hablar -por ejemplo- de cómo ha progresado el automóvil, es solo posible porque al nombrar la palabra automóvil no nos referimos a la cosa en sí, sino al valor que dicha cosa encara. Y R.G. Collingwood, (18) el filósofo de la historia, va aún más lejos cuando expresa su idea de que en el fondo el co-

nocimiento de la historia está profundamente ligado al conocimiento de sí mismo y que, en verdad solo el pensamiento es histórico o mejor aún lo que está detrás de los hechos; sin confundir esto con las ideas que mueven el mundo, que es otra cuestión. Textualmente dice: ¿De qué puede haber conocimiento histórico? La respuesta es: de aquello que puede ser reaccionado en la mente de los historiadores. En primer lugar esto debe ser experiencia..., pero ... del mero objeto de experiencia no puede haber historia. Así es que no hay ni puede haber historia de la naturaleza... Para que ello fuese posible debería haber alguien que pensara en términos de naturaleza y cuyos pensamientos pudiésemos conocer -¿Dios?-. Pero aún más, ni la experiencia en sí misma es el objeto del conocimiento histórico, ni siquiera el pensamiento como tal, sino lo que es capaz de ser universalizado, lo que trasciende de su propia inmediatez.

Quizá hemos llegado demasiado lejos conforme a nuestra perspectiva, pero quizá también se ha aclarado el fondo de la idea de historia sin la cual no puede aventurarse ninguna incursión en tal campo del saber. Porque el mero catálogo no es historia, si no describe las intenciones, ideas, sentimientos y valoraciones que hay detrás de los hechos mismos. Pero, a la vez, cumplidos estos requisitos más de espíritu que de forma, puede haber historia de las cosas más triviales, de las cosas más intangibles; historia de muebles, historias de ciudades, historia de subconsciencias, historia de un paciente... con tal de que se verifique ese algo más que enriquece la mera descripción de la superficie y alcanza grados de generalización o universalidad más allá del objeto mismo. En otras palabras, las historias de las cosas -por pura analogía-, solo son posibles en la medida que están integradas, cualquiera que sea su escala, en una noción fundamental de historia que las nutre de sentido; es decir, la realización de los valores en conjunto; algo comparable a la noción de conforme a fin desarrollada por la biología moderna. (19)

Ésta sería la esencia de la historia, según la línea de pensamiento que consideramos más coherente y que descarta definiciones meramente adscriptas al terreno de lo formal, sin alcanzar la profundidad esencial necesaria, tales como la historia es la superación de posiciones antagónicas (Hegel) o el tránsito de lo homogéneo a lo heterogéneo (Spencer). Por otra parte, como sostiene Ortega y Gasset, (20) no hay historia sin metahistoria -la metahistoria sería a la historia lo que la fisiología es a la clínica-; esto es, que para escribir la historia es menester conocer no solamente sus productos, sino la dinámica que los genera; una especie de conciencia de lo funcional frente a

los cambios, o en las propias palabras del pensador español: una doctrina genérica de la sociedad humana, una sociología, si no fuera que este término se ha agostado tanto, que se le ha restringido en su formidable perspectiva.

Claro que éste es el lado más difícil, más problemático de la historia y el cual ha hecho repetir lo que hoy es casi lugar común: que el estudio del hombre no ha mantenido el mismo ritmo que el avance de las ciencias naturales. Para superar este abismo han habido muchas tentativas, de las que emergen dos posiciones extremas desesperadas por cubrir ésta dramática incapacidad. Por un lado se ha echado mano del análisis estadístico, de toda la documentación medible que pueda hallarse o elaborarse; por el otro, se ha intentado una riesgosa introspección en el campo de las acciones colectivas. Pero mientras el primer camino no alcanza a captar las más profundas fuentes de los actos humanos, el segundo falla al querer hacernos participar apasionadamente de una interpretación que solo pierde valor fuera del particular punto de mira del observador que la compone . En medio de estas dos corrientes extremas no es posible olvidar que hay historias e historiadores que sin superar la barrera o el desequilibrio arriba anotado, han desarrollado una dimensión vital del conocimiento histórico con gran honestidad y eficiencia. Un Rostovzeff, (21) un Pirenne, (22) un Bloch, (23) un Clapham (24) o un Heckscher, (25) han ampliado considerablemente el campo de la historia desde un ángulo socio-económico, con método y exactitud, sin por ello perder vuelo. (26) Estos investigadores han completado lo que a principios de siglo fuese apenas un experimento, durante el cual se intentó a menudo interpretar la historia en términos puramente económicos o dinámicos cuya motivación, en la medida en que aparecía más inesperada, se consideraba más seductora y brillante. Hay que reconocer que esta tendencia, especialmente dirigida hacia los capítulos más remotos de la historia, dió algunos frutos, pues en épocas lejanas donde toda pretensión de medición es imposible, cierto determinismo experimental puede ejercitar la imaginación en la tarea de reconstruir fases -siquiera hipotéticamente-, cuyos elementos en su mayoría están dispersos o son simplemente inalcanzables. En este sentido, la obra de un Spengler jamás podrá ser subestimada porque aun suponiendo que sus fuentes no son las verdaderas, como trabajo de elaboración del material histórico -analogías, contrastes, misterio-, evidentemente llegó al cenit.

Entre tanto, prácticamente, el resto de la actividad historiográfica se halla orientada en dos direcciones contrapuestas. Por un lado, lo que podríamos llamar la microhistoria, la historia local, monográfica y concreta, muchas veces en manos de aficionados y sin mayor sistema, aun-

que sus posibilidades son ricas si se adecuan los medios. Por el otro lado, la macrohistoria propensa a la generalización excesiva y flamígera, con pretendida base científica -no siempre justificada-, y una fruición desmedida por sus propias conclusiones. Pero mientras la primera se limita a la descripción, un poco desligada de lo que escapa a su propia esfera, la segunda se explaya en conjeturas sin hacer un verdadero aporte de nuevo material, razón por la cual no corresponde llamar historiadores a sus autores, sino más bien ensayistas de la historia.

En cualquiera de las dos hipótesis, en su dimensión restringida o hiperbólica y en toda la gama intermedia, el conocimiento histórico pervive adecuándose a las profundas necesidades del momento. Es decir, así como el objeto de su estudio se desarrolla a lo largo del tiempo, así también, al desplazarse el observador, produce nuevas y diferentes perspectivas del mismo objeto. De tal manera que, aunque aparentemente las posibilidades de descubrir nueva documentación se vayan cerrando, siempre queda vigente el quehacer de ir reescribiendo la historia, conforme a las inquietudes de la hora, y en búsqueda de aquel aspecto inédito que, al enriquecer el pasado, vivifica el presente y estimula la visión distinta del porvenir.

Pero, volviendo al punto de partida, y para dejar mejor definida la esencia de la historia, siquiera, se hace precisa una breve digresión acerca del contenido implícito en la idea de sucesión, así como al hablar de geografía, el énfasis está puesto en el concepto de distribución, ubicación, repartición o posición. Con esto se quiere decir que la historia no es una mera reconstitución de un pasado, así como tampoco la geografía es mera descripción de los sitios de la Tierra. Más aún, es de la esencia de la historia la presentación continuada y coherente de los hechos pretéritos, formando un complejo tan unitario como la propia vida humana. Sin embargo, no se debe caer en el error de asegurar que es posible escribir de corrido la historia de la humanidad toda, pues este cuerpo histórico no es una unidad simple en la que entran fácilmente todos los hombres y todos los tiempos. En rigor, y a causa precisamente de la desigualdad de la humanidad sobre la Tierra, antes que nada -y con las consecuencias que ello ha tenido sobre su destino, determinando aislamiento o accesibilidad, según los casos-, ha habido, pues, ciclos de desarrollo particularmente cerrados, cuya integración con un desarrollo único y lineal es harto problemática.

Todo esto, empero, la idea de sucesión, según sea captada y representada, varía fundamentalmente el carácter de la historiografía. Una historia puramente estática, en la que el factor tiempo es solo un telón de fondo, es tan inconcebible como una geografía concentrada en el análisis de los procesos aislados de la naturaleza, sin referencia concreta a la relación

espacial que los vincula. Puesto en términos más pronunciados sería una historia puramente descriptiva de los hechos humanos, lo que es tan contradictorio como una geografía exclusivamente narrativa. Lo primero se parece más a la sociología -a una sociología de la historia-, y lo segundo, al estudio de las ciencias naturales -dentro de la equívoca denominación de historia natural-. No obstante todo lo dicho, que no ha tenido otra meta que captar mejor el fundamento básico de la historia, todos estos aspectos colaterales, si bien pueden distorsionar la esencia -tomados como principio-, son fecundos como disciplinas accesorias, como ángulos de enfoque que completan el desarrollo elemental de la ciencia.

Recapitulando podemos recordar que al principio partimos de dos conceptos fundamentales: sucesión y tiempo. Desarrollándose entre estas dos coordenadas están los fenómenos que son el objeto de la historia y que deben cumplir un mínimo de condiciones tales como: 1º) ser plenamente humanos -en su origen o en su consecuencia-; 2º) tener jerarquía adecuada; conforme a una tabla de valores que está primordialmente en la mente de los protagonistas de cada momento histórico; 3º) no estar restringidos a las cosas mismas sino expresar el estado mental que las engendró. Esto es ser pensables (solo el pensamiento es histórico en última instancia); 4º) exhibir su inserción fenomenológica en la historia, por la metahistoria.

A manera de definición comprimida y con propósitos de puro método, habría que definir la historia como la ciencia que estudia los fenómenos humanos -según la jerarquía de valores originales-, en su sucesión temporal.

4. El factor tiempo en geografía

La geografía antigua -se ha visto-, prácticamente no sobrepasaba una restringida concepción bidimensional de la superficie terrestre. Solo en tiempos ya modernos, fáusticos, como más acertadamente los llamase Spengler, se concibe un mundo tridimensional en el que la perspectiva, la profundidad, y en términos más estrictos, la atmósfera, se agrega al par de coordenadas original. En el vulgar y falso enfoque, por desgracia todavía corriente en nuestras escuelas, por el que Colón aparece como el único sostenedor de la teoría de la redondez de la Tierra frente a una unánime masa de detractores, se esconde, sin embargo, la circunstancia innegable de que aunque no hubiese sabios que sostuviesen que la superficie terrestre era plana, no fue sino a partir de la era de los descubrimientos,

cuando la geografía superó efectivamente dicha limitación conceptual . Agotada relativamente la investigación horizontal de los descubrimientos y de la construcción de los mapas completos de la Tierra, la atención de los geógrafos se deriva al estudio de alturas y profundidades; con ello viene el desarrollo de estudios geológicos, biogeográficos, climatológicos, etc. La geografía de hoy -entretanto-, no se conforma con haber hecho investigaciones en esas direcciones y, siguiendo la tendencia de otras ramas de la ciencia, en particular de la físico-matemática, descubre la noción de tiempo como una nueva dimensión de sus conocimientos.

Según este criterio, se habrían cumplido, en síntesis, las siguientes fases: la primera, la de los descubrimientos de los límites de la ecumene; la segunda, la de la conquista de cimas y abismos, de regiones anecuménicas, y la tercera, la de la aplicación del factor tiempo -al dominio de lo conocido, como al reino del espacio cósmico por conocer-, con la perspectiva de una nueva ola de descubrimientos que disminuye considerablemente la universalidad de la geografía tradicional, a menos que se transfiera su denominación por la de cosmografía -no en el restringido actual-, pero como la suma de descripciones de tantos mundos conocidos directamente por el hombre como la Tierra misma. Es decir, asistimos a un desarrollo multidimensional de la geografía que, al par que la enriquece día a día, la amenaza con alteraciones que pueden modificar sustancialmente su contenido. Estas perspectivas no son solo espaciales, como hasta ahora, sino que llevan implícito el elemento temporal -fundamental en la aventura cósmica-, que ha sentado sus reales definitivamente en este nuevo tipo de investigación y le ha abierto muchos ángulos de mira , no solo al incrementar el campo de su acción concreta, sino al incorporar nuevos conceptos que redefinen su esencia, y cuya adaptación obliga a revisar todo lo anterior.

No es por mera casualidad que en tiempos que acontecen las cosas que se comentan, analógicamente, la preocupación concreta por el factor tiempo en geografía esté llegando a su madurez.

Avanzada como está la descripción, la búsqueda de causas, en geografía, obliga insensiblemente a remontarse en el pasado; a reconstruir situaciones anteriores; a imaginar el paisaje original como término de una investigación retrospectiva. Esto, que de una manera amplia se ha llamado sentido genético, es de la esencia misma de la geografía. Numerosos trabajos contemporáneos puntualizan la importancia de este aspecto y, por vía indirecta, asimismo se ha denunciado la ceguera suicida de omitirlo, como si verdaderamente a la Tierra se la tratase como a un fósil . No solo en relación a la geografía humana, sino aun con respecto a la geomorfología ha sido más necesario insistir en este enfoque por las con-

secuencias inusitadas que trae aparejadas. El aporte de modernas investigaciones biológicas, geológicas y arqueológicas han arrojado mucha luz, sin duda, sobre las situaciones pasadas, y entre las que hoy prometen nuevas e importantes contribuciones figura el uso del radio-carbón y el polen-análisis -medios por los cuales es posible medir la cronología de la materia orgánica muerta y la antigua distribución de las especies vegetales hoy extinguidas, respectivamente.

Las alteraciones de las líneas de costa, los cambios climáticos, la existencia de desaparecidos bosques o hasta la de una fauna completa en su aspecto reparticional, la situación anterior de tierras actualmente erosionadas, islas desaparecidas y, en general, los rasgos topográficos que al modificarse han influído considerablemente en la accesibilidad de las aglomeraciones humanas, son algunos de los ítem que han cobrado, desde hace algún tiempo, una innegable relevancia en los estudios geográficos. En general, puede decirse que el análisis de los hechos pretéritos en su repercusión sobre la condición presente no solo ha aumentado en volumen, o ha determinado un nuevo rubro de estudio, sino que ha arrojado luz sobre todo el conocimiento específico, constituyendo, en muchos casos, la clave que devela incógnitas tenidas durante largo tiempo como insolubles al tiempo que afectan la estructura toda de la geografía.

De tal manera, la descripción ya no se limita a lo que se presenta delante de los ojos del observador, sino que también se vuelve hacia situaciones caducas, en tanto entre éstas y la situación vigente existe un arco invisible, pero tenso, que las vincula. Esta apertura hacia el pasado es similar a la preocupación por lo futuro que puede ya notarse en geógrafos conscientes de la responsabilidad que entrañan sus conocimientos y para quienes una actitud meramente pasiva no es compatible con el dinamismo y la proyección en el tiempo que está implícita en su trabajo.

Ahora bien, el tiempo en su sentido más puramente conceptual es una porción ilimitada de duración que partiendo de un vago pasado se proyecta hacia un no menos difuso porvenir, y como tal, frente a la realidad terrestre, tiene múltiples puntos de contacto en diferentes escalas espacio-temporales. De éstas, las más restringidas ofrecen abundante materia para la observación y la elaboración científica. Especialmente, es a través de las actividades humanas -trabajos y desplazamientos-, cómo se puede ver más claramente esta interrelación, bien que en el dominio de la geografía física, no menos, los eventos de breve duración y aguda intensidad tienen su consiguiente importancia en relación al total. Anualmente, por ejemplo, tenemos el ciclo agrícola, el de ciertas industrias extractivas, migraciones periódicas, a la vez que el régimen de lluvias, deshielos, etc., que como una consecuencia de ritmo estacional describe

una historia relativamente constante. Pero también hay ciclos mucho más breves, de solo 24 horas, cuya impronta sobre el espacio geográfico con ser en sí mismos menos permanentes no son menos importantes, y que se engloban en lo que se ha dado en llamar geografía del movimiento, como un aspecto de la geografía humana. El tránsito en una ciudad, las variaciones de caudal de una ruta según las horas, el aumento y disminución en el consumo de agua y energía por parte de una población, las fluctuaciones de la masa de *commuter*, etc., son apenas ejemplos tomados al azar de un cúmulo de hechos cuya verificación diaria con ser similar, ofrece, sin embargo, un sinnúmero de matices, y son solo la expresión de las posibilidades que existen en el hombre y en sus actividades en relación a sus desplazamientos personales y al movimiento de cosas que puede provocar en el breve lapso de un día y una noche.

Realmente no es de sorprender que el movimiento, enmarcado en términos fijos de tiempo, es decir, como otra expresión del espacio, esté tan presente en la superficie de la Tierra, desde que para ésta los movimientos de rotación, traslación en torno del Sol y el desplazamiento conjunto de todo el sistema solar son un presupuesto básico en su existencia.

Los componentes de una geografía del movimiento que analizase a fondo los fenómenos específicos, estarían condensados en tres conceptos fundamentales, según lo propicia Derwent Whittlesey en *The horizon of geography*: (27) Velocidad, ritmo y frecuencia. *La velocidad* vulgarmente -y no sin cierto asidero-, se dice que *ha achicado el mundo*, pues al modificar relativamente sus distancias gravita indirectamente en la distribución e interrelación de los fenómenos. El *ritmo* de esa velocidad, al no ser necesariamente constante, produce, por otra parte, diversos contrastes cuyos resultados son ciudades *agitadas o dormidas*, regiones *activas o perezosas*, aldeas *con vida o muertas*. Pero estos calificativos con sabor fuertemente intuitivo no resuelven el *problema* de tener que registrar estas notas conforme a un método más o menos preciso, de forma tal que sobre la base de su calibre sean posibles luego la comparación y la generalización; o simplemente que la exactitud del diagnóstico permita indagar con cierta precisión la naturaleza y poder de sus causas. *Adjetivos de guía de viaje* los llama A.G. Ogilvie (28) al apuntar esta necesidad de aplicar un método científico. Luego, la *frecuencia*, cuyo ajuste o desajuste es meneada en el tiempo- y ordenada hacia una armonía en relación a lo que
neadam el tiempo-, y ordenada hacia una armonía en relación a lo que
se planifica en el espacio; sin cumplir lo cual, el mejor de los esquemas físicos puede fracasar totalmente. Estos tres elementos del tiempo en geografía, si se adecuan convenientemente, producen una imagen de la

GEOGRAFÍA HISTORICA DEL MOVIMIENTO

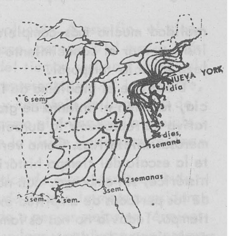


Fig. 2

Carta isócrona de las tasas de viaje en el Este de los Estados Unidos en 1800.

Reproducido de Paullin, C.O., Atlas of the historical Geography of the United States, Washington, Carnegie Institution of Washington, Publication nº 401, 1932

GEOGRAFÍA HISTORICA DE LA POBLACION

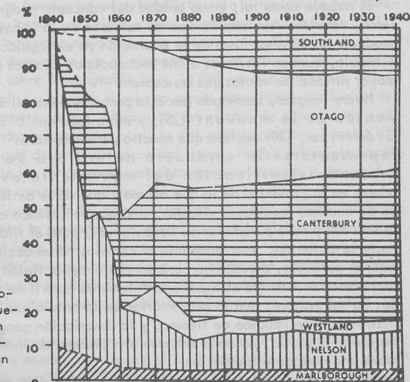


Fig. 3

Porcentaje de la población total de Nueva Zelandia, según seis distritos censales, a lo largo de un siglo.

Reproducido de Clark, A.H., The invasion of New Zealand by people, plants and animals, New Brunswick, Rutgers University Press, 1949.

realidad mucho más completa y precisa al propio tiempo que invitan a instrumentar el conocimiento de lo que en el fondo es de una sola naturaleza espacio-temporal.

Dado que el problema de la representación es fundamental en esta ciencia, también el intento de graficar la geografía del movimiento -una tentativa de reproducir la duración por medios visuales-, ha sido tema de numerosas iniciativas. Como veremos luego, los fenómenos verificados durante la escala del tiempo histórico son materia específica de la geografía histórica; sin embargo, aún no se ha insistido suficientemente en el caso de los períodos de amplitud extrema; es decir, un macrotiempo y un microtiempo. Todavía no nos es familiar la conversión de las escalas de tiempo geológico en las de tiempo arqueológico, como si ambos reinos fueran excluyentes unos de otros y no operaran sobre una misma realidad de fondo. En el otro extremo, tenemos el caso de los fenómenos de duración mucho más breve y próxima, algunos de los cuales, como los tiempos insumidos en viajes de personas y bienes, permiten ser representados en mapas por líneas isócronas.

El paisaje como tal, como unidad del concepto geográfico hecho realidad, requiere asimismo un enorme esfuerzo de la imaginación para reproducir las diversas fases de su evolución ya extinguidas, y aún resolviéndola, quedan limitados a una secuencia de cuadros que destacan con mayor nitidez los vacíos que no cubren.

Henry Bergson, dominado por esta preocupación del cambio en *La pensée et le mouvant* (29), y sobre todo en *L'Evolution Créatrice*, (30) declara que nuestro pensamiento es *incapaz de representarse la verdadera naturaleza de la vida, la profunda significación del movimiento evolutivo.* Repárese en la gravedad de lo que afirma y que no se detiene en el alcance de nuestras facultades visuales, sino que lo califica como una impotencia del propio pensamiento. Todavía más, para el filósofo del devenir, hasta la mutación, esa tendencia al cambio, no es accidental desde que está en potencia, durante un período más o menos fluido, pero que al realizarse reconstruye el lapso aparentemente estéril de gestación dormida. De tal manera, aun lo más estático en la naturaleza está directa o indirectamente imbuído de tiempo, y la descripción geográfica, conforme a esta filosofía, no sería más que una pretendida instantánea tomada sobre una constante transición.

¿Cómo, frente a tamaña complejidad, osar siquiera resolver el insalvable problema de la representación? Pues, sin esperar demasiado de los resultados, corresponde hacer todos los esfuerzos tentativos que, aunque sea de una manera alegórica nos acerquen un poco más a esa inasible rea-

lidad del movimiento, del cambio, de la evolución. A este fin, el cinematógrafo, como el mismo Bergson lo reconoce, parecería el medio más aproximado; la imagen cambiante a través del tiempo sería así la más alta expresión de esa profunda necesidad de representación. Y justamente, aplicada al paisaje, esa realidad completa y compleja de la unidad de los procesos geográficos es la que aparece como el único medio posible de intentar salvar las barreras que obstruyen la visión siquiera aproximada del fenómeno del cambio.

Pero, dejando a un lado el aspecto práctico de estas técnicas, indudablemente complejas, no cabe la menor duda de que la mera consideración de la posibilidad de tal propuesta ayuda a pensar mejor en términos de tiempo y es un correctivo para la visión vulgar y equívoca que presenta al paisaje como una versión congelada de la realidad. Sin necesidad de proyectarnos en la escala temporal de los grandes cambios, aunque éstos no sean tan profundos ni definitivos, debe retenerse que un paisaje cambia de estación en estación, sometido a una sequía, anegado por lluvias o bajo un manto de nieve. El examen de todas las posibilidades es un ejercicio que es preciso hacer automáticamente si realmente pretendemos hacer su descripción y no simplemente tomar una instantánea, que para esto no hay nada mejor que una cámara fotográfica.

De lo visto se desprende que el elemento tiempo opera en dos magnitudes principales sobre la geografía: una, la del cambio inmediato –cíclico o accidental–, y que por si solo no opera como factor exclusivo de alteración permanente –salvo, claro está, en el caso de cataclismos o alteraciones profundas provocadas; otra, la del cambio mediato o mejor dicho acumulado, que describe un recorrido lineal, hecho coherente basado en la selección de los fenómenos verdaderamente relevantes e integrados en un proceso más o menos contínuo.

En la primera categoría del cambio tenemos la visión directa del factor de alteración, y en la segunda, la generalización de dichos fenómenos tomados durante cierto lapso. Es el mismo caso que se verifica entre el tiempo –meteorológicamente hablando–, y el clima que, tomando los fenómenos específicos a lo largo de cierto término, está en condiciones de proceder a formular una generalización sobre la base de promedios y excepciones.

El problema de la generalización en geografía es un largo capítulo en el cual no vamos a entrar, pero sobre el cual es muy recomendable la lectura de un trabajo escrito por Preston James (31) que analiza a fondo este tema para erigir como básico el concepto regional en oposición al paisaje, según lo sostenido por Sauer, quien, a su vez, sería intérprete de algunos veteranos geógrafos alemanes, entre ellos Otto Schlüter, (32) que

venían desarrollando esta idea con anterioridad. Nos mantendremos dentro de lo que comenzamos tratando como sentido genético y frente a lo cual, tanto James como Sauer, reconocen que es de la esencia de la geografía, como un compuesto de procesos al cual se puede uno aproximar mejor recorriendo un camino ascendente en pos de los orígenes. La geografía no puede ser estrictamente contemporánea ... La perspectiva completa de la secuencia temporal en la medida que se relaciona con pautas y procesos geográficos es esencial, si es que estamos preparados para leer el relato de las diferencias contemporáneas correctamente. Para James la idea de región sirve de pretexto para destacar con todo énfasis que el significado de las semejanzas y diferencias entre lugares debe ser entendida en términos de complejo, continuo cambio emergiendo del pasado y yendo hacia lo futuro.(33)

En síntesis, hay que convenir que toda clasificación sistemática, toda generalización atiende preferentemente a las características que tienen un origen común o afín. Hacer el recorrido inverso de los procesos no solo clarifica cada una de las partes -con lo que se gana en precisión descriptiva-, sino que descubre el valor de lo permanente y de lo accesorio, con lo cual se gana en materia de interpretación.

Hasta el positivismo más extremado que pretenda desentenderse del argumento causal, al enfrentar los hechos, debe valerse de los conceptos primarios que son, justamente, la consecuencia de una generalización y, por tanto, derivan de un proceso evolutivo, no solamente mental, sino real. Cierto enfoque evolucionista, para darle un nombre genérico, en toda ciencia, aunque no sea más que una orientación puramente sistemática y de valor experimental, ensancha la perspectiva de la observación y promete mayor fecundidad en el resultado. Si se prefiere, mantendremos el término de sentido genético; lo importante es descubrir el factor tiempo en plazos amplios, implícitamente detrás de este enfoque.

Proceder genéticamente en geografía es partir de lo conocido hacia lo desconocido -en la dirección del tiempo-; tiene un sentido menos complejo en otras ciencias, pero aquí se entrelaza con la diversa naturaleza de los procesos y la variada gama de escalas espaciales, abarcando grandes períodos para pocos cambios o breves lapsos para alteraciones de extenso alcance, en las situaciones más extremas, incluido el infinito número de posibilidades intermedias. En todos los casos, el factor tiempo es algo más que la duración concreta de los procesos o la antigüedad que nos separa de ellos. Es como un sector de magnitud

diversa cuyo ángulo variable son las escalas espaciales. Para decirlo más simplemente, y aun corriendo el riesgo de una definición dudosa, el tiempo en geografía es un espacio-tiempo análogo a la noción similar de la Física contemporánea.

5. Sentido espacial de la historia

La multiplicidad de los estudios históricos contemporáneos, nacidos de otros tantos múltiples especialismos, ha puesto en manos de aficionados o profanos la tarea de acumular, más o menos ordenada y coherentemente, un considerable volumen de data del pasado. Así se comprueba que las historias de la medicina están, por lo general, en manos de médicos, las de la economía escritas por economistas, las de pueblos y ciudades por sus vecinos, las de servicios públicos por ex-funcionarios, etc.

Por el otro extremo, los historiadores profesionales que advierten la necesidad de incorporar en un solo cuerpo todas las evidencias que actúan interdependientemente en el campo histórico, han estado predicando durante muchos años que los testimonios escritos no son suficientes, que debemos aprender a seguir otros rastros de la actividad humana en el pasado, pero pocos historiadores se han tomado el trabajo de aprender a manejar estos difíciles materiales. (34) Evidentemente, la documentación que debe asimilar el historiador desde el punto de vista contemporáneo, no solo se ha incrementado en cantidad, sino que la diversidad de material crea comprensibles problemas de clasificación, elaboración y síntesis. Pese a ello es menester tener presente que la compartimentación de la historia, así como las tentativas integralistas vienen de muy lejos. O dicho de otro modo, que siempre ha habido dos tendencias opuestas: una concentrada sobre una vía única -política, económica, militar, religiosa, etc.- y otra que aunque sin lograr la summa total, ha expresado elocuentemente sus ansias por completar el cuadro con el aporte de la mayor cantidad de diversos factores concurrentes, en un intento de expresar la esencia de lo histórico.

Entre estas tentativas, la más segura y lograda es la de proceder a distribuir la crónica, conforme al espacio en que tiene lugar, de notar las relaciones existentes con el ambiente físico que la rodea, ilustrar la evolución de los acontecimientos sobre el fondo del territorio en que se desarrollan. En una palabra, tratar de ambientar personajes y e-

ventos sobre tierra firme, en lugar de dejarlos confinados en un recinto abstracto que por pertenecer a tiempos que *ya no son*, no por eso transcurrieron sin consecuencia mutua en vistas al sitio en que se verificaron. Sólo un idealismo equivocado puede haber inducido en el error de suponer que podrían obviarse las referencias concretas a la situación espacial en que los hechos se cumplen, porque la mente humana inconscientemente siente la necesidad de adscribirlos a un escenario -verdadero o ficticio- desde el cual pueda efectivamente asimilarlos.

Repárese en la expresión corriente que dice literalmente que los hechos históricos *tienen lugar*, para comprobar la aberración, no menos corriente, por la que pareciera que solo tienen ubicación en la sucesión temporal, independiente de todo contexto espacial. Una vez más, el lenguaje, como la sabiduría popular y los usos, enseña el fondo verdadero de las formas de expresión directa. El nacimiento de un personaje, una batalla, un ciclo económico, un cambio social, indistintamente, *tienen lugar*; mejor todavía, tiene *su* lugar en la tierra, y ese lugar es un elemento de capital utilidad si lo aprovechamos para un mejor ordenamiento de esa diversidad de materiales concurrentes a que nos referíamos.

No es que pretendamos anticipar que la historia deba ser transferida pura y exclusivamente a términos histórico-geográficos, sino que tratamos de demostrar que el elemento geográfico -o espacial, para darle mayor elasticidad- está presente en la esencia del hecho histórico -unas veces más evidentemente que otras- y en el testimonio de muchos historiadores o pensadores conscientes del peso de lo histórico. Aunque el lugar de los hechos no es del campo específico de la historia, puede aplicarse también en este caso la fórmula que Sauer usa para el paisaje en geografía. Es decir, que haciendo un corte en el tiempo, la vida en todas sus dimensiones *como una importante sección de la realidad ingenuamente dada y no como una tesis sofisticada*, constituye la esencia del material histórico.

Así pues, ese sentido *realista* que propiciamos en geografía, no es menos pertinente en relación a la historia, y es el que en definitiva puede armar el soporte de coherencia mínimo que se necesita para integrar la multiplicidad de factores que se dan cita en un *momento* determinado; no como mero resultado de una coincidencia cronológica, sino como partes de un todo funcional. Realismo e ingenuidad, sí; pero no en el orden inverso que confundiría lo que debe ser una posición inicial frente al conjunto de los hechos, con una conclusión simplista acerca de su legado. Un realismo tal y una tal ingenuidad no son los que enriquecen el saber histórico, sino los que lo fosilizan; así también como una

sofisticación durante el período de inventario -de documentación- engendra, de entrada, un apriorismo que fatalmente es contradictorio e incompleto.

J. L. Myres (35) establece, para la historia de tipo universal, cuatro fases según las cuales la concepción del mundo -o de sus límites- no fueron siempre los mismos, sino que a cada civilización o pueblo antiguo corresponde un ámbito geográfico determinado. Según este esquema básico, habría habido una primera fase, la de las civilizaciones de los grandes ríos confinadas dentro de los valles (ejemplo: el Nilo, la Mesopotamia, el Hoang-ho, etc.); la segunda, la de la Antigüedad grecorromana, desarrollada dentro de un circuito de tierras costeras e islas, lo que en latín se describió como orbis terrarum (ejemplos: la civilización minoica, la comunidad de ciudades helénicas, los principios del imperio de Roma); la tercera, que se verifica desde el momento en que las galeras de César salen del Mediterráneo; allí comienza la incorporación del norte de Europa a través del orbe atlántico y la asunción de que este océano lleva a las tierras del Extremo Oriente, esto es, que en cierto modo se lo considera como un nuevo mar interior; y, finalmente, la cuarta fase, a partir de la época en que los descubrimientos sobrepasan los cabos de Hornos y Buena Esperanza y se verifica la continuidad del orbe oceánico.

Esto que es un resumen concentrado de lo que, a su vez, ha sido enunciado como una síntesis por su autor, permite ver, no obstante -en todas sus consecuencias-, la relación espacial que preside la historia desde sus períodos más vastos y que, por supuesto, admite una aplicación analógica en escalas de espacio geográfico y tiempo histórico mucho más restringidas. Lo que puede lo más puede lo menos, y así también, en circunstancias más particulares, las relaciones son menos vagas y las concomitancias mucho más íntimas. De lo que, en suma, puede deducirse que no hay capítulo de la història sin soporte territorial, desde los grandes ciclos -el mundo árabe, Bizancio o la independencia de las repúblicas hispanoamericanas- hasta la minucia de una batalla o hasta de un combate, que no solo tiene lugar en una determinada porción de suelo, sino que ese suelo, por sí mismo, está cargado de sentido según el uso que de él se hace y puede significar un cambio sorpresivo, un estancamiento, o una alteración gradual en el curso de los acontecimientos globales.

No es que, obsesionados por el elemento espacial presente en la historia, pretendamos erigirlo como el principal determinante, ni siquiera como el mejor punto de vista para aclarar la visión integral de los hechos. No se nos escapa que el lado histórico del pensamiento, de la so-

ciología y hasta de las edades psicológicas del mundo son tan imprescindibles como aquél para arribar a una imagen, lo más completa posible, de la realidad pretérita. Con todo, nuestro papel aquí es el de destacar este descuidado aspecto que no solo revela nuevas perspectivas, sino que, contrastado contra el fondo de la documentación histórica y de la historiografía, enseña que no siempre fue olvidado y que cuando estuvo más presente, más realista ha sido el testimonio que ha dejado.

Primordialmente ha habido protagonistas de la historia que han pensado espontáneamente en términos globales; esto es, integrando el complejo de fuerzas invisibles el papel que desempeña la naturaleza de las cosas tangibles –especialmente a través de los geógrafos– en la totalidad de los fenómenos humanos. Julio César en *De Bello Gallico*, Napoleón en sus *Memorias* y hasta Hitler en *Mein Kampf* dan acabada cuenta de que la geopolítica como tal puede ser una ciencia relativamente nueva, pero que la interdependencia de factores que decide la historia está ya en buena parte dada sobre una base geográfica; es decir, no ha sido ningún misterio para los que *hicieron* historia, aunque para los que la *escribieron* no lo haya sido tan evidente.

Por otra parte, pensadores que hoy nos asombran por la certeza de sus pronósticos –especie de historiadores al revés– dan también la clave de que para poder formular una predicción con relativo margen de acierto, es preciso fundamentarlo, no ya en el pasado histórico, sin raíz geográfica, sino precisamente en el íntimo juego que se desarrolla entre ambos elementos. Burckhardt, Nietzsche, y más sorpresivamente Goethe, al imaginar la necesidad histórica y las consecuencias que tendrá el canal de Panamá –anticipándose en un siglo a la empresa– han ejercitado con éxito asombroso lo que, sin una fuerte referencia al aspecto geográfico de la cuestión, parecería don de pitonisa. Alexis de Tocqueville enuncia en *La democracia en América* una de las más formidables visiones anticipadas que se hayan dado en la historia, (36) dentro de la cual, la multiplicidad de elementos desplegados se basa, a no dudarlo, en la peculiar posibilidad espacial de los Estados Unidos que, con Rusia, comparte una similar circunstancia histórica. Ciento cincuenta años antes estos elementos permiten al escritor entrever una pasmosa analogía, cuando aún ninguna de las dos potencias había ascendido, ni mucho menos, al primer plano de la política mundial y en circunstancias tales que lo que para de Tocqueville era ya indudable, todavía es una novedad para muchos de nuestros contemporáneos.

Spengler, particularmente en *Años decisivos* (37), culmina una larga serie de pronósticos expresados a lo largo de toda su obra –unos más acertados que otros– con el capítulo "La revolución mundial de co-

lor", cuya verificación apenas comienza a hacerse notar con los contornos inminentes con que la presentó. Y no se trata de un pronóstico gratuito y vago, sino que para describirlo entra en detalles de un realismo que solo podría haber concebido teniendo como base un sentido espacial muy concreto, aunque disimulado por la atmósfera dramática y pesimista que envuelve todo su discurso.

No es de sorprender que los pensadores políticos más intensos logren formular sus ideas más agudas teniendo a la vista la circunstancia espacial en que se desarrollan. Ya veremos que en el haber de nuestra historia nacional se pueden señalar netamente aquellos gobernantes dominados, consciente o inconscientemente, por las posibilidades de nuestro espacio territorial. Si la política es el arte de lo posible -en esto tiene un lazo común con la previsión (y hasta con la planificación en un sentido amplio)- y si la historia es, por así decirlo, la madre de la política, las tres -historia, política y planificación- son dimensiones del espíritu humano que solo se realizan plenamente cumpliendo el requisito de no separarse del suelo en donde se ejercitan. Porque lo histórico, rectamente entendido, no es solo un conjunto de materiales pretéritos, sino como una segunda naturaleza -el hogar del homo sapiens- cuya evolución a lo largo del tiempo podemos observar mejor en la perspectiva del pasado. Pero eso no significa que la historia se detenga ahora y aquí; vive en el presente y se proyecta en el porvenir: es algo que se desarrolla en el tiempo, sin limitaciones. Y esa segunda naturaleza -civilización, cultura, sociedad, como quiera llamársela-, así como no vive adscripta al pasado, sin relación con el tiempo presente o futuro, tampoco está despegada de la naturaleza (¿natural?) dentro de la cual se desenvuelve. No puede haber segunda naturaleza sin naturaleza a secas, y de esa naturaleza, el aspecto que más le atañe a la geografía es el que trata de la repartición de los fenómenos -físicos o humanos- en el espacio terrestre.

6. Determinismo geográfico y determinismo histórico

Siempre será lícito preguntarse, frente al culto de las ciencias de la naturaleza, por qué y para qué se investigan, se estudian y se enseñan; pues, aunque nunca falte una respuesta, ésta ha variado extraordinariamente a lo largo de la historia. Según cada época, y conforme a la tabla de valores que se tenga, la contestación es también diferente. Asimismo, la coherencia entre el concepto que se ha ido teniendo de la ciencia -a lo largo de la historia- y el uso que de ella se ha hecho han

cambiado notablemente. En relación a la geografía y a la historia, cuanto decimos es aplicable íntegramente; de allí que haya una disciplina que en cada caso estudia su evolución respectiva: la historia de la geografía y la historiografía.

Aunque no es el objeto de estas páginas indagar el contenido de ambas, permítasenos hacer una breve referencia a otro aspecto evolutivo que ha sufrido la geografía y que va a aclarar algunos temas conexos con la geografía histórica, bien que, según nuestro entender, se trata más bien de determinismo aplicado a la geografía o a la historia independientemente.

Si dejamos aparte la geografía antigua y nos proyectamos al Renacimiento, veremos que todo el bagaje acumulado por la ciencia en el último período medieval, más el cúmulo de descubrimientos que se verificaron a continuación, fueron ordenados dentro de la jerarquía humanista de valores. Particularmente se tuvo una clara visión de que el conocimiento de la naturaleza era para servir al hombre, puesto que éste era el centro de la Creación y que el hombre no había sido hecho para el mundo, sino que el mundo había sido creado para el hombre. (38) Otra norma del pensamiento humanista habría sido ver en el hombre un factor esencial del paisaje, y de allí que importase sobremanera establecer la relación entre ambos. De forma tal, no solo era preciso conocer al hombre, sino el medio que le rodea, en función de él mismo.

Este concepto que hoy parece tan sensato y convincente, después de una maduración de varios siglos, no mantuvo, sin embargo, su vigencia dentro del mismo espíritu durante todo ese lapso. Justamente, al organizarse la ciencia geográfica moderna durante la centuria pasada coincide con el énfasis dado a un naturalismo a ultranza y que gravitó en forma decisiva para que el acento mayor se pusiera en la descripción estrictamente física, sin tener en cuenta al hombre más que como huésped o testigo pintoresco. Verdad es que aunque el tono dominante fue el apuntado, resultó lo más grave su influencia en la divulgación y en la enseñanza que aún hoy no se ha recuperado totalmente de esa limitación. Especialmente los naturalistas como Darwin o D'Orbigny y hasta Humboldt -geógrafo viajero- y Ritter -sin viajar- acusaron la carga excesiva de una información monumental, y en la que el hombre descartado del paisaje, en una medida que ni antes ni después se iba a hallar, no interfería en la pesada digestión de datos. No era ése, por cierto, el espíritu que había animado a los viajeros de los siglos XVI y XVII, principalmente misioneros, como los Padres Maffei -italiano- y José Acosta -español- o el Padre Tomás Falkner S.J., Nicolás del Techo -1645-

Ulrico Schmidel, etc. Ni era tampoco el enfoque de un geógrafo portugués como Gaspar Barreiros que en su Chorografía de alguns lugares hace frecuentemente recomendaciones de que es necesario reconocer que a la obra de erosión y sedimentación operada por las aguas no dejan a veces de sumarse los efectos de la acción del hombre (39). O es el caso, también comentado por Amorim Girao, del Padre Jean François -uno de los maestros de Descartes- quien postula claramente una división de la ciencia geográfica en natural y artificial, doscientos años antes de que se acuñara el término de Geografía Humana.

Todavía más, cuando Ratzel publica su Antropogeografía (40), que es en cierto modo la piedra fundamental de la nueva disciplina (aun cuando se la ha calificado, no sin cierta razón, de el estudio geográfico del hombre; es decir, el método geográfico aplicado al conocimiento del más noble mamífero del orden de los primates)(41), los rumbos por seguir no estaban claros al punto que hoy se lo mira tan solo como el padre de la geopolítica, aspecto apenas parcial de una geografía humana que va a definirse más tarde cubriendo un panorama mucho más amplio que el soñado por aquél. En cierta forma Ratzel tiene la paternidad también de un resurgimiento de las viejas doctrinas que pretendían explicar la conducta humana como basada en un determinismo ingenuo, como una simple consecuencia de las influencias del medio. Esta corriente, desplegando ahora todo un sistema científico, va a brillar con los estudios de Hellen Churchill Semple y culminar con la figura implacable de Huntington.

Huntington desarrolla el análisis y la explicación de las influencias del medio físico sobre el hombre y sus obras, aplicándolos a ejemplos tomados del pasado -con lo que adquiere una dimensión histórica, quiéralo o no-, y se introduce con su método ceñido dentro del vasto campo de la geografía-histórica, completándola en ciertos aspectos, pero sin establecer una organización integral de sus diferentes elementos constitutivos. En definitiva, Huntington queda sumergido en la temática ecológica dentro de la cual no necesariamente todo es determinismo, cabiendo una variada gama de matices, algunos de los cuales llevan nombre, tales como el posibilismo, abogado por Lucien Févbre, y el probabilismo.

La incipiente ecología humana o ambientalismo va a tener como eje la consideración de la acción que el medio ejerce sobre el hombre, tratando a éste no como al Rey de la Creación, sino más bien, y conforme a la cita anterior, como al primate superior. Por otro lado, es digna de consideración la otra cara de la cuestión, esto es, la acción que el hombre ejerce sobre el medio y que es exactamente del dominio de la geo-

grafía humana y de una geografía humana retrospectiva, si es que se va a contemplar este fenómeno sobre ejemplos que se remontan al pasado.

Las dos actitudes frente a la interrelación entre el hombre y el medio que consideramos, aun cuando se hayan cultivado como disciplinas independientes y hasta resistan las ventajas de una integración mutua, son parte de una síntesis categórica que no es sino geografía histórica.

Tomemos, como lo hace O. H. K. Spate, en un estudio sobre determinismo, (42) las figuras famosas de Huntington y de Toynbee para que al compararlas surja la analogía en los fines y la diversidad en los medios que emplean y que se mantienen estrictamente dentro del tema propuesto más arriba. Huntington, aunque hace más amplias concesiones a la iniciativa humana de lo que es a menudo reconocido, (42) es el determinista del espacio, mientras Toynbee, no obstante que generalmente disfraza sus voluminosos elementos deterministas (44) lo hace en el orden temporal. El uno considerando toda la superficie terrestre como su parroquia, el otro tomando en su beneficio el registro de amplios períodos de la historia. Spate prosigue esta apasionante y aguda comparación descubriendo el lado débil de cada una de las posiciones: en Toynbee, su ligereza al tratar los elementos concretos del medio, (45) y en Huntington, su enfoque demasiado tangencial, carente de vitalidad interior cuando se enfrenta con las grandes religiones. Las fuentes de la civilización están para Huntington en el medio bio-físico (particularmente en los ciclos climáticos), mientras que para Toynbee están en el ambiente psico-social (especialmente en los ciclos histórico-culturales); de ahí que nos hayamos servido también nosotros de este símil como un medio más para ilustrar la profunda y siempre latente relación entre lo geográfico y lo histórico que, justamente, en vinculación con la incógnita determinista se presentan íntimamente dependientes.

Hay, pues, un aspecto determinista de la historia, por el que se intenta configurar generalizaciones de circunstancias análogas -leyes, sin más- bajo el nombre de ciclos o constantes históricas, etc., tendientes a sistematizar las conductas colectivas conforme al fondo espiritual de las que surgen. Por otra parte, existe una bien desarrollada preocupación por descubrir cuáles son y cómo operan los factores geográficos al componer situaciones tipo. Pero lo que puede colegirse, según la ejemplificación dada por dos figuras cumbre, cada una en su respectiva dirección, es que Toynbee podría haber cumplido en grado mayor su misión de haber agregado a su formidable documentación histórica una pareja información geográfica, a la que Huntington podría haber fundamentado con mayor precisión sus comprobaciones de haber unido a su aguda erudición geográfica, una madura conciencia de investigador histórico.

Véase, como complemento de lo recientemente dicho, el caso de la teoría desarrollada en World Power and Evolution, (46) según la cual cierto cambio climático localizado en la península italiana y sus regiones mediterráneas adyacentes, y fijado cronológicamente entre los años 200 a. de C. y 200 de nuestra era, fue seguido a continuación por un ciclo progresivamente más seco al punto de que, según Huntington, contribuiría a acentuar las miserias del período de la decadencia del Imperio Romano. Para llegar a semejantes conclusiones, echa mano a diversos medios científicos dignos del mayor interés, uno de los cuales -aplicado en California-, consiste en medir el ancho de los anillos de crecimiento de los grandes y seculares árboles característicos del lugar, (Sequoiae) para deducir, después de una serie de consideraciones que dado que la parte Sur de California e Italia Meridional tienen esencialmente la misma clase de clima, las pulsaciones de los dos sitios parecen ser prácticamente las mismas. (47)

Al mismo tiempo, y frente a esta argumentación, el historiador francés Gsell, (48) que estudió con gran detalle y cuidado las colonias romanas del Mediterráneo africano, sostiene que no hay evidencia alguna de que el clima de aquellas épocas fuese distinto del presente y que, por el contrario, todo indicaría que la única variación habría sido un ligero incremento en el régimen pluvial, comparado con los promedios actuales. De todas maneras, como sostiene East, (49) el clima -tema favorito de Huntington-, con ser el agente físico principal, no actúa casi nunca directamente sobre la sociedad y, en todo caso, es a través de la vegetación y de los animales cómo su influencia se acentúa notablemente. Es decir, que el clima como determinante actúa variando las posibilidades económicas del habitat, o concretamente facilitando u obstaculizando la preferencia de un género de vida sobre otro. Por lo tanto, el estudio más genial y detallado que pueda hacerse en esta línea, no puede arribar a explicaciones satisfactorias si no se complementa con un idénticamente meritorio reconocimiento de las condiciones socio-económicas y mentales a que una aglomeración humana ha estado sometida, en dicho caso.

Veremos así que el anhelo de explicarlo todo no puede remontarse sobre una sola vía causal -para peor, indirecta- y que, aún establecidas las conclusiones deben estar precedidas por la descripción, lo más integral posible. De ahí la necesidad de una conjugación entre lo histórico -lo social, lo económico, lo político, lo mental: lo cultural y lo natural- y lo físico, lo biogeográfico, sus aspectos geológicos, hidrológicos, climatológicos, botánicos, zoológicos y antropológicos. Una y otra vez la balanza de la investigación científica se desequilibra. Pudiera decirse que aca-

so es gracias a estos vuelcos violentos de la inquisición humana cómo se enriquece el conocimiento en cantidad y en profundidad, cuando remontando una línea de fenómenos se busca no la primera, sino la más remota causa.

Sin embargo, ocurre que geografía e historia son ciencias madres, cuyo orden general está en cierta forma preestablecido y en las que todo incremento que no se asimila coherentemente queda postergado. Más aún, en todo aquello que tienen de común opera una conjunción de valores semejantes, una armonía conceptual que capitaliza solo aquellas experiencias y resultados que quedan comprobados al pasar por ambas vías, quedando ordenados en los dos sentidos. De allí que en lo histórico-geográfico veremos que la acción del medio sobre el hombre -sin obligación de dar una explicación rigurosamente científica- tanto como la del hombre sobre el medio, desempeñan papeles del mismo peso, no solo sin tratar de excluirse, sino que, por el contrario, en pos de una síntesis satisfactoria. Es inútil continuar discutiendo la explicación de las consecuencias de un cambio; limitémonos más bien a verificar el cambio en sí mismo -¿no es geografía, antes que nada, descripción?- que esto es ya bastante laborioso y, luego, no se nos oculte que el medio físico, a su vez, es el resultado de concausas, ninguna de ellas absoluta.

Con este enfoque, veamos en seguida cómo operan hombre y medio en el contexto histórico-geográfico que, basado en lo que ambas ciencias tienen de complementarias, cubre ampliamente todos los elementos que integran el panorama que acabamos de soslayar.

7. *El complejo histórico-geográfico*

Hasta aquí se ha intentado definir lo geográfico y lo histórico independientemente lo uno de lo otro, por cuestiones de claridad. De ahora en adelante, precisamente, esto ya no va a ser posible. En primer término, porque la línea de este trabajo apunta justamente a la íntima relación entre ambas ciencias, en la medida que es necesaria para captar los hechos que llamaremos histórico-geográficos y que no son una mera amalgama o coincidencia superficial de dos tipos de fenómenos, sino que justamente reflejan una sola y definida realidad común. En segundo lugar porque, habiendo destacado ya ciertos contactos entre una y otra, se ha diluído la frontera que aparentemente las separa de manera irremisible. De tal forma sería ahora forzar las cosas, tratar de aislarlas -lo que, sin embargo, se ha verificado en la obra de muchos geógrafos e historiadores, no solo por sistema, sino por cierta incapacidad de concebir esta interrelación. Nos re-

ferimos, pues, a historiadores carentes de sentido realista y a geógrafos sin verdadera preocupación humana.

Para salvar este abismo que separa a la geografía de la historia, como ciencias, frente a ciertos aspectos de una realidad que resiente el distingo, nace el enfoque histórico-geográfico que no solo intercepta lo geográfico en la perspectiva histórica, sino que concibe lo histórico como una parte de la evolución de la Tierra. Pero para fundamentar esta síntesis es menester probar la indiscutibilidad del factor histórico-geográfico, o sea la peculiar entidad de los hechos que reclaman este punto de vista.

Veamos, por ejemplo, las consecuencias mutuas que puede tener una alteración del cuadro histórico tal como la que actualmente se debate a propósito de nuevas investigaciones sobre la civilización minoica, para formarnos una idea de la vigencia que en el presente y en lo futuro tiene la consideración conjuntamente histórica y geográfica de ciertos hechos. Según el profesor Palmer, (50) de la Universidad de Oxford, quien, partiendo de estudios filológicos, encontró ciertas divergencias con la cronología fijada por Evans al excavar el palacio de Knossos, éste habría incurrido en error al investigar (51) los depósitos de estratos sucesivos, cuya consecuencia sería la de haber sumado indebidamente un total de 1.000 años a un período dado... Dejando a un lado el aspecto polémico de la cuestión -que no es de nuestro resorte-, la mera suposición de que Palmer en efecto logre justificar plenamente su hipótesis significa para todo historiador la necesidad de un replanteo que, entre otras cosas, ocasiona la necesidad de rever las posibles relaciones entre el medio natural y los productos culturales, que podrían haberse verificado en condiciones bien distintas de las supuestas hasta ahora, originándose así la perspectiva de una totalmente nueva geografía histórica para Creta.

Otro ejemplo, que como el anterior se ha recogido entre los muchos casos en que, provista de nuevos medios, la ciencia investiga y cuyas consecuencias son de importancia en relación con lo histórico -geográfico particularmente- es la teoría enunciada por el profesor Galanópulos, del Observatorio de Atenas. (52) Según su opinión, la Atlántida, la isla perdida mencionada por Platón, no habría sido un reino mítico -situado en el Océano Atlántico-, sino que se trataría de la isla hoy conocida bajo el nombre de Santorin -en el Egeo-, en la cual una formidable erupción volcánica -alrededor del año 1500 a. de C.- originó el hundimiento de más de la mitad de la isla en las aguas del mar. El profesor Galanópulos, que es sismólogo, ha procedido, en la formulación de su teoría, partiendo de investigaciones en el campo de su especialidad, pero, a la vez, ha reforzado su hipótesis en textos antiguos según los cuales Platón -regular conocedor del Mediterráneo de su tiempo-, al leer las referencias de Solón

sobre un territorio cuyas dimensiones aparentaban ser desmesuradamente grandes, creyó solo posible ubicarlo en medio del Atlántico. Actualmente, como una manera de comprobar la teoría, científicos soviéticos se hallan examinando muestras de rocas obtenidas a diez metros debajo del lecho marino contiguo a los restos de la isla Santorin. Pero, dejando en este caso también el problema de verificar el acierto de la hipótesis, supongamos que, en efecto, se logre horadar el manto de lava de la sumergida Atlántida y aparezca el muro ciclópeo que, según Platón, rodeaba la metrópoli. En ese caso, inversamente al ejemplo anterior, por medio de una investigación geográfica -en el sentido amplio, ya que se fundamentaría el accidente de la erupción y hundimiento- vendría a confirmarse lo que hasta ahora no ha sido plenamente aceptado por la historia.

Tenemos así que en el primer ejemplo, partiendo de la filología, que en cierta forma es parte de la historia, se corregirían cronologías geográficas, en tanto que en el segundo ejemplo, a causa de un estudio sismológico -que es parte de la ciencia geográfica- se alteraría en cierta forma el curso de la historia. Y esto es apenas una muestra de las múltiples posibilidades de colaboración que existe entre historia y geografía y viceversa, sirviéndonos de dos casos que se debaten justamente en el momento de escribir estas páginas. Lo importante es deducir que así como no se puede sostener honradamente que la pérdida de mil años en la cronología minoica sea solamente un hecho histórico, tampoco la comprobación de la erupción del volcán de la isla Santorin habrá de ser un evento meramente geográfico.

El vasto argumento de la acción del hombre modificando el medio ofrece numerosos temas estrictamente histórico-geográficos cuya catalogación ha sufrido alternativas desorientadoras. En ese sentido, el Simposio Internacional de Chicago, ya comentado, reunió una calificada concurrencia de especialistas en diversos campos de la ciencia bajo el común denominador de El papel del hombre en el cambio de la faz terrestre. Este notable esfuerzo por ordenar los conocimientos dispersos que conciernen a una realidad que en rigor comparten, significa un aporte indirecto de valor inapreciable para el estudio del factor histórico - geográfico, ya que en aquella reunión se prestó particular importancia a la consideración de este tipo de fenómenos desde la perspectiva histórica (capítulo I), aparte de que el resto de las colaboraciones, bien que actualmente no son parte de la geografía histórica, lo son en potencia, ya que constituyen un aporte valioso para quienes en lo futuro estudien los cambios operados en los tiempos que vivimos.

De toda forma, no es posible ocultar el hecho de que algunos geógrafos como G. P. Marsh (53) y R. Sherlock, (54) ya habían advertido exacta-

mente la relevancia de este enfoque. El último de ellos, en *La influencia del hombre como agente del cambio geográfico* argumenta, limitándose especialmente a las alteraciones de orden físico, haciendo un despliegue de información sorprendente con motivo de algunos casos. Por ejemplo, a la fecha en que aquel trabajo fue escrito, calcula en unos cuarenta mil millones de yardas cúbicas la cantidad de roca removida por el hombre desde los tiempos primitivos. De este volumen, aproximadamente la mitad ha sido excavada a cierlo abierto y la otra es producto de la minería. Esta última actividad, a su vez, ha causado asientos en el relieve y ha modificado sustancialmente algunos sistemas de drenaje naturales. Por otra parte, en países densamente poblados, Sherlock calcula que el hombre es cinco veces más efectivo que todos los agentes naturales combinados, lo cual no deja de ser una conclusión sorprendente. En otro de sus trabajos, *El hombre como agente geológico*, (55) estima en unos 850 millones de toneladas el carbón usado en Londres desde 1600 hasta 1912. *Al moderado porcentaje de 5% de ceniza, esto ha rendido 4 millones y medio de toneladas de suciedad que probablemente ha ido directa o indirectamente dentro de las casas londinentes o eventualmente ha sido incorporado al suelo.* También en 1912 considera que cerca del 1% de Inglaterra y Gales está cubierto por caminos y probablemente un área semejante está ocupada por edificios, lo que evita que el terreno natural absorba y alimente a los ríos en un 2% de las precipitaciones pluviales; a esto debe agregarse la canalización de las aguas servidas en cañerías, la cantidad de agua potable bombeada -unos 400 millones diarios- y la bombeada en las minas de carbón -1.746 millones de toneladas en 1913- para formarse una idea de las alteraciones introducidas por el hombre operando organizadamente. En general, todos los ejemplos que se citan de Inglaterra son un anticipo de lo que sucedería en otras partes del mundo luego, como la advertencia contenida en el Informe de la Comisión Real sobre Contaminación, que en 1870/71 ya se preocupa por la destrucción de la fauna fluvial. La destrucción de los bosques tiende a producir inundaciones y promueve erosión, cuyos efectos se hacen sentir año a año para quienes se ocupan ya en el siglo pasado de medir estos efectos.

Finalmente, una de las conclusiones a que arriba Sherlock es que *a un promedio global, el crecimiento en el nivel de Londres sobre sus propios desperdicios sería de un pie por siglo, una cantidad que -según me informan-, es la equivalente a la acumulación en el sitio de las antiguas ciudades del cercano Oriente*, (56) de lo cual puede deducirse

que así como hay factores naturales que actúan sobre el hombre a un ritmo lento pero persistente, así también la acción humana, en la acumulación de actividades cotidianas, produce efectos sobre el medio que son a la postre de un volumen superior al ocasionado por catástrofes. Una vez más se llega a la conclusión de que las ciudades -como en el ejemplo anterior- transforman aun hasta uno de los más básicos de los elementos naturales, el suelo, fabricándose el propio.

Diríase que, en general, los términos de la relación hombre-medio se han invertido en comparación con la Antigüedad y la prehistoria. Entonces, la acción de los agentes naturales actuaba directa y rigurosamente sobre los seres humanos; ahora es más notable la influencia del hombre sobre la naturaleza. Como quiera que sea, esta interrelación no es tan sencilla y tiene permanente validez en ambos sentidos. Los fenómenos de que trata pueden ser analizados en sí mismos, pero adquieren verdadera dimensión cuando se los verifica sobre una pauta temporal.

Más adelante veremos que los hechos histórico-geográficos no solo se proyectan hacia el presente, dando la clave de muchas interpretaciones, sino que trasladados tentativamente al futuro sugieren los lineamientos de condiciones que no son previsibles por otro medio particular, ya que pronostican no tanto un determinado aspecto de la realidad, sino la integridad del paisaje natural y cultural. En esto, ecología humana y geografía histórica comparten una provincia en común. La diferencia estaría en que, como decíamos, hay ciertos fenómenos que estudia el ambientalismo que son históricos en potencia, en este sentido: primero, porque van a pasar a la historia con el transcurrir del tiempo, y segundo, porque el material de que tratan es de jerarquía histórica y sus consecuencias, por ende, también lo serán irremisiblemente.

Con todo, la fundamental diferencia no es ésa, sino esta otra: el ambientalismo habla de procesos generalmente como operados en laboratorio, careciendo unas veces de soporte territorial concreto, y otras, de contexto temporal definido, a causa de su designio esencial de convertir en leyes el elemento central de sus investigaciones. Se trata, en la mayoría de los casos, del proceso en cuanto a tal, sin agotar el estudio de sus posibilidades dentro del marco ilimitado de la realidad concreta. De tal forma, aunque el tema -los hechos histórico-geográficos-, es el mismo, el enfoque es diverso. Hay en el ambientalismo un aire de tesis sofisticada, como diría Sauer, sobre el paisaje, que lo hace en cierto modo no geográfico, aparte de que se despreocupa de los imponderables culturales que un mismo fenómeno físico puede verter sobre el hombre; es decir, también ha sido en cierta manera no histórico. Sin embargo, su contribución es valiosísima en los campos respectivos en los que vuelca su penetrante atención

y su latente determinismo está en realidad justificado por una cuestión de método. Lo importante es apreciar la valorización que de estas investigaciones puede llegar a hacer la geografía histórica al incorporarlas armónicamente a un cuadro, lo más completo posible, del escenario humano -con su dimensión temporal vigente- y poder prescindir hasta cierto punto, de la necesidad determinista utilizada como sistema. El brillo de algunas disciplinas, envueltas en la novedad y la sorpresa, no opaca para nada el valor permanente de las ciencias madres, que son la verdadera síntesis del saber; y en ese sentido el papel de la geografía histórica, en lugar de desarrollarse en el apasionante y misterioso micromundo de la ciencia contemporánea, tiende a asimilar lo que, aislado, tiene un valor muy relativo para las categorías más altas del saber humano.

Pero volviendo a la esencia de los hechos histórico-geográficos, veamos otra connotación que, a fuerza de haberse explorado con gran entusiasmo intelectual, ha dejado la falsa impresión de ser también un punto de vista exclusivo y absoluto. Nos referimos a la visión de los hechos geográficos desde el ángulo histórico, preponderantemente político. Según este enfoque, que arranca, como lo hemos visto, de la Antigüedad clásica -casi sin ampliar sus miras-, la Tierra es el mero escenario de la aventura política de las naciones, concentrando su interés en describir cómo el relieve, principalmente, y los accidentes topográficos en general, han marcado cierto destino a las campañas militares, las migraciones de los pueblos en expansión, el destino de ciertas naciones, conformándose con demostrar así cómo el estudio de un tema puede ayudar a comprender el otro (57) en lugar de combinar el estudio de dos de ellos para un mejor entendimiento de ambos. Pero, lo histórico-geográfico no consiste en la proeza individual de un navegante, explorador o militar. El itinerario de sus viajes -pese a tener nuevas resonancias en el mundo en que se realizaron, no es tan importante como las rutas de la accesibilidad que van a abrirse. Por ejemplo, según Heródoto, marinos fenicios financiados por un Faraón doblaron el Cabo de Buena Esperanza y volvieron, vía Gibraltar, al Mediterráneo. Aun suponiendo la verosimilitud de tal relato, desde el punto de vista histórico-geográfico es un hecho -tanto como sabemos ahora- sin consecuencias. Ni aun el viaje de Vasco de Gama, pese a la proximidad de los hechos que va a desencadenar, tiene la jerarquía de un evento histórico-geográfico en el sentido que signifique una alteración o un cambio de la geografía de manera inmediata. Es la repetición de la proeza -o, mejor dicho, la transformación de la hazaña en ruta ordinaria- la que verifica realmente el proceso histórico-geográfico. Usando de un ejemplo similar podría decirse que el mérito de Colón no reside en el éxito de su empresa propia -

mente dicha, sino en lo que hizo posible, lo que vino detrás; es decir sus consecuencias histórico-geográficas: la conquista y colonización.

Una experiencia, individual o de grupo, que no se reedita hasta movilizar en ese sentido a una comunidad -esto es, un grupo social con asiento a pie firme en un determinado medio físico-, no puede producir un cambio, una alteración histórico-geográfica. Por el contrario, otros eventos menos obvios que el de la circunvalación de Africa por los fenicios, que es de origen histórico, o el terremoto de Lisboa en 1755 -geográfico- pueden tener consecuencias aún más notables y más permanentes, tales como el supuesto cambio de ciclo climático colaborando a la decadencia de todo un imperio, según la ya comentada teoría de E. Huntington.

No se deduzca de lo dicho, ni por asomo, que la doctrina materialista de la historia tiene en modo alguno relación con nuestro pensamiento cuando tratamos de definir la naturaleza de los hechos histórico-geográficos. Precisamente porque estamos caracterizando a la geografía histórica y no a la historia, nos permitimos poner todo el énfasis en los resultados materiales consiguientes para asegurar la categoría propuesta. Tampoco propiciamos una interpretación colectivista de la historia cuando señalamos la relativa importancia de las acciones individuales en relación a lo histórico-geográfico. Muy a propósito se ha argumentado que si Pasteur no hubiese existido, alguien habría descubierto el suero antirrábico, tarde o temprano; con lo cual, mientras se intenta borrar el valor de la personalidad humana, sustituyéndola por un anónimo alguien, se reconoce la necesidad de nombrar un remplazante; es decir al fin una -otra-, persona.

Por el contrario, creemos que la historia es obra de personas y no una mera suma acumulativa de hechos colectivos, aunque justamente, para la geografía histórica no son aquéllas las que cuentan directa e inmanentemente, sino lo trascendente de sus obras.

Para que un fenómeno pueda ser calificado de histórico-geográfico debe alcanzar cierto grado de interconexión entre ambas fuerzas del cambio. La desaparición de una isla en el Océano Pacífico hace 3.000 años puede ser un hecho geográficamente importante e históricamente irrelevante. La acción de una doctrina religiosa puede ser un hecho de mucha gravitación histórica y no tener casi absolutamente ninguna consecuencia geográfica. Estos dos ejemplos extremos quizás ayuden, por el absurdo, a concebir el término medio armónico en que debe estar situado el proceso histórico-geográfico típico: el hundimiento de una isla poblada por un pueblo desarrollado y que se ve obligado a buscar otro sitio donde establecerse -lo que supone una migración, un determinado tipo de ocupación y modifica-

ción del medio conforme a su experiencia anterior y a la condición de su nuevo territorio-, constituye un caso de apasionante interés específico . También la acción de una doctrina religiosa puede derivar casi directamente en una determinada forma de comunidad, cuya vida en el lugar que ocupa se desenvuelve conforme a ciertas normas que se traducen concretamente en la construcción de ciudades, conforme a ciertas pautas en un régimen de división de la tierra, tipos de explotación y dirección de su prosperidad hacia un objeto dado; por ejemplo, la consecución de más tierra para cultivo. Por lo cual puede advertirse que los procesos de que tratamos son siempre dobles y obedecen al juego de dos fuerzas, una de las cuales -sin el concurso de la otra-, puede perder toda relevancia.

La amplitud o estrechez de la escala -temporal o espacial-, también desempeña un papel que merece considerarse. Un proceso físico excesivamente lento puede perder su natural vigencia cuando se lo enfoca con los patrones de la historia o el módulo de las generaciones (por ejemplo: el hundimiento de una costa verificable en períodos multiseculares),del mismo modo que un evento social (por ejemplo: la aparición de un periódico), aun con ciertas repercusiones visibles, en una escala ridículamente restringida y local, por más que se repita, no cuenta geográficamente.

En definitiva, podrá pensarse que no hay hecho geográfico que no tenga cierto sentido temporal y, por ende, sea afín a la historia, y, a su vez, que no hay hecho histórico que no tenga un aspecto espacial -siquiera anecdótico- y, por tanto, geográfico. La verdad es, simplemente, que el absoluto geográfico e histórico no existe, de la misma forma que el juego histórico-geográfico es relativo, tendiente a un punto en que ambos factores independientemente se relacionan reclamando una visión conjunta, so pena de falsear la realidad.

Los componentes históricos y geográficos se dan en la conquista de América, pongamos por caso, de tal modo que no solo hace falta la geografía para entender la historia -ayudarse con mapas y descripciones (geografía detrás de la historia)-, sino que la transformación del medio de entonces obedece principalmente a la acción del hombre (historia detrás de la geografía). La consideración de ambos enfoques aislados no alcanza a superar el vacío que solo puede salvar el tratamiento paralelo de la geografía histórica, donde su esencia está no en una suma, sino en una selección de material específico, en la que lo histórico es tenido en cuenta solo en la medida en que tiene repercusiones geográficas, y lo geográfico -o espacial-, en el nivel en que gravita histórica, humana o temporalmente.

Es decir, se deja a un lado -por lo menos en relación al eje de la cuestión-, lo histórico, en su acepción más espiritual y abstracta, que no gra-

vita en forma apreciable y directa sobre la instalación, contorno y secuencia ocupacional de las aglomeraciones; tanto como lo geográfico concerniente a fenómenos que no tienen influencia directa sobre los pobladores de un medio dado.

La geografía histórica no pone empeño ni en la historia -no espacial-, ni en una fisiografía retrospectiva sin eco antropogeográfico, sino que la esencia de los hechos de que trata consiste en una combinación -por cierto bien frecuente-, de lo histórico en su dimensión tangible y de lo geográfico en su dimensión humana.

CAPÍTULO II

PRINCIPIO Y MÉTODO DE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA

1. ¿Qué es geografía histórica?

Dice Carl Sauer: cuando un tema no está conducido por su problemática, sino por la definición de sus límites, es probable que esté condenado a agotarse, (58) y prosigue más adelante: una ciencia sana está comprometida con el descubrimiento, la verificación, la comparación y la generalización. Siendo, en efecto, importantes las cuestiones epistemológicas que suscitan los nuevos enfoques científicos, esta preocupación no puede disputar su prioridad a la ocupación de la ciencia misma, sin cuya indagación profunda es imposible darle un valor determinado. Ocurre con la geografía histórica que ofrece aspectos de deslinde particularmente difíciles, por cuanto se origina justamente en un campo sometido a la atracción de dos ciencias conocidas y fundamentales. Empero, si nos hemos ocupado de definir aquéllas, ha sido precisamente en la intención de presentarlas como un par polar entre el que se desarrolla la geografía histórica y no con el objeto de determinar sus fronteras. Sería ilusorio imaginar, por lo demás, que la esencia de la geografía histórica surge por sí sola al considerar aquéllas como un par, porque correríamos el peligro de diluirnos en uno de los dos sentidos.

La geografía histórica tiene entidad propia precisamente porque, como vimos antes, existen fenómenos cuya visión desde un punto de vista geográfico y/o histórico disminuye el contenido pleno de los hechos. Lo histórico-geográfico es una evidencia que no necesita demostración, y la existencia de una ciencia que estudie esto, una consecuencia natural de dicha evidencia.

Si se nos preguntara el porqué de nuestra inquietud, habría que responder en el mejor de los casos como aquel famoso alpinista al que después de ascender al Himalaya se le interrogó acerca de los motivos que lo habían movido a emprender tan laboriosa empresa y que contestó tan simple como elocuentemente: porque el pico estaba allí. Del mismo modo, Emile Rideau (59) al analizar los móviles que impulsan al hombre a tentativas aparentemente ilógicas, tales como batir records de velocidad.

explica que no lo hace conscientemente con miras de un fin, sino porque siente la necesidad de verificar aquello que cree que es capaz de realizar.

Indudablemente, toda la ciencia contemporánea participa en buena medida de esta actitud, hasta en cierto modo podríamos decir instintiva, que si bien no puede ser una meta en sí misma, es una alternativa que ofrece nuevas preguntas y nuevos puntos de partida. Otra política: cerrar las puertas a la imaginación y a los planteos de una realidad distinta es inconcebible para el ser humano; por lo menos, de una manera general y desde un ángulo puramente especulativo, sin tomar en cuenta el uso que haga de su conocimiento, que esto es ya otro problema.

Pero volviendo a la entidad propia de la geografía histórica y que la valora por sí misma, convendrá tener presente lo dicho por R. Hartshorne, siquiera como tema de arranque para una determinación más concreta del objetivo central: La geografía histórica no es una rama de la geografía comparable a la geografía económica o política. Tampoco es la geografía de la historia ni la historia de la geografía. Más bien es como otra geografía, completa en sí misma, con todas sus ramas.(60)

Sucede, en tanto, que para concebir esa otra geografía de lo que ya no existe como tal, se necesita de la historia, no solo metodológicamente, que eso lo veremos luego, sino conceptualmente. Ya no se trata tanto de descripción objetiva, como la que puede alentar y conformar al geógrafo corriente, sino que allí las interacciones, las tendencias y cierto sentido evolutivo están presentes cubriendo amplios períodos de tiempo, durante los cuales el proceso sigue y adquiere diferentes aspectos. Mediante la consideración de estos elementos, la tarea del geógrafo histórico adquiere un matiz bien diverso del simple geógrafo. De manera tal que si al final llegamos a formular, ciertamente, otra geografía, el que lo realiza no lo alcanza en tanto geógrafo, sino en calidad de geógrafo histórico, con todo lo que esto va a traer apareado.

Por las mismas razones, no es válida la definición dada: La aplicación del adjetivo histórico al nombre geografía estrictamente hablando lleva meramente los estudios del geógrafo hacia atrás en el pasado; su tema concreto sigue siendo el mismo (61) (léase geografía). Únicamente una subestimación de los valores históricos puede haber concebido una visión tal del problema. Dicho en otras palabras, lo que busca el geógrafo y el geógrafo histórico es análogo, pero no es lo mismo. Recuérdese la frase más bien como otra geografía, que no es igual a expresar rotundamente exactamente igual a otra geografía, apar-

te de que no solo la meta no es la misma, sino que los medios son bien diferentes. La incorporación de la historia agrega una dosis de elementos culturales imponderables, diluidos sutilmente en el tiempo, para puntualizar el aspecto más contrastante, que modifican sustancialmente el carácter positivo de la ciencia geográfica, y obligan a valorarla consecuentemente acorde con las auténticas condiciones del medio fenecido, para ser posible una verdadera reconstrucción de ese pasado en punto a geografía.

La geografía histórica tiene que valerse, en principio, de documentación histórica para formular sus temas y no puede prescindir de ella para cumplir su misión. A la vez, la investigación de los fenómenos naturales -en mayor parte integrante de la geografía-, arroja luz sobre hechos que no pueden definirse satisfactoriamente a través de la historia, aun puesta de la mejor manera posible en términos espaciales. La ignorancia del sentido de palabras en desuso, o la equivocación en una acepción, son errores que llevan a malentendidos inexcusables, de la misma forma que mantener un criterio científico caduco al tratar un proceso natural dado, es despreciar el fruto que efectivamente puede proporcionar el punto de vista integralmente histórico-geográfico y que consiste, no precisamente en disecar una realidad pasada, sino en *revivirla* en todas las dimensiones que sea posible, especialmente atendiendo a la unidad del fenómeno.

En síntesis, la colaboración de ambas ciencias debe ser íntima y, en determinado momento, estar subordinada a los dictados de la propia geografía histórica, que, como vemos, tiene sus propias reglas.

Pero si la proximidad con la geografía es tal que se trata de *otra geografía en sí misma*, la relación con la historia no es menos directa. A este respecto, podríamos parafrasear el concepto de Hartshorne y decir que *no es una parte de la historia como la historia económica o la historia política, sino que es como una "historia en sí misma"*. Pues, en verdad, el experto no necesita meramente entrenamiento geográfico dado, sino que el objeto final es una revivificación histórica; la reconstrucción del paisaje como *ámbito* de todas las acciones humanas y no meramente en relación con alguna de ellas, como lo hace el historiador político o el de la economía.

Más aún -y aquí viene otra discrepancia con la teoría de la *otra geografía*-, la geografía histórica no puede limitarse a reconstruir el pasado, tomado en fases parciales o estáticas, ya que ésa no es la misión central de la historia, sino, por sobre todo, integrar una continuidad coherente y dinámica. Al tratar del método, veremos que por motivos de sistema es más práctico fijar etapas, cortes en el tiempo, aunque el uso

de este recurso en modo alguno significa que los huecos que se crean arbitrariamente carezcan de sentido, sino todo lo contrario.

Entretanto, el lector tendrá derecho a preguntar por qué la geografía histórica, como disciplina, hace una aparición tan tardía en el panorama de la ciencia, si es que, como decimos, su temática estaba implícita no solo en la realidad, sino en el conocimiento de esa realidad a través de diversas disciplinas, en particular la geografía e historia antiguas.

Piénsese que la visión de un Herodoto o un Estrabón, con estar enfocada, no es profunda, sino ingenua. La incorporación de elementos geográficos a la historia, y viceversa, de elementos históricos a la geografía, tiene un carácter predominantemente anecdótico. A medida que cada una de estas ciencias se desarrolla y se complica, naturalmente se va alejando de aquella ingenua universalidad y concentrándose en sus propios resultados e ideas. La edad filosófica del realismo ingenuo va a ceder paso al idealismo. Solo, por efectos de una madurez que se va a comenzar a percibir en el siglo XIX, historia y geografía redescubren su esencial vinculación y van insensiblemente formulando un modo de pensamiento que podríamos llamar de neorrealismo. Así, la explicación de la influencia del medio sobre las culturas y los pueblos, simplificada en la Antigüedad y olvidada en el largo paréntesis siguiente, va a asumir un carácter totalmente diferente en los últimos doscientos años. Tanto historiadores como geógrafos son los primeros en reconocer que, pese a los formidables avances cumplidos por ambas disciplinas, la historia está aún distante de poder revelar el motivo último de las acciones humanas y la geografía, solo ahora comienza a aplicar un criterio adecuado a la relación hombre-medio.

E. Huntington, a quien erróneamente pudiera juzgarse como la figura prototipo del optimismo ambientalista, no ceja en advertir las dificultades extraordinarias que se deben superar en este nuevo y complejo camino de la investigación. Cargando las tintas para expresar más dramáticamente las etapas que todavía hay que recorrer, advierte que muchos historiadores, reconociendo la necesidad de un mayor conocimiento geográfico, se conforman fácilmente con anteponer un capítulo, en sus libros, dedicado a describir el medio donde transcurre la acción, para luego olvidarse de todo esto durante el resto de su trabajo. Por supuesto que se dan cuenta que ni un ejército ni un rey pueden estar en dos lugares al mismo tiempo y que en el pasado se requerían varios días para mover un batallón aunque fuese unas pocas millas..., consideran una intriga de palacio como más importante que las influencias de clima, relieve, género de vida, etc.,

sobre el carácter nacional o sobre situaciones específicamente históricas. Ésta no es una falta de los historiadores. La falta radica en que simplemente la historia y la geografía están todavía en un muy crudo estado de desarrollo. La ruta hacia un desarrollo más alto ha sido explorada hace poco por los historiadores de la economía... Pero, por otra parte, Huntington también debe reconocer que los geógrafos han seleccionado solamente aquellos ítem históricos que convienen para ilustrar sus puntos de vista especiales dentro de cuyo enfoque se da por aludido a sí mismo, y termina confesando con sincera modestia que a pesar de que todos estamos de acuerdo en la íntima relación entre geografía e historia, nos hallamos todavía en el principio de nuestra tarea. Hemos alcanzado solo la etapa de acumular materiales para las bases sobre las cuales nuestros sucesores puedan edificar una justa y persuasiva estructura. (62)

Hemos citado estos fragmentos no solo por lo que expresan, sino por provenir de quien ha dedicado su vida, más que a la geografía histórica *stricto sensu*, a establecer exclusivamente las más complejas concomitancias entre medio natural y humano, para reconocer al final de su largo camino la necesidad de madurar el sentido geográfico de la historia y el sentido histórico de la geografía que son el fundamento, sin duda, de la disciplina que estudiamos conforme la hemos definido.

Durante siglos, el hombre ha vivido convencido de la idea de que la historia tiene la calidad de un relato más o menos estático, cuyos frutos dependen de la manera en que nos compenetramos con él a fin de sacar una moraleja. De pronto, se advierte que la historia habla por sí sola y elabora ella misma sus propios resultados. Del mismo modo, la versión vulgar de geografía se sujeta comúnmente al quehacer descriptivo del paisaje natural hasta que cobra conciencia de la magnitud que tiene la intervención del hombre sobre el paisaje, no solo modificando la naturaleza virgen, sino más aún, alterando sus propias obras.

A partir de este punto, la historia adquiere la noción de proceso –que traza como un puente hacia las ciencias naturales– y la geografía descubre su contenido humano, que la acerca a las ciencias del hombre. De allí no hay más que un paso para descubrir que no solo lo histórico tiene una dimensión espacial y la geografía una temporal, sino que la realidad en sí misma presenta situaciones y fenómenos que no admiten otro punto de vista que el que resulta de la conjugación de ambas actitudes. Desde ese momento se comprende que la historia y la geografía, por evolucio-

nadas que estuvieran, son en este aspecto, impotentes para captar la integridad de estos hechos sin seccionarlos.

Hay un algo más que no tiene mayor relación con el avance científico, según lo cual el ojo humano ha tenido épocas en que se ha acomodado mejor para ver el conjunto, y otras en que los árboles han impedido ver el bosque. El siglo XIX, justamente, como período de grandes cambios, exhibe una formidable insensibilidad al respecto, nacida probablemente de la euforia de los cambios mismos. La sociedad progresista entrevió el futuro dorado en una sola dimensión, sin hacerse cargo de la problemática relación entre lo nuevo y lo que necesariamente tendría que subsistir de lo viejo; algo que es una constante histórica difícilmente posible de ocultar. Tampoco se detuvo a considerar las interacciones que se suscitarían entre el mundo nuevo y el hombre viejo. (El surgimiento de grandes aglomeraciones urbanas y la mayor demanda productiva del campo son dos notas fundamentales de esta etapa.) Todo esto que en verdad no era preocupación del hombre de acción, fue despertando en la mente de los pensadores, bien que a un ritmo mucho más lento que el de los propios cambios introducidos en la realidad. De cualquier manera, la necesidad de una visión conjunta e integral comienza a tomar nueva forma con el desarrollo de la nueva geografía y con la nueva historia. Derivada de ella va a nacer, muy pronto, la preocupación práctica por ordenar el medio integralmente en beneficio de la sociedad, como que en rigor las alteraciones sufridas por éste repercutían cada vez más sobre la vida del hombre mismo.

Lo dicho tiene vigencia aun en el presente, cuya realidad no es usualmente percibida en la dimensión integral propuesta. Por una paradoja del espíritu humano pareciera que aquellos que tienen el sentido del tiempo carecen del sentido del espacio, y viceversa, consagrándose unos a la ejecución de las obras materiales sin cuidado por el pasado ni por el futuro -que no es una manera profunda de pensar en el hombre- y otros, ocupados en la abstracción de los números y de los valores, que es una manera suicida de proclamarse solidario con la humanidad.

Por lo que puede verse, las implicaciones profundas del tema siguen en pie, aunque la necesidad va abriendo los ojos, en primer lugar de los políticos que llegados al poder comprueban con sorpresa que la base firme de la acción de gobierno no solo deriva de un sentido histórico de la nación, sino también de una honda comprensión geográfica del país real. Al decir geográfica, significamos con ello toda su realidad material, sus recursos naturales y humanos, las pautas de su repartición sobre el territorio; lo cual no impide reconocer que el completo significado de la his

toria de los países no está tanto en su lista de héroes y batallas cuanto en la evolución de sus formas de vida, la cultura de sus ciudades, el acierto de sus divisiones administrativas, el arraigo de sus hombres en el suelo.

2. *La ciencia histórico-geográfica*

Entre quienes han investigado la realidad histórico-geográfica y la han estructurado como disciplina propia, no hay una coincidencia absoluta en materia de definición, bien que en la práctica predomine aquel espíritu de indagación -del cual hablaba Sauer-, gracias al cual la geografía histórica no corre riesgo alguno de dar un paso en falso. Es decir, a nuestro entender, por diversos que sean los enfoques formulados y aplicados hasta ahora, consideramos que el óptimo está en la suma de todos aquéllos, pues de una manera u otra son asimilables hacia un mismo objetivo.

Esquemáticamente veamos algunas de las más corrientes acepciones dadas a la geografía histórica y que la definen sucesivamente como el estudio de: (63)

1) La historia de la geografía como ciencia (o historia del pensamiento geográfico).
2) Los cambios en la jurisdicción territorial desde el punto de vista político y administrativo. (64)
3) La influencia de las condiciones del medio sobre los hechos históricos. (65)
4) La reconstrucción de la geografía de un área dada en un período pretérito.
5) Los cambios geográficos -físicos y humanos-, a través del tiempo, sistemáticamente.

Podría asegurarse que las diferentes definiciones han ido siendo formuladas en realidad en esta misma sucesión; por lo cual, la última sería la síntesis de las demás. Con todo disentiremos de ella, como un producto nacido y excesivamente dependiente de la geografía en general, ya que en la medida que tanto historia como geografía predomine, se pierde la esencia del objeto, aunque esto no nos impida reconocer la formidable contribución de los geógrafos contemporáneos a configurarla.

Al analizar individualmente estos diferentes enfoques vemos que se ha partido de un malentendido, según el cual la geografía histórica sería la crónica y registro de las alternativas sufridas durante el desarrollo de la geografía como ciencia. En primer lugar, la geografía histórica aparece

como parte de la geografía o de la historia, según se vea, y para nada como otra geografía en sí misma, con todas sus ramas, sino como una de las historias a las que nos referimos en el capítulo anterior.

En cualquiera de las hipótesis se trata de un concepto superado y diferente, por cuanto lo histórico aquí no es relativo a la geografía, sino a lo geográfico, y la geografía histórica no es una mera historia de la geografía, antigua o pasada. Las historias de los mapas, las biografías de los geógrafos célebres, la historiografía de las antiguas geografías, la historia de los descubrimientos y exploraciones geográficos, la evolución de las técnicas cartográficas usadas y el desarrollo del pensamiento geográfico, son tópicos afines que, empero, siendo útiles auxiliares de la geografía histórica, no constituyen su núcleo. Es cierto que para cultivar esta especialidad hay que tener un relativo dominio de la historia y de la geografía, aunque no por eso el resultado sea histórico-geográfico. Por lo demás, se trata de una erudita tarea en archivos y bibliotecas, sin referencias a la realidad actual y sin necesidad de trabajo de campo alguno.

Como dijimos más arriba, llamar geografía histórica a esto no es más que un malentendido, provocado originalmente, como dice R. Hartshorne, por geógrafos británicos que ocasionalmente usaron el término para referirse a la historia de la geografía como ciencia. (66)

Si la primera definición corresponde más bien a una historia de la geografía, la segunda se refiere más exactamente a una geografía de la historia, con la salvedad de que aun así no llena toda su misión potencial. Geografía de la historia sería, pues, el enfoque por el que se registran las consecuencias geográficas de la historia en general; esto es, con particular atención a la tabla de valores de ésta. De tal forma, la interpretación geográfica de una campaña militar, o de la expansión de un imperio, o de la migración de un pueblo está condicionada menos a la relevancia de las causas que a la de sus efectos. Si perseveráramos en esta dirección, podríamos acercarnos a una concepción de la geografía histórica propiamente dicha, ya que los efectos actúan a su vez como nuevas causas. Sin embargo, en la práctica, quienes han aplicado esta fórmula la han restringido a una sola vía, esto es, la de la trascendencia geográfica de los hechos políticos y administrativos, con especial atención sobre los cambios en la delimitación de nuevas fronteras y jurisdicciones administrativas.

Esta orientación que por ser un aspecto de la geografía histórica precisamente no es total, es más bien geografía política evolutiva y tiene por objeto principal el de ser un auxiliar para la comprensión de la historia

-la famosa lectura ayudándose con mapas-. Trata de hechos abstractos o al menos intangibles en su real entidad.

Quizás un procedimiento sencillo para hacer comprender el objeto de la geografía histórica a quienes no alcanzan a ver claramente su campo sería explicarlo partiendo de los llamados atlas históricos (más propio sería denominarlos atlas de historia). Estos atlas, de uso corriente en la enseñanza, exhiben cartográficamente una especie de geografía política retrospectiva. Y no es de extrañarse que sus límites sean tan estrechos desde que hace menos de un siglo los atlas trataban casi exclusivamente de mapas políticos, descartando el resto de la expresión geográfica.

Pero hoy, cuando hasta los más elementales atlas muestran mapas fisiográficos, climáticos, económicos, de comunicaciones, etc., no es posible aceptar como única dimensión del pasado geográfico, los límites administrativos y políticos, la localización de ciudades y pueblos. El grado de desarrollo de la geografía en general exige una geografía retrospectiva completa; es decir, atlas históricos de todo lo demás, en los que figuren los mismos ítem que en los atlas actuales, en la medida en que los cambios ofrezcan el interés de la evolución y el contraste.

La tercera definición incorpora la noción de causa geográfica. Es una geografía de la historia más amplia que la anterior, y está dominada fundamentalmente por el ansia de la explicación. No es que siempre haya ingenua o deliberadamente tratado de determinarlo todo, o que no haya reconocido -a veces-, la influencia de otros factores que no son del medio, actuando sobre la historia, pero sí que para poder cumplir su cometido haya debido elegir caminos de especialización suma, perdiendo inevitablemente la idea de conjunto que es matriz en geografía, y lo que es más: la labor básica del geógrafo, o sea la descripción, sea harto fragmentaria.

En efecto, una vez alcanzado el objetivo acuciante de la interacción se desentiende de los medios empleados, como si fuese posible usar la geografía del pasado con el mismo espíritu pragmático que podemos usar la de hoy. Es decir, se supone como dado el conocimiento exhaustivo de la geografía de un período pasado, a partir del cual se puede enriquecer la historia. Como se ve, estamos frente a una contradicción, ya que es esa geografía integral del pasado lo que en realidad hay que demostrar como cierta antes que nada.

Por tanto, esta acepción va más allá de los límites de la geografía histórica; comparte mucho de su enfoque con el ambientalismo o la ecología humana, solo que lo traslada concretamente a los casos del pasado -con lo cual se complica extraordinariamente, aunque gana en interés-, y si presta algún servicio a la geografía histórica, lo hace con carácter

TIPOS DE GEOGRAFÍA HISTÓRICA ESPECIALIZADA

Orientación	Ejemplo	Autor
Climatología histórica	El entierro de Olimpia: un estudio sobre clima e historia	E. Huntington
Geomorfología histórica	Historia de los maremotos acaecidos en Chile (1562-1932)	Bol. Serv. Sismológ.
	Las causas naturales determinantes de la forma de la costa de los Países Bajos.	J. de Veen
Fitogeografía histórica	Historia de los bosques del mundo	R. St. B. Baker
	La vida de las plantas en los Alpes Suavos	R. Gradmann
Zoogeografía histórica	La invasión de Nueva Zelandia por gente, plantas y animales.	A. H. Clark
Ecología histórica	Demografía y ecología históricas de Teotlalpan	S. F. Cook
Antropogeografía (gral.) histórica	Los paisanos de la Normandía Oriental	J. Sion
Geografía agraria histórica	Los caracteres originales de la historia rural francesa	M. Bloch
	Historia de la vid y del viñedo en Francia	R. Dion
	Cambios en la utilización de la tierra al SO. del valle de Londres (1840-1932)	E. C. Willat
Geografía urbana histórica	La ciudad europea occidental	R. E. Dickinson
Geografía industrial histórica	El desarrollo industrial de Birmingham (1860-1927)	G. C. Allen
Geografía del comercio histórica	De Potosí a Buenos Aires: una ruta clandestina de la plata	F. Braudel

Geografía del transporte histórica	Geografía histórica del ferrocarril en las Islas Británicas	E. F. Carter
	Navegación fluvial en Inglaterra (1600-1750)	T. S. William
Geografía colonial histórica	La Comunidad Británica de Naciones	A. Demangeon
Demografía histórica	Evolución de las densidades de población en Anjou (1806-1936)	A. Chatelain
	Población medieval británica	J. C. Russell
Geografía política histórica	Geografía histórica de Francia	A. Mirot
Sociografía histórica	Poblaciones meridionales del Brasil	O. Vianna
Geografía económica histórica	Un relevamiento económico de la Antigua Roma	T. Frank
Geografía estadística histórica	Estadísticas históricas de los Estados Unidos	Dep. de Comercio USA
Aerofotografía histórica	Inglaterra medieval: un relevamiento aéreo	M. Beresford y J. K. St. Joseph
Geografía histórica arqueológica	Whitington romano y sajón: un estudio en continuidad	H. P. R. Finberg
Geografía histórica documental	Geografía del Domesday Book de Inglaterra Oriental	H. C. Darby
" " prehistórica	Geografía humana prehistórica	R. L. Nouvier
" " clásica	El Peloponeso	E. Curtius
" " bíblica	Geografía histórica de Tierra Santa	Adam Smith
" " medieval	L'Oisans en la Edad Media	A. Allix
" " renacentista	El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II	F. Braudel
" " moderna	Espejo para americanos. La apariencia de la costa oriental: 1810	R. Brown
contemporánea	El Valle de Santa Clara, California	J. M. Broek
Toponimia histórica	Toponimia en la Geografía de la "sequent occupance" en la región de Calumet, Indiana, Illinois	A. H. Meyer

Nota: El cuadro presentado tiene por objeto ilustrar fehacientemente acerca de las múltiples modalidades que adopta la geografía histórica. El grupo superior responde a una orientación de base geográfica, en tanto que el inferior a un predominio del argumento histórico.

tentativo, pues estudia el papel de un factor concreto. *Supuesto que una determinada geografía del pasado sea así, se infiere que la influencia de un elemento del medio ha sido tal.*

Solo después de haberse advertido la complejidad de la reconstrucción del pasado geográfico, se ha ido aceptando la idea de que sin una revivificación total y conjunta de todos los hechos naturales y culturales es aventurado formular teorías explicativas exclusivamente *monocausales*. Una vez más, el sentido profundamente descriptivo e integral de la geografía *per se*, nos ayuda a comprender los riesgos de perder de vista el bosque por mirar el árbol, o como diría Vidal de la Blache, de dividir lo que la Naturaleza trae junto.

Porque, ¿cómo estudiar la influencia de las condiciones del medio histórico sin tener en cuenta el principio de conexión de la naturaleza y la interacción originada por el hombre como agente de transformación de ese mismo medio? Las *precoces* -¿podríamos llamarlas así con el mayor respeto y admiración?- investigaciones de Huntington, por más que su autor reconozca sus dificultades, parten de una compartimentación geográfica en la que voluntaria o involuntariamente predomina un factor sobre los restantes, generalmente el clima. Su especialismo, por lo demás, está reñido con el amplio y complejo contenido universalista de la historia. Entendámonos, el defecto de este enfoque no reside en su carencia de contrapeso humanista o filosófico -¿por qué habría de estar obligado un Huntington, además de dominar una determinada disciplina, a ser experto en otras? No, el defecto está en el *espíritu* que exhibe, probablemente en la falta de una predisposición temperamental -que es primordial para captar el sentido histórico-geográfico de la realidad-, como dice O. H. K. Spate, (67) carente de receptividad interior y demasiado externa en el enfoque.

Se puede verificar un ciclo climático de la Antigüedad y con ello se hace un aporte valioso a la reconstrucción de una geografía del pasado, pero no se puede considerar que se hace geografía histórica indagando una sola línea causal para volcar todo el énfasis en el problema de la interacción en sí mismo. La capacidad y persistencia de un Huntington, de haberse aplicado a una visión menos especializada pero más completa, habría producido investigaciones de mayor valor histórico-geográfico. Tal cual se han realizado, lo repetimos, tienen un valor accesorio, y al decir accesorio no les quitamos mérito, solo que exigen una integración más lograda desde el punto de vista histórico-geográfico para que incluso sus conclusiones tengan un valor más probado.

La cuarta y quinta acepción son ya definiciones más universales de la

geografía histórica, aunque difieren en el enfoque que es, en cierto modo, complementario uno del otro. Según la primera de ellas, la geografía histórica consiste en una geografía retrospectiva, o sea en la reconstrucción de las condiciones geográficas de un lugar dado, en un determinado período del pasado. Se trata, como se ve, de aquella *otra geografía* de que habla Hartshorne (68) como *otra y completa*, compuesta sobre la base de la documentación histórica y con ayuda de métodos científicos orientados hacia la investigación genética de los procesos, a fin de poder fijar su situación y estado en un momento determinado del pasado.

La resultante de una geografía histórica encarada así es un producto relativamente estático en el que el contenido histórico se expresa más como una vivencia resucitada que como una tendencia en movimiento. *Stricto sensu* es más un punto de partida para nuevas investigaciones que una meta en sí misma.

En rigor, la labor dentro de dicha orientación puede ser calificada como intento de emulación de la documentación propiamente dicha, y en todo caso, su resultado final no es más que un complemento de la misma, una investigación formal carente precisamente de *sentido* histórico.

El caso análogo en historia sería ese enfoque limitado de algunos investigadores a un período estricto, a veces dedicando toda su vida y energías sin salir de él, y como empeñados en revivir todo un mundo, una circunstancia, finalmente representada como carente de pasado y de futuro, como una congelación del tiempo, muy valiosa, pero solo para quienes sobre ella escriban la historia en su dirección proyectiva.

La quinta acepción tiene un sentido más dinámico: el estudio de los cambios geográficos a través del tiempo, aunque a riesgo de perder homogeneidad en su formulación. Se trata de geografías históricas enfocadas hacia un objeto determinado, tal como la geografía histórica de una ciudad *-geografía urbana histórica-*, de una industria *-geografía económica histórica-*, de la población de un lugar, *-demografía histórica-*, de la agricultura de una comarca, *-geografía agrícola histórica-*, o de los medios de comunicación de un país *-geografía del transporte histórica*. Estos ejemplos, como puede percibirse, son enfoques lineales en todo su desarrollo, pero con restricción a un solo tema. Así, pues, más comúnmente se los titula *evolución* de una ciudad, industria, población, agricultura, transporte, etc., con especificación de su órbita de acción espacial. Su expresión suele ser, por lo general, menos precisa desde el punto de vista gráfico, a la vez que requiere un uso mayor de cifras estadísticas y otros elementos destinados a reflejar la idea de movimiento y de cambio.

Ahora bien, si ni la historia de la geografía *-primera defini-*

c i ó n - ni la geografía de la historia - s e g u n d a d e f i n i c i ó n - son estrictamente geografía histórica (siendo la tercera un enfoque especialista), la geografía retrospectiva (c u a r t a d e f i n i c i ó n) o la geografía evolutiva - q u i n t a d e f i n i c i ó n - tampoco, independientemente, llenan por completo la misión potencial de la geografía histórica plenamente realizada.

Para cumplirse integralmente ésta, es preciso componer el aspecto retrospectivo en forma de serie, a fin de que cada etapa, o corte en el tiempo, adquiera una valorización relativa al resto de la evolución. Eventualmente, y por cuestiones de método, se puede hacer más o menos necesario desarrollar específicamente un aspecto geográfico-histórico con mayor precisión y detalle. De manera pues, que el trabajo de fondo consiste en la reconstrucción de la geografía en períodos pretéritos, pero la condición de su realización total estriba en que se proceda a repetir el mismo enfoque, sobre la misma escala espacial, en otros períodos de tiempo, generalmente condensados en determinadas f e c h a s e j e .

Aun así, no satisface plenamente el espíritu de indagación del investigador el hecho de que se pretenda reconstruir las condiciones del medio físico -natural y artificial- o de la geografía del pasado, como si ese medio fuese un mero resultado material. Una reconstrucción retrospectiva, o evolutiva, no puede descartar la influencia de otros elementos, de o t r a naturaleza, cuya gravitación, aunque no cuantitativamente probada, es inexorablemente real.

Por otra parte, sucede, pues, que al decir geografía retrospectiva se sugiere el caso falso de que fuese posible utilizar los mismos dispositivos que se emplean para investigar la geografía actual, siendo que más que meramente retrospectiva es h i s t ó r i c a ; es decir, está alerta de aquellos factores humanos y sociales que gravitan en la configuración del medio físico, bien que por caminos sutiles e imponderables como a través de lo que se llama los f a c t o r e s m e n t a l e s

Es ilusoria la reconstrucción de la situación pretérita con el único propósito de buscar las causas, ya que nos valemos justamente del estudio de esos mismos agentes del cambio para poder construir el esquema que idealmente refleje lo que ya no es posible ver en la realidad.

Una vez más se comprueba que la fusión histórico-geográfica crea problemas inéditos y diversos de los que emergen de cada una de esas ciencias separadamente. Piénsese que frente a la más perfecta reconstrucción de una pasada geografía que pueda concebirse, el esfuerzo pierde validez si no estamos capacitados para interpretarlo históricamente; esto es, darle a cada rasgo el valor relativo e interdependiente que tenía en el momento real de su existencia.

En cuanto a la definición del objeto, consideramos agotada la disquisición, por cuanto nuestro móvil no ha sido encontrar una fórmula teórica ideal, de aplicación infalible, sino más bien indagar a fondo todas las posibilidades que se derivan de esta disciplina, apuntando especialmente hacia esos aspectos que consideramos fundamentales y consignando lo accesorio en su calidad de tal.

Examinando cuestiones de método surgirán inevitablemente nuevos matices y se podrá apreciar, prácticamente, la mayor ventaja de ciertos enfoques sobre otros, según sea el caso que se considere. En una palabra, la realidad hablará un lenguaje menos rígido, pero quizá más preciso, cuando, siguiendo el consejo de Sauer, se busque, por sobre todo, la esencia problemática de la geografía histórica, ya que la cuestión de sus límites y alcances vendrá por añadidura.

3. *Enfoques y experiencias verificadas*

Si bien no hay ninguna duda de que existen principios sólidos que fundamentan la geografía histórica, es decir que hay un espíritu histórico-geográfico según el cual se percibe la realidad de una determinada manera, todavía más concreto es el hecho de que no se trata solo de un punto de vista, sino de una disciplina practicada tangiblemente por investigadores y estudiosos, principalmente en Europa y en los Estados Unidos.

Queremos significar que mientras el espíritu de la geografía histórica necesariamente comparte inquietudes con otras ciencias, la manera más positiva de verificarlo es acudiendo a los ejemplos que ofrece el ejercicio de su método. Aquí habría que repetir que así como hay diversos asuntos en geografía histórica, hay también diferentes métodos.

La aparición de la geografía histórica en el panorama científico no es un hecho fortuito ni siquiera repentino. Tampoco es el resultado de la progresiva maduración de una actitud que, como vimos, arranca de los tiempos clásicos. Entre aquella visión ingenua del problema y ésta hay un largo paréntesis.

En suma, puede decirse que la Geografía Histórica como tal surge, con su problemática bien definida, hace apenas poco más de cincuenta años. Los otros cincuenta años que completan el siglo son fecundos, empero, en antecedentes directos, tales como la organización de la geografía moderna, a partir de Humboldt y Ritter, y la renovación del pensamiento historicista, sin contar los adelantos introducidos en los diferentes campos de la investigación científica que, de una manera u otra, van

influir en la estructuración de la nueva disciplina, formulando nuevas preguntas o proveyendo los medios enderezados a enriquecer el haber de una documentación útil.

Dado el cúmulo de información que se puede exhibir para demostrar lo aseverado, hemos preferido ordenar en una apretada síntesis, enfoques y experiencias según el país de origen de cada una. En una palabra, haciendo justicia a la geografía, nos guiamos por la distribución espacial, y respetando la historia seguimos un orden cronológico en la sucesiva concepción de diferentes ideas.

Alemania:

Aunque ni Humboldt ni Ritter hicieron geografía histórica, habría que decir, sin embargo, que la hicieron posible. Con ello, empero, no queremos indicar que a partir de sus estudios va a surgir la nueva disciplina, porque la verdad es muy otra siendo que, ya desaparecidos estos dos patriarcas de la geografía moderna, siguió volcándose enteramente hacia el lado de lo físico durante cierto período.

Carl Ritter, particularmente, ofrece algunos elementos en su vida y en su obra que no pueden ser pasados por alto en relación a la geografía histórica que va a surgir. Antes de desempeñar la primera cátedra universitaria de Geografía, jamás habida y que ocupó en la Universidad de Berlín en 1820, se había venido desempeñando como profesor de Historia en un colegio secundario. Esta circunstancia que hoy, y en ciertos países, parecería extravagante, como veremos es relativamente frecuente en el caso de muchos célebres geógrafos con sentido histórico-geográfico.

No se olvide, por lo demás, que mientras la historia había obtenido su jerarquía universitaria ya en la Edad Media, la geografía como ciencia es considerablemente nueva y solo va a ser aceptada plenamente a fines del siglo XIX. Entretanto, para fijar mejor la cronología, digamos que en esos tiempos, más concretamente en 1812, se constituye la primera sociedad geográfica en el mundo, al fundarse la Societé Géographique de París. Y, aún más, para forjarnos una idea de la incipiencia de la geografía en esos tiempos, recordemos que Ritter no tuvo ¡un solo alumno durante su primer año de profesorado! Sin embargo, en realidad, el primer volumen de su Erkunde -o Geografía General - aparecido en 1817 había ya elevado a la geografía a la categoría de disciplina universitaria. (69)

Otro detalle curioso en el papel que Ritter iba a desempeñar, consiste en el hecho de que sus mejores y más brillantes discípulos fueron his-

toriadores, tales como E. Knapp, G. B. Mendelssohn y especialmente E. Curtius. (70) Pero todo esto es apenas la prueba de que, aunque no desarrolló una sistemática específica, toda su concepción de la geografía estaba imbuida de un profundo sentido humano. Así, escribe: el cosmos no es meramente una hermosa máquina, sino que existe con un propósito definido, concepción que iba a desembocar en la formulación de una geografía humana y siguiendo esta ruta, engendraría una geografía histórica, llegado el tiempo propicio. Ritter muere con pocos meses de diferencia de Humboldt y con ellos termina la primera etapa de la geografía moderna y el antecedente más remoto de la geografía histórica como ciencia. El período siguiente, como dijimos, hay que buscarlo entre los historiadores, muchos de los cuales fueron discípulos de Ritter. H. Kiepert escribe su Geografía antigua (71), ilustrada con mapas históricos. Curtius, el ya citado estudio sobre el Peloponeso y Wimmer ya más inquisitivamente hace declaraciones tendientes a definir específicamente el cuadro de la geografía histórica, reflexionando sobre el elemento histórico en geografía y estudiando el paisaje desde el punto de vista evolutivo.

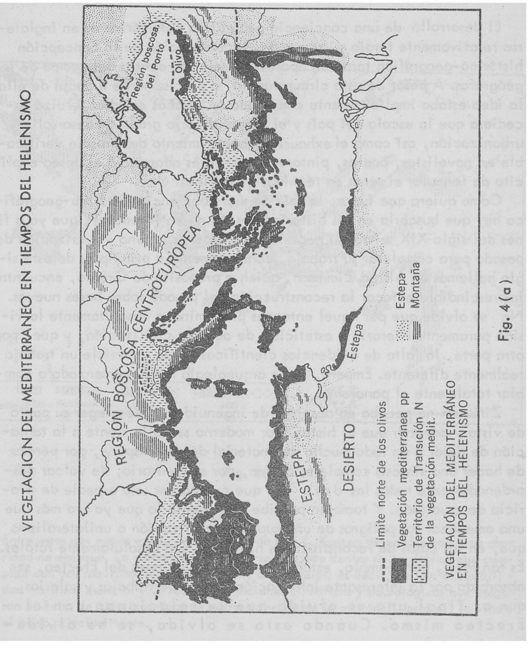
Más adelante surge la figura disputada de Ratzel, preocupado por la subordinación de la historia a la naturaleza en términos no exactamente histórico-geográficos. Su Anthropogeographie (72) va a tener influencia no solo como antecedente de la geografía humana, sino también de la geografía histórica, aunque se sublima realmente al concebirse la geopolítica, con la cual aquellas dos -desde un punto de vista teórico- comparten muchos aspectos de su problemática.

Aquella etapa en que la geografía histórica pasa por las manos de los historiadores va a ser saludable y fecunda. A partir de ella surgen innumerables geógrafos con una visión enriquecida del problema y con metodologías bien sistematizadas. Podríamos citar los nombres de Parsch, que abogaba por el método regional; Kretschmer, (73) que reacciona contra una limitación topográfica de la Historia y exige una integración de factores físicos, políticos y culturales desarrollando cortes en el tiempo no conformes a la existencia de documentación, sino ubicados justo antes y después de los grandes cambios; Meitzen, que no siendo geógrafo elaboró las bases de una Geschicht Landeshunde o Historia local. Siguen otras figuras, como H. Dörries, Grandmann, que llega a una temática histórico-geográfica a través de estudios botánicos, mientras otros estudiosos como Hans Spethmann insisten en enfocar la geografía histórica a la luz del presente, basando su criterio en que: bajo el pretexto de la genética se ha introducido mucha argumentación histórica irrelevante.

En suma, el panorama alemán es, durante este período, activo e interesante, hasta que llegamos al presente en el que surgen principalmente, dos nombres: Alfred Hettner (1859-1941) y Otto Schlüter. El primero de ellos juzga que la reconstrucción del pasado, sin referencia al presente, es meramente historia, lamentando, por otra parte, que los estudios realizados sean siempre parciales y no tomen la unidad geográfica como un todo. *Para el geógrafo, la geografía histórica es una tarea subsidiaria que no debe distraerlo de su tarea principal: la geografía del presente.* (74) En rigor, Hettner sostiene que se trata de un quehacer para historiadores: *el tema de la geografía histórica es un tema histórico y solo indirectamente geográfico, esto es, en la medida en que el pasado sirve para interpretar el presente.* (75) Sus ideas, como se ve, son profundas, coherentes, sobre todo si vemos en ellas un reparo en aceptar con ligereza la dimensión de histórica aplicada a una simple geografía retrospectiva.

. Schlüter (1872-1959) es otro ejemplo de geógrafo formado previamente como historiador. Al comienzo de su vida intelectual imaginaba poder definir los pueblos por los rasgos físicos de sus obras, pero más tarde modificó este aspecto ratzeliano de su método. Realizó investigaciones toponímicas a partir de las cuales dedujo seis períodos de instalación en el Este centroeuropeo, desde el año 300, hasta el siglo XII y dedicó mucho de su trabajo a registrar exactamente el impacto de lo que llamó *historischlandschaft* sobre el *Urlandschaft*, o paisaje no humanizado, tan estudiado por los geógrafos alemanes. Prácticamente, la mitad de su producción es una contribución directa a la geografía histórica y especialmente sus trabajos cartográficos de reconstrucción del paisaje y los establecimientos de Europa Central, en la baja y alta Edad Media, son empresas que difícilmente podrán ser superadas en su género. Muchos de estos mapas, en escalas diferentes, se hallan no solo en las obras de Schlüter, sino que forman parte de un atlas de edición reciente. (76) La idea de paisaje desarrollada por Sauer se encuentra en Schlüter con el entronque de la tradición geográfica alemana.

Finalmente consignemos los importantes aportes realizados por diversos eruditos alemanes y publicados en serie por la Academia de Investigación Espacial y Planeamiento Territorial bajo el título *Historische Raumforschung*, (77) en los que se hacen particulares estudios de períodos y lugares sometidos a alguna idea de planificación física en la historia, especialmente en relación al medio físico y humano del Imperio Romano y a las situaciones histórico-geográficas creadas como consecuencia de la aplicación de principios de ordenamiento espacial en el Anti-



guo Oriente. A pesar de ser aspectos fragmentarios del problema integral de la geografía histórica, los consignamos como una contribución original y que reclamaba su lugar entre los antededentes del pasado, máxime vista la relación entre planeamiento y tiempo que hemos ya esbozado y desarrollaremos más adelante.

Inglaterra:

El desarrollo de una conciencia geográfica sistemática es en Inglaterra relativamente tardía y, por ende, la maduración de la concepción histórico-geográfica tarda en aparecer, definida dentro del campo de los geógrafos. A pesar de esta circunstancia, o precisamente a causa de ella, la idea estaba implícitamente encarnada en muchos estudios. Quizá sucediera que la escala del país y el extraordinario grado de desarrollo y urbanización, así como el exhaustivo conocimiento del paisaje verificable en novelistas, poetas, pintores y escritores adormeció el deseo explícito de formular el tema en términos científicos.

Como quiera que fuere, la raíz de una conciencia histórico-geográfica hay que buscarla en los historiadores. Si no en Macaulay, que ya a fines del siglo XIX señaló su necesidad de obtener alguna visualización del pasado para completar su trabajo, concretamente a principios de este siglo hallamos un Alfred Zimmern, quien a propósito de Grecia, encuentra imprescindible enfocar la reconstrucción del pasado sobre bases nuevas. No se olvide que por aquel entonces predominaba absolutamente la visión puramente literaria y esteticista de aquella civilización, y que, por otra parte, la falta de evidencias científicas hacía imposible un trabajo realmente diferente. Empero, ya la arqueología había comenzado a cambiar totalmente el panorama.

Zimmern no pecaba en absoluto de ingenuidad al desplegar su punto de vista y advertir que el historiador moderno se halla frente a la tentación de dejar a un lado mucho del material de que dispone, por pereza de hacer una síntesis completa; o bien, por el contrario, de volcar desordenadamente todas las *data* con que cuenta por una especie de avaricia de erudición. Y también percibe claramente lo que ya era más que una amenaza: los peligros de una superespecialización o unilateralismo que, en los casos de reconstrucción histórica, son absolutamente fatales. Es tan fácil, por ejemplo, estudiando las inscripciones del Erecteo, ser absorbido por la interesante información acerca de trabajos y salarios, *que al final uno se olvida que se relacionan con el Erecteo mismo. Cuando esto se olvida, se ha olvidado todo.* (78)

También reconoce el riesgo de aplicar criterios contemporáneos para explicar hechos pretéritos como, por ejemplo, cierta etapa de la economía griega, en términos de la economía moderna o al revés, no percibir que la influencia de los factores del medio físico tenían una gravitación diferente de la que hoy acusamos. Es posible que respecto de lo último se guardara de las simplistas generalizaciones que sobre esto había elabora-

EL PROCESO DE URBANIZACION DEL MEDITERRÁNEO ORIENTAL

Reproducidos del estudio de Ernest Kirsten, "Raumordnung und Kolonisation in der griechischen Geschichte", incluído en Historische Raumforschung II (zur Raumordnung in den alten Hochkulturen), Walter Dorn Verlag, Bremen-Horn, 1958.

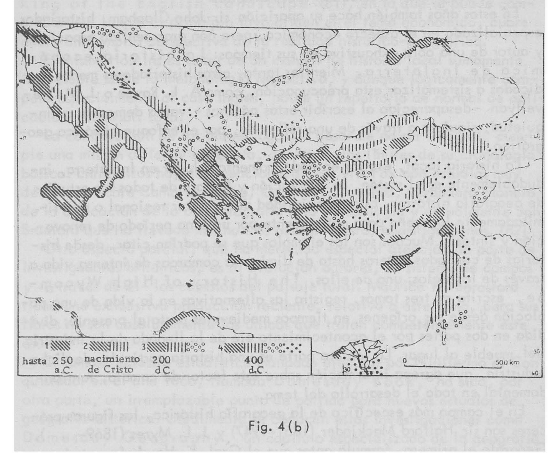


Fig. 4 (b)

Entre estos dos mapas existe una correlación que E. Kirsten desarrolla con gran claridad de enfoque. La colonización griega se expande dentro de territorios que cumplen con dos requisitos fundamentales: 1) son costeros; es decir, de una accesibilidad marítima esencial y 2) reúnen condiciones climáticas y edafológicas que aseguran el éxito de idénticos tipos de cultivo que los de la metrópoli; esto es, la viña y el olivo principalmente.

En efecto, los límites de esta colonización no fueron meramente político-militares, ni fueron dictados por el postulado del comercio moderno de buscar la complementariedad. Por el contrario, coincidían con las fronteras máximas de un mundo homogéneo e indiferenciado en lo esencial. Entre otras, ésta es una distinción esencial que separa la colonización de la Antigüedad clásica de la de los tiempos modernos, procesos que bajo un mismo rótulo han comportado muy diferentes realidades.

do Buckle (79) en su tentativa de cientifizar la historia. En suma, Zimmern confecciona un verdadero corte en el tiempo cuyos contactos con las metas de la geografía histórica son sobresalientes.

En estos años también hace su aparición sir John Clapham, historiador especializado en el aspecto económico, pero con gran sentido espacial, y autor de una obra exhaustiva en sus tiempos: *La historia económica de Inglaterra*. Mientras tanto, otros historiadores menos dedicados a sistematizar esta preocupación, como A. L. Rowse o J. M. Trevellyan -desaparecido al escribir estas páginas- van a demostrar su inquietud, siquiera a través de una reflexión, por el enfoque histórico geográfico.

La historia local, escrita en cada momento y lugar en Inglaterra, indudablemente es el sostén, la inspiración y la base de todos los estudios de geografía histórica. Esta especialidad de carácter regional o aun limitadamente lugareña pasa actualmente por un sano período de renovación y síntesis. Muchos son los ejemplos que se podrían citar, desde historias de condados enteros hasta de diminutas comarcas de intensa vida a través de los siglos; uno de ellos, *The History of High Wycombe*, escrita en tres tomos, registra las alternativas en la vida de una población desde sus orígenes en tiempos medievales hasta el presente; dividida en dos partes por el acontecimiento eje de la llegada de la industria del mueble al lugar. La tercera parte es una historia particular de dicha industria, que agrega información sobre este factor de cambio, tan fundamental en todo el desarrollo del tema.

En el campo más específico de la geografía histórica, las figuras próceres son sir Halford Mackinder (1861-1947) y J. L. Myres (1869-). Geógrafo el primero, formula antes que el Gral. K. Haushofer y toda su corriente geopolítica, la importancia del factor geográfico en política ya en 1904, en ocasión de una célebre conferencia pronunciada en la Royal Geographical Society sobre *The Geographical Pivot of History*, (80) mientras que el segundo, erudito en ciencias clásicas, insiste sobre el valor pedagógico de la geografía histórica y la conveniencia de reconocer que toda historia humana es, en cierto modo, historia regional.

Hacia el año 1930 va a surgir una verdadera *elite* de estudiosos que, unos declarados geógrafos históricos y otros provenientes del sector arqueológico, van a producir estudios de imponderable valor específico. A éstos debe agregarse el impulso recibido en la escuela regionalista de la historia y la integración de las investigaciones de historia económica a la totalidad de la realidad física. Como representante de esta tenden-

cia tenemos a W. G. Hoskins, quien ha desarrollado y dirigido hasta la fecha, una larga lista de monografías de historia regional iniciadas con un estudio que da nombre a una colección de trabajos: *The Making of the English Landscape* (81), en la que se puede comprobar que lo que al principio tuvo origen en el tema económico, cubre ahora una amplia perspectiva de la realidad histórico-geográfica.

El mismo Hoskins es autor de un manual de historia local sumamente interesante sobre la metodología respectiva, y aunque lógicamente compete especialmente al caso inglés, posee un repertorio de normas de aplicación universal. (81a)

La contribución de los arqueólogos, a pesar de no ser integral, cumple una misión difícil y completa, dentro de los límites de su cronología básica. Entre ellos hay que mencionar a Cyril Fox con estudios muy detallados sobre Cambridgeshire, O. G. S. Crawford, verdadero pionero de la aplicación de la aerofotografía a la arqueología y actualmente John Bradford que ha llevado mucho más adelante estas investigaciones. (82)

Otro aspecto parcial, que ha merecido especial atención de parte de investigadores británicos, es la evolución agraria, el sistema de campos y -a través de él- los cambios del paisaje rural. Maurice W. Beresford tiene una exhaustiva producción reciente, relativa a este tema, pero sus libros no son absolutamente los únicos que tratan competentemente este asunto.

El famoso catastro estadístico mandado ejecutar por Guillermo el Conquistador en el año 1066, llamado *Domesday Book*, ha sido, por otra parte, un irremplazable punto de partida para nuevos estudios de geografía histórica. Usualmente se conocen estas investigaciones como *Domesday Geography*, un capítulo especializado de la geografía histórica inglesa que ha ocupado a muchos especialistas y estudiosos, tanto historiadores como geógrafos. Los resultados han sido sorprendentes por el detalle y precisión de la mayoría de los datos consignados y han estimulado el apasionante trabajo de reconstruir el paisaje, a través de la mención de los recursos naturales y de los establecimientos humanos consignados en este censo, que solo iba a ser superado en extensión -aunque no en minuciosidad- pues el censo nacional de 1801 iba a dejar sin registrar el parcelamiento y la propiedad de la tierra.

De los geógrafos británicos contemporáneos puede decirse que prácticamente son pocos los que no tengan en su haber trabajos o colaboraciones de índole histórico-geográfica o al menos muy afines a ella. No solo el sentido genético de la geografía es plenamente aplicado, sino que por las especiales características del paisaje inglés es imposible tratar de ignorar la impronta cultural aun sobre restringidas áreas de terreno.

Ello no obstante, unos más que otros han dedicado mayores esfuerzos en dirección a la Geografía histórica, tal como el profesor H.C. Darby, de la Universidad de Londres, quien ha realizado una labor persistente y fecunda, especialmente sobre la geografía de la región de Cambridge (83), particularmente en relación al problema de la desecación de los fens y la consiguiente recuperación de las tierras antiguamente inundadas. Aparte de ello, su inquietud intelectual lo ha impulsado a tratar con profundidad los problemas teóricos de la geografía histórica, con una constancia y dedicación inigualables.

La obra quizá fundamental de geografía histórica inglesa es An historical Geography of England before 1800, (84) compuesta por una serie de colaboraciones de diversos autores, sobre diferentes aspectos del problema, reunidos por H. C. Darby.

La Asociación Británica para el Avance de la Ciencia ha propiciado, entre tanto, la ejecución de otros estudios histórico-geográficos sobre determinadas regiones inglesas, a cargo de los más expertos especialistas en los diversos temas que presenta la evolución de cada lugar. Así, se han publicado volúmenes consagrados a Cambridge, Oxford, nordeste de Inglaterra, Merseyside (85) y Birmingham. Estos tres últimos muy completos desde el punto de vista de la evolución industrial en los últimos dos siglos.

Pero aparte de la producción personal, o en equipo, de obras histórico-geográficas, no es posible dejar de mencionar algunos de los trabajos de expresión cartográfica, en los que han colaborado multitud de expertos. Esta titánica tarea de reconstruir el pasado geográfico en escala nacional se exhibe en una serie de cinco mapas histórico-geográficos publicados por el Ordnance Survey (86) (o servicio cartográfico oficial) en cuya producción tuvo especial papel el ya mencionado O.G.S. Crawford. Los mapas mencionados son verdaderos cortes en el tiempo de Gran Bretaña, desde los tiempos de la dominación romana hasta el siglo XVII, pero aparte de ellos también hay innumerables mapas regionales del mismo tenor.

La personalidad veterana del profesor Frank Debenham, de Cambridge, desempeña, sin duda, un papel particular en lo referente a trabajos de divulgación histórico-geográfico. Su obra Discovery and Exploration, así como el tomo Historical Geography, incluido en una colección bajo su dirección, son exponentes de una tarea auxiliar no poco importante, en la medida en que suprime las barreras que separan esta disciplina del lector culto, pero no especializado. (87)

Este resumen es necesariamente incompleto y no pretende exhaustividad alguna, sino solo sugerir el volumen y la calidad de las obras reali-

zadas en un país en el que la conciencia histórico-geográfica no está confinada en la mente de los especialistas.

Francia

El panorama de la geografía histórica francesa es extraordinariamente variado e interesante. Su origen es, como en los casos anteriores, compartido por historiadores tanto como por geógrafos y significativamente sigue siendo en la actualidad un tema igualmente compartido por ambas disciplinas.

El indiscutido renovador de la geografía fue allí Paul Vidal de la Blache (1845-1918), no solo por el valor de sus principios y método, sino también por la extensa lista de discípulos que tuvo. Con una sencillez que solo se alcanza mediante la madurez en la reflexión definió la geografía como la ciencia de los lugares, pero agregó: La naturaleza prepara el sitio y el hombre lo organiza para permitirle responder a sus deseos y a sus necesidades. (88) En una palabra concibió en un solo pensamiento lo que hoy llamamos Geografía humana y Geografía histórica, aunque serían sus continuadores los encargados de explicar y aplicar esos principios de una forma exhaustiva.

Al principio Vidal de la Blache tuvo contactos con Ratzel, pero pronto -como una suerte de reacción contra la obsesión de la explicación-, comenzó a enseñar geografía en la Sorbona, no tanto vinculada a la historia como a favor de la descripción en sí misma. Su anti-determinismo fue tal que aunque no dejaba de reconocer la influencia del medio sobre el hombre, argumentaba que también el hombre podía cambiar ese mismo medio libremente. En sus últimos libros, Vidal aparece como deseando reescribir la obra de Ratzel. Sin embargo, la herencia más indiscutible que dejó fue su recomendación de realizar monografías regionales de toda Francia como el mejor medio de profundizar los principios y aplicaciones de la geografía en todas sus dimensiones.

Retirado en 1914, le sucede en la cátedra Albert Demangeon (1872-1940) quien había continuado la línea de su maestro componiendo una verdadera pieza maestra con su monografía sobre la Picardía, (89) en la cual, por cierto, no omite un enfoque histórico-geográfico. Su valoración de la documentación histórica como medio de reconstruir el pasado geográfico no solo quedó demostrada por su trabajo, sino que en varios artículos y libros (90) analiza las dificultades y las ventajas de usar dicho material. En otras obras, como en un estudio de geografía colonial, (91) Demangeon desarrolla el tema de la ocupación progresiva de tierras vírgenes sin perder de vista los más sutiles matices que un proceso semejante provoca en la interrelación histórico-geográfica.

Uno de los primeros discípulos de Vidal de la Blache fue Jean Bruhnes (1869-1930), quien durante muchos años se consagró a estudiar la impronta del hombre sobre el medio físico y compuso esa obra magistral que es su Geografía humana. Por esos tiempos, Bruhnes no demostraba una marcada inquietud por el factor histórico porque era el trabajo y no el hombre lo que le interesaba. En 1914, sin embargo, escribe su Géographie de l'Histoire, cuyo título es equívoco desde que su intención no es hallar el sustrato geográfico detrás de la historia, como tantos otros lo habían hecho, sino más bien demostrar palpablemente que las mismas causas -geográficas-, no siempre producen, en el fondo, los mismos efectos -culturales-. Para esto, Bruhnes toma como ejemplo dos regiones -Bosnia y Herzegovina-, siendo la primera una comarca de suaves colinas, valles abiertos y todavía cubierta por extensos bosques, mientras que la segunda es una región de grandes mesetas calcáreas, con depresiones abruptas y a menudo de fondo pantanoso. A continuación de la descripción de estos dos ejemplos tipos, que denomina pays boisé y pays petré, pasa a caracterizar las diferentes obras que el hombre, frente a dos medios prácticamente opuestos, ha creado. Para esto, explica Bruhnes, es necesario ir más allá de un causalismo simplista, pues si al principio en la región boscosa el hombre construye minaretes de madera y en la pétrea los hace de piedra, pronto los habitantes de la primera aprenderán las ventajas del último tipo de construcción y contra todas las dificultades que opone el medio comenzarán a transportar la piedra a través de un terreno accidentado, con el objeto de lograr un tipo de construcción más durable.

Bruhnes llegó a afirmar rotundamente que la geografía humana en Francia es necesariamente geografía histórica. Estableció, además, bien claramente que la influencia del medio adquiere formas muy indirectas y complicadas, que están íntimamente unidas a las ideas humanas sobre religión, economía, política, guerra, etc., y cuya explicación exige la consideración de todo este conjunto de factores. Aparte de ello, advierte que el considerar antiguos casos histórico-geográficos obliga a revisar constantemente los conceptos que tan usualmente empleamos hoy. Por ejemplo, dice: un buen puerto homérico es casi lo contrario de nuestros buenos puertos; con lo que sintetiza su certeza de que no es posible prescindir de las tablas de valores adecuadas al estudiar el cambio.

Lucien Févbre, geógrafo capacitado en la enseñanza de la historia, siguió el camino señalado por Bruhnes y se ocupó principalmente de la problemática determinista en relación a la Geografía histórica. En su principal libro, La Terre et l'évolution humaine, (82) en

cuyo título puede advertirse un enfoque especializado en temas de la geografía histórica, adopta una posición disidente frente al determinismo ciego que, sin embargo, estaba ya en declinación, formulando su teoría propia que denomina posibilismo, según la cual en el hombre y en la historia no hay necesidades absolutas, sino simplemente posibilidades. (A esto se ha contestado luego con una suerte de probabilismo, según el cual, aceptando la hipótesis anterior, unas posibilidades son más probables que otras.) Como quiera que sea, Lucien Févbre ha realizado una obra valiosa por su equidistancia y comprensión por igual de la geografía y de la historia y su labor personal, entre historiadores y geógrafos, tendiente a suprimir barreras y obtener una mayor colaboración entre ambas disciplinas.

La geografía histórica en Francia había tenido, entre tanto, un nacimiento oficial al ser creada la cátedra respectiva en el Collége de France en 1892. Su primer titular fue Auguste Legnon, quien la encaró principalmente desde el punto de vista político, consecuente con el enfoque también político, por sobre todas las cosas, que la propia historia de Francia había tenido hasta entonces. Otro titular de la misma fue Albert Mirot, autor de un "Manual de Geografía Histórica de Francia" (1924), en el cual conserva el orden tradicional de la historia oficial, respetando períodos con nombre de reyes y tomando esas denominaciones para titular sus capítulos. Lucien Gallois, asimismo, no logra enfocar el tema tal cual lo entenderían los geógrafos, y en rigor dictó lo que más bien podría llamarse una historia del pensamiento geográfico. Es necesario llegar a nuestros días para encontrar en ese prestigioso sitial quién realizara la síntesis adecuada de una geografía histórica, en la que el contexto no sufre restricciones arbitrarias, en la persona de Roger Dion, a quien nos referiremos en seguida.

El consejo dado por Vidal de la Blache sobre la conveniencia de escribir monografías regionales tuvo una respuesta extraordinaria de parte de sus discípulos y de los discípulos de sus discípulos. Entre estos trabajos, uno por sobre los demás tiene un interés mayor desde el punto de vista de la geografía histórica, bien que en todos está presente el mismo espíritu. Nos referimos a Les paysans de la Normandie Orientale, de Jules Sion, fallecido en 1940, en cuyo título puede advertirse ya el poco usual enfoque adoptado para un trabajo de geografía. En efecto, la geografía de Sion es antropocentrista, como no puede ser de otra manera en la región que describe. De los dieciséis capítulos en que se divide esta monografía, seis tratan sobre la situación de aquélla en diversos períodos de su historia, e insumen, en total, más de la tercera parte de todo el libro, constituyendo un enjundioso estudio de geografía histórica

regional francesa. (93)

Volviendo a Roger Dion, también él tiene un fuerte sentido de que el principal cometido de la geografía histórica es realizar estudios de una especie de geografía humana retrospectiva, concepto que desarrolló en su clase inaugural al tomar posesión de la cátedra en 1948. (94) Consciente de la importancia de estudiar la acción del hombre sobre el medio, a través del tiempo, llama la atención frente a la ingenua suposición de que esa acción tiene lugar sencillamente sobre un medio absolutamente virgen. Por ello advierte sobre las dificultades inherentes a la geografía histórica, ya que, por lo general, las alteraciones se verifican sobre un medio previamente alterado. Es decir, no es sino un error considerar al medio natural y el medio humano como cosas separadas, máxime cuando se intenta establecer concomitancias. A este respecto, Dion es muy claro al afirmar que en realidad lo que se intenta explicar son las acciones humanas y los móviles de las acciones humanas, en general, no son simples, para agregar más adelante: La geografía humana está hecha de las visicitudes de los pueblos. Todo paisaje humanizado es el reflejo de una historia. (95)

Dejando esta pléyade de geógrafos que brevemente hemos mencionado, veamos, pues, el papel que los historiadores han desempeñado en esta cuestión de formular una geografía histórica para Francia. Ya Michelet en la primera mitad del siglo pasado había acordado a la geografía el oscuro papel de ciencia auxiliar de la historia, a pesar de haber declarado enfáticamente principios más avanzados. En La France de Gabriel Hanotaux aparece un considerable relato que podría calificarse de sinopsis histórico-geográfica del país. Pero es solo con la aparición de historiadores como Camille Jullian, que escribe historia plena de contenido geográfico, cuando el acercamiento entre ambas se va a confirmar. Su Historia de la Galia no solo tiene el consabido prefacio geográfico recomendado por los historiadores del siglo XIX, sino que está concebida con gran sentido de la interrelación entre el medio y los hechos históricos.

Como nota negativa en este despertar hacia la dimensión espacial de la historia, anotemos la ilustrativa anécdota citada por Marc Bloch (96), según la cual Frederick Seebohn -erudito en materia de historia rural inglesa-, interesado en el estudio de los campos abiertos y alargados, le escribe a Fustel de Coulanges para comprobar si ese tipo de campo, positivamente determinado en Inglaterra, era igualmente evidente en Francia. La respuesta de Fustel -jamás he reconocido sus rastros-, expresa bien a las claras que, como dice Bloch, él no era de aquellos para quienes el mundo exterior existe

intensamente; (97) es decir, se trataba de ese tipo de historiador que no se detiene a mirar en rededor, sino que trabaja sobre los documentos del pasado como si se trataran de abstracciones.

Justamente un prototipo de la actitud diametralmente opuesta a ésta fue Marc Bloch, historiador dotado de una vitalidad extraordinaria, la que, empero, le impulsó no solo al terreno de la especulación de alto vuelo, sino que lo enderezó por el camino de la investigación intensa - mente realista. Diplomado en Geografía e Historia, como aquellos geó - grafos ilustres discípulos de Vidal de la Blache, (98) comenzó especiali- zándose en historia de la economía, particularmente en tiempos medie - vales. Su enfoque histórico-geográfico fue más preciso que el del propio Lognon, aunque jamás llegó al Collège de France (99) y lo consolidó con su obra maestra: Les caractéres originaux de l'histoire ru- rale française (100). En ella, Bloch estudia la civilización agraria de su país y la sitúa en el propio terreno; como conclusión de su estudio termina por definir tres regiones histórico-geográficas que abarcan toda Francia: el noroeste, el Mediterráneo y el resto. Su competencia como historiador de la economía no le movió a anteponer sistemáticamente ra - zones económicas, como habitualmente sucede entre dichos espe- cialistas, sino que le sirvió para aclarar la existencia de una fragmenta ción de tierras cuya explicación no podía ser satisfactoria desde el punto de vista exclusivamente físico.

Otro aspecto relevante de Marc Bloch es la subordinación de sus fe - cundas investigaciones al punto de vista del observador; es decir, una ac- titud de realismo histórico, que no se dejó sobornar ni adormecer siquiera por el valor en sí mismo que tiene la erudición. En cambio, más de una vez apeló a la importancia de conocer el presente, al mundo en torno, para poder remontarse fecundamente a situaciones pasadas, aunque no tan lejanas como ingenuamente se supone. La historia, para Bloch, no trata de otros mundos lejanos y perimidos, sino de éste y en la medida en que está íntimamente vinculado a la vida y al presente.

Su obra póstuma, escrita en prisión, sin acceso a documentación algu- na, recuerda la proeza inigualada de Jacques Pirenne componien- do su Historia de Europa (101) en un campo de prisioneros de la Primera Guerra Mundial. Las carillas, salvadas milagrosamente, fueron editadas por su amigo Lucien Févbre y publicadas con el título de Mé - tier d'Historien (102). En ellas, Bloch reflexiona profundamente sobre la problemática de la historia, con el mismo sentido realista que animó su producción erudita, y sugiere un tema de impredecibles conse- cuencias al considerar las innovaciones conscientes y las inconscientes conservaciones que se derivan del proceso his-

tórico, tan importantes literalmente, al ser aplicadas al campo de la geografía histórica. En otra parte del libro, Bloch reflexiona así: Desde la vista que tengo desde mi ventana, cada especialista selecciona su propio tema... La tarea de reunificar el paisaje lo dejan al arte... El hecho es que el paisaje como unidad solo existe en mi conciencia, pero agrega luego para la historia es realidad en sí mismo.

Adviértase la profundidad de estos pensamientos y sobre todo su tenor, para imaginar todo lo que Bloch prometía todavía para la geografía histórica en su más alta concepción y que, desafortunadamente, no pudo cumplir, a causa de su temprana y trágica muerte.

Otro caso de historiador alerta es Fernand Braudel, quien ha contribuido considerablemente a la geografía histórica francesa. Su obra capital, La Mediterranée et le monde méditerranéen a l'époque de Phillipe II, (103) posee una introducción geográfica que ocupa las dos terceras partes del libro. Dejando el resto para tratar lo que justamente llama Los acontecimientos, las políticas y lo's hombres y que generalmente absorbe exclusivamente la atención de los historiadores sin sentido espacial. Su enfoque de la historia, pleno de sentido geográfico, le sugirió adoptar el neologismo de Geohistoria, (104) la que, a su entender, debería contraer al geógrafo a prestar más atención al tiempo y al historiador a prestar más atención al lugar, produciendo así una verdadera geografía humana retrospectiva. (105)

Pero, aparte de geógrafos con sentido histórico e historiadores con sentido geográfico, Francia ha producido un sinnúmero de especialistas cuya contribución, por los más diversos y variados caminos, a la geografía histórica, no puede ser ignorada. En la línea de las monografías regionales hay innumerables estudios que tratan de la evolución de la propiedad rural, de los métodos de explotación, del comercio y la comunicación, de las ciudades y de la vivienda. Georges Lefevbre tiene contribuciones valiosas desde el punto de vista socio-económico -gente y no tierra, según su propia expresión, es lo que le interesa. André Allix realiza un verdadero corte geográfico-histórico regional de L'Oisans en la Edad Media compuesto íntegramente sobre la base de documentos inéditos; es decir, una geografía histórica con método de historiador pura y exclusivamente, pero con la temática completa e integral de la geografía histórica. Para Allix, por ejemplo, en la cuestión de tener que delimitar cuál era el área efectiva de una región en un período dado del pasado, la fisiografía no tiene otro papel que el de suministrar los puntos de referencia necesarios; esto es, según su criterio, la reconstrucción geo-

gráfica es un problema exclusivo de geografía humana retrospectiva. (106) Thérese Sclafert, por su parte, en un estudio sobre el Delfinado en la Edad Media omite por completo toda consideración de asuntos de tipo administrativo -tema tan favorito para la mayoría de los eruditos de la historia-, y desarrolla una monografía en la que la deforestación y la vida agrícola ocupan toda su atención. Además de este tipo de monografías, otras interesantes contribuciones francesas pueden hallarse, por ejemplo, en publicaciones de numerosas reuniones científicas tales como el Coloquio Internacional de Geografía e Historia Agrarias, celebrado en Nancy en 1957 (editadas en 1959). Aunque esta lista no es completa ni pretende serlo, hay que mencionar finalmente la importancia de los estudios toponímicos franceses, especialmente la obra de Albert Dauzat sobre el particular. Dauzat (107) procede, naturalmente, con método filológico, pero no deja de comprender el valor que sus investigaciones tienen como contribución a la geografía histórica, y así dice : Se ha llamado a los nombres de lugar los fósiles de la geografía humana; metáfora tanto más justificada por cuanto los topónimos se presentan en capas históricas superpuestas (108). Pero esta relación íntima con la geografía y con la historia no le impide prevenir sobre los peligros de dejar librada la interpretación de los nombres a quienes no poseen una preparación filológica especializada. Para Dauzat la toponimia es una ciencia eminentemente lingüística y no puede estar en manos de geógrafos bien intencionados. En síntesis, el valor de este aporte es notable cuando el investigador se enfrenta con la ausencia, la escasez o la contradicción, de otros testimonios históricos.

Finalmente deben recordarse estudios, sobre todo lo que podríamos llamar geografía urbana histórica, que en Francia tienen una destacada tradición aunque más no fuera que gracias a los trabajos de Marcel Poëte y Pierre Lavedan; el primero, dedicado toda su vida a historiar la ciudad de París tomando como base todos los elementos asequibles y el segundo, como autor de la Historia del urbanismo más enciclopédica que jamás se haya escrito.

Estados Unidos

La inquietud por la geografía histórica se despierta en los Estados Unidos a partir de la investigación del proceso de ocupación del lejano oeste que ya fue enfocado por el historiador Frederick Jackson Turner con un criterio consciente de la importancia de la geografía en el desarrollo y consolidación de la nación. En su obra El significado de la frontera en la historia norteamericana (109) Turner

sugiere que la historia de los Estados Unidos es una página que debe leerse siguiendo una dirección en el espacio; esto es, de este a oeste. Para ello propone fijar los puntos clave de la evolución social y reconstruir así los momentos en que, como en cortes transversales, se haga más comprensible la secuencia del desarrollo del país. El tema central de esa evolución es la sucesiva trasposición de la línea de frontera hasta que en 1880 ésta se diluye y da lugar a un proceso de ocupación totalmente diferente; pero, durante dos siglos, como dice Turner y consecuentemente lo estudia, éste fue el más importante proceso de la historia norteamericana.

En otra de sus obras, (110) publicada *post mortem*, Turner reconoce la necesidad de una cooperación estrecha entre *los geógrafos que han pasado de la preparación geológica a un interés por los aspectos regionales de la geografía humana; los expertos en estadística que han logrado dividir la nación en secciones convenientes para los censos; los políticos, economistas y banqueros que han intentado graficar los Distritos de Reserva Federal; los ingenieros ferroviarios, hombres de negocios en general, historiadores, estudiosos de literatura y sociología para realizar un más adecuado relevamiento de cuáles son realmente las regiones naturales en geografía humana tal como lo demuestra la acción humana.* Su insistencia en graficar está inspirada por el hecho de no considerar aceptables los esquemas históricos vulgarmente tenidos por válidos, cuya revisación urgente recomienda y para lo cual deliberadamente propone un trabajo en equipo dentro de las líneas de la geografía histórica.

Otro historiador norteamericano, Frederick J. Treggart, antiguo profesor de Historia de la Universidad de California, en el ocaso de su vida aboga por la consideración del factor geográfico como un requisito *sine qua non* para comprender la historia y demuestra una gran confianza en el porvenir de los estudios enderezados a *ambientar* la investigación del pasado (111). Treggart confía, además, en que el espíritu de la ciencia moderna va a sugerir una nueva utilización de la documentación histórica recogida a lo largo de un siglo de penosa y persistente labor, pero, ¿puede decirse que cincuenta años después de formulada esta esperanza se ha avanzado proporcionalmente a lo prometido?

Dadas las circunstancias geográficas notables, en calidad y en extensión, en que transcurre la historia de la ocupación de Norteamérica, no es de extrañar que allí surgiera una fervorosa discípula de Ratzel. Nos

referimos a Ellen Churchill Semple, quien plantea el tema dentro de un determinismo que podríamos hoy calificar de ingenuo, pero que sin duda tuvo el valor de despertar la inquietud histórico-geográfica en su momento. Su obra sobre la historia americana y sus condiciones geográficas (112) es consecuente con la teoría ratzeliana de explicar la historia a través de determinantes geográficos. Al igual que su maestro, la interpretación -inevitablemente- aparece dominada por el papel de ciertos elementos a expensas de otros que se omiten sin mayores escrúpulos.

Es Ellsworth Huntington quien va a replantear estos temas, despojado ya de todo ropaje geopolítico o al menos intentando controlar las derivaciones fáciles de sus tesis ambientalistas hacia una cosmovisión absoluta. La preocupación de Ratzel no es, estrictamente hablando, histórico-geográfica, como ya lo hemos dicho anteriormente, si bien su obra no puede dejar de considerarse en estas páginas por la influencia y afinidad que tiene con nuestro argumento. Huntington reprocha a Turner, por ejemplo, el no haberse detenido a considerar los efectos selectivos de las migraciones sobre la herencia biológica; es decir, intentar reconstruir no solo la realidad geográfica en que ha transcurrido la historia, sino la naturaleza toda, en un momento determinado. Obviamente, esta tarea es a todas luces algo que escapa al cuadro de la geografía histórica y de hecho solo puede resultar en estudios necesariamente parciales acerca del desarrollo de un factor a través del tiempo y de la sociedad. Y esto es, en efecto, lo que caracteriza la obra de Huntington que carece de unidad geográfica, sometida a unidades temáticas, como, por ejemplo, estudios del clima en la Antigüedad, o de las manifestaciones del medio biológico sobre la humanidad en otros tiempos.

Con todo, la labor de Huntington, aparte de ser aprovechable en cierta medida para la geografía histórica, ha puntualizado una advertencia decisiva a partir de la cual es imperdonable confundir dos disciplinas diferentes: geografía histórica y ecología. En un principio, no obstante -y es justo recordarlo- , Huntington escribe una obra de ponderable valor histórico-geográfico sobre Palestina. (113)

Un geógrafo que comparte con Huntington una actitud determinista experimental es Griffith Taylor, quien, con menor rigor científico, pero más amplitud histórica, compuso una obra con cierta unidad geográfica en la que analiza los factores específicos y su influencia sobre la historia europea (114). Su pretensión no podría haber sido jamás colmada, pues intentó abarcar una integridad excesiva de fenómenos, algo que Huntington se guardó muy bien de osar. Éste, a su vez, le discute el valor de ciertas generalizaciones simplistas tales como que las relaciones comerciales se desarrollan usualmente en dirección

norte-sur más bien que de este a oeste, por obvias razones de clima. (115)

En Estados Unidos surge en la década 1920/29 una elite de geógrafos, congregados principalmente alrededor de la Asociación de Geógrafos Americanos, (116) entre los cuales una buena proporción va a realizar valiosos estudios de geografía histórica, ahora sí dentro de canales fijos y sólidos fundamentos. La figura prócer quizá sea la de Carl Sauer -presidente de aquella Asociación- quien en su famoso trabajo The Morphology of Landscape (117) diera bases seguras para una verdadera renovación de la ciencia geográfica, dentro de la cual la geografía histórica tendría un lugar de cierto privilegio por la amplitud de su problemática, y sobre todo por la introducción del factor tiempo como una coordenada fundamental. Su más directa contribución al debate sobre los principios de la geografía histórica la constituye su Introducción a la geografía histórica (118) que es como una reflexión filosófica, madurada a lo largo de una extensa carrera, en la que aflora una afición natural por estudiar el papel auxiliar que desempeñan la arqueología y la ecología humana histórica en relación a la geografía.

Alrededor de 1930 se publican tres estudios sistemáticos que son verdaderas monografías histórico-geográficas y que constituyen los pilares de esta nueva disciplina en los Estados Unidos. Se trata, en primer lugar, de Bureau and the Princeton Community, (119) estudio de la evolución de un sector del Corn Belt, representado en una hoja del Survey completo de los Estados Unidos -cuyo origen se remonta a 1875- a cargo de Stanley D. Dodge. En él se analiza el centro de una comunidad rural y su contorno combinándose los procesos naturales y humanos en sus escalas regional y urbana a través del tiempo.

En este trabajo, Dodge reconstruye cinco cortes en el tiempo y desarrolla con detalle los cambios operados en los elementos típicos de una aglomeración de llanura, en la que la accesibilidad se canaliza describiendo pautas significativas. Por lo demás, representa un análisis retrospectivo del proceso de centuriación americana, muchos de cuyos aspectos han quedado olvidados con el tiempo.

La segunda contribución a que nos referíamos es la del geógrafo holandés, radicado en los Estados Unidos, Jan O. M. Broek, The Santa Clara Valley, California, (120) un estudio sobre el cambio del paisaje, en el cual a una descripción del pasado geográfico se agrega una explicación del determinante socio-económico. Mas, como su autor modestamente lo confiesa, esa explicación quizá sea solamente otra descripción, es decir, que solo intenta expresar la existencia de una serie de causas más evidentes que otras y de ninguna

manera pretende reconstruir paso a paso un proceso en el que intervienen factores que escapan a su cometido. Broek sostiene que no es adecuado hablar de desarrollo -y menos de evolución-, pues esto supone una inexacta analogía con el mundo de lo orgánico propiamente dicho; por esta razón insiste en presentar la secuencia de los procesos como simples fenómenos de cambio.

El último representante de esta trilogía es Derwent Whittlesey. En un trabajo publicado en 1929 (121) formula los lineamientos de un proceso tipo en la geografía histórica norteamericana que va a calificar acertadamente de S e q u e n t o c c u p a n c e y que podríamos traducir por o c u p a c i ó n s u c e s i v a, teniendo en cuenta que la idea de secuencia importa una m e r a s u c e s i ó n s i n i m p l i c a c i ó n d e c a u s a l i d a d (122). Sobre esta base, Whittlesey realiza un trabajo sobre el v i e j o B o s t o n (123), entre otros de carácter aplicado, y publica muchos artículos consagrados a la consideración de los principios de la geografía en general y de la historia en particular.

Una obra de extraordinaria importancia, que debe mencionarse, es el A t l a s d e G e o g r a f í a H i s t ó r i c a d e l o s E s t a d o s U n i d o s por C. O. Paullin, (124) resultado de un esfuerzo verdaderamente titánico en el cual se expresan gráficamente, con profusión de mapas, los diferentes estadios del proceso cambiante de la geografía física y humana por capítulos, cada uno consagrado a desarrollar un aspecto de esa sucesión de cambios. Véase lo exhaustivo de la investigación a través de los títulos de las diferentes partes: 1) El medio natural. 2) Cartografía (1492-1867). 3) Indios (1567-1930). 4) Exploraciones en el oeste y sudoeste (españolas, francesas y americanas). 5) División y propiedad de la tierra. 6) Colonias, poblamiento y ciudades. 7) Estados, territorios y ciudades. 8) Población. 9) Jurisdicciones. 10) Geografía electoral. 11) Educación. 12) Industrias y transportes. 13) Comercio exterior. 14) Distribución de la riqueza. 15) Planes de ciudades. 16) Historia militar. 17) Posesiones y tierras en litigio.

Cada sección del atlas no solo está compuesta por una serie de mapas sucesivos, sino que, a su vez, contiene estudios gráficos de aspectos parciales de cada tema. Tratándose de un atlas, no puede exigirse la narración de los procesos que se ilustran y en algunos casos hay que conformarse con una información que no es más que estadística graficada. Empero, el volumen de la labor realizada impide críticas consistentes y más bien estimula a imaginar aquellos aspectos que pudieran haberse omitido.

Un geógrafo que aunque no se ha dedicado sistemáticamente a la geografía histórica, salvo excepcionalmente, pero cuya metodología y principios están imbuidos de su espíritu es Preston James, quien particular-

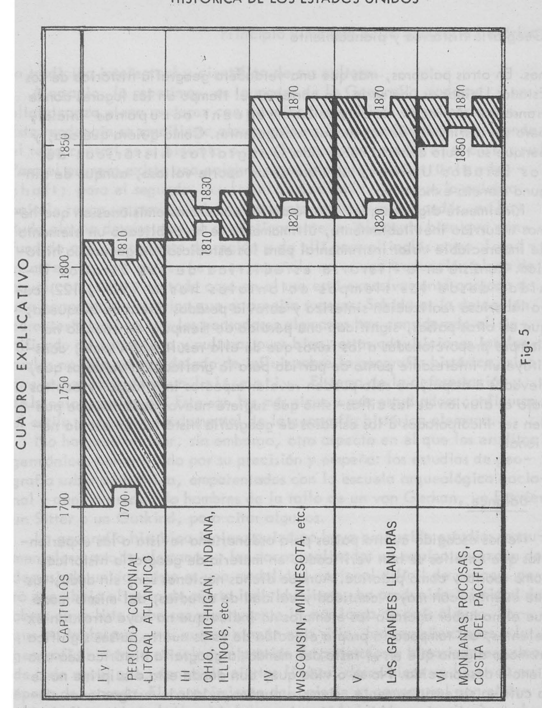
mente ocupado en el ordenamiento regional de la geografía llega a expresar juicios tan rotundos como el siguiente: la geografía no puede ser estrictamente contemporánea o este otro: la geografía histórica . . . parecería ser inseparable de la geografía regional. Sus estudios sobre Latinoamérica son una prueba de la consecuencia entre su pensamiento y su trabajo; según los cásos, su atención se vuelca con mayor o menor detenimiento sobre las etapas sucesivas, cuya última alternativa es la situación presente.

Finalmente digamos que los Estados Unidos han tenido un hombre cuya pasión por la geografía histórica sobrepasa el aspecto literal de su obra: Ralph Brown ha alcanzado en Mirror for Americans (125) la más alta expresión artística a que puede aspirar un geógrafo. Se trata, pues, de un corte en el tiempo de la región atlántica, de Nueva Inglaterra hacia el año 1810, tan fiel que hasta para darle más sabor se supone escrita por un supuesto contemporáneo, un ficticio T.P. Keystone, a la manera en que realmente podría haber descripto el paisaje a la vista.

Desde luego, desde el punto de vista metodológico esta obra no resiste un riguroso análisis, ni es recomendable su imitación; se trata más bien de una reliquia restaurada, de una pieza de anticuario. No obstante, trasluce el espíritu culto y sensible que en una proporción menor es dable esperar en un geógrafo histórico; condición sin la cual es probable, si no fatal, que la reconstrucción resulte demasiado fría y abstracta para ser comprensible en su espíritu. La abundancia de documentación, el cuidado en la investigación y la impecabilidad en la presentación hacen que Mirror for Americans, a pesar de su singular e irrepetible expresión, pueda considerarse como uno de los más originales trabajos de geografía histórica jamás escrito, en el que la jerarquía del contenido no sufre desmedro y, si acaso, sugiere una diferente utilización del material allí reunido.

La obra póstuma de Ralph Brown es su Geografía histórica de los Estados Unidos. (126) En ella se aplica, asimismo, una curiosa modalidad metodológica, pues en lugar de cubrir territorial y temporalmente todo el país desde su descubrimiento, está compuesto por capítulos parciales en los que estudia el proceso histórico-geográfico de diferentes regiones norteamericanas dentro de dos topes temporales que marcan, respectivamente, la iniciación y consolidación de la ocupación. Así, por ejemplo, la región costera atlántica es analizada entre 1710 y 1810; Ohio, Michigan, Indiana, Illinois, desde 1810 hasta 1830 y las Montañas Rocosas y la costa del Pacífico, entre 1850 y 1870, etc., es decir que si superponemos en un cuadro las parcelas espaciotemporales desarrolladas, advertiremos que entre ellas aparecen más vacíos que lle-

ÁREAS Y PERÍODOS DESARROLLADOS POR RALPH BROWN EN SU GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LOS ESTADOS UNIDOS



La selección de los temas que componen esta obra están literalmente escalonados –como puede verse en el gráfico–, abarcando cada región en la época en que se verifica el proceso de incorporación efectiva al territorio federal.

Aunque Brown descarta algunos ciclos regionales de interés en la formación territorial de los Estados Unidos (vacíos en el cuadro), obtiene una gran unidad argumental; la de la sequent occupance en circunstancias que la geografía histórica las hace aparecer como análogas o, al menos, como comparables.

nos. En otras palabras, más que una verdadera geografía histórica de los Estados Unidos es una serie de cortes en el tiempo en los lugares donde transcurre el proceso de ocupación o sequent occupance inicial, pero sin testimonio de las etapas subsiguientes. Como quiera que sea, y aunque su título debería haber sido Geografías históricas de los Estados Unidos, se trata de un aporte valioso, aunque de ninguna manera exhaustivo.

Finalmente digamos que, aparte de las numerosas omisiones en que hemos incurrido inevitablemente, últimamente se ha publicado un elemento de inapreciable valor instrumental para los estudiosos de geografía histórica. Consiste en la Historia estadística de los Estados Unidos desde los tiempos coloniales hasta 1957,(122) cuya laboriosa realización sintetiza y abrevia pesadas tareas de búsqueda, que en otros países, significan una pérdida de tiempo y de energía no siempre proporcionadas a los frutos que de ella resultan. En suma, constituye un interesante punto de partida para la graficación de datos que, llevados a mapas, no solo pueden revelar aspectos inusitados -y ocultos bajo el aluvión de las cifras- sino que sugiere nuevos aspectos que pueden ser incorporados a los estudios de geografía histórica en escala nacional.

Balance.

Hemos escogido cuatro países para ordenar una revista a las experiencias que en ellos se han verificado, en materia de geografía histórica, como teoría y como práctica. Aunque dichas naciones son, sin duda, las que cuentan con mayor cantidad y calidad de estudios, del mismo modo que el no haber agotado los ejemplos no indica que no haya otros tan excelentes, así tampoco la propia elección de estos cuatro países significa en modo alguno que en el resto del mundo la geografía histórica sea una ciencia desconocida. No se olvide que, aun donde esta disciplina no se la cultiva sistemáticamente, siempre pueden existir investigaciones afines; aparte de que por lo menos en la mente de muchos estudiosos, el problema está plenamente formulado y solo necesita expresarse metódicamente.

Antes de hacer una breve referencia a casos aislados, como los mencionados, hagamos un balance de lo dicho acerca de Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, con el objeto de poder tener un juicio más maduro de cada una de las modalidades que la geografía histórica adquiere según las circunstancias nacionales, así también en relación a

la tradición intelectual y científica de sus cultores.

Alemania, lo repetimos, es la madre de la Geografía moderna, y en ella alcanza plena madurez con estudios fisiográficos de primer orden. Esta tendencia se manifiesta claramente en la geografía histórica, donde el tema central es el binomio paisaje natural-paisaje cultural. Para el primero existe una palabra especialmente precisa: Urlandschaft; para el segundo, kulturlandschaft. Aunque la palabra paisaje tenga un remoto origen, aparentemente en el holandés, no hay duda alguna de que madura semánticamente en Alemania bien que confundida con el concepto de región y de allí pasa al inglés como landscape. La voz paisaje, en español, no es una traducción plena de aquel contenido y en todo caso en el uso está excesivamente cargada de una connotación estética que es preciso superar. Sabido es la detención característica con que los pensadores alemanes han considerado el significado de naturaleza y cultura; pues bien, estas adquisiciones intelectuales no solo no han dejado de influir sobre la geografía histórica, sino que le han dado todo un leit motiv. El tema de la deforestación y de la colonización del Este son los más ricos y más estudiados; configuran el estilo y objetivo fundamental de la geografía histórica alemana.

No hay que olvidar, sin embargo, otro aspecto en el que los eruditos germánicos han brillado por su precisión y empeño: los estudios de geografía urbana histórica, emparentados con la escuela arqueológica nacional y que ha producido hombres de la talla de un von Gerkan, un Dörries, un Sitter o un Gutkind, para citar algunos.

La geografía histórica inglesa quizá no haya producido estudios monumentales como la alemana, y los pocos realizados en equipo carezcan de demasiada unidad; ésta es una modalidad nacional difícil de vencer, pero que, bajo el sello de cierto individualismo, ha producido infinidad de obras cuya lista debe ser seguramente la más larga de país alguno. Porque en Inglaterra, más que en ningún otro sitio, las contribuciones a la geografía histórica no solo han partido de geógrafos e historiadores, sino de todo aquel que, dentro de ciertos límites, describiese un lugar o una época del pasado. El conocimiento del paisaje es connatural con el inglés medio y, dada la densidad con que está habitado su territorio y el alto grado de urbanización alcanzado –el más alto del mundo–, puede decirse que no hay rincón de la isla que no haya sido descrito más de una vez, y que esa descripción no lleve directamente a la consideración de las causas invisibles por las que hoy tiene su apariencia; es decir, las causas históricas.

Ese sentido realista tan connatural con el inglés y que en un momento dado engendrara toda una escuela filosófica empirista, se traduce

también en un agudo sentido de observación de la naturaleza y de los rasgos humanos sobrepuestos a ella. Por este motivo allí es madura, antes que en ningún otro sitio, la consideración de los problemas derivados del crecimiento de las ciudades y se formulan los primeros paliativos urbanísticos La revolución industrial, por otra parte, en país alguno dejó una huella tan violenta y profunda como en Inglaterra, de forma tal que ni el menos avisado podría ignorarla. Pero, por sobre todas las cosas, es quizá la aguda humanización del campo, del paisaje rural, la característica fundamental de la geografía histórica inglesa y la más segura inspiración para sus investigaciones.

Pasando ahora a Francia, podríamos decir que si Alemania es la madre de la geografía moderna, ella es la de la geografía humana, y por ese camino va a descubrir sus inquietudes histórico-geográficas. Aparte de esto, hay en aquel país un fuerte sentido de la historia, no tanto como realidad, pero sí como ciencia y arte. La riqueza documental de sus archivos ha sido un verdadero privilegio que exigía un aprovechamiento, sea durante la Edad Media, sea a fines del siglo XVIII - en que por motivos económicos el Rey ordena un relevamiento minucioso- o bien como consecuencia de la Revolución, ávida de confiscaciones.

A estas condiciones debe agregarse una tradición de pensamiento de extrema lucidez, unida a una gran voluntad de trabajo, que produce obras verdaderamente exhaustivas de una realidad extraordinariamente rica en testimonios. Y para completar esta serie de fecundas posibilidades debe destacarse una especial capacidad para la renovación y modernización que es hoy fruto de una persistencia implacable, connatural ya con las modalidades de la vida intelectual francesa y sin la cual el estudioso está condenado al fracaso.

La experiencia norteamericana muestra que la inquietud histórico-geográfica nace de la necesidad de asimilar el peso de un inmenso territorio que, antes de que se lo percibiera intelectualmente, formaba ya parte integral de la vida de sus habitantes. Es decir, en los Estados Unidos, la velocidad y ritmo de la ocupación y colonización de su dimensión oeste ha sido tal que obliga a una reconstrucción de dicho proceso para poder ser analizado detenidamente. A ello debe agregarse una latente tendencia -en general frustrada en sus últimos fines, pero rica en experiencias- tal como la de sistematizar el conocimiento histórico; una suerte de cientificar la historia que, en cierta forma, encuentra un sucedáneo menos pretencioso pero más consistente, en la geografía histórica.

En este caso, el panorama es bastante diferente del de los países europeos citados, y ello origina una renovación en las técnicas y también un replanteo filosófico, no solo de los temas de la geografía histórica,

sino de toda la geografía en general. La disponibilidad de medios ha jugado un papel no poco relevante en el cultivo de nuestra disciplina y ha permitido tareas que, considerando la magnitud del territorio federal, difícilmente pudieran haber sido concebidas siquiera por otros países de extensión menor pero con recursos mucho más limitados y que comparten con los Estados Unidos cierta temática común. Por lo demás, quizá no haya otra nación de tal escala que esté preparándose mejor para su registro histórico geográfico en lo futuro, ya que en ella la estadística, la cartografía, las fuentes de información etc.,marchan a un compás de precisión y detalle difícilmente superable.

Queda ahora por hacer una brevísima reseña sobre otros países no tratados individualmente. De los europeos, puede decirse que no hay ninguno que no tenga obras y trabajos que tratan de su respectiva geografía histórica. España y Portugal tienen numerosas contribuciones que tratando del habitat rural y de sus regiones abren el camino para una geografía histórica sistemática. Irlanda, quizá sea el país europeo de mayor interés en el período de la alta Edad Media, con estudios parciales de gran exhaustividad, y con el registro de una lucha por la propiedad de la tierra en el siglo XVII que ocasiona transformaciones radicales como jamás otro país europeo las haya sufrido. (128) En Italia, generalmente historiadores han tratado diferentes aspectos de la geografía histórica, en especial en lo relativo a áreas urbanas.

Holanda ha dado motivo para estudios no tanto histórico-geográficos en la dimensión de geografía humana retrospectiva (aunque bien pudiera hacerlo), y sin duda el tiempo llegará cuando haya mayor perspectiva de su titánica empresa de ganar tierras al mar. Numerosas investigaciones se han llevado a cabo en materia de cambios morfológicos operados en sus costas, los que presentan el especial interés de que analizan con detenimiento las causas naturales de procesos cambiantes a los que el hombre debe adecuar su acción sobre el medio. Como ejemplo de ello puede tomarse el caso de los ríos que incapaces de arrastrar los sedimentos arenosos, los depositaban a lo largo de su curso deteriorando áreas de gran fertilidad, hasta que esa arena comenzó a utilizarse para la construcción en hormigón, relleno de tierras bajas en las ciudades y construcciones de terraplenes para caminos y ferrocarriles. (129)

Nueva Zelandia es un país que ha atraído la atención de más de un geógrafo histórico, especialmente por el apasionante problema que suscita el hecho de su singular analogía con las Islas Británicas, no solo desde el punto de vista físico, sino desde el de su geografía humana. Analizar este proceso en busca de los elementos que determinaron esta apariencia y deslindar lo autóctono de lo importado es lo que movió a Andrew

H. Clark, (130) geógrafo norteamericano, a realizar un ingenioso y logrado trabajo sobre la evolución de ese país en poco más de cien años; es decir, desde que su ocupación se hace efectiva hasta el presente. Varios estudios de K. B. Cumberland tratan, entre tanto, de reconstruir las diversas geografías de diferentes regiones neozelandesas en determinados momentos de su proceso de cambio.

De países como Polonia, de los cuales nuestra información es magra, es posible esperar numerosas sorpresas como la que encontramos en la rendición de cuentas de un simposio anglo-polaco de Geografía Aplicada y en la que se anuncia la confección de un Atlas Histórico de Polonia a cargo de la Academia Polaca de Ciencias, trabajo al cual se le asigna la mayor importancia como antecedente de investigaciones geográficas, enderezadas a fundamentar la actividad del planeamiento regional. (131) Un manual moderno actualiza los principios metodológicos de la Geografía Histórica aplicándose al país (132).

Otro elemento ilustrativo es el temario de la sección de Geografía Histórica del último Congreso Internacional de Geografía reunido en Londres, que incluyó los siguientes puntos:

1) La cartografía y la toponimia como testimonios de condiciones geográficas anteriores.
2) Transformación de regiones boscosas, pantanos y tierras incultas.
3) Desarrollo histórico de centros industriales y urbanos.
4) Perduración del pasado en el paisaje.
5) Geografías del pasado, incluídas las del pasado reciente.

Dicho temario refleja las tendencias de la investigación actual así como la amplitud del enfoque en la órbita mundial.

El interés por la geografía histórica ha producido estudios en países lejanos a nuestro medio cultural, como el Japón o la Unión Soviética. En ésta, desde hace unos años, un atlas histórico (134) de jerarquía es texto obligatorio en los colegios, mientras los trabajos de V. K. Iatsunskii profundizan los problemas de la geografía histórica como ciencia, (135) a la vez que se orientan en el campo de la aplicación práctica. (136) En Japón, una nutrida colección de artículos sobre la materia revela la importancia adjudicada últimamente a este tipo de investigaciones. (137)

En América del Sur, Brasil ofrece nuevas perspectivas para la investigación histórico-geográfica. La magnitud de su territorio ha hecho comprender en estos últimos tiempos, a las propias autoridades, la importancia de un mayor y más rápido conocimiento geográfico general del país

para poder implementar la obra de gobierno, y así se advierte un pujante despertar de esta disciplina en todas sus dimensiones, con el aliciente de un apoyo oficial que no es dable hallar en muchas naciones. Pero si una geografía histórica en escala nacional, en el Brasil, provoca dudas en cuanto a la precisión y detalle con que podría realizarse, en cambio, ya existen estudios locales y regionales de alto nivel. El ejemplo típico es sin duda la expansión paulista, la que constituye un tema de geografía histórica de gran jerarquía e interés.

En general, mientras se verifica este despertar geográfico, el pensamiento brasileño prepara el terreno con la obra de dos sociólogos regionales de valor: Oliveira Vianna (138) y Gilberto Freire (139). Sin duda alguna, los trabajos de los que son autores representan una base firme para concebir las respectivas historias regionales que, por otra parte, iban a concretarse en la obra magna ordenada por el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística: la Enciclopedia dos Municipios Brasileiros.

Así, pues, mientras éstas son las notas típicas de la geografía histórica brasileña, tenemos como contraste la Argentina, completamente diferente. Tampoco escrito sistemáticamente, cuenta con un antiguo y muy elemental Atlas de historia argentina por J. J. Biedma, aunque existe sin duda una infinidad de publicaciones cuya contribución a la formulación sistemática de su geografía histórica espera ser utilizada. La temática fundamental ha sido tratada principalmente por Amílcar Razori en su extensa obra La ciudad argentina, registro resumido pero abarcador de todo el país, de la fundación y alternativas de las aglomeraciones urbanas desde tiempos precolombinos. Según Razori, hay estos tipos netos en la evolución de las instalaciones: el indígena o precolombino, el colonial -o de la ciudad territorial- el de la lucha contra el indio y el del período constitucional. Estos procesos tipos tienen su cronología diversa y en el caso del de la lucha contra el indio o expansión de la frontera, su origen se verifica en tiempos coloniales y no termina sino ya avanzado el período constitucional.

Este último proceso está también tratado por multitud de escritores, desde testigos presenciales hasta viajeros y naturalistas, crónicas oficiales, novelas y hasta poesías. La posibilidad de sistematizarlo en términos histórico-geográficos evidentemente está madura y aunque no tiene la escala del proceso gemelo en los Estados Unidos, no deja de tener parecidos que podrían comúnmente denominarse de la sequent occupance. La alteración del paisaje argentino, con ser de la mayor importancia de todo el sur del continente, no ha sido parejamente investigada, y en términos de síntesis podríamos decir que, desde el punto de vista científico

y geográfico, la contribución de la geografía histórica se halla en gran retraso.

Probablemente no haya obra integral comparable a la desarrollada entre los años 1930 y 40 por el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, con su conocida *Historia de los pueblos de la provincia* y la serie de monografías subsiguientes, de historia local, cuyo ritmo de aparición se ha visto disminuido en este último tiempo.

Estas apreciaciones sobre nuestro país son verdaderamente escuetas y se vierten solo con espíritu de comparación. Más adelante tendremos oportunidad de volver al tema con mayor detenimiento.

CAPÍTULO III

TEMÁTICA DE LA GEOGRAFÍA HISTÓRICA ARGENTINA

1. El caso argentino a la luz de la experiencia extranjera

Nuestro móvil al ir tratando sucesivamente los principios básicos de la geografía histórica como ciencia, la verificación de su práctica y los problemas metodológicos que origina, tiene un objetivo definido: volcar estos conocimientos en el análisis de una realidad que nos es propia y que aún no ha sido tratada con el criterio específico que requiere.

El considerar experiencias realizadas sobre casos ajenos a nuestro país no solo ofrece valores de tipo científico y técnico de aplicación universal, sino que, además, nos familiariza con las potencias histórico-geográficas tal cual se dan en el mundo en que vivimos. Es decir, aunque el balance último trata principalmente de sistemas, métodos usados y acerca de las técnicas de expresión sintética y especialmente gráfica, no por ello podemos desconocer la validez que los ejemplos materiales -y no solo los formales-, tienen como medio de hacernos comprender la multiplicidad de situaciones histórico-geográficas que pueden presentarse, para que frente a ellas adecuemos -sea por analogía, sea por contraste-, la ejemplificación y calibre de nuestros propios casos.

Si es verdad, como ya lo debatiéramos en el capítulo I, que la historia no se repite en el tiempo, tampoco la geografía histórica se duplica en el espacio. No obstante, también en geografía histórica como en historia se repiten y se duplican las c i r c u n s t a n c i a s , aunque el curso de los eventos tome diferentes direcciones y esas situaciones nunca sean absolutas, sino convencionales. Y esto, que dicho en teoría puede carecer de evidencia, lo confrontaremos patentemente al citar ejemplos concretos.

Otro aspecto relativo a la aplicabilidad de los estudios de geografía histórica, trasplantados de su contexto, radica también en que a partir del proceso de la revolución industrial -que aunque no simultáneamente, va gravitando sucesivamente sobre casi todas las regiones de la Tierra-, los fenómenos del cambio histórico-geográfico van asimilándose más y más a un desarrollo tendiente a la uniformidad o tipificación de circunstancias, que presenta un interés común no solo por la forma, sino por el fondo.

Por lo tanto, no ya como una consecuencia de principios lógicos, sino hasta sobre la base de la práctica, puede aseverarse que entre los varios procesos histórico-geográficos hay algo en común, y ésta es, pues, la esencia patente que caracteriza a esta ciencia, así como el contenido latente era lo que estaba previsto al reflexionar sobre los principios de la geografía histórica. Más aún, como toda ciencia, debe cumplir con el requisito de la verificación, comparación y generalización, lo cual no puede siquiera concebirse sin enfocar simultáneamente hechos lejanos, en el espacio y en el tiempo. La generalización es el fundamento de toda ley científica, y aunque en las ciencias sociales -o en las ciencias con un contenido social como la geografía humana o la histórica-, esta ley no adquiere usualmente rigor matemático, la necesidad ideal es la misma.

Cuando, como decíamos, la circunstancia histórico-geográfica se va uniformando en el mundo en que vivimos, sucede que los factores de tipo natural van perdiendo su predominio a expensas de la creciente influencia de los hechos y causas socio-económicas. De allí, pues, que a medida que nos vamos refiriendo al pasado más inmediato, las conclusiones se van haciendo en mayor escala comunes, sobre la base de una condición socio-económica semejante.

Por todo lo dicho, al analizar las circunstancias en que se desarrolla el proceso histórico geográfico argentino -y decimos, las circunstancias, porque el proceso en sí no puede ser más que apuntado tentativamente por el momento-, es sumamente importante hacerlo a la luz de la experiencia ajena. Esta experiencia, entendida bajo una doble faz, consiste en la que efectivamente se ha verificado en los hechos, así como la que surge de los métodos adecuados para su estudio. Ambos aspectos resultan de equivalente interés.

El proceso de cambio sufrido por toda América está influído en buena proporción por el trasplante de géneros de vida, organizaciones políticas, económicas y sociales desde el mismo descubrimiento. La permanencia o modificación de dichos elementos es variable, así como es la influencia ejercida por el medio autóctono sobre aquéllos. Veamos, pues, un primer tema de nuestra geografía histórica -aún no escrita, pero latente-, para ilustrar estas ideas.

Restringiéndonos en este caso a la verificación del trasplante de aquellos componentes que menos sufrieron modificación, podemos citar, en primer lugar, a la ciudad colonial tipo, implantada por los conquistadores españoles, bajo el rasgo predominante del plano en cuadrícula y que según la autorizada opinión del eminente investigador alemán y dedicado hispanista, Erwin Walter Palm (140), sería -por sobre toda otra causa-, la versión intacta de la técnica aplicada en la misma península como

consecuencia de la Reconquista, en el territorio recuperado a los moros, inmediatamente antes de la iniciación de la conquista de América.

Mucho se ha estudiado, hasta el momento, la ciudad colonial hispánica en América, y no es ésta la ocasión de entrar nuevamente en detalles. Lo que sí queremos destacar es que siendo un tema típico de nuestra evolución histórico-geográfica, todo enfoque ganará en profundidad si retenemos que esta pujante creación urbana es, bajo cierto punto de vista, el experimento de una fórmula aplicada en España a fines del siglo XV. Con esta perspectiva, la peculiaridad del hecho no basta en sí misma para agotar su contenido; es imperativo hacer la comparación de modelo y copia, examinar sus respectivos procesos a través del tiempo, intentar definir la esencia común, etc.

Por esta vía, la alternativa de formular juicios que en algún grado revelan lo genérico, se posibilita enormemente y lo que hasta el momento era en mayor grado descripción pura, comienza a adquirir la tensión de la problemática científica y a prometer los frutos de una investigación inédita.

Otro ejemplo de la misma clase, bien que en el otro polo del proceso americano, consiste en examinar el elemento, asimismo trasplantado, del ferrocarril. Es importante, al respecto, retener que la aplicación de este medio de transporte alcanza a nuestro país cuando ya ha cumplido una intensa etapa de experimentación en países europeos, particularmente en Inglaterra. Por lo mismo, el impacto que provoca en el paisaje está directamente condicionado a la experiencia verificada en sus tierras de origen.

Una de las limitaciones del ferrocarril primitivo fue la fijación de los gradientes máximos aceptables, no tanto por la relativa eficiencia de la maquinaria inicial, cuanto por la cautela de los noveles ingenieros. Stephenson recomienda gradientes no mayores de 1:330 y Locke llega hasta 1:250, mientras Brunel -más prudente aún que aquellos dos-, pone en práctica la norma de no superar la relación 1:660 (141).

Con este ejemplo se quiere significar sencillamente que la implantación del ferrocarril en la Argentina no significó, de ninguna manera -como en muchas naciones europeas-, la alteración violenta del paisaje, mediante la construcción de profundas trincheras, altos terraplenes o túneles no solo porque la mayoría del área cubierta por la red es considerablemente plana, sino porque en el momento de realizarse el tendido de las vías, habían pasado ya unos cincuenta años de fecunda experiencia. Asimismo, este hecho viene a explicar la impertérrita rectitud de las líneas que ya no reconocen obstáculos en el terreno para modificar inesperadamente sus recorridos, sin contar que el diseño de la red no estaba constantemente

condicionado a unir aglomeraciones, sino más bien a provocarlas.

De esta forma intentamos expresar aquí que la originalidad de nuestra evolución histórico-geográfica no supone, de ninguna manera, que su investigación y estudio sea algo reservado a las fuentes y expertos locales, o que para lograr una mejor definición de sus caracteres sea imprescindible remontarse a los orígenes del elemento trasplantado.

Otro tema, fecundo para la comparación, consiste en oponer nuestra conquista del desierto a la colonización del lejano Oeste norteamericano. En ambas, la noción de frontera ocupa un lugar de preferencia, aunque muchas son las diferencias que las separan. En primer término, en los dos casos se trata de un movimiento tardío, ya que la ocupación hispánica -aunque logró de un solo golpe el dominio de muchos centros estratégicos-, dejó el vacío de grandes extensiones sin realmente conquistar. Así, pues, el último período 1820-1870 en los Estados Unidos tiene mucho en común con el nuestro entre 1870-1914.

Pero mientras en Norteamérica fue un movimiento de frentes paralelos netamente hacia el oeste, en Argentina fue más bien de consolidación de tierras intermedias, en forma de abanico y con marcada tendencia hacia el sur especialmente. Como dice Turner: (142) Línea a línea, cuando leemos esta página continental de Oeste a Este encontramos el registro de la evolución social, cosa que realmente no podemos aplicar a nuestro territorio desde que, por el contrario, originalmente y durante tres siglos, el proceso de una evolución social se vivifica vastamente en sentido opuesto: desde el interior hacia el litoral.

Entre otras diferencias que patentizan mejor la originalidad de nuestra conquista del desierto, debe anotarse que el pionero norteamericano procede, en mayor escala que el nuestro, a la explotación intensiva del suelo y pone todo su énfasis en la difusión del comercio como arma civilizadora.

Al respecto, es igualmente comparable el tema general de la geografía colonial en países anglosajones y lusohispánicos. De esto se derivan interesantes contrastes, tal como en el primer caso en que los colonizadores son principalmente campesinos, fueran éstos labradores o artesanos, en tanto en el segundo se trata de soldados, exploradores o mercaderes. Para aquéllos, la tierra no tenía valor sin el hombre, en tanto la esperanza de adquirir una parcela para trabajarla era lo que los animaba a la aventura; pero no la aventura misma como particularmente sucedió entre los españoles.

Para comprender estas diferencias es menester tener en cuenta el hambre de tierra sufrida por la emigración británica y particularmente la ir-

landesa de aquellas épocas, merced a la cual puede hablarse con propiedad de una verdadera colonización. Para los anglosajones, la falta de una extensión de tierra como meta final hubiera sido una simple emigración sin esperanza. (143)

Entre nosotros, la posesión de la tierra fue un privilegio solo alcanzado por quienes llegaban primero y no significaba tanto un valor económico en potencia como un toque de prestigio en sí mismo. Más aún, las diferencias entre la capacidad productiva de una suerte o merced no tenía realidad alguna entre los herederos de esas propiedades hasta bien entrado el siglo XIX. La atmósfera colonial hispánica carece de un popular sentido agrario, sea tanto por el ejercicio de un latifundio de tierras accesibles, como por la falta de verdadero interés por colonizar enormes extensiones vacantes, situadas más allá del breve alcance de los centros poblados. Por ello, en cierta medida y hasta no hace mucho, se toleró al intruso que, desafiando todos los riesgos, se estableció en tierras ajenas que solo eran propiedad legítima en los papeles.

En términos generales, podemos decir que para comprender en sus últimos alcances el proceso de la ocupación del territorio argentino y todos los temas que de él derivan -tales como el régimen de la propiedad, el catastro, la evolución de su explotación agrícola-ganadera-, es imprescindible no dar por supuestos rasgos que, por el contrario, son más peculiares de lo que se piensa y constituyen la causa de muchos elementos aún vigentes.

Muchos otros temas, comunes entre nuestra geografía histórica y la de países europeos o coloniales, presentan facetas de fecundo interés sea por analogía o por contraste, cuyos alcances no viene al caso tratar ahora, pero sí dejar sentada su mención; el sentido regional y sus cambios; la densidad en campos y ciudades; la homogeneidad y heterogeneidad en la composición de la población, según el lugar que ocupan; la permanencia y la mutabilidad del campesino; la fosilización de las divisiones de la tierra y de los caminos, etc.

Para hacer más sistemática esta comparación, permítasenos ceñirnos a un ejemplo bien documentado y mejor condensado, tal cual es la geografía histórica inglesa en bosquejo, expuesta por W. G. Hoskins. (144) Leyendo sus páginas, van surgiendo los tópicos más característicos del cambio histórico-geográfico en aquel país y, a la vez, dando lugar a dichas similitudes y contrastes.

En primer término analicemos el sistema de campos inglés, que tiene muchos puntos de contacto con el de Europa en general, y aparte de toda otra consideración atendamos a las cuestiones de forma. Veremos así que se verifica el más pronunciado contraste, pues mientras en Inglaterra pre-

domina la irregularidad, heredada a través de siglos, acentuada por diversas alternativas socio-económicas, en nuestro país, la regularidad es el producto de la mensura -practicada, de origen, por los antiguos p i l o t o s españoles-, muchos de cuyos rumbos fundamentales han quedado como coordenadas fijas de un sistema respetado por jurisdicciones administrativas y políticas. El caso de Buenos Aires es un ejemplo notable de lo dicho, donde los medio-rumbos, derivados de las mercedes transversales al Río de la Plata practicadas por Garay, se repiten y multiplican, no solo originando luego la cuadrícula de los actuales suburbios del Norte, sino que llega a determinar un mosaico que alcanza a toda la provincia, afectando el parcelamiento así como hasta las jurisdicciones de los partidos.

Nada de esto es pensable en territorio inglés, donde acaso el primer determinante de la forma de los campos ha sido el tipo de arado usado en la antigüedad y que dio lugar a los famosos campos alargados, y que, a su vez, se subdividieron en estrechas lonjas siguiendo la dirección de los surcos. Otro aspecto de contraste lo ofrece la existencia, hasta no hace mucho aún, de los campos comunes y que, aunque los hubo entre nosotros, al estar ubicados en las afueras de las ciudades fueron fagocitados por la expansión urbana, cuando no habían sido ya antes vendidos por el Cabildo en busca de recursos.

A todo esto va ligado, entre otras cosas, el valor permanente de la estructura aldeana inglesa que desde el siglo X conserva con el más mínimo detalle la órbita de acción de cada aldea, con la particularidad, no poco importante, de que hasta mantienen el mismo nombre con que se las conocía entonces.

Estos aspectos hablan de cierta fosilización del medio rural inglés en contraposición con una sucesiva alteración de nuestros campos. Visto desde otro punto de vista, las transformaciones han sido mucho más notables en Inglaterra que en la Argentina. Véase si no el tema de la deforestación que constituye un definido y vasto capítulo de la geografía histórica inglesa y que entre nosotros no llega a tener, de manera alguna, una gravitación socio-económica semejante, ni a alterar visiblemente el paisaje que no sea el de reducidas comarcas hoy prácticamente deshabitadas. (145)

La presencia del bosque es un tema no solo geográfico, sino plenamente vital, en la cultura europea y aparece patente tanto en la crónica histórica, como en las leyendas y hasta en los cuentos infantiles; mientras que entre nosotros es una experiencia casi desconocida o lejana y que no tiene ni tuvo realidad en la vida diaria, salvo para muy contados habitantes del territorio nacional. Pues bien, la deforestación en Europa ha sido uno de los procesos más violentos del cambio histórico-geográfico,

impulsado al principio por la necesidad de combustible, pero más aún, por el requerimiento de tierras de labranza y que va a tener una concomitancia directa con el poderío imperial de Gran Bretaña, bajo la forma de materia prima para la construcción de su flota, provocando luego el proceso inverso, o sea la forestación, que va a alcanzar incluso a los campos abiertos y a terminar con dicho sistema en muchos lugares.

Piénsese asimismo en una nota que es la más divergente entre las dos experiencias: actualmente se cuentan más de 1.300 aglomeraciones totalmente desaparecidas, sea a causa de las pestes, las guerras u otros factores que entre nosotros no tuvieron efectos semejantes. (146)

Otro aspecto más, que no por ser de detalle deja de tener una importancia capital en toda comparación, es el de las dimensiones de las parcelas rurales en uno y otro caso, a través de las épocas. Para dar una idea de ello téngase en cuenta que las lonjas de tierra individuales o strips tenían solo rara vez la dimensión tipo de un acre en la proporción de 1:10 -22 x 220 yardas-, ya que a menudo las usuales eran hasta de medio y aún un tercio de acre. (147)

Estas medidas de por sí lo dicen todo, pues dan la pauta básica de una escala radicalmente diferente de la de nuestros campos que, precisamente en los orígenes de la colonización, tenían extensiones colosales. Naturalmente, cada uno de los elementos que aquí mencionamos aisladamente está adscripto a un complejo de interacciones que no podemos describir en cada caso. Baste, pues, con imaginar que una ocupación tan diversa de la tierra obedece a diferentes causas y sigue un proceso relativamente diverso también, del cual se derivan, según los casos, factores favorables para la inercia o para el cambio.

La aldea, por ejemplo, que es una formación prácticamente desconocida entre nosotros, particularmente en las regiones de mayor desarrollo, tiene un papel preponderante en el sistema de campos y está ligada, no menos, al proceso de deforestación. La distribución de nuestra población no ha tenido las gradaciones tipificables que, en general, se advierten en Europa, sino que casi no reconoce clasificaciones entre la netamente urbana -o la derivada de una estación ferroviaria y que no puede considerarse aldea en el sentido de centro comarcal-, y la marcada dispersión que resulta de la explotación extensiva de la tierra; rasgo este último que es raro hallar sino en contadas regiones del continente europeo, o en Escocia.

Esa distribución relativamente homogénea de la población rural no puede ser nada más opuesto a nuestra experiencia, sin contar la antigüedad de que data, ya que no existe hoy casi ninguna aldea cuya existencia no haya sido ya registrada en el Domesday Book, a mediados del siglo

XI, a la vez que es prácticamente imposible dar la fecha exacta de la fundación de la mayoría.

En el proceso de la geografía histórica inglesa, no hay una importante temática de fronteras naturales, ni de pioneros modernos y la mayoría de los puntos de partida no reconocen otro medio de ser investigados que a través de la arqueología. Entre nosotros, en tanto -exclusión hecha de los establecimientos indígenas, cuya relevancia en relación con la subsiguiente ola de instalaciones hispánicas es dudosa-, sucede que uno de los tópicos más netos consiste precisamente en la fundación sucesiva de ciudades y pueblos, para lo cual, en general, se cuenta con las fuentes necesarias; careciéndose, en cambio, de las necesarias referencias al uso de la tierra rural y toda otra información que no estuviese directamente ligada al poder político y urbano.

En este sentido no es exagerado ponderar el valor formidable que tiene el censo mandado levantar por Guillermo el Conquistador que, con el mayor detalle, da un punto claro de partida a la etapa primordial de la geografía histórica inglesa, aunque los orígenes se pierdan en la noche de los tiempos.

El impacto de la industria tiene, asimismo, caracteres bien diversos en ambos casos, considerados paralelamente. Mientras en Europa es una creación medieval, en nuestro país no va hacer sentir su peso hasta el advenimiento de la máquina de vapor. Por ello es que en Argentina jamás se conoció la maravillosa época de la efectiva descentralización industrial que en Inglaterra significó un fuerte paso adelante, sin menoscabo del equilibrio social y la estética del paisaje. Partiendo de un sistema hidrográfico privilegiado, aprovechado por la coyuntura que derivó del auge del hilado de la lana, comienzan a surgir por doquier los molinos, cuya denominación aún hoy es sinónimo de fábrica; los famosos m i l l s. La fuerza motriz de origen hidráulico favorece la instalación de plantas industriales donde el recurso es apropiado, usualmente en sitios de belleza natural alejados de las ciudades, donde la concentración no muy densa de operarios se resuelve en armonía con la naturaleza.

Nada de esto es familiar en nuestros siglos previos a la mecanización, y por ello puede asegurarse que, hasta hace poco, no hemos conocido ese tipo de p a i s a j e f e b r i l, l l e n o d e d e t a l l e y m o v i m i e n t o, c o m o u n a p i n t u r a d e B r e u g h e l. (148) Por manera que si el proceso de la ocupación de la tierra en Inglaterra no se caracteriza por sus movimientos en extensión, en cambio su creciente intensidad constituye una marcada cualidad; en otras palabras, exactamente la realidad inversa a nuestro desarrollo, hasta tiempos recientes.

La intensificación del paisaje rural se presenta en ciertas regiones de la Argentina como un anticipo de una situación inminente y que sin duda alguna proseguirá en esa tendencia. De allí el indudable valor de la experiencia inglesa que conoció este fenómeno hace no menos de doscientos años, aunque no pudo aprovechar sus enseñanzas por sobrevenir como un huracán, subsiguientemente, el desarrollo de la industria con la máquina de vapor. Las condiciones requeridas por esta actividad fueron radicalmente diferentes, ya que exigía una localización próxima a los centros de gran accesibilidad, a fin de proveerse de carbón y de abundante mano de obra. Ello determina que se formen grandes zonas industriales en los alrededores de las ciudades -generalmente tierras bajas-, próximas a los canales, que hasta el advenimiento del ferrocarril constituían la vía casi exclusiva de comunicación, tanto para la materia prima como para la producción.

En este momento surge justamente la palabra *slum*, que tanta aplicación iba a tener en el período siguiente; usada desde la década 1820/29, *tiene su origen en una antigua voz provincial slump, que significaba charco o pantano.* (150)

El paisaje que produce la era del vapor es radicalmente diferente del de la época de la energía hidráulica. En lugar de integrarse a la naturaleza, procede a violentarla literalmente por medio de las excavaciones de las minas, que dejan el saldo de los *tips*, creando *un verdadero paisaje de montaña en miniatura.* (151) La necesidad de vivienda, para las primeras masas obreras, se resuelve teniendo como única mira la proximidad a su lugar de trabajo y esto origina las peores condiciones de vida que puedan imaginarse, si se hace abstracción del nivel económico de que gozaban. Agravante decisivo fue, sin duda, la condición climática de las regiones donde se desarrolla la revolución industrial, porque a la breve duración horaria de asoleamiento y al alto grado de condensación de humedad en el aire, se va a unir un alto porcentaje de partículas de carbón en el humo, eliminadas sin alcanzar una discreta combustión. Allí nace, para continuar hasta nuestros días, el fenómeno que se conoce como *polución atmosférica*, o contaminación del aire y que un ingenioso le atribuyera la etimología de *polen de la combustión*, que metafóricamente expresa el carácter de *segunda* naturaleza que tienen las actividades humanas. Sabido es que, en nuestro país, jamás ha alcanzado los caracteres alarmantes que aún hoy, pese a las medidas de control existentes, tiene en ciertas regiones de Gran Bretaña. Así, tampoco, de ninguna manera pueden igualarse los demás efectos nocivos derivados de la industria que usa carbón como combustible.

Podría decirse, a pesar de que, especialmente en torno a Buenos Aires,

hemos provocado una densa concentración de industria, que ninguno de los dos extremos mencionados: el de la descentralización de los molinos, ni el infierno de las ciudades del carbón nos es familiar. El futuro, en cambio, nos enfrenta con la probabilidad de retomar algunos lineamientos del primer ejemplo, ya que las cuestiones de energía, como las de transporte, comienzan a resolverse con relativa facilidad, mientras el problema mayor radica en tener que consolidar la existencia de grupos sociales sanos en torno a la industria, capaces no solo de proveer de mano de obra, sino de asegurar una estabilidad en lo que se refiere a oferta de mano de obra y consumo; aparte de toda otra cuestión relativa a factores de tipo social y psicológico cuya armonización no puede ser retaceada en ningún país desarrollado suficientemente, en la dimensión moral.

En la Inglaterra de hoy, este proceso de descentralización industrial cuenta con el decidido apoyo de las autoridades y tiene ya en su haber un considerable número de realizaciones. Entre nosotros, algunas experiencias aisladas van abriendo camino también para que se consolide esa tendencia, no solo en lo que respecta a nuevas empresas, sino concerniente también al traslado de aquellas que se encuentran hoy sobre un terreno inapropiado por la congestión urbana en derredor, las dificultades de obtener mano de obra y el creciente valor de la tierra que no solo impide su expansión, sino que no se justifica financieramente.

La propuesta visión panorámica de la geografía histórica inglesa que sugerimos con propósitos comparativos ha sido necesariamente sintética. Hemos obviado multitud de interesantes temas tales como el de la toponimia, que siempre agrega elementos de comprensión del paisaje; la subdivisión de la tierra, que especialmente a causa de los derechos de primogenitura y luego como resultado de una baja natalidad en las clases propietarias, sigue un curso de menguada evolución; la historia de los caminos, que arrancando desde la prehistoria van tejiendo una red irreversible a través de los tiempos; el sistema de canales, que tuvieron en su hora más importancia como vías de transporte que como elementos de drenaje; la división en parroquias de todo el territorio inglés en el siglo XII, que va a sentar una base firme en el proceso de la distribución de la población; la decadencia de la aldea, como consecuencia del auge de la explotación granjera en el siglo XVIII; el apogeo de las casas de campo y el nacimiento del universalmente adoptado parque inglés; y, en fin, toda una multitud de tópicos a los que inevitablemente nos referiremos más adelante con un motivo u otro, ya que la geografía histórica inglesa debe ser considerada como de las más ricas y variadas de cuantas puedan ser citadas.

No sin razón W. G. Hoskins escribe al final de la obra que hemos to-

mado por guía: La vista que tengo desde el cuarto en donde escribo estas últimas páginas es reducida, pero sirve como una epítome del suave e intacto paisaje inglés . . . contiene en sus detalles algo de cada edad desde la época sajona hasta el siglo XIX. En este sitio ha estado erigida una casa desde el año 1216. . . . reconstruida una y otra vez; la última vez en 1856. . . manzanos . . . sucesores de aquellos del tiempo de Carlos I . . . el sitio de uno de los tres molinos de agua registrados en el Domesday Book . . .

Este hoyo rodeado por un macizo banco de tierra, era el estanque para peces comenzado por el señor de la casa solariega . . . en 1175 . . . ¿De qué tiempo son estos cercos? No estaban aquí en 1685 . . . la parroquia tenía sus campos abiertos . . ., pero ya en 1750 . . . etc.

Y luego, finalmente, fuera del alcance de la vista, pero alrededor de cincuenta o sesenta yardas de esta habitación, en el campo cerca del jardín, yace enterrada la calle principal de la vieja aldea que fuera borrada por la Muerte Negra.

. . .

El "humus cultural", de sesenta generaciones o más, yace aquí. Pero la mayor parte de Inglaterra es mil años antigua y en un paseo de pocas millas uno podría alcanzar casi cada siglo en el breve lapso que es preciso para llevarlo a cabo. (152)

Dijimos, al comenzar este capítulo, que entendíamos que una de las mejores vías para acercarse a los problemas histórico-geográficos argentinos era la de compenetrarse de las diversas circunstancias en que el proceso se ha presentado en otros tiempos y en otras latitudes. La preferente atención dedicada a la geografía histórica inglesa, como pauta de comparación y examen, creemos que debe haber ilustrado acerca de aquello que es original y de lo que no lo es tanto en el proceso evolutivo de nuestro país. Por este camino, entonces, es posible reconocer la base de algunas generalizaciones que, estudiadas con mayor cuidado, pueden llegar a convertirse en leyes o, cuando menos, aclaran aquellos aspectos que por ser verdaderamente insólitos, reclaman una descripción más de-

tallada antes de arrogarse la pretensión de explicarlos.

2. Temas sistemáticos y regionales. Cortes en el tiempo y secuencias

Es un principio plenamente aceptado en la metodología geográfica el que divide el ordenamiento de los hechos en sistemático y regional, es decir, el que sigue la unidad de un tema geográfico especial sin subordinarlo al conjunto fenomenológico que se verifica en la magnitud de un área determinada o bien el que, dada una escala de espacio terrestre, indaga sobre el total de las interrelaciones geográficas que allí se producen.

Pues bien, tampoco la geografía histórica podría escapar a esa dualidad desde que también se trata de una ciencia geográfica. No obstante, así como señalábamos que se trata de algo más que una geografía retrospectiva - por el ingrediente historicista que incorpora — así también veremos que aquella dicotomía del método no es exhaustiva para su caso.

Llamamos sistemáticos aquellos tópicos cuyo leit motiv no está restringido por una cuestión de escala, sino que, por el contrario, es la esencia de su principio funcional el que gravita consecuentemente sobre el espacio. Así, pues, un tema sistemático puede ser el uso de la tierra, la accesibilidad, o cualquier otro proceso unitario que se verifique a través del tiempo con alternativas de cambio de repercusión espacial.

Un ejemplo completo podría ser la geografía histórica del camino, en la cual se dan cita una serie de móviles, políticos, económicos, sociales, militares y hasta religiosos que se traducen en hechos tangibles sobre el paisaje tales como calzadas, puentes, cruces, taludes, trincheras o picadas, originando finalmente transformaciones de tipo estructural como concentración - o dispersión - de población, el desarrollo-o la decadencia - de determinados sectores, y la formación de subestructuras dependientes. La evolución de un proceso semejante en el tiempo justifica, con propósitos de método, su análisis particularizado, tal como vimos la variedad de geografías históricas sistemáticas que pueden darse y que en ejecto han sido desarrolladas. Lo que se hace en el resto del mundo en este sentido es igualmente practicable en nuestro medio; más aún, es imprescindible que se cumpla, para alcanzar la visión integral de la geografía histórica.

La importancia de los estudios sistemáticos suele desprenderse de la íntima asociación que tienen, en determinado momento, con el cambio histórico-geográfico general. Por ejemplo, una población de ritmo som-

noliento durantedos siglos puede acticar su evolución notablemente a consecuencia de establecerse una industria en el sitio. La historia de esa industria -a veces perfectamente documentada y aún escrita- no puede carecer de interés para el experto en geografía histórica o para el planificador físico, porque aunque el tema no sea rico en contenido espacial, cada alternativa del proceso debe haber tenido una repercusión específica sobre la estructura y el crecimiento de la aglomeración.

Los temas regionales -o directamente relativos a la escala en que se desarrollan- tratan de aquellos fenómenos cuya existencia y proceso no pueden ser analizados haciendo abstracción del suelo mismo en que transcurren. Por ejemplo, un tema regional es la desecación de una zona pantanosa, o la deforestación de un bosque determinado, o la evolución de una industria extractiva -íntimamente dependiente del medio físico en que se desarrolla- asuntos que, aunque no absolutamente privativos del área en que se estudian, son *sui generis* en relación a ella, y, a veces, temas dominantes en el proceso completo de la transformación histórico-geográfica.

Quede bien en claro, sin embargo, que una cosa es un tema regional -categoría específica definida-, y otra, la organización regional de la geografía histórica en todo su alcance que, a su vez, va a incluir dentro de sí los aludidos temas sistemáticos. O dicho de otro modo, una cosa es la calificación del material o de los estudios especializados con motivos de método y otra la realidad completa sistemático-regional que debe exhibir una investigación histórico-geográfica.

Más allá de este dualismo, el método de la geografía histórica tiene para sí, como la más acabada fórmula de su cometido, la de la realización de *cortes en el tiempo*, reconstrucciones completas de la situación geográfica a una altura dada de su proceso evolutivo. Desde luego, para llegar a esto es menester haber manejado antes las herramientas mencionadas, pero también es cierto que aquéllas no bastan cuando se trata -como efectivamente es nuestro caso- de reproducir el fenómeno en su total alcance. Por ello, también, no puede ser suficiente un solo corte en el tiempo, sino por lo menos dos o tres -una secuencia- que permita seguir el hilo del cambio verificado a través del cual sea posible la comparación y la generalización sin las cuales no pueden verificarse las tendencias del mismo; en una palabra, su *sentido* y, si se quiere, su *explicación*.

Mientras los temas sistemáticos son de mayor sabor histórico y cultural, los regionales son más netamente geográficos y ecológicos. Si representamos imaginariamente los primeros como vectores y los segundos, como la base de un paralelepípedo ideal desde la cual aquéllos parten,

los cortes en el tiempo podrían representarse por un plano paralelo a la base -o sea la temática regional trasladada en el tiempo o coordenada vertical- el cual es interceptado por aquellos temas sistemáticos en desarrollo simbolizados por vectores aislados. De esta forma, un corte en el tiempo es como un plano determinado por el conjunto de puntos que es, a su vez, proyección de otro -base- que es lo regional.

Para entrar a tratar la temática histórico-geográfica argentina ilustrada con ejemplos, haremos una referencia a lo que podríamos llamar El tema antecedente, sin dar por supuesto el cual, es impensable toda geografía histórica en el continente americano. Se trata, pues, de una de las más grandes incógnitas científicas aún no reveladas y consiste en determinar cuándo y cómo se produce el poblamiento de América.

La reconstrucción de este proceso, que más bien debería calificarse de geografía prehistórica, fijaría las bases más remotas a que pueda aspirar esta ciencia y proporcionaría una pauta inicial de la ocupación del suelo, no exenta de interesantes ramificaciones etnográficas, antropológicas y hasta lingüísticas. El lugar ocupado por el extremo sur del continente -en coincidencia con el actual mapa argentino- en dicho proceso podría acaso aclarar cuestiones inquietantes acerca de la densidad de población indígena en momentos en que ocurre el descubrimiento.

Las más autorizadas voces en la materia parecen coincidir, por de pronto, en que deben descartarse, por inconsistentes, las teorías que sostengan -como románticamente lo formularon en el siglo pasado- que América ha sido la cuna de la Humanidad. Por el contrario, todos los indicios parecen confirmar la creencia -ingenuamente compartida por los primeros estudiosos del continente- de que el poblamiento del continente provenía del viejo mundo de alguna manera que, los más fantasiosos, dieron en imaginar de disparatada forma. Según estas teorías de gran imaginatividad, los primeros ocupantes habrían sido fenicios, griegos, tártaros, chinos, los hijos del país de Ophir o las Diez Tribus de la Biblia (153) Quien sobresale como mente sensata entre todos estos teorizadores, formulando un criterio digno de ser sustentado modernamente, es el Padre Acosta, famoso cronista de las Indias, autor de la Historia natural y moral de las Indias, escrita en latín en 1598 quien, con estilo encantador nos dice: Mas así, a bulto y por discreción, podemos colegir de todo el discurso arriba hecho que el linaje de los hombres se vino pasando poco a poco, hasta llegar al nuevo orbe, ayudando a esto la continuidad o vecindad de las tierras y a tiempos alguna navegación, y que éste fue el orden de venir, y no hacer armada de propósito . . . (154)

Las aseveraciones subrayadas por nosotros en el texto, dictadas más por el sentido común que por los conocimientos específicos del problema, le dan al Padre Acosta el privilegio de desligarse de las mil y una hipótesis absurdas tejidas en torno al problema y ser plenamente confirmadas por las últimas investigaciones realizadas sobre el particular.

No vamos a explayarnos sobre asunto tan vasto y complejo como éste, pero sí destacaremos algunos aspectos que coinciden directamente sobre la geografía-prehistórica argentina que no deben ser dejados a un lado. Porque si la unión del continente americano con Asia por el actual estrecho de Behring, ha sido comprobada científicamente como real en un momento dado, esto no nos afecta tan directamente como la hipótesis de una supuesta unión del extremo sur del continente con la Antártida. Otro aspecto que todavía no ha sido plenamente esclarecido es el de las cuatro glaciaciones y sus respectivos límites, aunque parece seguro que ninguna de ellas llegó a la región pampeana.

Muchas son las cuestiones científicas que tratan de la condición física y humana de nuestro país en tiempos prehistóricos que, enhebradas en una temática coherente, sientan las bases más remotas de nuestra geografía histórica. Algunas solo esperan ser sintetizadas e integradas en un conjunto, otras aún deben ser investigadas más a fondo para alcanzar certidumbre, como por ejemplo, el aún no revelado problema de la formación geológica pampeana, y toda la geología pleistocénica en general, de América del Sur.

Ameghino, sin duda, fue un promotor significativo de todos estos estudios y aunque sus teorías no hayan tenido mejor suerte, como muchas veces sucede en la ciencia, su trabajo de investigación representa un valioso patrimonio inicial. En materia de cronología, mucho se ha discutido su exagerada amplitud y mientras sus más encarnizados detractores la reducen al otro extremo, parecería perdurar el criterio sustentado por Frenguelli que la calibra dentro de límites más moderados.

Finalmente anotemos un punto más de indudable interés, en la temática antecedente de la geografía histórica y que trata del caso especial del poblamiento y desarrollo original de las regiones más distantes del globo, tales como Australia y Tasmania o la Patagonia y Tierra del Fuego. En estas áreas, la antropología parece hallar interesantes evidencias de la transformación humana y de la del medio, en virtud de que por ser regiones *protegidas*, o sometidas a menor escala a los vaivenes del cambio, todavía hoy es posible hallar los rastros del culturas primitivas más durables o estáticas, que permiten reconstruir con certeza determinados períodos de la evolución humana. Todo el tema de la *Kulturkreislehre*, que trata de la difusión de la cultura en medios vírgenes

y con particular sentido espacial, es un largo capítulo todavía no escrito integralmente, que constituiría una introducción a la geografía histórica argentina.

a) Los temas sistemáticos

Definidas de antemano las tres categorías de la temática histórico-geográfica, procederemos a ejemplificarlas con casos extraídos de nuestra realidad circundante, comenzando por los temas sistemáticos.

El aspecto esencialmente lineal de estos rubros de la investigación viene dado por el hecho de que se trata de procesos cuya unidad interna se revela mejor en la naturaleza de su propia dinámica que en los resultados c o n g e l a d o s en el espacio. Así, puede decirse que mientras su naturaleza es principalmente histórica -o temporal-, y su impacto se vivifica mejor cuando se localiza geográficamente, acusando mayor relieve cuando se operan transformaciones evolutivas, no es menos importante registrar la alteración permanente que envuelve su presencia. De tal manera, al igual que todos los factores histórico-geográficos, dos son las modalidades con que ejerce su acción: una, dinámica, por medio del cambio y otra, estática, a través de su propia inercia. Conviene reparar al respecto que, comúnmente se atiende más a lo que cambia que a lo que perdura, motivo por el cual se puede incurrir en el error de desfigurar la esencia de los procesos, porque el cambio se opera sobre la base de una estructura existente, y un relativo estancamiento no significa la cesación absoluta de su vigencia; muy por el contrario, puede indicar la consolidación de un agente permanente.

Aunque en la práctica, la investigación histórico-geográfica propiamente dicha, se logra con el estudio de cortes en el tiempo, estudios especializados sobre los temas sistemáticos y regionales configuran mejor la imagen de las g e o g r a f í a s d e p e r í o d o s p a s a d o s.

Gráficamente esto se puede representar por medio de un símil geométrico: un plano, es decir, un área, puede definirse como una suma de puntos, pero esos puntos deben cumplir cierta condición. Suponiendo que dichos puntos sean parte de un haz de infinitas rectas paralelas, el plano queda definido por el conjunto de puntos que integrando las respectivas rectas cumplen con la condición común de representar una altura dada del proceso que esas rectas representan.

Esta representación no obedece a un capricho ni a una pedantería, sino que acaso es la visualización del término, no solo plenamente aceptado, sino usado por la geografía histórica anglo-sajona, de c r o s s s e c t i o n y

que en español llamamos corte o más exactamente sección transversal.

Pues bien, la geografía histórica argentina provee de numerosos temas lineales, aparte del ya mencionado del ferrocarril, que tiene un punto de toque neto con las secciones transversales, pero cuya vigencia no cesa cuando la red se estanca en su extensión. Es decir, como tema particular de investigación interesa su proceso interno y no solo aquello en que groseramente hace impacto sobre el paisaje, bien que graduando adecuadamente la perspectiva de su ingerencia.

Otro de estos temas es el de la lucha contra el indígena en nuestras tierras, especialmente durante el siglo pasado. Al principio, estas campañas van determinando como islas u oasis "cristianos" -lo que se ha dado en llamar ciudades territoriales-, (155) y que coinciden con la mayoría de las capitales actuales de provincia, siendo, pues, los primeros focos de la colonización. Más adelante, en tiempos aún de la dominación hispánica se comienzan a dibujar líneas que van a adquirir el carácter de verdadera frontera, aunque como en cierto modo se trata de un frente bélico, va a sufrir un movido proceso de cambio, especialmente hacia el fin de la campaña del desierto.

Al sur, la línea de frontera va a girar sobre un pivote localizado en torno de la región de Bahía Blanca, pasando de una posición N -S en 1875 a otra E -O a lo largo del Río Negro en 1879, cuando se puede dar por consolidada dicha campaña. Al norte, las dos últimas fases de la conquista del Chaco se localizan a lo largo del Río Salado, para establecerse en 1885 en las orillas del Río Bermejo.

El estudio de este proceso histórico, de rico contenido espacial, para ser plenamente aprovechado, supone algunas incursiones por el campo de conocimientos no especialmente elaborados a los fines de la geografía histórica, de los que se desprenden aspectos políticos, militares, económicos y sociológicos, que de una manera u otra gravitarán en el complejo evolutivo. Éste, a su vez, fijado en un determinado contexto espaciotemporal -o corte en el tiempo- completará en un aspecto más, el vasto panorama de una reconstrucción de un pasado geográfico.

De tal manera, que así como no se puede descartar la importancia de ciertos elementos que, de una forma u otra pueden concurrir a la geografía histórica -pues la realidad que nos proponemos analizar es un compuesto de múltiples influencias, cuyo calibre no es posible conocer totalmente a priori-, así también se da el frecuente caso de que un tema sistemático puede adquirir una importancia desusada en un determinado corte en el tiempo, que obligue a profundizarlo especialmente. Una descripción histórico-geográfica, pero mucho más cualquier intento de ex-

plicación, significa asumir el papel de cada uno y de todos los factores que contribuyen al cambio, con prescindencia de la determinación de la naturaleza de esa fuerza. Y aunque hay que desechar la idea de pretender entender y ponderar todos, absolutamente todos y cada uno de los elementos concurrentes, -que eso sería una verdadera utopía- es preciso, al menos, indagar sobre aquellos que ejercen un predominio mental sobre los demás.

Supongamos, por ejemplo, el muy frecuente caso entre nosotros, de una región, o bien de una ciudad, cuya vida ha transcurrido durante siglos dentro de cierto equilibrio de funciones: agricultura, ganadería, artesanía, administración pública y residencia, como es la situación de San Nicolás (Prov. de Buenos Aires) hasta hace relativamente poco. De pronto una función nueva se implanta y comienza a predominar, mientras las restantes se van acomodando en cierto sentido a una misión subsidiaria. Pues bien, cualquier sección transversal que hagamos durante este período, nos obligará a un particular estudio de la propia problemática de dicha función; en este caso, cierto tipo de industria con sus problemas genéricos propios, sus experiencias anteriores en otros tiempos y lugares del mundo. Es decir, es necesario llegar a conocer ese tema particular con una precisión que no sería necesaria si no estuviese operando como factor principal del cambio, ya que su poder es tal que aun muchos aspectos de su propio mecanismo -aparentemente abstractos- tienen su peculiar forma de traducción en el espacio.

Generalmente, este caso de cambio se verifica -como en el ejemplo propuesto- a propósito de la instalación de una serie de actividades afines, las que en conjunto determinan la quiebra de un equilibrio témporo-espacial que no exigía particularmente y con premura ningún estudio especializado de esta clase. En menor medida, sin embargo, siempre pueden hallarse factores de cambio o de inercia cuyo papel director es perceptible.

De la misma manera que la geografía ha ido creando necesariamente especialidades cada vez más restringidas, tales como la geografía de la industria, la del transporte, la de la alimentación o hasta la de las finanzas, etc., a cada una de éstas corresponde igualmente un enfoque histórico-evolutivo. El resultado no es, estrictamente hablando, geografía histórica, sino apenas un matiz de ella, pero cuya particular contribución, en determinadas circunstancias, puede llegar a ser incuestionablemente valiosa.

Sería impensable, por lo tanto, estudiar la geografía histórica de Cuyo, pongamos por caso, sin hacer investigaciones particulares sobre la evolución del cultivo de la vid (156) o, a propósito de un estudio simi-

lar sobre Comodoro Rivadavia, no detenerse especialmente a estudiar el proceso concreto de la explotación petrolera en todos los aspectos que describen y explican el impacto de dicha actividad sobre el espacio circundante, lo cual no significa, como pudiese sospecharse, que la pretensión del investigador en la materia no reconoce fronteras, ya que prácticamente todos los factores humanos y naturales gravitan en la evolución de un paisaje dado. Justamente, como decíamos más arriba, estos estudios sistemáticos, deberán particularizarse solo en aquellos casos en que el esfuerzo asegure una retribución concreta al total de la investigación concreta, al total de la investigación propuesta.

De una manera general, puede decirse que la Argentina ofrece un carácter definido en tanto abarquemos su territorio en grandes escalas. No sucede así, si aplicamos el módulo corriente en los países europeos donde es dable hallar una diversificación y hasta un contraste, con solo efectuar recorridas de pocos kilómetros. Las causas de esta última situación son bien conocidas: por un lado, una fisiografía extremadamente compleja y variable, aun considerada por pequeños sectores; por el otro, una antropogeografía de caracteres intensos como consecuencia de una relativa densidad de larga data y una diferenciación cultural de excepción, en relación a cualquiera de los demás continentes.

De tal manera, nuestros temas lineales tienen una localización geográfica más vasta y vaga que los europeos, donde puede darse que la particular forma de cultivo de una especie vegetal se interrelaciona íntimamente con todas las demás actividades y rasgos de una reducida comarca, imprimiéndole notas que se reflejan asimismo en un peculiar proceso temporal. La dimensión histórica de una región en nuestro país, no está tan íntimamente compenetrada con su geografía, a menudo, en agudo contraste con ella, y siempre con demasiado pocas raíces en el tiempo para haber madurado de consuno. Por otra parte, el impacto de un factor nuevo es capaz de transfigurar no solo el paisaje, sino que puede modificar indirectamente la actividad de toda una región, provisto que el sustrato existente no tiene arraigo suficiente.

Todo esto de ninguna manera significa que la geografía histórica argentina carezca de interés, sino simplemente que obedece a otras normas y, en consecuencia, con ellas debe ser encarada. Contrariamente al factor espacial, que exige grandes extensiones para acusar diferencias, el elemento tiempo no permite enfoques demasiado amplios -especialmente en lo que se refiere al pretérito inmediato-, ya que el ritmo de cambio suele ser más veloz que el del registro y documentación de los mismos. Repárese, por lo demás, en que el proceso de poblamiento en masa, se verifica a través de la inmigración y que la subsiguiente ocupa-

ción y alteración del territorio se cumple justamente durante estos últimos cien años, en que los dispositivos de la técnica y del capital son capaces de modificaciones radicales del medio en muy breve lapso.

Acaso en la medida en que la geografía histórica argentina pierde interés puramente académico, por no brindar un panorama tan rico como el de muchos países europeos de larga historia o el de antiguos pueblos sedentarios (aparte de la ya mencionada diversa geografía), -el complejo de cuyos dos factores contribuye a producir ese valor que se entiende bajo el concepto de t r a d i c i ó n -, gana en importancia práctica como una importante contribución al conocimiento de las posibilidades y al calibre de los elementos de cambio del paisaje, ya que en este caso el elemento histórico-geográfico adquiere una fuerza insospechada al no encontrar demasiadas vallas que espontáneamente rebajen el poder de su impronta.

b) Los temas regionales.

Muchos son los temas de esta categoría que podríamos mencionar a título de ejemplo. Algunos de ellos han sido relativamente estudiados y otros, que no lo han sido tanto, surgen como de urgente investigación cuando se contempla exhaustivamente la geografía histórica de algún lugar del país.

Aquí vamos a referirnos a dos de ellos que han merecido especial atención por parte de geógrafos extranjeros y otros estudiosos, para proponerlos como modelo de una tarea que ofrece una rica perspectiva.

Uno de los problemas de mayor interés que presenta nuestro país al geógrafo foráneo, es el de la evolución natural y cultural de la pampa. Así lo entendieron, entre otros, autoridades en esta especialidad como los geógrafos alemanes E. Kühn y Oscar Schmieder o los norteamericanos Robert S. Platt y Preston James, quienes han dedicado muchas energías al estudio de particulares aspectos de esta problemática y curiosa región natural.

Schmieder publica en 1927 un conciso artículo, en el que se pregunta si las praderas pampeanas han sido inducidas natural o artificialmente, (157) lo cual va a tener muchas repercusiones posteriormente, cuando se integra este tema al resto de la problemática pampeana. Comenzando por la dificultad de trazar la frontera oeste de esta región natural -que James va a indagar con profundidad en un estudio del que luego trataremos-, Schmieder llega a la conclusión de que la pradera actual es, sin duda, mayor que la original, cualquiera que sea la causa de este fenó-

meno; es decir, el hecho en sí formula una pregunta de geografía histórica que vale la pena intentar responder. Por lo demás, puede advertirse que la individualidad de esta región es de marcado tipo cultural y no tan homogéneamente natural, como vulgarmente se la considera.

Planteadas estas consideraciones iniciales, Schmieder asevera que la única manera de estudiar la pampa es por medio de una geografía genética, y por este camino va concentrando su enfoque sobre el tema genérico del origen de la vegetación actual.

Un hecho definitivamente comprobado puede tenerse por resuelto, y es el de la transformación del monte alto en monte bajo, en la zona fronteriza entre la parte húmeda y la seca de la pampa. El consumo de madera para leña ha sido comparativamente grande si se tiene en cuenta la falta de disponibilidad de otros combustibles de importación hasta hace muy poco tiempo. Por ello, el monte bajo como asociación secundaria de plantas, originándose en la transformación del monte alto por la mano del hombre, (158) es un fenómeno que puede ser reconocido a menudo. Pero no es menos cierto que el monte bajo también existe como asociación primaria, especialmente hacia los confines occidentales de la pampa, donde la creciente aridez impide el crecimiento de toda clase de árboles, de lo cual puede deducirse que no siempre es factible decidir en qué caso se trata de vegetación natural o alterada.

Schmieder, al tratar más concretamente el asunto relativo a la existencia de las praderas, se inclina a pensar que la razón de su origen no debe ser buscada en factores naturales, sino en la influencia del hombre sobre el medio. Por esta razón, a pesar de que pasa revista a cada uno de los elementos físicos que pueden haber contribuido a esta situación, va descartándolos uno a uno como inconsistentes. Conforme a la correspondiente categoría climática establecida por Köppen, no hay ningún inconveniente para que no se dé el crecimiento de bosques naturales, que de hecho ocurre en otras regiones del mundo afectadas por el mismo tipo de clima. Asimismo, al citar a Kurz, (159) quien se inclina a pensar que el factor decisivo es la distribución de aguas subterráneas, lo desahucia con el argumento de que el cultivo de árboles de especies importadas se ha practicado con todo éxito en la pampa. Luego Schmieder cita las opiniones de otros hombres de ciencia como Seckt, quien se pronuncia por la explicación de que en realidad hay que formular una categoría especial climática -clima de pradera-, o como Lörentz que sostiene que el hecho decisivo es que en los confines más secos de la pampa existen montes, mientras en la parte húmeda no los hay; o finalmente, Grisebach, el que coincidiendo con Darwin, cree que el suelo es particularmente

fértil, pero que son los vientos los que impiden el crecimiento de los árboles.

Frente a toda esta argumentación que empeñosamente busca fundamentar la causa de las praderas en factores de tipo natural, Schmieder prosigue su teoría sobre el apasionante problema, en la creencia de que ha sido la acción del hombre la que ha ido configurando el aspecto que desde hace ya varios siglos presenta la pampa, de una ininterrumpida pradera. El caso del ombú, el comportamiento de árboles introducidos o importados, la proliferación de álamos carolina, eucaliptus, durazneros, etc., el monte genuino que aún cubre grandes extensiones en las sierras, la profusa vegetación a lo largo de los ríos, los talas, coronilla y espinillo aún subsistentes, indican, según su opinión, que no hay ningún motivo para pensar que las praderas se deben a un hecho de naturaleza climática o fisiográfica, en general.

Las crónicas históricas parecen darle la razón cuando citan muchos documentos según los cuales, inmediatamente después de la fundación de Buenos Aires consta que existían abundantes montes de algarrobos en los alrededores, y que precisamente frente a la amenaza de su progresiva destrucción, las autoridades habrían prohibido su talado, aunque eventualmente la disposición habría sido inoperante. (160) Las relaciones escritas por Concolorcorvo, el Padre Falkner S.J., Azara y muchos otros, habrían sido definitivas para Schmieder en el sentido de que ofrecen la prueba de la existencia de bosques, tanto a lo largo del camino a Luján como en Guaminí o en las barrancas del Río de la Plata, donde la vegetación habríase encontrado más protegida naturalmente de la voracidad del hacha.

Siguiendo esta línea de razonamientos, Schmieder escribe: Puesto que las condiciones naturales no fueron elementos de conversión de bosques en praderas, queda solo la sospecha de que el monte primario haya sido dominado por algún factor biótico. (161) Partiendo de esta declaración la investigación se orienta hacia los tiempos precolombinos, y aunque pondera como despreciable la posible acción del indígena en su papel de alteración de las condiciones del medio, en busca de tierra para ser cultivada, adjudica un peso de primera magnitud a la hipótesis de que, en cambio, los indios conocían perfectamente el fuego y debían de hacer uso de él sea para combatir la maleza o con otros propósitos; como es sabido, el fuego destruye árboles y arbustos y deja la tierra en condiciones especialmente propicias para que domine el pasto natural.

Finalmente, el geógrafo citado encuentra en esta teoría la explicación de por qué hacia el oeste los montes se han mantenido más persistentemente, lo cual obedecería al hecho de que la población indígena habría esta-

do localizada a lo largo del borde oriental de la pampa, donde las posibilidades de tener agua a su alcance eran mucho más numerosas, dejando así el confín occidental fuera de su órbita.

No vamos a hacer la crítica de la hipótesis suscrita por este distinguido geógrafo, aunque citaremos otras opiniones más recientes sobre el problema. Lo que sí queremos destacar, antes de continuar, es que cualquiera que sea en definitiva el veredicto sobre la cuestión, es indudable que se trata de un tema de absoluta relevancia histórico-geográfica, en relación al cual no se han hecho aún investigaciones espaciales, concretamente localizadas y a los cuales es imposible no hacer referencia tratando de los cambios registrados en el medio, de una región que ocupa una buena parte de la superficie del país y una proporción mucho mayor de su actividad.

La línea de separación entre la explotación hispana y la indígena se materializó, durante 250 años, con toda precisión, a lo largo del río Salado, suerte de frontera natural o convenida espontáneamente entre aborígenes y cristianos. Las observaciones de Darwin en su Diario de viaje son bien elocuentes: Septiembre de 19... Me he quedado muy sorprendido con el marcado cambio de aspecto del campo después de cruzado el río Salado. De una hierba gruesa pasamos a una alfombra verde de pasto fino. Al principio atribuí esto a algún probable cambio en la naturaleza del suelo, pero los pobladores me aseguraron que aquí, como en la Banda Oriental, donde existe una marcada diferencia entre el campo alrededor de Montevideo y las apenas pobladas Sabanas de Colonia, todo esto habría que atribuirlo al abono y pastoreo del ganado. Exactamente el mismo hecho ha sido observado en las praderas de Norteamérica, donde el pasto salvaje, entre cinco y seis pies de altura, cuando se lo deja pastorear se transforma en fina hierba común. (162)

Ya antes, el propio Azara había planteado sus dudas, indicando la persistencia y antigüedad del fenómeno. Pero la introducción de plantas europeas y la involuntaria o casual importación de malezas ha sido, junto con el pastoreo y abono, causa de una transformación de la vegetación original muy profunda. Es una tradición repetir que las primeras semillas de cardo –Cynara cardunculus–, vinieron al Río de la Plata alojadas en la mata de un asno traído de España –plaga que se reprodujo a un ritmo insospechado aún hasta mediados del siglo pasado–. Según el testimonio tanto de Darwin como de D'Orbigny, en aquellos tiempos no habría cru-

zado aún el río Salado.

La tesis de Schmieder, entre tanto, acerca de la no existencia de árboles en la pampa, ha sido rebatida desde el punto de vista específica - mente botánico por Lorenzo R. Parodi (163), quien argumenta que la pradera pampeana no ha sido inducida, sino que se trata de una estepa climática, o sea la etapa final de un proceso perpetuado por el clima, pero determinado por la estructura del suelo. El logrado crecimiento de árboles se debe a un cuidadoso cultivo, riego, etc., escribe, agregando que aún después de 150 años de forestación, ni una sola especie se ha naturalizado o sembrado por sí misma en la pampa natural.

La explicación proporcionada por Parodi descarta la distribución del agua subterránea, la frecuencia y poder de los vientos así como la presencia de un clima específico de pradera diferente del precisado por Köppen como Cf y que, según su propia definición, produce bosques frondosos y altos árboles, cuando ello no está restringido por vientos excesivos o condiciones del suelo expresamente adversas. En definitiva, que la causa por la cual no existen bosques en la pampa húmeda es porque el suelo es demasiado compacto e insuficientemente aereado para que arraiguen los árboles y alcancen la capa de tierra inferior humedecida. (164)

En cuanto a la abundancia de las diferentes especies de pastos importados que hoy crecen en la pampa, es ilustrativo citar a Schmieder quien asegura que solamente una cuarta parte de las plantas que crecen silvestres en la pampa son nativas, agregando: los pastos tiernos consisten casi exclusivamente en plantas importadas, como gramíneas y hierbas suaves tales como el "alfilerillo", la flor morada, etc. (165) y citando a propósito de esta cuestión, el informe científico de C. Berg titulado Enumeración de plantas europeas que se hallan como silvestres en la Provincia de Buenos Aires (166). Parodi, por su parte, destaca que la flora original es muy variada y da cuenta de una experiencia suya según la cual en un metro cuadrado de terreno elegido al azar ha contado doce especies distintas de aquélla.

El tema, como se ve, es vasto y complejo ya que requiere una investigación que parta desde varios puntos de vista. Nuestro interés por él reside fundamentalmente en la necesidad de establecer concretamente, por sectores, la creciente transformación de la pradera pampeana, sus diversas alternativas y las consecuencias que la proliferación de pastos más ricos, sembrados espontánea o intencionalmente, ha tenido en la evolución general de la región.

A propósito de este mismo tema, es posible inferir también un ejemplo del cambio en lo que a la extensión y límites de una región natural se refiere. La pampa, cuyos rasgos básicos la caracterizan con relativa precisión, conforme a las alteraciones introducidas en ella, no debe haber tenido la misma superficie homogénea con que hoy se la cataloga. Ya Schmieder nos decía que la pradera actual es mayor que la original, y ese proceso de transformación evidentemente humano plantea la necesidad de establecer con cierta cautela en qué momento y dónde se va produciendo el fenómeno de cambio.

W. S. Tower se formula estas capitales preguntas al tratar de definir las causas que configuran la extensión de la pampa: ¿Fue la línea de los 500 mm de precipitación pluvial la que determinó los límites de la expansión del trigo hacia el Oeste, o dicha expansión fue limitada, en efecto, por el balance de costos y precios? ¿Es posible también que nuestro concepto de "húmedo" y "semiárido" haya sido determinado por la economía agrícola del siglo XIX? (167) a las cuales considera que hay que responder en el entendimiento de que las condiciones impuestas por el medio natural están, en buena medida, determinadas por las actitudes, objetivos y habilidades de los pueblos.

Por lo tanto, Tower propone estudiar la pampa con mayor rigor en lo general, recomendación que no ha dejado de tener valor, por cuanto la tendencia a nivelar lo científico con los pintorescos lugares comunes que ha sugerido su carácter, no deja de ser un peligro permanente. Para esto propone cuatro sistemas de clasificación regional, según tipos físicos, climáticos, densidad de población e instalación humana, y finalmente según el uso de la tierra, incluyendo la cubierta vegetal allí donde haya sido quitada.

A una propuesta superposición de las áreas determinadas según cada uno de los criterios enunciados, entendemos que debe agregarse una más y acaso definitiva -especialmente en el caso que tratamos-, es decir, la que sistematice la homogeneidad en el proceso de cambio, tanto natural como humano. De otra manera puede incurrirse en el espejismo de juzgar una situación basándose en efímeras condiciones existentes que no tienen suficiente arraigo en el pasado y que presumiblemente no van a subsistir en lo futuro.

Preston James hace una incursión por el campo de la historia al enfrentar las dificultades de limitar la región de la pampa húmeda, y así escribe: Si examinamos históricamente la pampa húmeda, encontramos que el presente contorno de la región, posi-

blemente, no habría podido ser identificado por un geógrafo antes del período moderno. Encontramos también que el concepto de pampa húmeda, en efecto, no hizo su aparición, aun entre los geógrafos argentinos, antes de 1876. (168) En la hipótesis de que un geógrafo del siglo XVII hubiese trazado el contorno de lo que entendía por pampa, habría trazado quizás una línea a lo largo del Salado, separando al norte la zona litoral, transformada por el ganado y la introducción de especies europeas, de la parte sur donde aún crecían vírgenes, los pastos nativos.

La gran alteración de la pampa se produce, sin embargo, a partir de mediados del siglo pasado, cuando se impulsa la explotación racional agrícola-ganadera y el ferrocarril instrumenta un sistema de intercambio interno y externo hasta entonces desconocido entre nosotros. Sobre el particular, Preston James agrega: En dos décadas exactamente, fue cambiada radicalmente una situación que había existido durante más de 300 años. ¿Por qué? La tierra no había cambiado, ni se registró cambio alguno en el clima. Pero había cambiado la economía del mundo... (169)

Aquí empieza a gravitar el factor económico sobre el área de la llamada pampa húmeda, pues aunque es factible sembrar trigo más allá de la isoyeta de los 500 mm en relación con el sistema económico, con las maquinarias, las habilidades y las actitudes sociales del siglo XIX, el costo del trigo cultivado en áreas más secas era demasiado grande para enfrentar los precios determinados por la competencia internacional y otros factores. (170)

El proceso evolutivo de la pampa es un largo capítulo de la geografía histórica argentina, y acaso el más interesante, por cuanto aunque la riqueza documental no es de larga data, la naturaleza de los cambios es extraordinariamente amplia. En él se dan cita documentos remotos como las crónicas de los primeros habitantes y viajeros que la conocieron, el registro y estadística -no demasiado precisos lamentablemente-, de los hechos socio-económicos durante los últimos cien años y los estudios científicos que, de una forma u otra, arrojan luz sobre algunas de las incógnitas más profundas del medio y sus transformaciones naturales o provocadas.

Algunos aspectos de esta evolución pueden ser referidos de manera más o menos sistemática, pero otros exigen investigaciones practicadas in situ, con precisa determinación previa del área por estudiar. El valor de las ejemplificaciones reclama aún mayores estudios-tipo y sobre todo el enfoque netamente histórico-geográfico que, -salvo contadas excep-

ciones y en su mayoría realizados por investigadores extranjeros-, en definitiva produzca el resultado anhelado de comprender este complicado proceso tanto en sus partes como en lo general, pero con suficiente fundamento y visualización de sus etapas.

c) Los cortes geográficos en el tiempo

Prosiguiendo con el caso de la pampa húmeda, si así perseveramos en llamarla, aunque conscientes de que la calificación climática no es absolutamente precisa ni coincidente con la histórico-geográfica, analicemos en líneas generales el proceso del cambio regional operado, como un pretexto más para discurrir sobre los problemas y las peculiaridades de la geografía histórica de nuestro país, sintetizada por medio de cortes en el tiempo.

En la determinación de *fechas-eje* en las cuales hacer *cortes* pueden privar diversos criterios. En esencia se trata de una generalización, como lo es el concepto de región en el espacio, solo que aplicado al tiempo. Si atendemos a la multiplicidad de factores determinantes que pueden gravitar en la elección de dichas *fechas-eje*, nos encontramos con una serie excesivamente numerosa que obligaría a practicar demasiados *cortes*, algunos de ellos sin suficiente diferenciación de otros muy próximos.

Dichas fechas, simbolizadas por años clave, serían éstas:

1500: Como *corte* inicial, previo a la invasión de *hombres*, *animales* y *plantas* y en el cual se exhibe el territorio tal cual se encontraba al final del período indígena.

1600: Los primeros atisbos de una ocupación del suelo, con caracteres totalmente diferentes, dan una primera pauta del cambio en operación.

1730: Fecha promedio del largo período hispánico que dura casi tres siglos políticamente y que se extiende aún más en sus notas dominantes.

1776: Puede tomarse como el fin de una primera etapa colonial de alternativas de ritmo lento. Todavía no se han manifestado los factores de cambio súbito que derivarán del nuevo *status* político -creación del Virreinato del Río de la Plata-, y del económico: liberalización del comercio.

1810: Las causas anotadas alcanzan, dentro del orden tradicional, a su máxima repercusión. Simbólicamente queda cerrada la pauta colonial.

1852: La progresiva independización del orden hispánico, tras las alternativas de la anarquía y de la dictadura regionalista, comienza a configurar una estructura diferente en lo relativo a la distribución de la población y a sus funciones.

1869: Los primeros años de la llamada organización nacional se revelan como tales -mejor que en lo político-, a través de directrices que dejarán su marca indeleble en la región. La fecha coincide, y no es casual, con el primer censo nacional que proporciona un primer inventario sistemático de la región.

1881: El primer censo provincial de Buenos Aires da una imagen, más detallada, de la situación espacial de la región, que se ha completado en sí misma con la integración de tierras y por la red ferroviaria.

1895: El segundo censo nacional suministra un testimonio valioso de una época de violentas transformaciones.

1914: Esta fecha es clave por lo que concluye, lo que inicia y la posibilidad de documentarlo. Es el fin de nuestra revolución agraria, el principio de la industrial -estrechamente vinculada al estallido de la guerra europea-, y coincide con el tercer censo nacional.

1947: Las dos guerras y su período intermedio tienen consecuencias relevantes sobre la pampa. Otros eventos y tendencias locales acentúan la transformación operada y aunque el lapso, en relación a la fecha anterior es, acaso, excesivo, el volumen del cambio, la existencia del cuarto censo nacional y, sobre todo, la inminencia de una nueva fase estructural aconsejan la elección de esta fecha.

1960: Es la fecha más próxima al presente, con cierta perspectiva para juzgarla. Coincide con el quinto censo nacional. Las alteraciones producidas en la fase que concluye han alcanzado cierto equilibrio.

Si consideramos que hemos delineado trece cortes en el tiempo -todos ellos con alguna razón de ser-, y que cada uno significa un apreciable esfuerzo de reconstrucción espacial, es lógico tratar de proceder a una mayor generalización. Según este criterio, lo aconsejable sería seleccionar dentro de la lista anterior las fechas siguientes: 1500 - 1810 - 1869 - 1914 - 1947 y 1960. Su número lo hemos reducido a menos de la mitad quedando cubierto el espacio de cuatro siglos y medio por lapsos proporcionados; es decir, cada vez más breves a medida que el orden de los cambios es más acelerado.

No es posible dejar de reoonocer que existen otras fechas-eje aparte de las citadas, pero de hecho se trata de matices -acaso simbólicos-, pues discrepan con las elegidas en un margen de muy pocos años. Así, en lugar de 1869 podría redondearse la cifra en 1870, o 1881 llevarla a 1880, haciéndola coincidir con la federalización de Buenos Aires, o 1914 trasladarla a 1910, que es un año de balance en la vida de todo el país o, finalmente, 1947 retrotraerlo al más significativo año de 1945. Para el caso poco importan las denominaciones si, como se pretende, se logra sintetizar en ciertos momentos las diversas fases del cambio geográfico.

Conforme a lo resuelto, veamos, a través de estos principales cortes, cuál ha sido la secuencia evolutiva de la región pampeana; la que en cierto modo refleja y da un modelo para cualquier otro caso regional de la geografía histórica argentina.

1) 1500. El territorio aún no había sido alterado por el hombre blanco y las aglomeraciones indígenas habían alcanzado el máximo grado de expansión. Aunque en otras regiones del país sería importante realizar, siquiera de una manera tentativa, un corte anterior a éste -donde hay indicios de que hubo épocas de mayor desarrollo, como en los valles calchaquíes-, en la región pampeana, en cambio, no se justifica semejante pretensión, la que por otra parte exigiría un grado de especialización arqueológica y antropológica que hasta el momento no se entrevé como conducente.

Estamos ante el Urlandschaft pampeano, que permite reconocer ya numerosas especies vegetales procedentes del norte de la Mesopotamia aclimatadas en la costa rioplatense y habiendo penetrado varios kilómetros hacia el interior, como es el caso del ombú. Otros procesos de esta naturaleza, en los que la voluntad del hombre parece no haber intervenido, así como aquéllos en que el factor antropógeno plantea un delicado deslinde, son temas fundamentales para este punto de partida. Todo esto indicará en bosquejo, los recursos naturales de la región, aparte de las constancias que aparecen en crónicas coloniales que, aunque escritas más tarde, frente a una realidad natural no alterada pueden servir para la reconstrucción de este oscuro estadio.

El conocimiento del género de vida del indígena, así como su kulturkreislhere u órbita de desenvolvimiento, son requisitos fundamentales para definir esta fase geográfica. El corte en el tiempo inicial no debe encararse como una introducción geográfica a la historia de la región, sino, por el contrario, como un capítulo netamente histórico-geográfico en el que naturalmente el peso del medio físico gravitará en su acento ecológico necesariamente.

2) 1810. Contrariamente a las resonancias patrióticas que tiene el guarismo, se trata aquí de determinar cuál es el estado del país al culminar el orden de cosas implantado por la organización hispánica. Un corte transversal en este año tiene que suministrar el total de los cambios introducidos en el territorio argentino durante el período que termina. Es decir, despojándose del contenido que en potencia encierra la fecha, hay que comprenderlo como el acto final y el balance de casi tres siglos de peculiar coherencia.

Los cambios histórico-geográficos que pueden registrarse a esa altura del proceso comprenden alteraciones provocadas en la biogeografía (por la introducción de animales y plantas), en la topografía (por toda clase de movimientos de tierra y alteraciones del relieve) -aunque el impacto fue casi mínimo en este aspecto-, etc. Nuevos usos de la tierra y diversas pautas de su utilización, determinación de rutas y caminos, construcción de puentes y elección de vados, instalación de establecimientos agrarios y artesanales, trazado y construcción de ciudades, pueblos y caseríos, jurisdicción y régimen de la tierra, rutas de navegación y volumen de transporte de bienes y personas hacia los puertos, distribución de la población, densidades urbanas y rurales, localización de recursos naturales en explotación, equipamiento general: he aquí algunos de los temas que adquieren en este momento particular relevancia.

Naturalmente, esta lista es incompleta y esquemática, pues para realizar la investigación metódica es menester seguir la guía para el análisis que damos más adelante. De cualquier forma, la enumeración es ilustrativa de los rasgos generales del período a que nos referimos, pese a que que por estar aplicada a una región más o menos vasta no tiene la precisión que es dable esperar en los estudios de áreas más restringidas.

Interesa destacar, precisamente porque por cuestiones de sistema englobamos en un solo corte un período sumamente extendido, que la época colonial no fue una sola y compacta asociación de fenómenos desarrollados parejamente a lo largo del tiempo, sea en el orden político, como en el social o en el económico. Así, tampoco puede suponerse que una geografía histórica de un punto intermedio no arrojaría resultados diferentes de la que resulta de la acumulación de factores más o menos homogéneos en 1810.

A pesar de que las constancias existentes rara vez superan el área de Buenos Aires y otros pocos centros poblados, es posible inferir que así como en éstos la vida sufrió una sensible alteración a partir de 1700 -como consecuencia del auge del contrabando primero y de la liberalización del comercio después, en forma progresiva-, estos hechos deben haber repercutido de alguna manera en la campaña, sea como resultado de un inter-

cambio más activo o de un mayor desarrollo de las tareas agrarias. Empero, el hecho de que hubiese habido que importar trigo en más de una ocasión revelaría que esa tranformación de los campos habría sido prácticamente nula, máxime si se tiene en cuenta que el volumen de la población se mantuvo muy estacionario. Como quiera que fuese, existe en este particular aspecto una serie de incógnitas que solo podrían revelarse mediante un relevamiento de la región antes y después de 1730, aproximadamente; tarea, por lo demás, muy complicada de realizar sin el auxilio de un equipo de eruditos historiadores, ya que solo las constancias escritas permitirían determinar -o al menos ilustrar- una situación que no ha dejado huellas visibles.

Otra alternativa intermedia, anterior a 1810, entre tantas que habría que mencionar, es la situación relativa a la ocupación del territorio hacia mediados del siglo XVIII, fase que se ha dado en llamar de l a r e d u c c i ó n p a c í f i c a -una especie de s t a t u q u o meramente defensivo- que es anterior al establecimiento de la frontera como término consciente del área ocupada.

Concretamente, en 1810 el desarrollo económico y su traducción tangible son ahora notables; las concesiones comerciales derivadas del Tratado de Utrecht culminan con la libertad del comercio en 1770 y el tráfico portuario se localiza con nitidez en Buenos Aires. En lo político, la creación del Virreinato del Río de la Plata -que data de 1776- alcanza por entonces su máximo desenvolvimiento. Se advierten mejoras urbanas en Córdoba y Buenos Aires muy especialmente. El volumen de la población de la región litoral ya compite con la del noroeste, otrora exclusivamente dominante, y totaliza cerca de 200.000 habitantes.

La accesibilidad terrestre se ha sistematizado considerablemente por la insistencia sobre las mismas huellas, los mismos vados y las mismas postas. En el medio rural se vive lo que Sarmiento llamó la civilización del cuero, especie de edad tecnológica peculiar de nuestra pampa. Existen ya establecimientos rurales de función regular -casi absolutamente ganaderos- y el territorio se jalona con cierta dispersión de la población, hecho éste que está ligado al incremento de la ganadería cimarrona.

Aparecen las jurisdicciones territoriales, si no con mayor nitidez, por lo menos con mayor diversificación y menores concesiones de tierra. La navegación por el Paraná-Plata gravita en el frente fluvial de la pampa y va creando en él un género de vida con indudables consecuencias espaciales.

En lo relativo al latente pleito sobre la dominación del territorio con el indígena se ha entrado en una fase inédita; la reducción ha probado su fracaso y la campaña comienza a poblarse a la sombra de los fuertes

-creando una estructura *sui generis*- a partir de la erección del Fortín de Arrecifes en 1739. Primero Pinazo y luego Betzebé -bajo el gobierno de Vértiz-, organizando un plan para la frontera, instalan 10 fuertes, que hacia 1810 se habrán convertido en otras tantas poblaciones en tierra adentro.

No sería posible omitir el nombre del Coronel Pedro Andrés García en este corte, pues ya que, menos renombrado que la larga lista de próceres políticos, para esa fecha sus famosos informes y expediciones alcanzan a tener una importancia decisiva para la futura obra de gobierno, a la vez que, para nosotros, constituye una insustituible fuente de conocimiento de la realidad territorial en aquella época.

La expansión del vacuno y del caballar trae apareada ya una serie de consecuencias visibles; entre ellas, produce la transformación de los pastos duros en tiernos mediante el proceso de cambio ecológico, provocado por el método que se ha llamado *a pata y diente*, sin mencionar el papel fundamental del abono, La especial predisposición del suelo pampeano de *componerse*, por la acción de los animales, es un factor que todavía debe considerarse vigente; el impacto más decisivo, sin embargo, puede anotarse a partir de la fecha considerada y por espacio de un siglo aproximadamente.

La presencia del ganado en el *hinteriand* de Buenos Aires servirá, además, de imán para los indios diseminados por la pampa, determinando que sectores más numerosos de araucanos, al principio confinados en la región andina y llevando un género de vida agrícola, se desparramaran en dirección a Buenos Aires, volviendo, en cierto modo, al estado más primitivo de pastores nómadas. He aquí, pues, un caso original que desvirtúa una regla universal de la antropología cultural.

También la importancia de la difusión del vacuno cimarrón, que se procrea rápidamente en este medio propicio, se va a reflejar en las ciudades, ya que constituye -por la explotación de los cueros- el primer filón importante de una política exportadora que recién iniciada se convertirá luego en una considerable reserva de numerario a causa del proteccionismo que impide toda dilapidación. Como queda dicho, las vacas abrieron avanzadas tierra adentro como antecedentes de una ocupación humana posterior, sobre todo en su estado semisalvaje de mayor difusión.

La agricultura, en tanto, es meramente suburbana y sigue las características de la de la Madre Patria, mejor dicho, del tipo mediterráneo. Las guerras de la Independencia van a llevarse luego muchos brazos de labradores que no regresarán a esa ocupación y el comercio libre asestará un rudo golpe especialmente por la importación de harinas, más baratas y de mejor calidad que las producidas localmente.

La división de la tierra reproduce el modelo fundacional de las primeras mercedes otorgadas en el área circundante de Buenos Aires, con suertes principales en forma de lonjas perpendiculares a los ríos y sus prolongaciones -sin acceso a aguadas- o de cabezada. El módulo sigue siendo la suerte de estancia de 2.500 x 7.500 m, de una superficie equivalente a los 3/4 de legua cuadrada, o sea unas 1875 hectáreas, pero la propiedad no era una expresión jurídico-legal, como lo es hoy, existiendo un confuso claroscuro entre propietarios de derecho y ocupantes de hecho, por la sencilla razón de que la superficie del reducido hinterland de Buenos Aires, de unas 20 leguas de ancho por 60 de largo, era superabundante en relación a la población rural.

La red vial es simple y consta de un circuito que une los pueblos de frontera y unas pocas rutas de salida, tales como el camino a Santa Fe, a Córdoba y Cuyo, y el de las Salinas Grandes. En lo comarcal, el camino principal que quedaba oficialmente determinado entre suertes principales y de cabezada, no pasaba de ser un principio legal; casi la pampa entera se atraviesa sin otro criterio que el de buscar vados, evitar pantanos y poder cambiar caballos. Solo en las zonas de quintas la existencia de cercos vivos va creando problemas a la accesibilidad vecinal dado que la pauta parcelaria dista de ser regular y racional.

La tierra urbana está organizada conforme a la vieja tradición colonial, jerarquizada por función y por dimensión, como el solar residencial -módulo de un cuarto de manzana, con sus múltiplos y submúltiplos- y las tierras de labor -peonías y caballerías-, terrenos para propios, baldíos y realengos. Cada fundación urbana obedece a diferentes motivaciones, netas dentro de la gama siguiente: Ciudad Territorial, Reducción, Capilla, Tierra del Santo, Fortín, Vado, Posta, etc.

3) 1869. Esta fecha eje ofrece particulares aspectos que la presentan con una nitidez mayor que las anteriores. En primer lugar, porque en ese año se lleva a cabo el primer censo nacional que, entre otras cosas, va a revelar un pronunciado ascenso de la población, la cual del escaso medio millón con que contaba en tiempos coloniales pasa a casi dos millones de habitantes.

Los sesenta años que la separan de 1810 han transcurrido por tercios entre la anarquía, la dictadura y la constitucionalidad en lo político, y entre la supervivencia del orden colonial, el aislamiento y el desarrollo en lo económico. La distribución de la población comienza entonces a sufrir agudamente el influjo de atracción de Buenos Aires y su región de más directa influencia, de tal modo que mientras en 1810 ésta contaba con una tercera parte del total, ahora llega a balancearse en un 50% de

de aquél.

Para juzgar este período se cuenta ya con un elemento de precioso valor -y que no tenía precedentes- como es la obra de Martín de Moussy *Description Geographique et Statistique de la Confederation Argentine*, (171) que suministra datos con precisión científica, por primera vez aplicada a la realidad geográfica del país.

Como una consecuencia de la incipiente instalación del ferrocarril -con su red *standard* en la pampa, de estaciones distribuídas regularmente cada doce millas de trayecto (aprox. 20Km), sobre la planicie casi virgen y la red de caminos a lo largo de dichas vías o convergentes en las estaciones- se produce el primer atisbo de configuración regional en lo que se refiere a explotación económica, ya que solo mediante este vehículo se hace factible superar el aislamiento que exigía el no siempre alcanzado intento de autoabastecimiento local. Sin duda alguna, la facilitación del transporte y de las comunicaciones ayudará a la especialización, que es hija del intercambio y de la extensión del consumo.

En esta fecha comienza asimismo el proceso de incorporación de nuevas tierras, para la explotación de las cuales se darán títulos de propiedad a gente generalmente residente en Buenos Aires, a la vez que gradualmente comienza a subdividirse el antiguo patrimonio de origen colonial. En este momento surgen, por consiguiente, los núcleos urbanos -generalmente solo las cabeceras de partidos- como el resultado de una necesidad de ordenamiento administrativo.

Excepcionalmente se verifican, en esta época, medidas concretas tendientes a la colonización, radicación de agricultores inmigrantes o locales, trasunto de lo cual es la ley general de tierras aplicada en el pago de Chivilcoy y que va a obtener tempranamente una curiosa fragmentación de grandes extensiones del partido como jamás se la había practicado en toda la región.

La ocupación del territorio ha avanzado sensiblemente sobre las líneas de fronteras coloniales, más allá del Salado y a partir de Bahía Blanca, pero se está aún lejos de conseguir la continuidad en dicha ocupación. Entre aquella ciudad y Tandil, por ejemplo, persiste un vacío sin llenar en el cual el indígena habita libremente.

Para llevarse mejor una idea de la situación socio-económica y sobre todo mental de este momento, puede recomendarse, sin titubeos, la relectura del *Martín Fierro*, en el que aparece presente esa peculiar característica de frontera vaga -y más que frontera, región- que tenía una enorme porción de la pampa, aún sin definir.

Las vacas siguen siendo vanguardia en el proceso de ocupación progresiva, ya no en estado de ganado *cimarrón*, pero sí en calidad de al-

zado; esto es, descontrolado y fuera del alcance de los rodeos por cierto tiempo.

Estamos, por lo demás, en la época en que después de varias alternativas en su desenvolvimiento, alcanza su auge la industria de los saladeros, que va a concluir súbitamente en 1871 al ser expulsada por motivos de salubridad del radio de la ciudad de Buenos Aires.

La compostura de los pastos prosigue. Al norte del Río Salado ya no quedan prácticamente zonas de pastos fuertes y las especies predominantes son las mismas que casi cien años después. Como escribiese José Hernández, cada rodeo abandonado se ha convertido en una especie de almácigo. El estanciero colabora ahora conscientemente en la aceleración de ese proceso.

La introducción de toros de raza que simbólicamente empieza con la importación del famoso Tarquino por John Miller en 1845 y que se va repitiendo hacia 1858, aunque con ritmo lento, en 1870 está ya en tren de una mayor difusión. Pero también hacia ese año puede fijarse la aparición de enfermedades de animales, tales como la mancha, que eran absolutamente desconocidas.

Hacia esa fecha se ha cumplido casi en toda su magnitud la desmedida -y sin programa- política de distribuir la tierra que comienza exactamente en 1810. Se consolida por el fracaso de la enfiteusis, se agrava por las donaciones hechas por Rosas, prosigue por el pobre control de la ley de arrendamientos de 1857 y su conversión en ley de ventas diez años después, concluyendo con la cesión gratuita y el reconocimiento de propiedad a pobladores presuntamente desalojados por los indios, etc. Las bases para un proceso de especualción incontrolable ya están dadas; el aumento del valor de la tierra es a todas luces artificial, pues no viene dado por su productivifad efectiva, sino en relación al proceso de oferta y demanda planteado sobre un fundamento falso.

La accesibilidad vial está ya siendo afectada por el ferrocarril: sea porque se superponen paralelamente o porque se complementan en las numerosas puntas de riel de la red en construcción. Las estaciones intermedias van a determinar la organización de sus respectivos accesos y su rectificación.

El proceso de urbanización está en pleno desarrollo por dos motivos fundamentales: la necesidad político-administrativa de fundar cabeceras y la natural concentración en torno de las nuevas estaciones ferroviarias. La traza urbana se plantea conforme a los preceptos del Departamento Topográfico de Buenos Aires -que viene actuando con mayor gravitación a partir de su restablecimiento en 1859- y que son una rara actualización de lo prescripto por las Leyes de Indias. (172a) En la última porción

del período que concluye en 1870 influye también una política de fomento al acceso popular a la propiedad de la tierra urbana tal como la ley de ventas dictada por Avellaneda en 1868, de la cual se ha dicho que tenía de español el fondo indispensable, el buen condimento americano y la adaptación prudente a nuestro suelo. (172b)

En la periferia de Buenos Aires se asiste al marcado comienzo de un sucesivo parcelar de antiguos predios y quintas, con la consiguiente boga de los remates que durante un siglo se irían a perpetuar, desplazando su órbita de acción en anillos concéntricos al centro de la ciudad.

4) 1914. Todos los factores de cambio mencionados sucintamente en los párrafos anteriores ya han producido sus resultados, algunos de ellos con toda la fuerza que se podía esperar. El proceso, sin embargo, no ha sido tan sencillo, y sus alternativas, de lo más variadas, así como compleja es su traducción en términos visibles.

La era de violento progreso que se verifica se atribuye hoy a cierta estabilidad política alcanzada en el país por entonces. Como siempre sucede, una causa exclusiva siempre resulta poco convincente. En todo caso, hay que tener en cuenta que la afluencia de inversiones y de brazos estaba directamente apuntalada por un hecho singular cual era la obtención de muy bajos costos de producción agropecuaria que le acordaron a la Argentina un lugar de privilegio en el mercado mundial, con todo lo que ello significa como instrumento de progreso general. Los capitales ingleses que en un momento dado representan un aporte extraordinario, (173) no tuvieron como efecto solamente acelerar el proceso de desarrollo económico, sino que, de una forma u otra, produjeron una riqueza que el país empleó para estimular otras actividades menos materiales. Del proceso de alfabetización al alto grado de desarrollo y de hasta refinamiento cultural logrado por nuestro país en tan corto lapso, un sinnúmero de hechos están indirectamente ligados a aquella primera causa, diríamos así, de los bajos costos de producción.

Al mismo tiempo, no sería posible desconocer que junto con esa relativa tranquilidad política y la prosperidad económica, las tensiones sociales se hallaban en un estado de reposo por carecer el país de ningún trasfondo racial, o rivalidad regional, o problema religioso, etc., que en una etapa de integración pudiera haber trastornado su evolución natural hacia formas más altas de convivencia y de armonía social.

El lapso cerrado en esa fecha muestra el ciclo completo del proceso evolutivo de la ganadería pampeana que durante tanto tiempo ha sido el hecho central de la existencia económica del país entero y que, por consiguiente, constituye el factor de cambio más visible que se registra en el

paisaje rural.

Desde los tiempos coloniales, la posesión de la tierra en propiedad había engendrado una especie de prestigio del que gozarían pasivos terratenientes. La capacidad productiva de aquélla no entraba tanto en esta categoría de privilegio, cuanto que la extensión en hectáreas que representaba era una especie de cifra mágica. Con ese criterio simplista se habían hecho las primitivas mercedes de tierra -cuyo escaso valor económico había impulsado a más de un poseedor a desprenderse de ellas a cambio de una modesta muda de ropas-; dentro de esas normas sobrevivió la misma situación durante casi tres siglos; de pronto la explotación agropecuaria adquiere cierto rigor técnico-económico por el cual la dimensión de una estancia, o el mero número de cabezas que encierra, no aseguran por sí solos la solidez de un patrimonio, ni mucho menos un seguro rédito. El ganado tradicional no tenía malas cualidades, pero el mercado comprador británico -que se presenta como el más promisor cliente-, exige cierto grado de calidad en la carne de consumo.

Una de las consecuencias más inmediatas de este hecho es la importación masiva de animales de raza con el propósito de ir mejorando la especie. Sin embargo, esta decisión no basta, pues el ganado británico introducido con ese objetivo no engorda en la pampa natural como lo hace en las praderas de Escocia o Inglaterra, y se hace menester un parejo adelanto en lo que se refiere a materia de pastos. En medio de una serie de coincidencias felices se comprueba que las condiciones de suelo y clima ofrecen una oportunidad excepcional para el crecimiento de la alfalfa, jamás hallada en otra parte del mundo. Sin embargo, estos altos rendimientos de cultivo solo se dan en tierras ya previamente trabajadas y no en lo que hasta entonces era campo vulgarmente conocido como m a u l a.

Así nace, puede decirse, el interés por la agricultura en los estancieros tradicionales, solo ocupados hasta entonces en la cría de vacunos. (El auge puramente agrícola que se va a registrar paralelamente en las colonias no afecta a toda la pampa húmeda). Por lo tanto, se procede a contratar arrendatarios o colonos -particularmente y sin intermediario alguno-, quienes durante un período mínimo de tres a cinco años procederán al cultivo de cereales en las parcelas creadas al efecto dentro de las grandes propiedades tradicionales.

Dos son las consecuencias indirectas de esta medida, cuyas repercusiones van a ser casi tan importantes como la prosperidad ganadera: una es que con motivo de la delimitación de las chacras comienza indirectamente la subdivisión de los antiguos latifundios; la otra es el desarrollo de la producción de trigo y maíz, que originados como subproductos de la alfalfa -al principal efecto de ir preparando la tierra-, arroja cifras de tan

alto provecho que inauguran la era del cultivo extensivo de cereales aún no iniciado en la pampa y que en su mayor parte va a estar en manos de colonos.

La traducción en términos espaciales del proceso anotado se verifica de varias maneras. En primer término significa una alteración notable del medio biológico, con la consiguiente transformación ecológica; se comienza a combatir las hierbas inútiles o nocivas y las plagas vegetales o animales; se acrea la tierra; se procede gradualmente a solucionar problemas de drenaje recuperándose tierras bajas y protegiendo otras zonas, de los efectos devastadores de las inundaciones -con su implicancia en materia de transporte y comunicaciones-, en una palabra, se sustituyen violentamente la flora y la fauna naturales por otras puramente culturales. Luego, implica una mayor densidad de población y sobre todo una mayor extensión de tierras incorporadas a la vida del país.

La inmigración provoca una alteración en el habitat de la población rural, la mayor disponibilidad de medios ensancha el panorama cultural de los estancieros progresistas, quienes -estando en funcionamiento la red ferroviaria cuya instalación es en cierto modo paralela con esta evolución-, entran en un más íntimo contacto con la tierra, sea construyendo residencias de características permanentes -aunque de uso temporario-, sea procediendo al arbolado de las casas, y, en general, invirtiendo una parte de sus beneficios en mejoras de todo tipo como puestos (el término de por sí ya evoca sus antecedentes militares), molinos, tanques, alambrados, tranqueras, guardaganados, caminos y avenidas y, en especial, en instalaciones de trabajo como corrales, mangas, baños, en lo relativo a una racionalización de las tareas ganaderas, y criaderos y quintas para atender a las necesidades de la creciente población estable del campo en general.

Para entonces, la otrora permanente zozobra que la vecindad -no resuelta-, con el indígena acarreaba, ha quedado definitivamente atrás. Poco tiempo después del corte anterior se logra la continuidad territorial en el transcurso de unos pocos años (1875-79): primero, mediante el plan de Alsina -fallido en parte por un proverbial desconocimiento del terreno-, y, definitivamente, merced al decidido plan ejecutado por Roca , -mitad policial, mitad militar-, que lleva la frontera hasta las márgenes del Río Negro.

Cuanto hecho cultural se verifica en la extensa área agrícola-ganadera hacia 1914, es resultado de transformaciones operadas casi exclusivamente durante un período de poco menos de treinta y cinco años. En ese sentido, este lapso y esta franja de tierras nuevas constituyen, acaso, uno de los ejemplos más nítidos del proceso tipo, ya mencionado,

que los geógrafos norteamericanos llaman de la *sequent occupance*.

Con relación al corte anterior, la población del país se ha cuadruplicado, pasando de 1.800.000 habitantes, según el censo de 1869, a casi 8.000.000, conforme al de 1914, correspondiendo de esos totales una proporción creciente a la región pampeana que va a absorber la mayor parte de los 3.600.000 inmigrantes que ingresan entre ambos censos.

La conquista definitiva de las praderas naturales ha traído como consecuencia un verdadero éxodo de las haciendas de los campos de *adentro* a los de *afuera*. Se trata de un movimiento expansivo que va a enfatizar aún más el tipo de explotación extensiva. Los tipos criollos de hacienda han desaparecido por completo y la oveja emprende el camino hacia el Oeste en búsqueda de tierras más baratas que quedan marginadas por la zona predominantemente vacuna que absorbe los mejores pastos. Termina así el breve auge del ovino en la provincia de Buenos Aires.

El ferrocarril, entre tanto, ha permitido la consolidación de este proceso de excesiva descentralización cuyas consecuencias sobre el régimen de la tierra derivan en el latifundio y en una subsiguiente e imperiosa obligación de equipamiento.

Hacia la fecha considerada, las aguadas artificiales -sobre todo el molino, recién introducido en 1880-, se han difundido en toda la pampa y gracias al ferrocarril y ambos factores, entre otros, serán los que inicien el proceso de expansión suburbana, sobre todo en Buenos Aires. El alambrado, simbólicamente adoptado por Newton en 1845, aunque lentamente al principio, será ya para esta época un dispositivo corriente con repercusiones no solo sobre los métodos de explotación, sino sobre la pauta caminera y la accesibilidad que de una libertad omnímoda pasa a quedar embretada entre los límites de las propiedades.

Estamos también frente a los comienzos de una singular competencia entre agricultura y ganadería, puesto que alcanzada la saturación de las tierras ocupadas, ninguna de aquéllas puede predominar sino es a expensas de la otra.

La agricultura, que fue mucho más difícil que la ganadería para desarrollarse en la pampa, alcanza, en el período que concluye, su pleno desenvolvimiento. Desde 1880 -puede decirse-, hasta principios de siglo, se opera toda su transformación. Los factores determinantes son tanto la difusión del alambrado como la provisión de mano de obra; el primero, porque concluye con la larga etapa (iniciada con la Conquista) en que no existen mayores garantías de que aun los cultivos hechos en tierras de *pan llevar* no van a ser destruídos por el ganado suelto; el segundo, porque la idiosincrasia criollo-pampeana, unida a la baja densidad rural, son barreras que impiden la evolución agrícola. Un tercer factor, siempre pre -

sente, el ferrocarril, será el que definitivamente consolide el esfuerzo, visto que antes, por la escasa disponibilidad de material ferroviario en más de una ocasión se acumulaban stocks y se perdía buena parte de la cosecha por quedar sin salida y expuesta a las inclemencias del tiempo, a la intemperie. La fecha considerada, en cambio, coincide con el cierre del período más fecundo en tendidos ferroviarios, asegurando así la normal evacuación de una voluminosa producción agrícola.

La situación de la tierra ha completado otro ciclo; de la etapa de las adjudicaciones se ha pasado a la de las subdivisiones que se cumplen por sucesión o transmisión hereditaria, por ventas graduales de grandes estancias o por colonización y loteos. El latifundio comienza a hacerse relativo en comparación con el período anterior y hasta se da el caso de algunas zonas de minifundio, subdivididas en exceso, sin relación con sus posibilidades productivas. Estamos en la época de mayor auge del colono y del arrendatario.

La urbanización de la región alcanza a completar el modelo del cual la situación actual es solo una variante: la estructura político-administrativa cubre todo el territorio y la red de estaciones ferroviarias llega a su apogeo. En los aspectos formales del urbanismo se hacen sentir ya los vientos de cambio originados en la importación de fórmulas, particularmente francesas, en la especulación y loteo a ultranza de la tierra urbana, en las sucesivas demoliciones y reedificaciones. En torno de Buenos Aires están dadas las bases para la subsiguiente ola expansiva siguiendo las directrices que marcan las líneas ferroviarias suburbanas. La apariencia urbana, en fin, ha dejado atrás el más mínimo rastro colonial y comienza a densificarse el uso de la tierra con la construcción de ese género residencial tan definido como es el *petit hotel* y las casas de departamentos en altura.

Para la mejor comprensión de este período es preciso referirse, siquiera superficial aunque particularmente, a la unidad básica de este proceso: la *estancia*, analizando los cambios operados de generación en generación. Un caso típico es el tomado por Robert Platt (174) al estudiar una estancia cuyo origen proviene de una distribución de tierras, ordenada por el Superior Gobierno de la Nación como resultado de la expulsión del indígena y su necesidad de incorporación a las actividades normales del país. Por esta vía, un distinguido cirujano porteño es agraciado, en 1875, con 40.000 ha de tierra en un paraje al cual todavía no habían llegado instalaciones humanas permanentes, *por servicios prestados abnegadamente a la comunidad*.

Durante la vida de su propietario original, y mientras el ferrocarril no alcanza el distrito, la explotación empieza a desarrollarse dentro de un

margen de estrechas posibilidades. Tres son los hechos fundamentales de esa iniciación:

1) La introducción de ganado que pastará libremente en las praderas naturales sin cercar.
2) La construcción de una residencia para el propietario.
3) La instalación de algunas construcciones secundarias en torno de aquélla y la plantación de árboles en forma de monte en torno del conjunto (la mayoría de los cuales serán de especies importadas).

Treinta años después -estamos a principio de este siglo-, muere el dueño y la tierra se divide entre sus cuatro hijos, lo que coincide con el cercado exterior de las fracciones, la introducción del ganado de raza que remplaza a la hacienda criolla, la madurez de la arboleda y la siembra en cuadros de alfalfa que obligan a colocar alambrados internos.

En materia de subdivisiones, la estancia repite la orientación general de medio rumbo ya mencionado, que posiblemente tiene su origen en las primeras mercedes de tierras otorgadas por Juan de Garay en forma de franjas perpendiculares al Río de la Plata, en las inmediaciones del norte de la ciudad de Buenos Aires. Éstas servirán de pauta para los sucesivos fraccionamientos y finalmente darán la orientación de los límites de los mismos partidos de la provincia, que se organizarán a manera de múltiplos de aquéllos, para terminar abruptamente en los límites provinciales donde se sigue la dirección de paralelos y meridianos, en sus tramos más extensos. Adviértase, al propio tiempo, que justamente el límite entre Buenos Aires y Santa Fe, en la región litoral, no sigue tal regla; la explicación acaso esté dada por el hecho de que mientras el recurso de fijar fronteras coincidentes con trazados geográficos era posible de imponer a priori en tierras aún no totalmente ocupadas, en este sector litoral, el arraigo de las instalaciones impidió una rectificación de líneas con espíritu tan abstracto, debiendo conformarse a la realidad ya existente en el terreno. (174)

Con respecto a la estructura interna de la naciente estancia progresista, digamos que la extensión de un potrero tipo no supera sino rara vez, las 400 ha de superficie, unidad óptima conforme a las prácticas de la explotación ganadera, cuya densidad normal será de alrededor de un vacuno por ha . Entretanto, las tierras que eventualmente arrendadas a colonos volvieron a la explotación ganadera, suelen originar cuadros de dimensiones mucho más reducidas, ya que por regla general la más grande de las chacras nunca llegaba a la dimensión de un potrero.

Por entonces se definen ya -y siempre operando el ferrocarril como factor que posibilita la especialización regional-, las zonas de cría y de

invernada según las cualidades del suelo y del clima. Así también se comprueba que el clima excesivamente seco del oeste, como el suelo demasiado pesado del este, no son favorables para la alfalfa y, en consecuencia, se los explota de acuerdo con sus posibilidades dentro de límites de economía: es el momento en que cobra realidad la noción de pampa húmeda, tan estrechamente ligada –como lo puntualizó Preston James (175)–, a las transformaciones tecnológicas operadas a fin del siglo pasado.

Volviendo a la unidad de la estancia tomada como ejemplo, durante la vida de los segundos propietarios no solo se ha producido la subdivisión del patrimonio paterno, sino que cada fracción ha corrido diferente suerte. Solamente una ha evolucionado notablemente, adaptándose a las exigencias de una explotación más racional, razón por la cual va a subsistir sin desmedro de su extensión de 10.000 ha. De las restantes, dos sufren alteraciones radicales por ventas y nuevas herencias, en tanto la cuarta se va reduciendo paulatinamente por la proliferación de chacras en arrendamientos casi vitalicios, o bien por segregaciones definitivas originadas en ventas, a poco más de lo que constituyera, al principio, el núcleo o casco de la vieja estancia unificada.

La distribución de los rasgos físicos, en esta restringida área que tomamos como unidad de ejemplo, va a ocasionar una evolución plena de alternativas en el breve lapso de un poco más de medio siglo. El aumento de población estable y temporaria provocará consecuentemente una serie de instalaciones compuestas de viviendas, pozos, pequeñas huertas, corrales, galpones –en el caso más rudimentario de las chacras–, las cuales no reflejarán tanto la prosperidad de sus habitantes por ese tipo de mejoras, como a través del equipo de trabajo y maquinaria agrícola de que dispone. Ante la constante amenaza de tener que abandonar la tierra, el arrendatario adopta una especie de filosofía cotidiana que no deja demasiados rastros en el paisaje, a diferencia del campesino tradicionalmente afincado en una comarca. Con todo, la labor de transformación debida al chacarero no puede ser pasada por alto, ya que también en muchos casos éste pasó a propietario y modificó, en cierta medida, esa filosofía crudamente utilitaria del colono desarraigado.

Sería a todas luces improcedente pretender juzgar definitivamente una situación mental, tan análoga en el fondo, como la que ha compartido –por diferentes motivos–, tanto el propietario como el arrendatario en relación al paisaje rural. Porque si es cierto que el chacarero ha dado pruebas de poco amor por la naturaleza –obsérvese su escaso interés por plantar árboles, cultivar unas pocas flores, y, en fin, poner alguna nota estética que haga más acogedor su ambiente–, también puede decirse que la generalidad de los primitivos estancieros recibieron la tierra como do-

nación o herencia sin sentir la más mínima obligación moral hacia ella y la gente que la poblaba.

Desde luego, muchos son los factores que explican esta situación: las distintas ocupaciones de los estancieros de nombre, las distancias, la necesidad de realizar una parte importante de los negocios en la ciudad y, finalmente, en no pocos casos hasta ahora, el hecho de que comúnmente los propietarios de grandes extensiones no las poseían unificadas, sino dispersas en varios partidos. La explotación de las grandes estancias ha tenido un aspecto anónimo que, evidentemente, ha sido un grave óbice para la culturalización de la pampa. Pocos propietarios han pasado sus vidas en sus estancias y los más solo han tenido un contacto temporario, sea por estadías, o a través de mayordomos y administradores. La falta de residencia del estanciero es un atavismo de la costumbre colonial según la cual se decía los que son de buena condición tienen dos casas, una en el campo y otra en la ciudad . . ., (176) con la diferencia de que las circunstancias socio-económicas y tecnológicas han variado fundamentalmente.

La modalidad predominantemente ganadera es un tipo de explotación que, practicada como se lo hacía en el período que tratamos, exigía relativamente poca atención y casi ningún trabajo de administración, razón por la cual la presencia del patrón no estaba justificada permanentemente si éste buscaba otros medios de actividad y no perseveraba en perfeccionar las técnicas tradicionales.

El ejemplo, tomado de la pampa húmeda, ha quedado restringido a un contexto muy difinido. No sería posible continuar sin dejar en claro que durante el lapso considerado y también dentro de los límites de la misma región, se opera un proceso de primera magnitud que exige, para ser comprendido en todos sus alcances, una atención que no le podemos dispensar en estas páginas. Nos referimos a la colonización organizada que, principalmente en el sur de la provincia de Santa Fe, pero también en la de Buenos Aires, produce un impacto de gran importancia, no solo por la extensión de las tierras que abarca, sino y por sobre todo, por la peculiar intensidad de la acción a que éstas son sometidas, así como a las altas densidades de población estable que reciben.

Como tema de investigaciones especiales, las colonias ofrecen elementos cuya sola consideración permite descubrir la formidable transformación del paisaje que provoca. Piénsese siquiera en el caso de Cañada de Gómez, cuyo distrito aún en el año 1872 fue atravesado por los indios y que, quince años más tarde, allí mismo donde acampó el malón había centenares de casas, una iglesia, escuelas, etc., y una población de 5.000 habitantes. Este tipo de explotación agraria no tenía precedente

alguno entre nosotros. Las parcelas de tierra llegaban a tener superficies ridículas de menos de 100 ha comparadas con las descomunales propiedades tradicionales, y aun pagando un precio justo en arrendamiento producían un beneficio que atraía 20.000 hombres por año, acompañados de sus familias, que llegaban a nuestras playas con una sed de tierras que ningún criollo podría haber entendido. Al respecto, otro lado interesante del problema es la relación complementaria que va a desarrollarse entre las colonias y las viejas estancias que serán proveedoras de bueyes, caballos y otros implementos, sin los cuales el colono no podría haber avanzado en la medida que lo hizo.

Éste es el momento también en que surgen los núcleos urbanos, engendrados principalmente por el ferrocarril, con un dinamismo extraordinario -demostrado entre otras cosas a través de la irrupción de esas direcciones anotadas por Deffontaines- nacido de la capitalización que se opera en ellos como centros de intercambio y de suministro, alcanzando un florecimiento durante este período que no va a conocer otro igual.

5) 1947. La etapa que se cierra en esta fecha fue la culminación del proceso consolidado en la anterior. De las estancias, sobreviven con vitalidad solamente aquellas que han adecuado su labor a los métodos modernos y por estos medios han podido resistir las fluctuaciones del mercado. Las restantes han quedado como jalones en la planicie, evocando tiempos más fáciles para sus dueños y una sencillez de vida para el campesino que ya no perdurará.

Aunque las casas seguirán sin ser demasiado elocuentes de la prosperidad alcanzada por el trabajador rural, algunas mejoras, y sobre todo la maquinaria agrícola dará un índice un poco más preciso. La chacra habra adquirido su mayoría de edad. La inmigración original ofrecerá sus retoños nativos de todo orden y, aunque muy lentamente -sobre todo por la no igualmente desarrollada accesibilidad cultural, que es una verdadera lacra del feraz paisaje pampeano-, se verifica un ascenso general, bien que no del todo traducido en los rasgos visibles.

La parcelación del espacio en sectores menores se hace evidente al aumentar la red caminera, aunque solo cuantitativamente. El número de caballos será un índice, en esta fecha, del margen de pastos y forrajes con que se cuenta. La distribución de los cultivos, sin divisiones, expresará la modalidad fluída de este tipo de explotación que puede soportar grandes cambios en la demanda y que, por la reducida escala operativa, prácticamente depende de la mano de obra familiar sin compromisos laborales de nuevo orden.

El período es rico en realizaciones tales como la forestación de la re-

gión en general, la pavimentación de algunos caminos troncales, la regularización de las comunicaciones y de los transportes, la apertura de una red de canales de drenaje (la cual si no solucionará todos los problemas de tal naturaleza, importará, por lo menos, un gran beneficio en ciertas zonas), la introducción del transporte automotor que significará un sensible incremento en la intensidad y ritmo de la vida rural, la llegada de la radiotelefonía y, en general, un progresivo avance de todos los servicios públicos de sanidad y educación.

Las organizaciones de la administración y servicios provinciales y nacionales alcanzarán una expansión real -es decir, más allá de lo puramente burocrático-, que se traducirá en importantes obras. Direcciones como las de Vialidad, Hidráulica, Geodesia, etc., completarán trabajos básicos para el ordenamiento regional que, aún hoy, permiten retomar la perspectiva progresiva en que se desarrolló esta pampa húmeda, en poco menos de medio siglo. Si no de una manera armónica y preconcebida, por lo menos, esto sucedió con un empuje que alcanzó a otorgarle una personalidad cultural definida, cuyos rasgos fundamentales no pueden ser pasados por alto al proyectarse planes para el futuro.

Durante este lapso, no debe olvidarse, el campo bonaerense sufre especialmente las consecuencias de la depresión subsiguiente a la primera posguerra, para experimentar durante el curso de la Segunda Guerra Mundial los efectos de una extraordinaria demanda. Los efectos de esta última conflagración van a hacerse sentir a partir de esta fecha eje.

6) 1960. Es difícil juzgar -y ni siquiera describir-, el pasado inmediato. Sin embargo, es imperdonable no registrarlo cuanto más fielmente se pueda. Dentro del marco en que nos movemos, al ejemplificar secciones transversales de la geografía histórica argentina, se hace más y más problemático deslindar causas y efectos que reconocen su fuente en fenómenos de orden nacional y hasta mundial. De cualquier manera, restringiéndonos a lo que se refleja, visible, en el paisaje, es imposible no acusar el impacto de factores que, aunque de profundas resonancias abstractas, han contribuido indudablemente -directa o indirectamente-, a modificar las condiciones de dicho panorama.

Como decíamos antes, la guerra última ocasiona por un lado una gran demanda de la producción agraria argentina, pero, a la vez, no devuelve inmediatamente -por razones obvias-, los medios para que ésta avance y se perfeccione. Por el contrario, el efecto directo es el envejecimiento de equipos y maquinarias que exigen renovaciones parciales y totales al cabo del período bélico y cuyas necesidades no van a poder ser satisfechas por los países productores por estar envueltos en la guerra, y luego

en su propia recuperación. El efecto indirecto es el surgimiento de una industria nacional que paulatinamente va abarcando más rubros y que, por obedecer a causas externas a nuestro desarrollo natural, va a provocar una serie de alteraciones en desmedro de la armonía general, bien que en sus últimos resultados pruebe tratarse de una tendencia irreprimible en el país.

Los resultados de la repentina industrialización se reflejan en general, en la despoblación del campo, en la creciente escasez de mano de obra rural que -pasado el primer momento de desconcierto-, va a ir siendo sustituida por medio de una mecanización más intensiva.

Aunque directamente no gravita en un tema específico, por la importancia del evento, es necesario consignar que estos hechos coinciden con una toma de conciencia acerca de la precariedad de las condiciones sociales en el campo, sea como producto de insensibilidad privada o de negligencia oficial o de la combinación de ambas, ya que la educación del campesinado no puede considerarse una obligación estricta de los estancieros.

Los hechos más tangibles son -entre tanto-, el deterioro de los ferrocarriles, que merecen rápidamente el justo calificativo de obsoletos, ya que su bien atrasado reequipamiento todavía se vió demorado por diez años más de inactividad, a causa de la guerra y durante el período de nacionalización jamás pudo hacerse frente a la necesaria inversión, para ser devueltos a su funcionamiento pleno y eficiente. Con insuficiente compensación por medio del transporte automotor, limitada no tanto por el costoso equipamiento de vehículos cuanto por la insuficiencia de caminos y el estancamiento de las obras viales -con la sola excepción de una emergente tendencia a pavimentar caminos transversales que mejora el tránsito interlocal, pero que no subsana la deficiencia ferroviaria-, termina de completarse un cuadro lleno de dificultades materiales.

A esto súmese el entorpecimiento registrado en el campo de las relaciones laborales -por causas que no entraremos a relatar, pero que son del dominio público-, que gravitan en lo social; y en lo económico, la inflación, cuyas múltiples consecuencias también se van a reflejar en el paisaje por vía negativa.

Pero ¿cuáles son concretamente esas notas que han quedado visiblemente registradas? Arriesgado sería pretender dar una contestación definitiva, ya que precisamente en este trabajo abogamos por la necesidad de realizar investigaciones especializadas que permitan analizar científicamente estos procesos. Al respecto podemos indicar, no respuestas que cierren la perspectiva al tema, sino nuevas preguntas que lo profundicen, tales como : durante el período 1947-1960, la tasa de crecimiento de población, insta-

laciones humanas, servicios, etc., ¿ha aumentado a un ritmo mayor o menor respecto de lo que era de prever? A pesar de todos los inconvenientes enumerados en el orden económico y social, ¿no puede decirse que la región ha buscado por sus propios y peculiares medios abrirse camino, en lugar de entrar en un proceso involutivo? ¿Cuál es el impacto real de la industria en el paisaje de la pampa húmeda? El proceso de la subdivisión de la tierra por medios naturales -herencias y ventas voluntarias-, ¿ha seguido su ritmo previsible o ha alterado su ritmo? ¿En qué medida se han incorporado nuevas especies agrícolas y animales en la explotación de la región? ¿Con qué ritmo avanza la forestación? ¿En cuánto se han modificado los tiempos de viaje en los ferrocarriles, tomando como base la época de mejor rendimiento?

Las perspectivas inmediatas exigen conocer también las tendencias en que actualmente se halla la evolución de la pampa. Sería interesante, si no urgente, poder ponderar al menos dentro de un área representativa el impacto de estos hechos registrados en términos visibles, en el último período. Porque, sin duda, hay una correlación directa entre, pongamos por caso, una fluctuación en la política crediticia y la pauta de crecimiento realmente operada en el espacio físico.

Por estos caminos, la geografía histórica, a la vez que obliga al registro minucioso de toda evolución pretérita, va llegando gradualmente a expresar el ritmo del cambio actual y aun a formular -con el sólido fundamento de la experiencia-, un punto de vista diferente, en la consideración del presente y del mismo futuro. Pero éste es precisamente el tema que desarrollaremos en el capítulo final, por lo cual no es necesario aún tratar de exponerlo, sino apenas dejarlo propuesto. Ya veremos asimismo cómo, al pasar revista a la condición existente, analizada como la fase terminal de una secuencia, los elementos que la componen adquieren un valor *per se*, del cual no dan testimonio cuando se los examina aislados del *contexto temporal*. Así también, la multitud de factores que intervienen en el paisaje, alcanzan, aunque de una manera necesariamente convencional, a constituir una *unidad visible*, solo a través de la representación cartográfica.

Las posibilidades concretas de completar investigaciones histórico-geográficas, en nuestro medio, se ven limitadas por la relativa pobreza de información, pero de ninguna manera se presentan como teóricamente imposibles, carentes de interés o sin alternativas dignas de ser comparadas o generalizadas.

El caso concreto regional que hemos ejemplificado, revela aun a través de la superficial ojeada que le hemos echado, una apasionante temática. Por un lado puede significar la ratificación mejor fundada de una

serie de supuestos de orden general cuya repercusión detallada se ignora. Por el otro, es posible que obligue a la rectificación de muchos lugares comunes -incluídos algunos de los juicios vertidos en estas mismas páginas con propósitos de ilustración solamente-, cuyas verdades aparentes son el mero fruto de deducciones: es decir, no provienen del análisis del caso individual, elevado (después de practicadas otras tantas experiencias análogas) -por inducción-, al plano de lo general.

Solo el tratamiento sistematizado de los hechos histórico-geográficos puede otorgar una validez definitiva a criterios, argumentos e interpretaciones, que son el resultado de la necesidad especulativa humana, aunque no siempre la consecuencia de un metódico tratamiento de los hechos, siguiendo el orden que va de lo particular a lo general, como lo exige el espíritu genuinamente científico.

La reconstrucción de las geografías pretéritas de la pampa, para que supere los alcances subsidiarios de una multitud de estudios accesorios, tales como los que versan sobre temas sistemáticos o regionales y que todavía están en un muy incipiente grado de síntesis, exige componer cuidadosamente, como un mosaico -sector por sector-, las diferentes secciones transversales de su secuencia temporal, haciéndolas susceptibles, además, de ser trasladadas a mapas en donde se expresen como un conjunto articulado de elementos.

Algunas experiencias parciales por nosotros realizadas permiten asegurar que los frutos recogidos retribuyen el gasto de tiempo y energía empleado en la búsqueda de antecedentes. De los ítem de estos análisis, practicados en partidos de la pampa bonaerense, son principalmente obvios los cambios que se registran en las redes camineras y ferroviarias, la subdivisión de la tierra, la instalación de servicios esenciales, la vivienda y otras instalaciones rurales de cierta importancia. A ello debe agregarse el caso -no demasiado frecuente-, en que se pueden advertir alteraciones en la naturaleza, sean éstas provocadas por el hombre o bien originadas espontáneamente, incluyendo entre aquéllas los diferentes tipos de utilización del suelo.

Si a todo esto agregamos el particular estudio a que están sujetos los centros urbanos y poblados, por el cual surge un núcleo original, se opera un crecimiento dado, se conforma una estructura y se alcanzan distintas escalas para la aglomeración, comprobaremos que aun trabajando dentro de tan breves rubros, el producto que se obtiene de una tal sumatoria de investigaciones específicas alcanza resultados no conocidos taxativamente a través de los estudios realizados hasta ahora por otras disciplinas; aparte de que basándose en tal análisis -y solo así-, es factible ir formulando leyes o generalizaciones restringidas, en las cuales solo se podría

pensar contando con los elementos que resultan de una investigación como la propuesta y que tiene tantos puntos de contacto con las experiencias que en materia de geografía histórica se vienen realizando en otros países del mundo.

3. *Problemática de una geografía histórica en escala nacional*

Es difícil, si no es generalizando, hablar de una geografía histórica argentina, más que por ningún otro motivo, por una sencilla razón de teoría. En rigor, no hay un proceso evolutivo único, y solo genéricamente puede apelarse a tal abstracción, (177) porque la esencia de la geografía -y de la historia-, no radica en el estudio de un solo haz de hechos -por básico que fuera-, sino en la asociación y distribución de los fenómenos sobre la superficie de la Tierra.

Éste es el primer inconveniente para una singularización simplista, lo cual veremos en seguida confirmado con ejemplos de la realidad. El segundo obstáculo para formular exhaustivamente una geografía histórica en escala nacional, consiste en otra condición que también viene dada por el principio mismo de la geografía como ciencia, tal cual se la concibe hoy. Mucho se ha enfatizado a la geografía regional, respondiendo a la necesidad de descartar otros enfoques menos válidos, con lo cual, acaso, se oscurece la sencilla verdad de que la geografía básicamente es regional o no es nada. Porque en el fondo de toda investigación está la fijación de un área -o espacio-, de estudio, la cual en cierto modo se determina tentativamente a priori y luego se procede a reajustar. Región, por tanto, no es un producto autogenerado, sino el resultado de una conceptualización indispensable para llevar adelante un programa de investigación. Por ello, quizá la paradoja que usaba Vidal de la Blache para definirla -región es un tema de tesis-, tiene una profundidad que va más allá del ingenio, a la vez que las tesis, tal cual las entendía el ilustre geógrafo, son los pilares de la geografía.

La conocida distinción entre geo-choros-topos antepuestos a grafía produce tres disciplinas según las cuales la primera, geografía propiamente dicha sería la descripción de toda la Tierra; corografía, la de sus partes, y topografía, la de los lugares. Por diversos motivos, esta precisa clasificación no es aplicable; entre otros, por la desvirtuación que han sufrido dichos términos por el uso. Preston James (178) en un intento de revivir este orden rigurosamente clásico de ideas, propone para una geografía regional integral tres categorías -macro-meso-microchoros-, con el objeto de cubrir así la conceptualiza-

ción de región con una precisa escala de magnitudes.

Robert Dickinson, (179) más rotundo cuando habla de geografía regional declara que el término es por cierto poco feliz, ya que toda geografía es regional. Y agrega luego que una región significa un área con características comunes basadas en un criterio preestablecido, para terminar con esta lúcida aclaración: Para el geógrafo es "un terminus ad quem" y no un "origo a qua".

Pese a todo, así entendido el concepto regional, como base de la ciencia geográfica, podría decirse que un país -en este caso la Argentina- podría concebirse como una región (política) o una macrochoros, ya que su orden de magnitud está en la más alta categoría. Desde luego, las posibilidades de la generalización no tienen barreras que sean infranqueables, máxime cuando el observador decide buscar el punto de vista según el cual la perspectiva se haga más abarcadora. Pero también, a medida que la generalización es mayor, la investigación va perdiendo ese sentido de exclusividad sobre un objeto, y de análisis directo se va convirtiendo en una compilación de conocimientos indirectos.

Exactamente esto es lo que sucede cuando se enfoca la posibilidad de escribir una geografía histórica argentina, como cuando se concibe cualquier trabajo científico en una escala que va más allá del regular alcance personal del observador.

Lo mismo ocurre con la geografía en general, en la que la investigación directa está condicionada por el sentido unitario con que concebimos el paisaje. Hasta una geografía mundial tiene más de summa de geografías que de ciencia propiamente dicha.

Es importante no caer en el riesgo de convertir la geografía histórica en lo que Carl Sauer (180) llama holistic doctrine o tendencia a formar totalidades que son mayores que la suma de sus partes, cuando escribe (y no titubeamos en repetir la cita) si decimos que nuestra tarea consiste solo en sintetizar, es probable que hagamos depender una cosa de otra a fin de adjudicarle validez a lo que unimos para interpretar.

Una vez más, la combinación de métodos nos asegura una concepción íntegra de la realidad. Porque si una pura síntesis es solo compilación y no investigación, una pura investigación exige insertarse -comparar es de la esencia del método científico- en una totalidad, donde su espíritu de indagación tenga resonancia y se preste a la generalización, a la ley.

Quizá esta disquisición sobre principios encuentre un símil en la presente experiencia de quien escribe estas páginas, y que al hacerlo se pregunta a menudo cuál es el verdadero método de redactar una obra. Porque

acaso, lo más auténtico sea el resultado de ciertos momentos de espontánea claridad mental, cuando al correr de la pluma se va vertiendo una continuidad fluída de pensamientos; o por el contrario, el trabajo de esquematizar, componer, integrar notas y datos sea la verdadera esencia del trabajo intelectual. Disquisición ociosa es ésta que en la realidad se resuelve conforme a la necesidad de volcar todo cuanto contribuye a expresar la totalidad del pensamiento. Esquemas y notas, carillas corridas, todo debe coordinarse para alcanzar el fin propuesto, que no es material, sino formal.

Veamos ahora cuánto hemos meditado teóricamente, volcado en el plano de la realidad concreta del tema de este capítulo, y más concretamente de este parágrafo; es decir, la geografía histórica de la Argentina.

Comencemos por confirmar la dificultad de unificar sistemáticamente una diversidad -asociada, sin embargo- de fenómenos histórico-geográficos, tales como la conquista hispánica de nuestro territorio; porque este evento no es un proceso sencillo que pueda ser marcado con una sola línea en un mapa, sino que desde su origen ya comienza por expresarse en tres direcciones diferentes. Esto ocurre en una etapa en que opera un juego relativamente simple de factores; ¿qué podríamos decir de tiempos menos lejanos, donde los elementos no sólo aumentan en cantidad, sino que se combinan de múltiples maneras!

Verdaderamente, concebir la formulación de una geografía histórica de la Argentina, sobre todo cuando se carece de los más elementales puntos de apoyo -es decir, investigaciones en una escala y penetración que permitan realizar siquiera esa compilación necesaria- parece a todas luces temerario. Ello no obstante, tentativas en esta dirección no pueden ser abandonadas, sobre todo como una meta ideal a la que progresivamente debe ir tendiéndose.

Si el concepto de región está tan identificado con el de geografía, no podría no estarlo con el de geografía histórica. En efecto, en esta disciplina también se hace preciso declarar un criterio para determinar las regiones histórico-geográficas, las que sumadas (aunque no fatalmente coincidentes por sus límites) darán aproximadamente la superficie del territorio nacional.

Ciertos sectores del país se hallan profundamente unidos en una geografía histórica común a la de otras naciones vecinas, sobre todo en determinados momentos de su existencia. Por ejemplo, Misiones con el Brasil, la Puna con el altiplano boliviano, o el Chaco con Bolivia y Paraguay, sin contar con la unidad íntima que constituía el Río de la Plata antes de la segregación de la Banda Oriental.

Una minuciosa revisión de cada una de estas geografías históricas regionales se impone, previamente, a la consideración de toda síntesis. Pero al mismo tiempo, sin el presupuesto de la unidad que el país constituye desde el punto de vista económico, social y político, estas tareas quedarían incompletas. (181) Por tanto, es preciso establecer a priori ciertas condiciones que deben cumplir las regiones histórico-geográficas para ser definidas, a la vez que -dentro del marco previo del contorno nacional actual- es preciso indagar a través de estudios detallados, en profundidad, cuáles son esas condiciones.

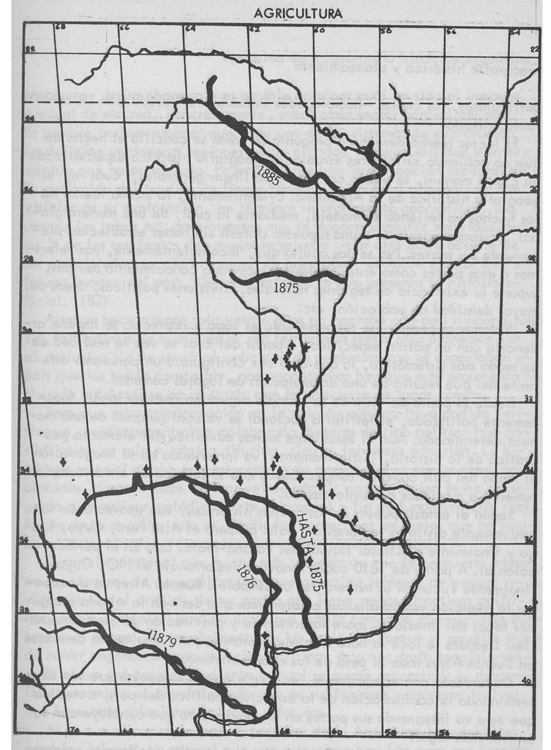
En suma, se impone un trabajo doble: por un lado, la investigación que conforme el aspecto singular que es esencial en toda ciencia, y por el otro, la síntesis de esos elementos, para poder ser concebidos en la perspectiva de un conjunto. En otras palabras, se reedita aquí un problema análogo al que provoca la geografía histórica en sí misma, porque si esta disciplina concierne a la reconstrucción de pasadas geografías, en esencia no hay solo una si no varias geografías históricas, según cada período que trata. Pero a la vez, hemos destacado que el elemento histórico incluído obliga a proyectar estos estudios individuales en secuencia -o proceso temporal- aun cuando, no siempre, éste resulte de una perfecta suma de partes, cuando no del descubrimiento de ciertas tendencias a expensas de otras.

Regiones histórico-geográficas serían aquellas que revelan una determinada homogeneidad en el modo de asociación de los fenómenos del cambio -y de la inercia- espacial. La dificultad de aplicar esta definición consiste fundamentalmente en que obliga a combinar cierta unidad de tipo fisiográfico con otra antropogeográfica, todo esto sometido finalmente a una ley de generalización histórica o temporal.

Pongamos un ejemplo para aclarar. La llamada pampa es vagamente una región fisiográfica dentro de la cual hay una región antropogeográfica básica variable que, en cierta forma, excede de aquella área y en otro sentido deja de cubrirla totalmente. Pero, a la vez, según las épocas a que nos refiramos, la mayor o menor coincidencia de ambas se pondrá de manifiesto. Así, pues, una limitación de una supuesta región histórico-geográfica de la pampa, deberá ajustarse a ciertas constantes propias según las cuales el límite no surgirá de una diferenciación con otras regiones vecinas, sino como resultado de su propia problemática.

Para ello es preciso descubrir esta conformación básica a través de indagaciones singulares. Porque si es cierto que una región fisiográfica es una generalización de ciertos principios específicos, una región histórico-geogrática debe estar definida también por los propios datos específicos que resulten de una investigación directa sobre una serie de ejemplos

FUERTES Y LINEAS DE FRONTERA ANTES Y DESPUES DE LA EXPANSION DE LA AGRICULTURA



◊ Fuertes existentes hasta 1852.

▬ Líneas de frontera.

Según mapas de A. Petermann en Woodbine Parish, Buenos Aires and Provinces of the Rio de la Plata, London, John Murray, 1852, Petermanns Mittelungen, vol.27, pl. 5, Gotha, 1881 y otros.

particulares, los cuales -homologados mutuamente-, produzcan un conjunto unitario.

El lector tendrá derecho a preguntarse cómo se concilia el hecho de que no habiendo suficientes estudios de geografía histórica especializada en cierta manera, se pueda concebir, en líneas generales, cuál es la geografía histórica de la Argentina. Evidentemente, la misma fuerza de los hechos va tejiendo su madeja, mediante la cual, de una manera global, podemos referirnos a una supuesta síntesis sin haber establecido plenamente sus partes. No se nos oculta que, inconscientemente, nos referimos a esas partes como entes reales; el más vago conocimiento del país supone la existencia de regiones naturales, divisiones políticas, áreas de mayor densidad de población, etc.

Justamente porque ese razonamiento es vago e impreciso se impone ordenarlo con un patrón específico, a partir del cual se vea la realidad de un modo más sistemático, lo que a su vez configurará un panorama diferente del que resulta de una acumulación de lugares comunes.

Desde el punto de vista de la historia argentina convencional, fuertemente politizada, el territorio nacional se va configurando de una manera determinada. Aun el estudiante menos advertido del elemento geográfico de la historia, instintivamente va formulando en su imaginación el mapa del país como un rompecabezas que se termina de armar completamente a mediados del siglo pasado.

Según el énfasis puesto en los hechos históricos, van apareciendo sucesivamente distintas regiones del país: primero el Alto Perú, Cuyo, luego y finalmente el Litoral fluvial del Paraná-Plata. Esto en el período colonial. A partir de 1810 cobra renovada importancia el NO, Cuyo y finalmente Tucumán (a manera de un símbolo). Buenos Aires va a acaparar la atención -salvo algunas escaramuzas que derivan la mirada a algunos focos del interior-, sobre la presencia y gravitación de ciertos caudillos. Después le toca la hora a la Mesopotamia, para finalmente centrarse en Buenos Aires todo el peso de los acontecimientos.

De acuerdo con este enfoque, existen ciertas evidencias que van determinando la conformación de la estructura política del país, a medida que éste va integrando sus partes en un movimiento que concluye con la unificación legal.

Otro ejemplo, muy insistido ya, pero que permite fácilmente reconstruir los lineamientos de uno de los procesos asociados que contribuyen a la determinación de una estructura nacional, lo constituye el desarrollo de los ferrocarriles, sobre una gran extensión del territorio nacional. Aunque hay muchas historias que tratan del ferrocarril en la Argentina -la mayoría de ellas puramente económicas, con lo que esto supone de

abstracto- hasta ahora solo es posible adivinar cuál ha sido el impacto gradual de esa red, concretamente, sobre cada sector parcial del país. Es posible incluso suponer que cada uno de los sistemas de explotación ha definido verdaderas regiones según el grado de accesibilidad e intercambio que ha estimulado. Probablemente una investigación espacial de la evolución del tendido de líneas férreas, unida a las alternativas más visibles de su explotación, en términos rigurosamente geográficos, sea uno de los temas más apasionantes que se pueden formular individualmente. Y de los resultados de semejante estudio -por otra parte pasible de ser completado con cierto margen de precisión- es dable esperar que surja una imagen del país, bien diferente de la que presenta la historia oficial. (182)

Aunque hace apenas solo veinte años no contaba con casi ninguna fuerza, la hipótesis de que nuestra red ferroviaria había sido planeada con el exclusivo fin de servir al embarque de productos que se exportaban al país que los había construído, nos encontramos hoy que este argumento ha llegado a difundirse en un grado que lo convierte en lugar común.

Para que esta transformación en la opinión pública haya podido verificarse, evidentemente han colaborado factores de tipo político que posibilitaron no solo su rápida difusión, sino su fervorosa adhesión. La hipótesis es en sí mucho más interesante de probar que lo que se cree; no obstante, durante estos últimos veinte años, ¿acaso alguien se ha consagrado a investigar metódicamente el proceso a fin de fundamentarlo realmente en su detalle; esto es, medir las consecuencias reales que ha tenido en determinados y concretos sectores de nuestro territorio?

Es preciso destacar que mucho más interesante que la propuesta misma en sus términos de generalización, que alcanzan relieves de grosera evidencia, es el análisis de sus partes que tiene menos atractivos políticos, según el cual el tendido de la red habría cometido aberraciones contrarias al normal desenvolvimento de las regiones. Porque si aquélla puede haber engendrado una reacción política, éste nos daría tangiblemente la clave del proceso mediante la cual se puede reconstruir su desarrollo, determinar el papel de cada uno de sus factores y entrever incluso una base para soluciones actuales y futuras.

Si es que el papel de país exportador de la Argentina ha sufrido un cambio violento, es natural que una estructura prevista para esa función haya acusado también ese golpe. Pero con afirmaciones que se convierten fácilmente en pura retórica no se puede responder fiel y lealmente a la problemática de la realidad. Otra vez, en esa materia, se impone una descripción minuciosa del hecho, mediante la cual surjan las etapas que lo constituyen, las tendencias de su evolución y las condiciones de todo

cambio.

Se dirá que un estudio de tal naturaleza es más apropiado para la historia de la economía y no hay inconveniente en aceptar la contribución venga del campo que viniese, a condición de que no se omita el elemento espacial que comienza a contar con el interés de los economistas. Pero aun así, hasta no verter toda la información en términos geográficos –es decir espaciales, visibles–, queda en pie la incógnita de cuál ha sido verdaderamente su impacto sobre el terreno real, sobre la configuración del paisaje, sobre el desarrollo de ciertas zonas y el estancamiento y decadencia de otras, etc.; es decir, sobre aquellas categorías que fijamos como normativas a fin de configurar regiones dentro de la nación. Éste es el objetivo central de tal estudio en relación a una geografía histórica en escala nacional, sin descartar cualquier aporte que indirectamente contribuya a mejorar la imagen de la realidad geográfica del país a través de su existencia histórica.

A propósito de este ejemplo, veamos cómo juega el doble método de trabajo arriba esbozado. Indudablemente, otra vez compilación e investigación directa se necesitan mutuamente. Es imposible medir o interpretar los fenómenos en sus términos globales sin haber hecho incursiones en el dominio de lo singular. Es decir, para poder juzgar el proceso unificado en escala nacional se impone conocer cuál es el papel del ferrocarril en un área pasible de ser investigada en todas sus dimensiones histórico-geográficas. Una compilación sin la clave de lo genérico pierde valor y lo genérico solo, puede emerger de una serie de generalizaciones sobre casos específicos.

Muchos otros temas sistemáticos de la geografía histórica son factibles de ser sumados en escala nacional. Ya veremos en detalle cuáles son éstos, dentro del programa de investigación que exponemos más adelante.

Cada uno de ellos, con sus peculiaridades y su interés propio, integrados, reproducen tentativamente la asociación de fenómenos y su distribución, que constituye el meollo, por así decirlo, de la geografía y que –desarrollados en el tiempo–, representan el ideal de la geografía histórica.

Una tarea digna de encomio, cuyas posibilidades de realización y utilidad justifican el esfuerzo, es la de confeccionar un atlas de geografía histórica argentina, con el cual desgraciadamente no contamos en absoluto. Aparte del elemental esfuerzo de J. J. Biedma en su *Atlas de Historia Argentina*, que por otra parte no coincide con los lineamientos que sigue la geografía histórica actual, no hay ninguna obra que por lo menos ayude a reconstruir la evolución histórica del país en sus aspectos políticos, económicos y sociológicos de una forma gráfica.

El plan del atlas de geografía histórica de los Estados Unidos (183) es un buen ejemplo en la materia por los puntos de coincidencia que tiene con una supuesta obra que trate de reeditar tal empresa en nuestro país, y aunque nuestra documentación estadística del pasado no sea comparable a la de Norteamérica, la información potencial cobraría nuevos valores de ser vertida en términos histórico-geográficos.

Del mismo modo que hemos tomado hasta aquí, como ejemplo, un tema de geografía política y otro de geografía económica, podría agregarse otro de geografía social, para ilustrar las posibilidades de esa evolución en escala nacional. Dentro de ese campo es concebible una geografía histórica de la inmigración, mediante la cual se reconstruya el proceso de distribución del elemento humano sobre el territorio argentino y a lo largo del lapso en que su aparición y desarrollo ha tenido la mayor importancia en la transformación del país.

El tema de las colonias, estrictamente desde el punto de vista socio-geográfico, sería otro ejemplo de un tema que aún no ha sido debidamente ordenado a pesar de contarse con numerosos antecedentes y, en fin, así podríamos abundar en proposiciones de tareas que esperan a los investigadores con inquietud de hallar nuevos caminos para finalmente hacer más comprensible este país que por la modalidad de su crecimiento, no ha permitido aún que ni sus estamentos más cultos hayan asimilado su verdadera realidad. Solo mediante el método que comienza con la descripción científica, pero que lleva por profundas perspectivas hasta la más alta especulación intelectual, es posible rehacer el proceso de nuestra historia espacial, que en cuanto historia es también sinónimo de cultura, en una palabra, de patrimonio espiritual, que no es posible seguir ignorando tan groseramente.

4. Las fuentes de información *

Uno de los obstáculos más graves y, a la vez, uno de los alicientes para suplir tal defecto, que tiene la investigación histórico-geográfica de la Argentina, es la carencia de bibliografía específica.

Esto no significa que los hechos fundamentales no hayan sido alguna vez descriptos o que -como es bien explicable-, falten datos estadísticos precisos, mapas apropiados o cualquier otro tipo de información más o menos especializada. Lo más sorprendente es que la documentación necesaria está

---

* Ver "Bibliografía básica" de Geografía Histórica de la Argentina (al final)

diluída en innumerables libros o folletos, periódicos o informes oficiales, bajo el formidable peso muerto de otros temas considerados más relevantes en su momento y que a la postre han demostrado ser -muchas veces-, retórica pura.

Otra vez la politización -cuando no la vacua pomposidad chauvinista o la progresista-, nos ha dejado sin el trasunto concreto de la evolución del país real, cuyo registro es imprescindible para entender incluso las alternativas de la vida pública de la nación. Y así ha quedado oculto el sentido realista de algunos gobernantes o el espíritu de algunas medidas de gobierno que fueron concebidas con pleno sentido del medio circundante, aunque la historia convencional nos oculte ese enfoque bajo la nebulosa de las ideologías, las virtudes cívicas o cualquier otro elemento verdaderamente accesorio para comprender el proceso del cambio histórico-geográfico.

Ayer como hoy, el más seguro punto de partida lo constituyen las obras de autores extranjeros, especialmente aquellos que han sabido mirar al país y a su paisaje con mirada fresca y espontánea, y con madurez cultural, ajena a los énfasis unilaterales. En ese sentido, la lectura de los escritos de viajeros naturalistas del siglo pasado es particularmente útil a este cometido, y aun la larga colección de libros de viajeros ingleses -tan variables en su nivel y penetración-, (184) ofrece material cuidadosamente expuesto que no hallaremos frecuentemente entre nuestros propios escritores.

Acaso éstos, entonces como ahora, diesen por sobrentendido lo que, en rigor, aún no ha sido asimilado, ni aun comprendido culturalmente. Ese vivir por generaciones en el mismo sitio que es prenda de madurez en los pueblos europeos, por ejemplo, es una experiencia que no se ha alcanzado a entender completamente; al punto de que, inconscientemente, se desarrolla la tendencia de aspirar a gozar de los frutos sin haber plantado previamente el árbol, a buscar directamenre resultados dados sin ahondar en las causas. El tan mentado trasplante en materia de arte y literatura de que padecemos, sin duda tiene una explicación en la pobre asimilación del medio real en torno de nosotros. Para colmo, la región de mayor florecimiento cultural ha coincidido con rasgos naturales exentos de contrastes fáciles, notas pintorescas y atractivos directos. Toda teorización del paisaje de la pampa ha supuesto una abstracta lucubración filosófica solo al alcance de espíritus intelectualizados, pero jamás una reflexión natural y directa como la que se puede emitir sobre una comarca montañosa y sus paisanos o sobre la relación entre la costa y un pueblo pescador.

Frente a aquellos ensayos alambicados que reflejan justamente el des-

COLONIZACION HISPANICA DEL TUCUMAN: Geografía física y humana en tiempos de la Conquista.

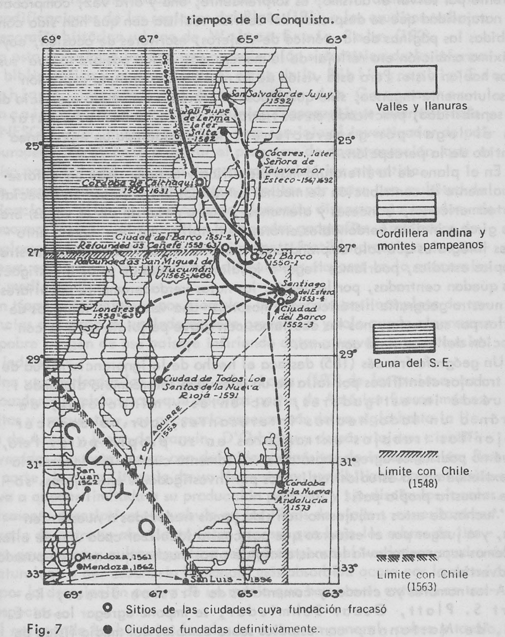


Fig. 7

- ○ Sitios de las ciudades cuya fundación fracasó
- ● Ciudades fundadas definitivamente.
- Ruta de Nuñez del Prado.
- Colonización desde Santiago del Estero.
- Colonización desde Santiago de Chile.

Reproducido de Oscar Schmieder, The Historic Geography of Tucumán, University of California Publications in Geography, 12 de junio de 1928, vol. II, nº 12, p.369.

equilibrio entre el intelecto y la vivienda del paisaje, en un desesperado intento por salvar el abismo, es sorprendente, una y otra vez, comprobar la naturalidad que se desprende del sentido realista con que han sido concebidas las páginas de la crónica de viajeros, escritores de ocasión, cuya máxima ambición era reflejar de la manera más vívida posible lo que sus ojos habían visto. Pero esta visión de la realidad no era una expresión absolutamente ingenua, sino que reposaba sobre un avanzado ejercicio de la sensibilidad, practicado en sus tierras de origen, donde ese estar en el lugar por generaciones había modelado un espontáneo sentido de la percepción.

En el plano de la literatura más científica y actual, debe ponderarse igualmente la contribución de muchos estudiosos extranjeros –en especial norteamericanos, franceses y alemanes–, que a pesar de sus (a veces) breves giras e incluso perdonables errores de detalle, nos han legado enfoques integrales que solo emprendiendo compilaciones titánicas de nuestros propios estudios, podríamos llegar a igualar. A través de estas investigaciones quedan centradas, por lo demás, las notas verdaderamente peculiares de nuestra geografía histórica, que nosotros –una vez más–, tentados de darlas por supuestas, nos las ocultamos con grave perjuicio para la concepción del cuadro de conjunto.

Un geógrafo francés (185) destaca el hecho de la ignorancia mutua de los trabajos científicos por falta de un adecuado intercambio diciendo : ¡Qué de investigadores, pacientes y minuciosos, dejarán a un lado hechos interesantes, por no conocer mejor los trabajos extranjeros en su propio país! Pero, ¡qué no podríamos agregar nosotros a tal lamento cuando esa ignorancia se extiende aun a estudios realizados por investigadores extranjeros sobre nuestro propio país!

Muchos de estos trabajos no han sido jamás traducidos a nuestra lengua, y a juzgar por el esfuerzo que nos cuesta localizar cada uno de ellos, podemos suponer todavía la existencia de otros muchos que nos han pasado inadvertidos.

A los nombres ya citados y comentados de Preston James, Robert S. Platt, Oscar Schmieder, se impone agregar los de E. y H. de Martonne, con estudios sobre cambios del medio físico de la pampa (186) y del medio humano de Buenos Aires (187) que por la fecha en que fueron escritos empiezan a tener valor histórico; Pierre Deffontaines, con muchos artículos sobre Argentina y Uruguay en algunos de los cuales se registran facetas del proceso histórico-geográfico con toda precisión (188), Fernand Braudel aplicando su método geohistórico a un tema de nuestra evolución (189), Herbert Wil-

h e l m y , con un estudio de geografía colonial sudamericana (190) y, finalmente, los no tan conocidos estudios de F. Kühn como uno sobre las modificaciones de las regiones del Plata (191) o los eruditos trabajos de geografía histórica urbana de Walter Erwin Palm (192).

En esta materia se impone una organización sistemática de la información bibliográfica y cartográfica, al estilo de la Bibliographie Geographique, iniciada por la Association des Geographes Français, publicada ahora por la Union Geographique Internationale y la UNESCO, que, aunque presta un gran servicio al investigador de países europeos, no alcanza a agotar el programa de documentación que es preciso para acometer estudios de geografía histórica argentina.

En nuestro caso particular hay que transitar por entre una multitud de publicaciones, a fin de ir recogiendo elementos dispersos que ayuden -de una manera u otra-, a reconstruir las pasadas geografías. Tratándose de las aglomeraciones urbanas, es relativamente factible practicar con éxito, pero en cambio, se encuentran dificultades mayores en lo concerniente al medio rural.

En tiempos coloniales, por ejemplo, la ausencia casi completa de referencias al campo es verdaderamente proverbial y solo puede alcanzarse una pobre imagen de ese paisaje infiriendo datos a través de constancias muy indirectas.

Una vez revisadas las crónicas clásicas (193) de los primeros exploradores y misioneros -que en otras partes de América fueron más explícitas y frecuentes-, es necesario esperar más de un siglo hasta la llegada de Azara y luego de Darwin, D'Orbigny y demás viajeros científicos venidos a nuestra tierra con definidos propósitos de investigación. Por otra parte, la vena literaria de un Hudson, tan sensibilizado por el paisaje, va a quedar limitada a su producción personal y sin discípulos locales. El elemento descriptivo -tan obvio en los libros de viaje-, necesitará ser disecado de entre la abundante letra impresa que bajo los rubros de literatura gauchesca y culta argentina reflejará apenas el verdadero cuadro de la naturaleza y del escenario humanos, más absorbida acaso por la acción que por la descripción pasiva de un medio que hoy nos es extraño en tantos aspectos.

El registro de las historias locales va a ser, en general, pobre y tardío, como lo es la toma de conciencia del folklore, y tendrá un gran empuje a partir de la confección de la Historia de los pueblos de la Provincia de Buenos Aires (189) y la serie de monografías que le sucederá. Aun así, estas investigaciones básicas estarán, por lo general, inficionadas de una preocupación relativa a la manera de cómo estas historias locales se insertan en la historia nacional convencional, de

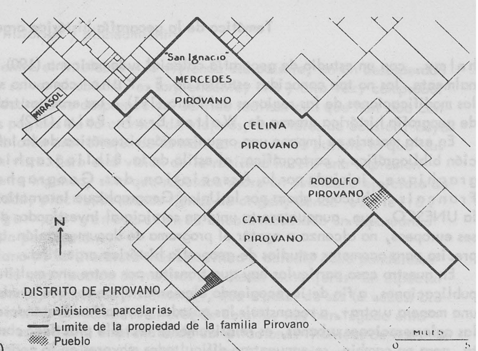


Fig. 8 (a) **Plano de la propiedad original hacia fines del siglo XIX y su posterior subdivisión, por herencia, en cuatro fracciones.**

STATION
CHACRA
ALBUQUERQUE
ESTANCIA
SAN IGNACIO
MONTE
SAN
IGNACIO
O'GRADY
CORN FIELD
ESTANCIA
HARY
SAN IGNACIO

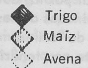
Límite de la propiedad heredada
Divisiones de las chacras
Camino público
Casa

N
MILES
0 1
100 Acres

Fig. 8 (b) **Subdivisión posterior de una de las fracciones con la segregación de una importante porción.**

◇ 50 Acres

Fig. 8 (c)



- Trigo
- Maíz
- Avena
- Alfalfa
- Cebada
- Sudan Grass
- Pastos duros
- Monte arbolado

Distribución de los cultivos y configuración del conjunto de chacras arrendadas.

- SAN IGNACIO
- Límite actual de la propiedad
- Divisiones de las chacras
- Alambrado
- Camino público
- Casa
- Molino
- Bomba de mano

Reproducidos de Robert S. Platt, "Pirovano: Items in the Argentine Pattern of Terrene Occupancy", Annals of The American Association of Geographers, vol. XXI, marzo 1931, nº 1.

fuerte corte político-militar, y con poco o ningún cuidado en la consignación de hechos sociales o económicos y, menos aún, en el aspecto de la repercusión espacial de éstos, o en la gravitación que el medio tiene sobre ellos.

Los informes oficiales más detallados hacen su aparición a partir del censo nacional de 1869, cuando la administración nacional y la provincial de Buenos Aires comienzan a dar resultados verificables. Anteriormente, un esfuerzo de extraordinario valor histórico ha de hallarse en la colección de documentos mandada a reunir a don Pedro de Angelis por el propio Rosas. Pero volviendo a los informes de la administración de gobierno, es preciso decir que aun los existentes reclaman una cuidadosa elaboración para poder ser vertidos en términos espaciales y ser pasibles de graficación, para comprender mejor sus alcances espaciales concretos.

Es importante consignar que en materia de informes y estadísticas muchas publicaciones privadas, como las realizadas por los ferrocarriles en las famosas Guías que se editaban hasta su nacionalización, así como las confeccionadas por otras entidades, compiten en riqueza de información, así como en precisión documental, con las mandadas editar por las autoridades. Especialmente, una serie de libros y folletos destinados a asesorar a inversores e inmigrantes, sorprende por la minuciosidad de la información consignada que, de haber sido publicada oficialmente, no tendría el inapreciable valor que hoy posee a falta de otra fuente (195).

Demás está decir que estudios específicos sobre nuestra geografía histórica, sobre los cuales se pueda ir completando investigaciones o modernizando el enfoque, no han sido producidos en nuestro medio más que por investigadores locales. Ni siquiera el Resumen de la Geografía Histórica de la República Argentina, escrito por Elina G. A. de Correa Morales, (196) con todo lo que su título promete, refleja exactamente lo que era dable esperar; en rigor se refiere a la geografía histórica bajo aquella acepción, completamente caída en desuso, según la cual consistiría en la historia del pensamiento geográfico, en la historia de la historiografía geográfica, o en la de la cartografía. Es decir, sin restar méritos a este aspecto de la investigación, no coincide exactamente con la urgente necesidad de llenar el vacío que origina la inexistencia de una verdadera geografía histórica argentina.

He aquí, sin embargo, que en nuestro país, donde aun entre personas de cierto nivel cultural la resonancia de estas dos palabras unidas exige un esfuerzo mental para concebir su objeto – ¡tan desusada es su aplicación!–, existe tan curioso como remoto antecedente, bien que solo en lo relativo al empleo del término de geografía histórica y no en virtud de un fidedigno contenido.

En 1869, Vicente Fidel López escribe desde Montevideo para la Revista de Buenos Aires un artículo de mediana extensión que titula "Geografía Histórica del Territorio Argentino", (197) restringiendo el significado de tan amplia denominación a algunas observaciones derivadas de seguir las huellas lingüísticas de nuestra carta geográfica, por las que reconstruye la vasta expansión por el territorio argentino del habla de los Quichuas. (198)

Sus conclusiones afirman la indudable amplitud que tuvo la cultura quichua en nuestra tierra, que aunque no dejó ruinas pétreas, nos ha legado como un testimonio de su presencia, una compleja red de topónimos que, bajando por el Pilcomayo llegó hasta la confluencia con el Paraná, y por otras rutas –a través de los desiertos–, llegó hasta el Carcarañá y el Tío, y aun hasta el país de los araucanos que, como los guaraníes, sintieron en su propio territorio la influencia de una hegemonía que López compara con la del propio Imperio Romano, en medio de una innecesariamente apasionada argumentación. Así, pues, escribe que las pruebas concluyentes que arroja el idioma de la geografía nacional argentina, cuando hayan reflexionado (quienes aparentemente disminuyen la importancia de la cultura indígena a expensas de la hispánica), que una lengua no se estampa jamás sobre la vasta extensión de un continente, nombrando los ríos, los cerros, los valles y dejando en ellos el nombre de sus templos, de sus fortalezas y de sus ciudades, sin que la raza que la habló haya dominado socialmente en todo él, será preciso que convengan en la magnificencia y en la verdad de los resultados. (199)

Las detalladas interpretaciones que de los topónimos quichuas da López, se nos antojan muy discutibles pese a que no tenemos competencia alguna en la materia, y aunque más no fuese a la luz de estudios posteriores más rigurosos y científicos, tales como los trabajos de Luis Deletang sobre el área del Pilcomayo, el Paraguay y el Guapay. (200) Más aún, la seriedad de algunas etimologías, citadas como reconocidamente válidas, no resisten la menor prueba y deben ser descartadas como puramente antojadizas. Incluida en el ensayo, a mero título ilustrativo, hallamos una según la cual el origen del nombre de la capital de Gran Bretaña proviene de la frase Longa Domus con que los romanos habrían llamado a su primera instalación.

Evidentemente, López trata el tema con una injustificada ligereza, ya que cualquier londinense sabe –desde antes del siglo pasado–, que aun previa a la llegada de los romanos había en el lugar una instalación

autóctona. (201) De tal manera, las opiniones que al autor vierte sobre el área de influencia de los quichuas -que entre otras cosas habrían bautizado a los querandíes genéricamente con un nombre que significaba cis-andinos y que comprendía a todas las tribus orientales de las cordilleras del Sur (202)- han de ser tomadas con beneficio de inventario.

La falta de exactitud de detalle del trabajo comentado -sobre todo a la luz de los conocimentos adquiridos pasado un siglo desde que fue escrito -no empaña para nada la validez del enfoque, ni la inquietud genuina que lo dictara. En medio de una historia compuesta de anécdotas (como incluso la propia obra fundamental de López), el ensayo que tratamos significa un ponderable esfuerzo por incorporar el método de la ciencia al saber histórico y de aprehender la realidad pretérita por medio de nuevas vías, diferentes de las recorridas por la repetición del lugar común.

Lamentablemente, el ya histórico ensayo de López no fue completado ni siquiera continuado, al punto que es posible que el propio término de geografía histórica no volviese a aparecer ni siquiera usado en sus resonancias literarias. Solo a través de estudios afines puede decirse que la contribución al conocimiento de nuestra geografía histórica ha avanzado en alguna medida en estos últimos tiempos. De estas disciplinas que consideramos auxiliares a los fines de la geografía histórica, la misma toponimia presenta matices de particular interés.

Los nombres de lugares, en nuestro país, reconocen diversos orígenes que hablan de su pasado. Multitud de topónimos quichuas, guaraníes y araucanos fueron respetados por los conquistadores, y gracias a ello aún hoy es fácilmente discernible la génesis de dichas poblaciones. Otros, generalmente impuestos a las fundaciones españolas, evocan sitios y paisajes de la madre patria, a veces con una fidelidad que aún hoy asombra cuando se redescubren en España lugares y panoramas que inevitablemente evocan sus homónimos en el nuevo continente.

Hasta aquí los nombres de lugares tiene el sabor de la espontaneidad y la frescura de lo genuino, un profundo sentido asociado al paisaje en ese aspecto realista que reclamamos para la geografía histórica desde el principio mismo de estas páginas.

Con la independencia política argentina se produce una verdadera revolución toponímica que, a pesar de su prosaica inspiración, no por ello carece de interés y de interesantes explicaciones. Los mismos nombres hablan por sí solos del espíritu que animaba a quienes los imponían, pudiéndose clasificarlos en diversas categorías: 1) los de próceres o eventos vinculados con la independencia; 2) los de personalidades civiles y

políticas casi exclusivamente, filantrópicas otras; 3) los de antiguos pioneros y pobladores vinculados efectivamente al lugar a que dan nombre (generalmente estaciones ferroviarias que van a extender su denominación al pueblo que sirven); 4) los que aguzando la imaginación hasta el límite de lo ridículo han impuesto denominaciones absurdas sin el más mínimo sentido lógico y ni siquiera belleza sonora alguna y, finalmente, 5) los pocos frecuentes que oficializan nombres tradicionales con referencia a la naturaleza, sea a los accidentes de la topografía, a la fauna o a la flora.

Fuera de serie, pero no por carecer de imaginación, menos curiosos son los nombres de estaciones ferroviarias designadas por el kilometraje: Km 24, Km 34, etc. Originalmente sin bautizar por falta de inspiración, estas futuras localidades han aguardado sabiamente cierta madurez para elegir el nombre que les sea adecuado conforme a su carácter.

El rasgo principal, empero, de esta oleada de topónimos que debió cubrir las necesidades de miles de aglomeraciones nuevas, dispersas por todo el territorio nacional a un ritmo arrollador, es lo que podríamos llamar la politización de nuestra toponimia, con grave desmedro -una vez más- de la asimilación del paisaje.

El hecho en sí tiene su importancia porque no solo revela un estado mental especial, mezcla de chauvinismo, idolatría profana y monótona repetición de un limitado repertorio, sino, y por sobre todo, porque en muchos casos opera como una cortina que tapa y desfigura, cuando no directamente violenta, la existencia de auténticos nombres lugareños, llenos de significación, legendario sabor, interés y belleza. Es decir, la imposición -por otro lado centralista y enemiga de toda espontaneidad local- de denominaciones estereotipadas vino a empobrecer culturalmente nuestro paisaje -rural o urbano- en aras de una disparatada politización de nuestra geografía.

Nombres indígenas van a ser olvidados, exigiendo posteriormente arduos trabajos filológicos para proceder a desenterrarlos literalmente de nuevo; otros, con ecos religiosos o hispanizantes, serán secularizados, y, finalmente, algunos de arraigo criollo serán sustituidos por ilustres apellidos, como si así se expresara el discutible triunfo de la autodenominada civilización contra la gratuitamente llamada barbarie.

De cualquier manera, tomando el hecho consumado como realidad indiscutible -sin tener en cuenta las frecuentes redenominaciones igualmente arbitrarias- es posible investigar, caso por caso, región por región, los factores contingentes que fueron dictando la adopción de determinados tipos de nomenclatura, los cuales echan luz sobre el estado mental en que se producen, contribuyendo, por caminos insospechados,

a definir las alternativas en la existencia de los lugares.

El caso particular de la pampa ofrece, como otras regiones del país, sus propias peculiaridades. En primer lugar, por la densidad de su población exigió una nomenclatura extensa en breve lapso, pero, además, por el carácter de pobreza cultural subyacente, obligó a la improvisación fácil, antes que a la búsqueda escrupulosa de nombres inspirados por un paisaje ciertamente monótono y con poco evidentes alternativas. De todas maneras, muchas oportunidades fueron desperdiciadas y los usos y tradiciones así lo atestiguan cuando persisten en denominaciones que la solemne política oficial no se dignó incorporar.

En otras ocasiones, aun cuando la tradición logró imponer su marca, la escasa cultura lugareña olvidó bien pronto el origen de esos nombres como añorando otros más prestigiosos, pero sin repercusión local (203).

Finalmente, con relación a los elementos cartográficos disponibles para cualquier reconstrucción geográfica, se impone partir de los mapas de las primeras exploraciones, los mandados a confeccionar por los conquistadores, los ordenados por el Rey y generalmente depositados en archivos españoles, (204) los que ejecutaran algunos viajeros, (205) etc. El Atlas de la Confederación Argentina, ejecutado por M. de Moussy y otros hasta llegar al definitivo y regular funcionamiento del Departamento Topográfico que había fundado en 1826 Rivadavia -sobre la base de una comisión designada dos años antes por el gobierno de Las Heras-, que daría periódicamente el registro gráfico de las propiedades de la provincia de Buenos Aires en los años 1833/1857/1864/1890, así como algunos trabajos de cartografía derivados de ordenanzas oficiales con diversos motivos, contribuyen sin duda a facilitar en cierta medida el trabajo de reconstruir la evolución histórico-geográfica en términos visibles.

Entre otros trabajos de importancia, el catastro nacional, realizado por el ingeniero Chapeaurouge en 1905, es una obra titánica si se considera la precariedad de medios de que se disponía en ese entonces, y hace pensar que, pese a la magra documentación con que contamos, la Argentina es el único país de toda Iberoamérica que puede exhibir semejantes constancias y, por ende, el que mejor puede ordenar el recuento de su proceso de evolución histórico-geográfica.

El Instituto Geográfico Argentino, fundado por E. Zeballos, y luego el Instituto Geográfico Militar realizaron una tarea de cartografía que hoy, ya factible de ser vista en perspectiva, agrega elementos de información para la geografía histórica bien que en términos relativamente generales.

Partiendo de este patrimonio cartográfico no demasiado completo ni seguro, es mucho todavía lo que se impone hacer en materia de investigación directa sobre rubros omitidos, tales como vegetación local, utilización de la tierra, caminos y puentes, densidad de población, cambios de curso de ríos, alteraciones en las líneas de costa y otros accidentes topográficos y sobre todo en materia de geografía humana retrospectiva, ya que la consignación de tales datos en la cartografía tradicional deja mucho que desear.

En lo que se refiere a la reconstrucción de geografías urbanas, exceptuando el caso de Buenos Aires, particularmente rico en documentos gráficos, (206) las constancias del pasado no demasiado remoto -dejando a un lado planos de fundación y "trazas" de por sí vagas y teóricas- son por lo general raras cuando no totalmente inexistentes.

CODIFICACION DE LOS "ÍTEM" DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICO-GEOGRÁFICA

Orden temático:

1.0.0.0. MEDIO FÍSICO

1.1.0.0. Inorgánico

1.1.1.0. Aire (Climatología, composición, etc.)
1.1.2.0. Agua (Superficial y subterránea, etc.)
1.1.3.0. Tierra (Geomorfología, topografía, suelos, etc.)

1.2.0.0. Orgánico

1.2.1.0. Vegetales (Flora, cultivos, plagas, etc.)
1.2.2.0. Animales (Fauna, cría, plagas, etc.)

2.0.0.0. MEDIO HUMANO

2.1.0.0. Economía

2.1.1.0. Economía de la tierra (Utilización del suelo)
2.1.2.0. Economía humana (Industria, transporte, etc.)

2.2.0.0. Sociedad

2.2.1.0. Población (Crecimiento, distribución, densidad)
2.2.2.0. Actividades (Educación, sanidad, esparcimiento)

2.3.0.0. Política

2.3.1.0. Gobierno (Jurisdicciones, geografía electoral)
2.3.2.0. Administración Pública (Serv. Públicos, etc.)

Apéndice: 3.0.0.0. DOCUMENTACIÓN

1.0.0.0. MEDIO FÍSICO

1.1.0.0. Inorgánico

1.1.1.0. AIRE
- 1. Composición
- 2. Temperatura
- 3. Presión
- 4. Humedad
- 5. Electricidad
- 6. Nubosidad

1.1.2.0. AGUA

1.1.2.1.0. Mares
- 1.1. Líneas de costa
- 1.2. Mareas
- 1.3. Composición
- 1.4. Hielos

1.1.2.2.0. Aguas terrestres
- 2.1. Lagos
- 2.2. Cursos de agua
- 2.3. Cauces
- 2.4. Caudales
- 2.5. Composición

1.1.2.3.0. Aguas subterráneas
- 3.1. Napas
- 3.2. Fuentes
- 3.3. Cursos
- 3.4. Potabilidad

1.1.3.0. TIERRA
- 1. Dinámica
- 2. Relieve
- 3. Suelos (elementos constitutivos)
- 4. Permeabilidad
- 5. Erosión

1.2.0.0. Orgánico

1.2.1.0. VEGETALES
- 1. Formcciones naturales
- 2. Plagas
- 3. Conjuntos fisiológicos
- 4. Recursos (extracción, refinamiento, etc.)

1.2.2.0. ANIMALES
- 1. Fauna original
- 2. Migraaiones
- 3. Extinción
- 4. Plagas
- 5. Domesticación

2.0.0.0. MEDIO HUMANO

2.1.0.0. Economía

2.1.1.0. ECONOMÍA DE LA TIERRA

2.1.1.1.0. Cultivos
- 1.1. Agricultura
- 1.2. Pastoreo
- 1.3. Huertos y viveros
- 1.4. Montes (frutales o no)
- 1.5. Viñas
- 1.6. Jardines

2.1.1.2.0. Cría de animales (género, especie y tipo de la explotación)

2.1.1.3.0. Explotación destructiva del medio.
- 3.1. Deforestación
- 3.2. Caza
- 3.3. Pesca
- 3.4. Canteras -retiro de la capa vegetal-, y minas.

2.1.1.4.0. Transformaciones de la superficie
- 4.1. Nivelación, trincheras, terraplenes.
- 4.2. Limpieza
- 4.3. Drenajes
- 4.4. Embalses
- 4.5. Rellenos
- 4.6. Abonos
- 4.7. Regadíos

2.1.1.5.0. Cercados y divisiones
- 5.1. Alambrados
- 5.2. Setos vivos
- 5.3. Empalizadas, tablestacados
- 5.4. Pircas
- 5.5. Caminos divisorios
- 5.6. Límites virtuales

2.1.1.6.0. Reservas naturales
- 6.1. Bosques
- 6.2. Lagos
- 6.3. Ríos y riberas
- 6.4. Playas
- 6.5. Viveros
- 6.6. Parques

2.1.1.7.0. Ocupaciones improductivas
- 7.1. Edificación
- 7.2. Tierra vacante
- 7.3. Pavimentos
- 7.4. Espacios verdes
- 7.5. Tramos ferroviarios
- 7.6. Basurales

2.1.2.0. ECONOMIA HUMANA

2.1.2.1.0. Industrias
- 1.1. según la materia prima (animal, vegetal, mineral o sintética)
- 1.2. según el producto (tangible o servicio)
- 1.3. según la energía consumida (animal, hidráulica, carbón, electricidad, gas, nuclear)
- 1.4. Frecuencia (permanente, estacional, etc.)
- 1.5. Efectos secundarios (nociva, peligrosa, etc.)
- 1.6. Radio de acción de la distribución
- 1.7. Distancias a las fuentes de materia prima
- 1.8. Significado económico social (mano de obra local, mecanización, automación)

2.1.2.2.0. Comercio
- 2.1. Alcance de la distribución (exportación)
- 2.2. Alcance de los suministros (importación)
- 2.3. Alcance del intercambio (promedio exp-imp.)
- 2.4. Frecuencia de ventas (diario, periódico, etc.)
- 2.5. Inmobiliario
- 2.6. Financiero (créditos, seguros, inversiones)
- 2.7. Servicios (artesanales, reparación, confección)

2.1.2.3.0. Transporte
- 3.1. Personal
- 3.2. Animal (carga y tracción)
- 3.3. Automotor (privado, público)
- 3.4. Ferroviario (vapor, eléctrico, diésel)
- 3.5. Aéreo (dirigible, avión, helicóptero, jet)
- 3.6. Acuático (jangadas, balsas, ferry, lanchas, vapor, motor, etc.)

2.1.2.4.0. Comunicación
- 4.1. Caminos (senderos, huellas, carreteras y tipo de cubierta)
- 4.2. Cursos de agua (navegabilidad, canales, esclusas, vados, puentes, etc.)
- 4.3. Sistemas de transmisión (correo, telégrafo, teléfono, radio, televisión)

2.2.0.0. Sociedad

2.2.1.0. POBLACIÓN

2.2.1.1.0. Clasificación (cantidad y calidad)
- 1.1. Crecimiento (absoluto y relativo)
- 1.2. Sexos
- 1.3. Edades
- 1.4. Niveles económicos (poder adquisitivo)
- 1.5. Movilidad social

2.2.1.2.0. Distribución (localización y migración)
2.1. Densidades
2.2. Procedencia
2.3. Canales de movilidad horizontal
2.4. Urbana
2.5. Suburbana
2.6. Rural

2.2.2.0. Educación
2.1. Alfabetismo (y analfabetismo)
2.2. Equipamiento escolar local
2.3. Equipamiento de la enseñanza superior
2.4. Alcance de la prensa diaria y periódica
2.5. Instituciones culturales, profesionales, etc.

2.2.3.0. Sanidad
3.1. Promedio de vida
3.2. Mortalidad infantil
3.3. Enfermedades endémicas
3.4. Frecuencias epidémicas
3.5. Equipamiento asistencial
3.6. Alcance de servicios hospitalarios
3.7. Localización de aguas termales y curativas

2.2.4.0. Esparcimiento
4.1. Lugares de descanso
4.2. Lugares de turismo
4.3. Centros de entretenimientos
4.4. Campos de juego (espectáculos deportivos)
4.5. Campos de deporte (práctica)
4.6. Centros de reunión social
4.7. Comercio con amenidades

2.2.5.0. Propiedad
5.1. Régimen (propietarios, inquilinos, aparceros, etc.)
5.2. Situación real (propietarios residentes y ausentes)
5.3. Situación de facto (intrusos, propiedad treintañal, etc.)

2.2.6.0. Culto
6.1. Parroquias (jurisdicción teórica y real)
6.2. Capillas
6.3. Localización de la feligresía
6.4. Localización de otras actividades del culto (peregrinaciones, procesiones, etc.)

2.3.0.0. Política

2.3.1.0. GOBIERNO

2.3.1.1.0. Jurisdicciones
1.1. Política (nacional, provincial, municipal)
1.2. Administrativa (justicia, recaudación, servicios públicos, tierras fiscales)

1.3. Militar
1.4. Eclesiástica
2.3.1.2.0. Geografía electoral
2.1. Distribución de votantes (absoluta y relativa)
2.2. Distribución de votos
2.3. Fluctuaciones y persistencia

2.3.2.0. ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
2.3.2.1.0. Servicios
1.1. Provisión de agua (domiciliaria, industrial, etc.)
1.2. Desagües (pluviales y cloacales)
1.3. Electricidad (alumbrado, líneas de alta tensión)
1.4. Gas (red troncal y domiciliaria)
1.5. Teléfono (líneas principales, centrales, etc.)
1.6. Correos (buzones, sucursales, circuitos, etc.)
1.7. Seguridad (policía, bomberos, etc.)

3.0.0.0. DOCUMENTACIÓN

3.1.0.0. Geografías
1.1.0. Históricas
1.2.0. Regionales pretéritas
1.3.0. Humanas pretéritas
3.2.0.0. Historias
2.1.0. Locales
1.1. Ciudades
1.2. Pueblos
1.3. Partidos
1.4. Establecimientos
2.2.0. Provinciales
3.3.0. Regionales
3.3.0.0. Historias de actividades
3.1.0. Agrarias
3.2.0. del Comercio
3.3.0. de Industrias
3.4.0. de Servicios Públicos
3.4.0.0. Crónicas
4.1.0. del Descubrimiento
4.2.0. de la colonización hispánica
4.3.0. de viajeros
3.1. legos
3.2. científicos
4.4.0. de la vida cotidiana
3.5.0.0. Sociologías históricas
3.6.0.0. Censos y demografías históricas
3.7.0.0. Estadísticas antiguas
3.8.0.0. Cartografía histórica
8.1.0. del Descubrimiento

8.2.0. de la colonización hispánica
8.3.0. del siglo XIX
8.4.0. del siglo XX
8.5.0. Aerofotografía antigua
3.9.0.0. Iconografía
9.1.0. Pinturas y dibujos
9.2.0. Fotografías
9.3.0. Cine

CAPÍTULO IV

CUESTIONES DE TRABAJO

1. *Análisis e investigación propiamente dicha*

Mucho se ha dicho, en materia de geografía e historia, acerca de la necesidad de complementar el trabajo de gabinete con el de campo. También en materia de geografía histórica se ha discutido este problema; especialmente, dada la tendencia natural del investigador de sumergirse en documentos, que por otra parte –a medida que pasa el tiempo–, adquieren un volumen no fácilmente asimilable. Esta predilección por el trabajo de gabinete no solo amenaza a la geografía histórica, sino que es una nota característica de nuestra época; con respecto a esta disciplina la tentación parece ser mayor, por cuanto gran parte del material necesario para reconstruir el pasado geográfico consiste en el testimonio escrito o gráfico de rasgos y circunstancias que ya no es dable observar directamente en la realidad.

Veremos, sin embargo, al hablar concretamente de trabajo de campo, en qué medida ese trabajo es posible y deseable, si es que somos consecuentes con el principio según el cual el presente es la etapa final de una sucesión de geografías históricas, período por período. Pero no solo porque lo actual conserva los rastros de pretéritas geografías, sino también porque las borra y las superpone, la observación de la realidad presente desempeña un papel que no puede delegar en ninguna evidencia de tipo indirecto.

La investigación en geografía histórica comienza con la recolección y análisis de d a t a , y estos documentos podrán consistir en elementos escritos o gráficos, es decir, en m e d i o s d e i n f o r m a c i ó n i n d i r e c t a a los que se agregarán los de i n f o r m a c i ó n d i r e c t a o p e r s o n a l , derivados de la observación y de las entrevistas. Posteriormente, se impone la ordenación de dicho material a fin de poder elaborar una s í n t e s i s del mismo, práctica y manuable, para la verificación y la consulta, depurada de todo elemento superfluo o meramente auxiliar. La tercera etapa es la i n t e r p r e t a c i ó n , que tal vez como ya ha sido dicho, no es más que otra d e s c r i p c i ó n , pero con la ventaja de que ahora se realiza sobre objetos y hechos claramente definidos, tanto espacialmen-

ORGANIZACIÓN INTEGRAL DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICO-GEOGRÁFICA: EJEMPLIFICACIÓN DE FENÓMENOS PERTINENTES

MEDIO FÍSICO	INORGÁNICO	AIRE	Ciclos climáticos. Aumento o disminución de la contaminación atmosférica.
		AGUA	Alteración de líneas de costa. Modificación en el curso de ríos. Variación en las napas. Cambios en el sistema natural de desagües. Fluctuación en los límites de hielos flotantes. Procesos de contaminación y sus alternativas.
		TIERRA	Transformaciones dinámicas. Asientos y desplomes. Erosión: evolución de las áreas afectadas. Cambios en los elementos constitutivos del suelo y permeabilidad.
	ORGÁNICO	VEGETALES	Evolución en la distribución de las áreas fitogeográficas y formaciones naturales. Alcance variable de las plagas. Merma o aumento de recursos vírgenes.
		ANIMALES	Reducción de áreas zoogeográficas debida a la extinción de especies. Migraciones. Plagas: radio de acción y transformaciones en sus efectos. Aumento progresivo de las áreas de domesticación.
	ECONOMÍA	DE LA TIERRA	Cultivos: Evolución y cambios en su localización. Formación de zonas coherentes. Desaparición y aparición de tipos.
			Cría de animales: Zonificación gradual de explotaciones análogas. Evolución en la especialización ganadera (por ejemplo: cría y engorde).
			Depredación: Deforestación. Caza y pesca abusivas: áreas progresivamente afectadas. Canteras y minas. Retiro de la capa vegetal.
			Transformaciones de la superficie: Nivelación, terraplenes y trincheras. Rellenos y formación de bajos. Pantanos. Regadíos.
			Cercados y divisiones: Alteración en los trazados. Cambios de técnicas.
			Reservas naturales: Transformaciones de su carácter. Evolución de sus límites.
			Ocupaciones improductivas: Evolución de la superficie edificada y de loteo urbano. Pavimentos. Espacios verdes. Áreas de "detritus". Ferrocarriles.
			Industrias: Expansión de áreas industrializadas. Variaciones en el alcance de la provisión de materia prima, mano de obra y distribución de productos.

MEDIO HUMANO

HUMANA

Comercio: Áreas variables de la importación y exportación local y regional. De la frecuencia cambiante a la estabilidad de los centros de intercambio. Variaciones en el volumen de lo traficado, conforme períodos y direcciones. Cambios en la potencialidad comercial zonal.

Transporte: Cambios de medios empleados. Expansión de los nuevos y retracción de los anticuados. Traslado de terminales. Progresión de las redes.

Comunicación: Cambios de la accesibilidad general. Alteraciones en la red vial; en calidad, cantidad, uso y caudal. Variación en el aprovechamiento de los cursos de agua para la navegación. Expansión gradual de los sistemas de transmisión: redes y alcances. Zonas de mayor influencia conforme a ciertos índices de frecuencia.

POBLACIÓN

Clasificación:
- Cantidad: Curvas de crecimiento. Porcentajes del total.
- Calidad: Pirámides de edades, de sexo, urbana y rural. Movilidad vertical.

Distribución:
- Localización: Densidades. Colonias extranjeras.
- Movilidad horizontal: Migraciones: volúmenes y direcciones.

SOCIEDAD

Educación: Relación cambiante en la localización de alfabetismo y analfabetismo. Distribución y radio de acción escolar. Aparición de otros centros. Alcance de la prensa diaria y otros medios de difusión.

Sanidad: Localización y cambios de los promedios de vida e índices de mortalidad infantil. Evolución en las causales de muerte, por zonas. Áreas endémicas y sus modificaciones en el tiempo. Frecuencias epidémicas regionales. Equipamiento asistencial: su evolución. Aguas termales, difusión de su uso.

Esparcimiento: Zonificación cambiante del turismo. Espectáculos. Cambios en las áreas verdes. Campos de juego. Evolución del comercio. Amenidad.

Propiedad: Cambios en el régimen. Localización de propietarios. Inquilinos y aparceros. Transformaciones catastrales. Latifundio y minifundio como tendencias progresivas.

Culto: Localización gradual de capillas y parroquias. Áreas de influencia.

POLÍTICA

GOBIERNO

Jurisdicciones: Cambios en fronteras internacionales. Límites provinciales y municipales. Distritos administrativos, militares y eclesiásticos. Tierras.

Geografía electoral: Fluctuación, inercia y tendencias localizables. Fiscalización.

ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Servicios: Evolución de técnicas, redes y alcances de servicios públicos.

Seguridad: Cambios en las guardias de frontera, cuarteles, bases, comisarías y destacamentos policiales.

te como en el tiempo, de manera tal que su sucesión, concatenamiento y acaso su relación causal se hacen más evidentes.

Veamos ahora, en primer lugar, dónde se buscarán y -eventualmente-, se hallarán, los materiales para comenzar el trabajo. Casi siempre hay un punto de partida que generalmente consiste en un libro; la obra de alguien que, sin haber compuesto la geografía histórica del lugar que investigamos, ha realizado ya la tarea más próxima a ella. Esta obra básica puede consistir en una historia local, en un relato de viaje, en un ensayo general o en una monografía geográfica, en el mejor de los casos ; puede suceder, sin embargo, que no haya otro recurso que una obra literaria o la iconografía de un pintor local. Pero, volviendo al punto de partida, digamos que el trabajo empieza revisando bibliotecas y archivos. Ahora bien, en general hay dos niveles de trabajo -si no más-, es decir que las publicaciones o escritos que buscamos pueden hallarse centralizados en una capital o cabecera -los que generalmente nos darán evidencias de tipo básico y orientador-, o localizados en el área que estudiamos, y que consistirán, por lo general, en datos más limitados, pero de interés directo.

Demás está decir que al hablar de bibliotecas y archivos, no nos restringimos a los de carácter público, los que no siempre son los mejor equipados, sino que también nos referimos a las colecciones privadas en las que el libro raro, de circulación reducida, las cartas personales, las fotografías, mapas y dibujos, pueden resultar de incalculable valor. Además, entre lo público u oficial y lo privado nunca falta ese estamento intermedio de lo institucional y que consiste, en general, en b i b l i o t e c a s, sociedades de fomento, profesionales, políticas y religiosas que, en más de una ocasión, guardan celosamente testimonios del pasado, a la espera de quien venga a sacarlos a la luz, a darles una utilidad, a hacerlos conocer desde un ángulo de apreciación diferente.

Veamos ahora con qué tipo de material debe trabajar el investigador en lo relativo a documentación escrita de valor.

a) L a d o c u m e n t a c i ó n e s c r i t a : Consiste en libros de toda clase, desde los de categoría científica, histórica, económica, política y sociológica hasta las crónicas aparentemente frívolas o las composiciones literarias, bajo la única condición de que revelen un m o m e n t o o descubran un l u g a r bajo un cono de luz diferente del que se proyecta hoy. Aparte de estos l i b r o s, u obras de cierta importancia, con unidad de tema y autor, quedan por examinarse folletos, publicaciones conmemorativas -casi siempre de gran interés-, informes y rendiciones de cuentas; impresos en general que, sin mayor pretensión, pueden suminis -

trar datos del cambio en el medio físico o humano del sitio de estudio.

Las publicaciones periódicas son el sustituto invariable para épocas no cubiertas por la crónica informal, los libros de viajeros o los estudios históricos. Aquí, pues, comúnmente, el experto se enfrenta con la necesidad de proceder a elaborar lo que todavía no ha llegado a efectuar el historiador, por considerarlo falto de perspectiva suficiente y que, sin embargo, puede dar una importante clave para la comprensión de las etapas finales de un desarrollo tanto como las modalidades vigentes del cambio.

Los documentos de administración pública y privada local pueden ser consultados según los casos, ya que siendo generalmente demasiado frondosos y careciéndose de índices temáticos, no es aconsejable manejarlos sino con un objetivo definido. Usualmente, son los períodos más remotos los que, por la simplicidad y lo olvidado de su contenido, son de mayor practicabilidad. Especialmente pueden resultar importantes los expedientes que tratan de la subdivisión de extensiones de tierra considerable, o aquellos que revelan cambios importantes en la función de una propiedad, tales como los concernientes a la radicación de una industria, la cesión de tierras para el tendido de una línea férrea o un camino, etc. Las disposiciones en materia de comercio, industria, aplicación de tasas e impuestos pueden dar el rastro de la utilización de la tierra, cuando se carece de toda otra pista.

Los títulos de posesión, asimismo, pueden echar luz sobre aspectos importantes acerca de los límites de una propiedad, sus ocupantes y las mejoras con que contaban en un momento determinado. También en esta categoría de datos no es posible desechar *a priori* los elementos contenidos en libros de contabilidad o *diarios*, especialmente los que registran hechos acerca de grandes propiedades, y a partir de los cuales pueden reconstruirse la utilización de la tierra, el rendimiento, las cabezas por hectárea de población animal y toda clase de instalación que haya desempeñado un papel en la modificación de la microgeografía del sitio.

Las estadísticas y censos, naturalmente, son elementos preciosos, los que necesitan trabajarse con esmero, porque generalmente sus valores y evidencias no son siempre factibles de ser localizados netamente en el espacio o presentan dificultades para ser sometidos a la comparación. Muchas veces las unidades territoriales han variado de un censo a otro, conforme a los cambios jurisdiccionales operados; otras, los *ítem* no guardan el mismo tipo de sistematización. Cualquiera que sea la situación, es necesario agotar los recursos a fin de que estos datos puedan ser llevados, en lo posible, a términos útiles para la reconstrucción del pasado

geográfico, ya que -por más dudosa que sea su fidelidad-, siempre constituyen la documentación de mayor valor científico de que se puede disponer, en relación a cuestiones de geografía humana y especialmente de población. Aparte de la tarea de hacer posible ponerlos sobre una pauta común que los haga comparables, es preciso representarlos visualmente, y cuando no en mapas, al menos en forma de diagramas. En una palabra, debe tenerse presente, de antemano, al trabajar con estos elementos, que su utilidad será muy relativa si no es practicable su expresión gráfica, en la que se adviertan de un golpe de vista la cantidad, la distribución y la sucesión en el tiempo de estos valores.

Obvio es decir que completando la serie de documentos escritos, a los que hemos pasado revista panorámicamente, hay que agregar cualquier otro elemento inédito -diarios, cartas, apuntes, etc.-, que pudiera ser de particular utilidad al investigador.

b) La documentación gráfica: A pesar de que se ha dicho que los mapas son los palimsestos de los geógrafos, y sin duda siempre existe el riesgo de anteponer la convención a la realidad misma, para el geógrafo histórico representan la prueba de que la información con que cuenta expresa positivamente los fenómenos en su localización y magnitud espaciales.

Lo que expresa un mapa antiguo, o mejor aún una sucesión de mapas homogéneamente concebidos de una misma área, difícilmente pueda remplazarse por el testimonio escrito. La posibilidad de analizar el cambio, sea por el contraste o la perduración de los rasgos, por la multiplicación de éstos o bien por su englobamiento, es un recurso de inapreciable valor en la investigación.

Con los mapas sucede lo que con la información escrita que puede presentarse en varias escalas, desde la más amplia, cuya utilidad es principalmente referencial, hasta la de detalle que consigna accidentes de menor importancia, pero con máxima precisión. También los mapas pueden acusar diversos niveles de investigación, a partir de los más generales o fisiográficos y hacia los más especializados, o antropogeográficos, cada uno por tema: catastrales, administrativos, viales, ferroviarios, etc. Eventualmente, según los casos, pueden hallarse los tipos de mapa más curiosos.

Las probabilidades de hallar mapas que registren las transformaciones de las condiciones del medio físico son indudablemente menores que las de encontrar aquellos que consignan el cambio humano porque, aparte de toda otra consideración, esto supone el problema que se deriva de la falta de exactitud que caracteriza a los mapas antiguos. En el caso de los

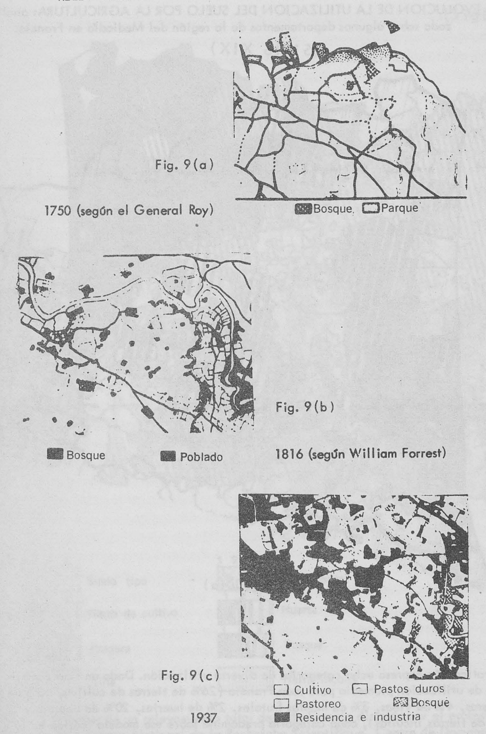


Fig. 9(a)

1750 (según el General Roy)

Fig. 9(b)

1816 (según William Forrest)

Fig. 9(c)

1937

Reproducidos de L. Dudley Stamp, The Report of Land Utilisation Survey of Britain (92 parts), Part 21: "Lanarkshire", V: "Land Utilisation in Lanarkshire in the past". Londres, publicado por el Survey por Geographical Publications Ltd., 1946.

LA EVOLUCION DE LA UTILIZACION DEL SUELO POR LA AGRICULTURA: analizada sobre algunos departamentos de la región del Mediodía en Francia.

(Siglo XIX)

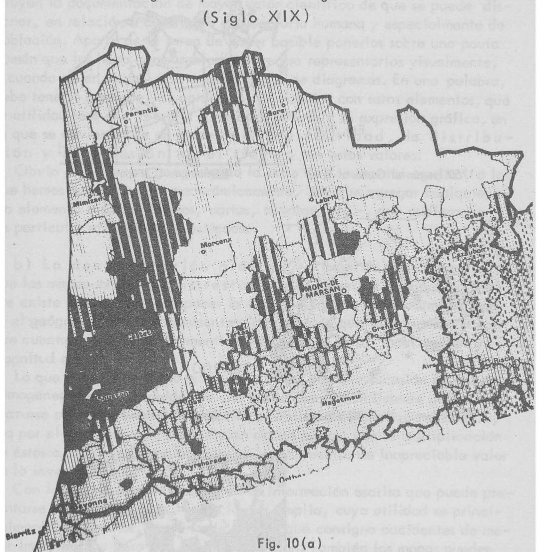
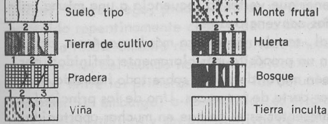


Fig. 10(a)

La graticación expresa ocho categorías de diversa utilización. Dado un tipo combinado de utilización promedio para toda Francia (26% de tierras de cultivo, 15% de praderas, 4% de viñas, 3% de montes frutales, 2% de huertas, 20% de bosques y 20% de tierras incultas), cada categoría predomina sobre ese modelo teórico en la medida que sobrepasa en una, dos o tres veces el promedio.

(Siglo XX)

Fig. 10 (b)



Reproducidos de un relevamiento total de toda Francia dirigido por el profesor Aimé Perpillou. Centre National de la Recherche Scientifique, Centre de Documentation Cartographique et Géographique, Memoires et documents, tomo VII (sin fecha).

datos de geografía humana siempre queda el recurso de ajustarlos conforme a las evidencias subsistentes, ubicadas correctamente en relevamientos hechos con todos los recaudos de la técnica contemporánea. En el caso, en cambio, de rasgos fisiográficos, la suposición de un cambio, conforme a un documento gráfico, impone una tarea de ajuste que solo puede completarse mediante minuciosas investigaciones especializadas en el terreno. Pongamos un ejemplo concreto: si un mapa antiguo muestra la existencia de un bosque hoy desaparecido o sensiblemente reducido, la evidencia del documento no permite, casi nunca, poder determinar el área exacta de dicho bosque, ya que usualmente el grafismo empleado para denotar la existencia de árboles se empleaba de una manera simbólica y más o menos referencial, pero rara vez con el criterio moderno de precisar su contorno.

Algunos países más adelantados cuentan ya con la extraordinaria ventaja de poseer series de mapas especializados, realizados con una técnica semejante y, por tanto, comparables, de utilización de la tierra, demografía, accesibilidad, etc., a veces realizados en la misma escala inclusive, y con una diferencia de 30 ó 40 años entre la confección de uno y otro. (207) Naturalmente, cuando esta circunstancia se presenta, aunque sea cubriendo un período corto, la tarea de análisis -y la posterior de síntesis-, se facilita notablemente.

Lo corriente es, sin embargo, que el investigador tropiece con mapas diseñados en las más diversas (y a veces disparatadas) escalas, con signos convencionales de toda clase, faltos de la más elemental exactitud en algunos casos, y por regla general, increíblemente heterogéneos siendo que tratan de un área o región idéntica. El manejo, por tanto, de este tipo de material nos deriva a resolver problemas de toponimia, de antiguas técnicas geográficas, de jurisdicción y hasta de vinculación a la evolución del pensamiento geográfico; todo esto descontando el mayor y fundamental obstáculo de tener que verter la secuencia a una misma unidad de escala y de categorías convencionales.

Los planos, por lo general, son de naturaleza más homogénea, dado que han sido concebidos con un propósito más claramente definido; por la escala generalmente poseen mayor detalle y sobre todo han sido realizados por técnicos la mayor parte de las veces. Uno de los principales inconvenientes que suelen presentar es el de que en muchas oportunidades, sobre un fondo antiguo, se han ido superponiendo las alteraciones introducidas sucesivamente, borrando todo rastro de la situación original y no constando -como debiera-, cuál es la progresión de los cambios. Esta situación -que es más frecuente de lo que se pudiera pensar-, obedece a dos causas principales. La primera, y la más simple, es la carencia

de duplicados y de dibujantes que suele darse en las oficinas públicas;la segunda, no desconectada de la anterior, es el hecho de que para el común de los funcionarios solo importa la situación actual, razón por la cual se van destruyendo impunemente los más valiosos documentos del pasado, con la mayor naturalidad, e incluso con la sensación de que así se contribuye al progreso.

Dibujos a mano alzada pueden servir de alguna manera para reconstruir el paisaje rural o urbano. En ocasiones, la impresión de un artista o de un aficionado puede completar o hasta suplir con ventaja la fotografía, porque en desmedro de cierta precisión en las formas puede destacar con mayor relieve aquellos rasgos que considera más representativos. Una perspectiva callejera, el skyline de una ciudad, el perfil de un bosque o cualquier otro rasgo morfológico, deducido de un dibujo, es una pieza más del puzzle que debe armar el investigador al final de su trabajo.

Naturalmente, con el advenimiento de la fotografía se incorpora un elemento de gran valor en el registro de geografías pretéritas. A medida que pasa el tiempo y las primeras tomas se alejan del presente, la utilidad de este elemento se hace más y más preciosa.

El verdadero privilegio de este tipo de documentación reside, seguramente, en la facultad de registrar de un solo golpe de vista un campo más amplio que el del ojo humano; es decir, su misión de reproducir la realidad, no solo es exacta en términos visuales, sino que permite la composición -por agregados sucesivos-, de una vasta extensión de territorio. Desde luego, los mejores exponentes de esta técnica consisten en tomas aéreas, oblicuas o perpendiculares, prestándose estas últimas a ser vistas con la ayuda de un estereoscopio a fin de hacer más realista aún su contenido.

Hay dos maneras de utilizar la aerofotografía en relación a la investigación histórico-geográfica. La primera y más obvia, aunque menos probable, es la de comparar dos tomas semejantes con diferencia de tiempo. Esto es, desde luego, practicable en muchos casos en que los cambios han acaecido repentinamente como a causa de cataclismos, guerras, etc., pero por la relativamente reciente aplicación de este método en la mayoría de los países del mundo no es posible contar con un lapso suficientemente amplio, entre las primeras tomas y las actuales, para registrar mayores cambios. Sin embargo, a no dudarlo, es el gran instrumento de los futuros geógrafos históricos y sus perspectivas de aplicación son imponderables.

Tómese el caso de Brasilia. Para determinar el sitio de su ubicación fue realizado un minucioso relevamiento aéreo de toda la región -unos 50.000 km2-, tomándose en ella 8.000 fotografías en escala 1:25.000. Pues bien, ese trabajo, aparentemente dispendioso, no solo permitió elegir con mayores antecedentes la localización de la nueva capital, sino

que, a medida que pase el tiempo y pueda repetirse una operación semejante en escala regional, adquirirá un valor comparativo extraordinario desde el punto de vista histórico-geográfico. La posibilidad de cotejar el registro de los cambios de una región en evolución, a partir de un estado virgen casi completo hacia los más altos niveles de ocupación y explotación humanas, constituye evidentemente una *chance* interesantísima, aparte de que une a su valor científico puro una variada gama de aplicaciones prácticas.

La segunda forma de empleo del material aerofotográfico es más complicada. Se trata de utilizar dichos elementos como complemento de lo que el ojo humano, por observación directa, es incapaz de percibir sobre el terreno. Anteriormente hemos hecho alusión a algún trabajo de *arqueología aérea* (208) por el cual gracias a este instrumento se han descubierto vestigios de instalaciones prehistóricas, rastros de la centuriación romana de los campos en el valle del Po, caminos antiguos caídos en desuso, túmulos y otros rasgos morfológicos que son imperceptibles para el observador a nivel de tierra. Puede suceder que la fotografía confirme la sospecha suscitada en el trabajo de campo y la delimite, pero puede ocurrir también que aquélla descubra por primera vez un elemento que exige posterior estudio. En ambos casos, el papel de esta costosa técnica puede darse por ampliamente amortizado.

Desde luego, todos los beneficios derivados del uso de la fotografía en geografía histórica radican especialmente en la suposición de que las diferentes tomas se realicen entonces, con cierta amplitud de tiempo desde un idéntico punto de vista. El color, incorporado a la fotografía, no puede ser más beneficioso, ya que mediante su percepción pueden deducirse diversas utilizaciones de los campos, la presencia y profundidad de agua, etc., con mayor nitidez todavía, aparte de que refleja algunos imponderables relacionados con el ciclo estacional, la luminosidad de la atmósfera y otros elementos auxiliares fundamentales cuando se los analiza en conjunto. Particularmente en el caso del paisaje urbano, la coloración de los edificios compone una pauta que, junto con otros cambios verificables, introduce un factor de diferenciación digno de ser tenido en cuenta.

Respecto de los puntos de vista fundamentales de la técnica fotográfica aplicada a geografía histórica, cabe hacer una breve disquisición.

El principal valor de la fotografía perpendicular reside en que sus resultados son directamente trasponibles a mapas y planos; en cambio, es la foto oblicua la que mejor expresa la totalidad de rasgos que componen el paisaje. En ella se da la posibilidad de poder apreciar los elementos individuales clara y reconociblemente, así como denota netamente el orden y distribución espacial de los componentes, sus relaciones mutuas, etc.

Es decir, la fotografía oblicua comparte virtudes con la perpendicular, sin perder realismo, y en relación a la fotografía tomada a la altura normal del ojo humano, no sufre el inconveniente de desvincularse del contorno que aquél es incapaz de descubrir.

Dice P. Deffontaines, hablando de la pampa, (209) que este tipo de paisaje solo puede comprenderse visualizándolo desde el avión, ya que desde tierra el cielo ocupa casi la totalidad de nuestra visión, y la naturaleza de los cambios de paisaje son tan imperceptibles que exigen amplio ángulo de enfoque más velocidad. Esta observación espacial pura no podría ser ajena a la intervención del factor cronológico, pues así como se necesita un gran margen para captar el cambio, así realmente sucede en el tiempo. La alteración del paisaje pampeano de este a oeste es, en cierto modo, un viaje en el tiempo.

Finalmente, para aclarar aún más nuestra opinión acerca de las ventajas de la visión oblícua permítasenos una comparación: si confrontamos la imagen que resulta de enfocar un grupo numeroso de personas desde los tres puntos de vista mencionados, podemos decir que la vista perpendicular nos va a dar con exactitud el área ocupada por la masa, y la posibilidad de contar el número de individuos que la componen, es decir, nos proveerá de datos exactos y medibles. La vista frontal nos proporcionará gran riqueza de detalle, nos permitirá ver el "rostro" de esos individuos, pero solo a los de la primera fila, desapareciendo el resto de nuestra visión.

El ángulo oblicuo reúne las ventajas de ambas posiciones anteriores y, como síntesis, es sin duda la más completa. Perseverando en este ejemplo, imaginemos la oportunidad de poder confrontar dos fotografías del grupo aludido, tomadas con un intervalo de una generación. La foto perpendicular nos dará datos tales con el número de sobrevivientes y la frontal la expresión de la edad transcurrida en los de la primera fila. Solo la oblicua reunirá las posibilidades de apreciar ambos factores del cambio.

Finalmente, por ser más raro en la actualidad no es menos promisorio, el empleo de la cinematografía en la investigación científica y especialmente en la histórico-geográfica. Su valor documental es semejante al de la fotografía con la ventaja de que la cámara móvil es capaz de reflejar, no solo las formas estáticas desde innumerables puntos de vista sucesivamente, sino que, además, registra todos aquellos fenómenos que, mencionados al considerar una g e o g r a f í a d e l m o v i m i e n t o, (210) a su vez, sufren cambios a lo largo de amplios términos de tiempo. Pongamos por caso el ejemplo del tránsito automotor en una ruta. ¿De qué otra forma podrá compararse mejor el ritmo, la sincronización y, en general, la calidad del fenómeno, si no a través de dos escenas tomadas desde un

mismo ángulo visual, con diferencia de tiempo?

Desde luego, la aplicación de las técnicas mecánicas modernas o la utilización de sus productos adquiere mayor importancia, valor y practicabilidad a medida que nos circunscribimos a los problemas de una geografía histórica reciente, o a lo que metafóricamente podríamos llamar -con sentido temporal-, microhistoria, que enfoca el pasado inmediato con un detalle cuya valoración todavía no puede calificarse lisa y llanamente de histórica.

Hemos pasado revista a aquellos elementos gráficos que pueden aportar evidencias, sospechas y teorías en la tarea de reconstruir una geografía pretérita. El manejo de cada uno de ellos revela su diferente naturaleza y la combinación de todos establece la posibilidad firme de superar lo que -sin éstos-, sería una reconstrucción vaga o imaginaria, como la del historiador vulgar.

c) Información personal: Bajo este rubro menos comprometido que la expresión trabajo de campo, examinaremos aquellos elementos de la investigación que se ponen a nuestro alcance en forma de materia bruta y a los que tenemos acceso de manera directa o personal.

Dos son los medios de que disponemos para recoger estas evidencias, a saber: por la observación o por la entrevista personal. El primer método ha sido enfatizado con urgencia por algunos geógrafos impacientes por la creciente producción especializada que se basa, a su vez, en otras obras, tampoco siempre escritas a la luz de la experiencia personal. Pero si el trabajo de gabinete y los mapas tienen sus riesgos, tampoco el llamado trabajo de campo está exento de ellos. Porque la mera descripción de lo que se ve, así sea ingeniosa o profunda, puede confinar la experiencia a la jurisdicción estática de la arqueología o la geomorfología y no vincularla directamente con el sentido de los procesos que son el leit motiv de la geografía histórica.

Empero, como la impresión corriente es más bien que el trabajo de campo es harto problemático para un geógrafo histórico, veamos cuáles son sus posibilidades.

Para ello tomemos la primera de las partes en que hemos dividido su cometido; es decir, la observación personal. Esta tarea no solo es recomendable en términos generales, porque procura una impresión del panorama que presenta el área que se va a estudiar, sino que configura un trabajo más sistemático y una recompensa más positiva. Por ejemplo, el descubrimiento de cada rasgo desaparecido, a través de la documentación escrita o gráfica, exige el análisis concreto del lugar en que estaba emplazado, porque pudiera suceder que subsistan rastros que completen el testimonio

documental, o, por el contrario, que demuestren la intrascendencia que tiene actualmente al no haber dejado ninguna huella visible, ni siquiera algún atavismo de tipo funcional. Una referencia vaga e imprecisa, por otra parte, puede impulsar al investigador a determinarla mejor y conseguirlo mediante el examen directo del lugar afectado.

Un accidente geográfico cualquiera, totalmente desaparecido puede haber sido la causa del recodo de un camino en medio de una planicie, como nuestra pampa. Superado el obstáculo y aunque éste ya no exista, difícilmente se rectificará el trazado de la ruta original consolidada por el nuevo uso habitual.

Además, partiendo del terreno sobre el cual la mirada irá a posarse con mayor detención en aquellas zonas más problemáticas, pudiera acontecer también que una evidencia cualquiera sugiera la vía inversa de buscar referencias en la documentación histórica que no siempre puede ser agotada, sobre todo en sus aspectos de detalle. La huella de una vía de comunicación puede ser tan evidente que aun no figurando en la documentación cartográfica pueda ser hilada coherentemente con un relato y de este modo cobrar realidad como antecedente.

Aquí interviene nuevamente la fotografía. Cuando no se puede contar con un relevamiento completo, la observación del sitio puede sugerir algunos sectores cuyo interés aparece más claro que otros. Las tomas que personalmente haga el experto pueden estar dirigidas a ser comparadas con otras de muy anterior data o simplemente a dejar confirmadas las observaciones personales de una manera concreta, patentizándolas para un posterior y más detallado análisis de gabinete.

La adecuación de este medio de investigación es particularmente importante y supone el rubro más costoso del trabajo. La observación directa significa no solo un gasto de fondos en transporte, viáticos, etc., sino que además exige una generosidad en el tiempo que será empleado y que no siempre es aceptada como compensable. Sin embargo, no hay la menor duda de que -pese a lo frustrante que algunas experiencias puedan resultar-, es una tarea que no admite sucedáneo de ninguna clase.

El producto final de esta etapa del trabajo puede materializarse en datos que perfeccionen la documentación gráfica, así como las entrevistas personales enriquecerán la documentación escrita. Pasemos ahora a este aspecto de la información personal, tan necesario, especialmente cuando se trata de analizar el pasado más o menos inmediato.

El primer acto de humildad que debe hacer un investigador enfrentado con el área de estudio que va a examinar, es reconocer su situación de inicial inferioridad frente a los habitantes del lugar. En efecto, no hay ciencia humana que haya podido prescindir con éxito de la experiencia

personal; de ahí la importancia que tiene el poder recibir, siquiera de segunda mano -pero de una manera directa-, la expresión del conocimiento de un lugar de boca de sus pobladores.

Este aspecto de la investigación que parece el más sencillo y menos científico, demanda, empero, cierto sistema si es que se quiere evitar naufragar en el mar de los lugares comunes y la anécdota superflua. Para ello, es aconsejable siempre acudir a las entrevistas con un esquema aproximado en el cual aparezcan claros los puntos cuya investigación se considere fundamental, dejando, para el final, la conversación abierta a temas ocasionales, los que, a menudo llevan a otros tópicos no menos interesantes que los consignados de antemano, aunque no se puede confiar metódicamente en el azar, siendo que la mayor parte de las veces éste conduce a una irremisible pérdida de tiempo.

La selección de los entrevistados también tiene su importancia. Sucede con frecuencia que -vencidas las primeras inhibiciones del encuentro-, nuestro interlocutor es más verboso de lo deseable y menos útil de lo previsto. No siempre los más dispuestos a hablar son los más interesantes, y por ello, tampoco este aspecto puede ser librado a la casualidad.

En primer lugar, quienes pueden suministrar información original o confirmatoria sobre temas de geografía histórica son los ancianos. Más de una vez la memoria de un testigo presencial u oyente conserva lo que ningún escrito registra, o bien aclara aspectos que no han sido consignados porque en su tiempo no se consideraban de interés, o no se suponía siquiera que iban a ser olvidados. Otras veces, la memoria humana contiene el recuerdo de hechos y circunstancias que nadie, en su tiempo, creyó importante registrar para lo futuro. Un ejemplo podría ser la determinada utilización dada a una extensión de tierra, su rendimiento, las alternativas del cultivo y cuál era la situación previa a la explotación primitiva. Otro, los medios y tiempos de viaje, las rutas más usadas y cualquier otro elemento que, no figurando en mapas, tampoco ha sido expresamente escrito nunca.

En general, se trata de una búsqueda o confirmación de datos íntimamente vinculados con los acontecimientos de la vida cotidiana, cuyo valor ha sido despreciado hasta hace poco tiempo en que como reacción, una multitud de estudios históricos bajo esa unidad de tema, ha sido consagrada a estudiarla en el contexto de las antiguas civilizaciones o épocas históricas bien definidas. Pues bien, sin remontarse a casos lejanos en el tiempo -donde la aureola de la historia como categoría superior parece coronarlos-, el tema de la vida cotidiana es un elemento de fundamental valor en la reconstrucción del pasado geográfico en su dimensión humana.

Aparte de los ancianos, en los que se advertirá mayor cooperación a medida que su medio es más simple -por las posibilidades de conservar la

nitidez de los recuerdos incontaminados con hechos de diversa naturaleza-, tenemos el recurso, además, de interrogar a los expertos o estudiosos locales. De hecho, no hay geografía histórica en escala regional o lugareña a la cual no hayan contribuido estos investigadores de afición que suplen la falta de preparación académica por medio de un vigoroso espíritu de autodidacta y, sobre todo, por el conocimiento acabado del terreno y de su circunscripta historia, la cual son capaces de abarcar en su totalidad.

Este tipo de entrevista es, desde luego, más especializada, y cuando presenta barreras de desconfianza nacida de la ignorancia y el temor, es aconsejable echar mano a una conducta que aleje la sospecha de la competencia o de la apropiación de elementos de investigación original, cuyo valor a veces es exagerado por muy respetables razones sentimentales.

La especialidad de estos estudiosos locales varía mucho según las regiones y los países. En muchos casos se hallarán arqueólogos aficionados, personas que a través de un descubrimiento fortuito -generalmente en los años de juventud-, despiertan a una vocación que, por un motivo u otro, no puede o no se quiere canalizar intelectual y científicamente. La mayoría de las veces esta circunstancia obedece a un problema de aislamiento, el que contribuye, por vía positiva, con una mayor concentración volcada sobre el contorno. Otras veces será dable encontrar botánicos o entomólogos, geólogos o simples coleccionistas de objetos folklóricos o antigüedades del lugar, etc.

Naturalmente, la mayoría de estos expertos se inclinan al campo de la historia, que no los obliga a una preparación rigurosa para manejar los materiales de que disponen. El historiador local puede ser de muy distinta clase. Los hay consagrados a aspectos militares, políticos o religiosos, según sea el factor primordial en la vida de la localidad. Los problemas agrarios regionales pueden producir estudios que tratan de la evolución de los sistemas de explotación o del régimen de la propiedad. O bien el impacto producido por las industrias en la sociedad local puede impulsar a algún estudioso a mirar la historia del lugar desde el ángulo socio-económico.

En general, sin embargo, esta escala de la historia no puede considerarse plenamente desarrollada sino en casos de excepción. Los testimonios pueden estar allí y el conocedor registrarlos proverbialmente en su memoria; es posible que haya trabajos escritos e incluso impresos, pero la sistematización de los hechos registrados difícilmente cumplirá *a priori* los requisitos que demanda la investigación histórico-geográfica.

Probablemente no haya país en el mundo donde mayor intensidad y volumen hayan adquirido los estudios de historia local que en Inglaterra. Ello no obstante, nunca se insistirá demasiado en la necesidad de proceder

más metódicamente, a fin de no solo perfeccionar el estudio particular en sí mismo, sino, y sobre todo, con el objeto de que la suma de monografías resulte en un total más o menos coherente. Es curioso anotar la fecha de la primera edición de un manual destinado a orientar a los estudiosos locales: 1879 (211) y comprobar que setenta y cinco años después continúan haciéndose nuevas ediciones de ese manual, lo que demostraría no solo las cualidades del libro, sino el permanente interés por el tema.

Más recientemente se han publicado dos manuales cuyo objetivo es complementario con el anterior. Se trata de los titulados *Cómo explorar una ciudad* y *Cómo explorar una aldea*, y su propósito es dar un método para mirar primero una aglomeración y luego ir disecando cada una de sus partes, con lo cual, finalmente, se remonta históricamente en el pasado del lugar. Decíamos que este tipo de manual complementa el anterior y, en efecto, así es -sobre todo en relación a nuestro cometido-, ya que agrega, como antecedentes de la historia local, la descripción de sus elementos tangibles usando medios gráficos para completar la tarea.

La investigación histórica tiene, por otra parte, una virtud por la cual quien la cultiva -si es que realmente lo hace con vocación-, puede suplir progresivamente la falta de preparación previa, y esto es lo que acontece a menudo con los historiadores locales. Al respecto, pregunta A. L. Rowse, el distinguido historiador británico: *Usted puede llegar a ser químico, o físico, o ingeniero. Pero, ¿puede usted "convertirse" en historiador?* (212)

Naturalmente, el valor del aporte de los estudiosos locales es muy desigual y en general -como tarea secundaria que es en realidad-, dependerá en gran medida del uso que se pueda hacer de sus investigaciones. Vale decir que quien en definitiva realzará la calidad de esos estudios es el que sea capaz de integrarlos en el ámbito de las generalizaciones.

Volviendo al tema de las entrevistas, como medio de perfeccionar la información personal, digamos que junto con los diálogos, las conversaciones con grupos, especialmente cuando éstos sean homogéneos, pueden arrojar mucha luz sobre los problemas que se discutan. Es recomendable proceder aquí también con criterio selectivo, de forma tal que se asegure cierta unidad de enfoque. Para ello, la mejor norma suele ser reunir a los miembros de las sociedades vecinales o regionales, para finalmente escoger aquellos individuos que puedan proporcionar elementos útiles o reflexiones y preguntas originales.

Refiere el geógrafo norteamericano A. H. Clark, (213) que hallándose en Nueva Zelandia en misión de estudio -la que produjo el libro ya comentado-, le tocó presenciar una discusión entre dos estudiosos locales,

uno anglófilo y el otro anglófobo, que debatían la cuestión del efecto que en definitiva había tenido la influencia británica en aquel país. A través de ese diálogo se suscitó uno de los problemas más apasionantes de la geografía histórica neozelandesa. Porque, aunque ambos interlocutores coincidían en afirmar las notables similitudes entre Nueva Zelandia y las Islas Británicas, la cuestión era decidir si se trataba de un parecido preexistente en el medio físico, que en efecto perduraba, o si por el contrario, era que gradualmente la impronta de la colonización inglesa -sobre un medio que le era familiar-, había fabricado dicha semejanza. Esta conversación despertó en Clark la idea de enfrentar el problema por medio de un estudio geográfico de la evolución de las pautas actuales, el cual podría explicar el desarrollo de tan sorprendente similitud... con tantos factores trabajando aparentemente en dirección opuesta...

La cita tiene por objeto no tanto ilustrar sobre un tema de interés histórico geográfico, cuanto dar una prueba de cómo la inquietud del elemento local puede ser elevada a términos científicos, produciendo fecundos resultados.

Finalmente, concluyamos refiriéndonos a otro tipo de entrevista, menos espontánea generalmente, pero que no puede desecharse. Se trata de los contactos con funcionarios públicos en cuyas oficinas puede existir información de interés, pese a que corrientemente, ellos son los primeros sorprendidos en reconocerlo. Habitualmente se hallarán dos tipos de interlocutor: el que ha puesto algo de sí en su trabajo y con el cual podremos celebrar un diálogo personal y el que meramente opera como un engranaje burocrático frente a quien hará falta recurrir a una habilidad suma para sacar provecho del encuentro.

Estas consideraciones, particularmente las últimas, no deben ser disminuidas en su importancia, ya que de tenerlas en cuenta pueden reducir enormemente el tiempo empleado en la investigación. Nuestra experiencia personal en la materia, aunque no ha agotado, ni mucho menos, los tipos y situaciones humanas que se pueden hallar, nos enseña que las circunstancias se presentan dentro de cierto margen relativamente invariable. Por otra parte, una precisión metodológica, inexorable en el resto de la investigación, puede desvirtuarse si no se toman los recaudos para que esta parte de la labor se desarrolle con éxito.

Los trabajos más completos en la materia han sido y son realizados gracias a la cooperación de ayudantes o directamente por equipos. Salvo cuando se han cumplido investigaciones en escala tan reducida que ni siquiera puedan ser consideradas como de geografía histórica, el trabajo no puede haber descansado sobre un solo par de hombros. No se trata solo de que

corrientemente importa un volumen de información por recoger que escapa a las posibilidades de una sola persona en un período prudencial de tiempo, sino que la colaboración de especialistas en diversas partes del problema puede facilitar enormemente la tarea. Pero los especialistas no prestan su concurso de una manera directa casi nunca, y esto supone la posterior elaboración de su información en términos homogéneos.

Más aún, en una misma región pueden presentarse temas que exigen un tratamiento particularizado como medio de ilustrar mejor el proceso histórico-geográfico. Digamos, como ejemplo, que la cuestión de la desecación de los fens en Cambridgeshire exigía un desarrollo particularizado por un perito en la materia, cuando se escribió la Geografía histórica de Inglaterra hasta 1800, y así lo entendió su editor o director del trabajo. (214)

Muchas veces el papel de los colaboradores no aparece tan evidente porque las investigaciones se realizan a través de universidades o centros especializados ya preparados al efecto; pero, en síntesis, así como el investigador principal debe diversificarse en una multiplicidad de medios de información, así también debe ampliar su capacidad personal compartiendo gran parte de estas pesadas, y no siempre compensadoras tareas.

2. *Ordenamiento o síntesis de la investigación*

Las tres fuentes de la documentación: escrita, gráfica o personal, deben ser volcadas en términos de las dos primeras. Ésa es la primera etapa de la síntesis. Los testimonios orales carecen de aplicación hasta que se les da forma escrita o gráfica, oportunidad en la que se procederá a concentrarlos en aquellos aspectos que ofrezcan un interés específico.

Todos los elementos escritos, ya recogidos, exigen ser ordenados bajo las coordenadas histórico-geográficas literalmente hablando; es decir, espacio-temporalmente. Para ello es práctico componer un cuadro donde horizontalmente se acuerde cierto módulo a los períodos de tiempo y verticalmente se ordenen los lugares a los cuales se refiere la información. En las casillas así formadas se ubicarán las referencias de los documentos coleccionados. Este cuadro por ahora no es más que un índice, pero a medida que la asimilación de la información -por medio de la verificación, comparación y generalización-, se vaya completando, se irá convirtiendo en una verdadera síntesis de los procesos, a la cual pueda recurrirse como consulta mediante un solo golpe de vista.

Cada módulo vertical, posteriormente, puede subdividirse en ítem o temas, en los que se consignarán aquellos tópicos que van configurando

mejor la problemática de cada lugar en especial. Asimismo, los períodos de tiempo, al principio representados en una relación proporcional invariable, se irán adecuando flexiblemente a la mayor cantidad de elementos contenidos por lapso cronológico.

Éstas son indicaciones puramente técnicas, de las muchas a que podríamos hacer referencia, pero las consignamos especialmente porque, bajo la forma del punto de partida, dan una idea de cuál es el problema fundamental de la síntesis, o sea trabajar con un material que tiene tres dimensiones: espacial –el lugar al cual concretamente se refiere–, temporal –el período en que se verifica el fenómeno–, y temático, el fenómeno mismo.

Sin entrar en mayores detalles acerca de esta etapa del trabajo, demos algunas ideas sobre el carácter que una síntesis debe tener para ser realmente lograda. Conforme hemos apreciado al examinar la experiencia habida en geografía histórica, su concepto básico está implícito en la confección de lo que los anglosajones llaman cross section y que nosotros hemos venido llamando personalmente cortes en el tiempo, a diferencia de los cortes o secciones en el espacio que serían los mapas y planos que se refieren a la realidad actual, sin perspectiva histórica. Una investigación histórico-geográfica que no se traduzca en la síntesis de ciertos cortes en el tiempo perfectamente definidos y lo más completos posibles, no puede aspirar a considerarse realizada. Porque reconstruir el pasado geográfico no puede ser una frase metafórica cuyo fin sea apelar a la imaginación del lector, y exige no solo complementar los recursos de la reconstrucción histórica por medios también del dominio de la ciencia geográfica, sino que necesariamente pide un modo especial de tratamiento.

Usualmente, los estudios histórico-geográficos no agotan las posibilidades de ajustar aún más la síntesis, con el objeto de condensarlos en términos fácilmente visualizables y comparables o convertirlos en instrumentos de consulta práctica y accesible. En parte, esto se debe a que la síntesis de la documentación no ha sido considerada como un requisito indispensable; en parte también porque inconscientemente se trata de estudios de geografía histórica subordinados a una temática exclusivamente histórica o si no, geográfica. Cuando los hechos histórico-geográficos hablan por sí mismos, y no se busca apuntalar una teoría geográfica o histórica, sino reconocer los hechos tal cual se presentan, es indispensable proceder a depurar la investigación. De otra forma es ilusorio intentar siquiera reconocer el juego de las influencias, la interdependencia de los factores concurrentes, y hasta la descripción en sí misma puede viciarse por falta de una selección de fenómenos primarios, secundarios, terciarios, etc.

La esencia de la síntesis gráfica consiste en superponer mapas que individualmente expresan rubros sistemáticos. Por ejemplo, volcando en un

mapa-síntesis los datos de la localización de la población y los de la accesibilidad en un momento dado, se obtiene una relación necesaria entre ambos hechos que ayuda a comprender mejor no solo cada uno de ellos, sino que nos proporciona un lineamiento importante de la estructura funcional que integran.

En geografía histórica, empero, los verdaderos mapas-síntesis se componen con la superposición de mapas de diversa cronología, de tal modo que el total indique las tendencias del cambio a través del tiempo. Estos mapas-síntesis pueden ser sistemáticos o regionales y, aparte de ellos, el desideratum de la investigación lo constituyen aquellos que se confeccionan basados en las síntesis cronológicas de síntesis espaciales o lo que debería llamarse de supersíntesis y a los que nos referiremos más adelante.

A la par de los cortes en el tiempo, importa, asimismo, al elaborar la síntesis, precisar con detalle el desarrollo de los temas sistemáticos y regionales. Del ordenamiento de estas investigaciones parciales surge a menudo el papel que cada uno de esos procesos homogéneos desempeña en el fenómeno general, a la vez que solo procediendo a hacer una summa puede advertirse claramente el juego de sus factores dentro del fenómeno general.

Finalmente, un tercer requisito básico en esta tarea de síntesis corresponde cumplirse acerca de la condición actual, ordenando concretamente los rasgos físicos y las pautas socio-económicas reflejadas en el espacio, de forma que sirva como espejo o referencia para todo el proceso cuya etapa final va a ser ésta.

De tal manera, resumamos, las tres partes fundamentales de la síntesis u ordenamiento del material deben producir estos tres resultados concretos: 1o.: Temas sistemáticos y regionales; 2o.: Cortes en el tiempo –ambos en forma secuente– y 3o.: Esquema de la situación actual.

Adviértase que estas normas, aquí vertidas, no son absolutamente infalibles, ni siquiera pretenden ser las más eficientes. Del estudio de múltiples investigaciones de geografía histórica desde el punto de vista metodológico hemos deducido, sin embargo, que aquel estudio que combine estos tres elementos arriba enunciados podrá aspirar a ser completo como ninguna investigación lo ha sido hasta ahora. En parte, porque la naturaleza de cada caso puede haber inducido al investigador a acentuar un aspecto en desmedro de otro y también –y esto es lo más corriente–, porque las cuestiones de método no se han resuelto mediante la aplicación de un sistema relativamente rígido y riguroso como el que aquí proponemos, por motivos que vamos a discutir en los últimos capítulos; es decir, con miras a la aplicación que la geografía histórica tiene para planeamiento.

a) La interpretación o conclusiones

Esta es la tercera parte de la investigación. Realmente no podemos concebir un estudio específico que prescinda de ella; más aún, nos animamos a decir que en el fondo, aunque no aparezcan explícitamente, las explicaciones están siempre latentes, por lo menos, en la mente del investigador.

Este aspecto nos lleva a la consideración de un problema ya discutido, pero al que volvemos ahora con un espíritu muy diferente: el del determinismo. Porque si realmente descartamos una filosofía puramente positivista, según la cual solo los hechos son lo que importa y no los antecedentes que los hacen posibles, entonces es imposible no sugerir, siquiera tímidamente, el valor que cada elemento tiene a nuestro entender en la composición final o etapa presente de la evolución histórico-geográfica.

En este sentido, pese a toda nuestra cautela frente a cualquier tipo de posición ingenua o conscientemente determinista, desde el punto de vista intelectual, tal como la cultivada por muchos ambientalistas que no han podido superar el cerco que ellos mismos se crearon, pese, pues, a todos estos reparos, vamos a sorprender al lector recomendando la aplicación de un criterio sistemáticamente determinista al proceder a interpretar un fenómeno histórico-geográfico.

Una cosa es aplicar la duda metódica a toda manifestación del pensamiento, como lo proponía a ultranza Descartes, en la creencia de hallar la verdad en la penumbra misma. Pero otra muy diferente es utilizar el método con propósitos puramente tentativos, enderezados a reconocer mejor el brillo de la certeza. También así, una cosa es aplicar el criterio determinista conviniendo en que causas de una naturaleza similar -en este caso geográficas-, provocan resultados más o menos fijos y otra, muy diferente, es suponer que el resto de causas existentes en la realidad, por un momento se neutralizan, para que podamos analizar -hipotéticamente-, el juego causal en el terreno que conocemos.

Lo primero supone desconocer no solo la noción de causa parcial o concausa, según la cual un solo factor rara vez ejerce su influencia exclusiva e independientemente. Lo segundo es apenas un experimento dirigido a ponderar con la mayor precisión el poder de una causa o tipo de causa sobre la realidad del conjunto. El término experimento está usado aquí de una manera un tanto metafórica, ya que justamente la imposibilidad de provocar artificialmente el fenómeno es una de las limitaciones que tienen la geografía y la historia desde el punto de vista científico, aparte de la imposibilidad de medirlo matemáticamente en un estado de aislación ideal, como se supone debe ser la condición esencial de todo experimento.

Evidentemente, este tema nos llevaría a una especulación de alto vuelo filosófico que no está en nuestros planes, ni es de nuestra estricta competencia. Tal vez la ocasión sea propicia para insistir en que los problemas básicos de cada disciplina tienen una base común y no son tan exclusivos como algunos investigadores lo suponen e incluso lo mantienen. Por nuestra parte, reconociendo modestamente que no es de nuestro resorte seguir considerando los aspectos de t o d a una filosofía como es el determinismo, volvemos a proponer con propósitos experimentales la aplicación de un criterio interpretativo, c o m o s i el determinismo fuese algo indiscutible para luego revisar libremente el contenido descubierto, sin compromiso ideológico de ninguna clase.

Más aún, como dice un geógrafo experto en estos temas (215) y en un planteo con el que personalmente coincidimos de antemano, sostenemos convencidos de que en toda tarea científica no hay otra alternativa sino ejercer este determinismo metódico; entendiendo tal método no como el único sistema de trabajo, sino simplemente como uno más. Porque si la ciencia está íntimamente ligada a la noción de ley, y la ley supone una manera de explicación, es imposible arribar a ella sin aislar elementos, sin disecar las partes –aun sabiendo que ésa no es la forma completa en que naturalmente ocurren las cosas–.

Como dice el citado geógrafo refiriéndose a este medio de investigación, s i n o e s, e n e f e c t o, a b s o l u t a m e n t e c i e r t o y r e a l, e s d e c u a l q u i e r m a n e r a u n a p a r t e d e l a v e r d a d a c e r c a d e l p r o b l e m a y é s t a e s u n a h i p ó t e s i s q u e g l o b a l m e n t e f u n c i o n a. (216)

Así, pues, en geografía histórica, donde la aplicación de esta hipótesis ofrece más dificultades que en geografía física y aun que en geografía humana, se presenta como más inquisitiva la necesidad de proponer una salida metódica a la tentación de proponer conclusiones ingenuas o bien lavarse las manos absolutamente y guarecerse en una actitud positivista como la que explicamos más arriba.

La interpretación no pretende, con todo, ser una sencilla explicación de cómo y por qué sucedieron las cosas, porque esto de una manera u otra está implícito en la síntesis de la investigación; se trata más bien de ponderar las fuerzas en juego y establecer cuáles son los límites –tentativos–, de cada esfera de acción y cuál el comportamiento del complejo de factores intervinientes.

Por aquello de que la explicación está implícita en la descripción ordenada, cual es la síntesis, se ha dicho que también la explicación es en cierto modo o t r a f o r m a d e l a d e s c r i p c i ó n. Y sin duda, ninguna interpretación resulta convincente si no reconstruye el proceso con cierto

detalle y hasta realismo. De allí que esta tercera y última parte del trabajo exija con mayor razón una supersíntesis de los materiales con que se trabaja.

Esta supersíntesis puede adquirir la forma de diagramas o esquemas, de cuadros sinópticos o de literatura de silogismo. Lo esencial es que se exhiban con sencillez las partes del fenómeno casi como los movimientos de las piezas de ajedrez sobre el tablero. Y como en geografía histórica la magnitud tiempo cumple un papel tan importante, toda supersíntesis debe expresarse ordenada en una dirección hilada e irreversible, a semejanza de cómo ocurren los procesos. Por esto hemos ensayado frecuentemente verter gráficamente estas teorías interpretativas en forma de diagramas cinemáticos, los que a falta de película filmada, reconstruyen con claridad lo que se desea explicar.

Como se ve, la fase interpretativa se superpone en gran medida sobre el tema de la expresividad. Preferimos concebirla así, y no como una parte aislada del resto de la exposición del trabajo. A nuestro entender, las conclusiones de una investigación deben estar latentes en todo el desarrollo y no aparecer de improviso como un producto elaborado en un laboratorio; por ello repetimos que -por sobre toda otra consideración-, sus problemas son más formales que de fondo, al menos en la medida que se pueden prever por anticipado. Aunque sería relativamente fácil esbozar aquí un repertorio de casos de tipo causa-efecto corrientes en geografía histórica, nos resistimos a simplificar o generalizar superficialmente esta clase de proceso en el entendimiento de que solo sobre la base de investigaciones concebidas bajo un mismo método -con el objeto concreto de ser sometidas a comparación-, puede arribarse a conclusiones de tal naturaleza.

En otras palabras, la aceptación de un determinismo sistemático a los efectos de arribar a una interpretación, debe estar garantizada en sus reales alcances por una cautelosa actitud frente a la generalización o formulación de leyes, cosa que, por otra parte, evitamos igualmente por sistema en una consideración teórica como la presente.

Al examinar el caso argentino tuvimos oportunidad de ilustrar tentativamente cuanto aquí expresamos.

b) Expresión final

Este aspecto de la investigación, el final y hasta cierto punto el más importante, no debe ser escatimado en sus dificultades así como en su valor definitivo. Generalmente, en geografía histórica, solo se ha recurrido

al mapa con la idea -discutida por nosotros-, de que esta disciplina, al menos en su resultado final, es otra geografía, o más exactamente otras geografías. De tal manera, al reconstruir el pasado geográfico se ha dejado a un lado, hasta cierto punto, la fenomenología, para concentrarse en las fases del proceso.

Dicho en otras palabras, se ha ocultado la dimensión de movimiento, continuidad y tendencia, en el entendimiento de que es inútil pretender representarlo o simplemente que basta con exhibir los resultados parciales; esas otras geografías en determinado momento.

Consecuentes con nuestro concepto de que la geografía histórica no es otra geografía, con todas sus partes, sino algo más, nos vemos en la necesidad de que esto también se exprese palpablemente. Dado que la historia ha progresado poco en esta dimensión es inevitable que el investigador recurra a sus propios métodos, a su propia imaginación, con el objeto de fundir en un solo tipo de expresión lo que no es una geografía retrospectiva, sino una suma de diversas geografías en el tiempo que el mapa por sí solo es incapaz de reflejar. Por ello, y en vista de que la palabra escrita tampoco por sí misma es capaz de superar ciertas limitaciones, se impone combinar ambos elementos mediante diagramas en los cuales, por medio de signos convencionales se pueda reflejar algún aspecto dinámico del proceso, si no todo, procediendo a tipificar áreas, así como influencias. En síntesis, se trata de intentar la explicación gráfica de la hipótesis interpretativa, no como mera ilustración del texto, sino como clave para su comprensión integral.

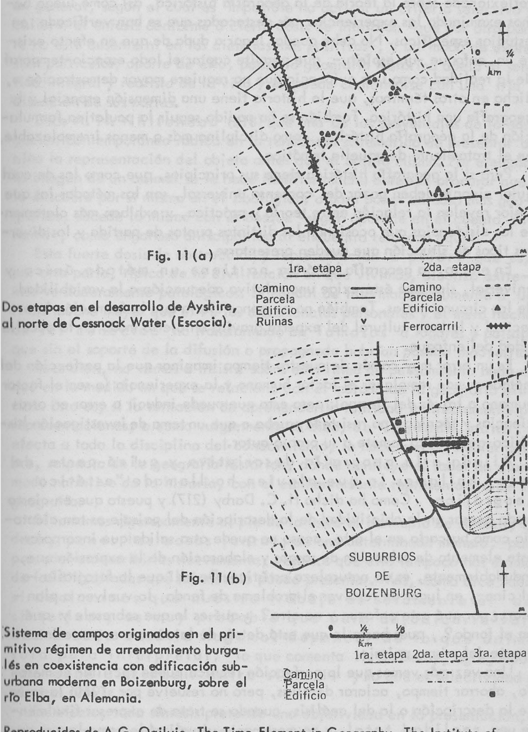
Los problemas derivados de la expresión asumen dos modalidades bien diferentes y a distinto nivel. Por un lado se trata de adecuar los dispositivos de una graficación eficiente, realizada con rigor y sin descontar las reglas del arte. Por el otro, nos lleva a la consideración de todos los temas relativos al método, vistos desde el ángulo en el que aparecen en su estadio final, y por esta vía nos obliga a hacer el balance último de todo el trabajo, sus alternativas y peculiaridades; en suma, nos lleva a hacer un examen de conciencia acerca de las condiciones dentro de las cuales se mueve el investigador, así como sobre las circunstancias en que se presentan las posibilidades de perfeccionar su cometido.

Todo esto ha tomado cuerpo en nuestra mente bajo la forma de una digresión, y como tal la agregamos al presente trabajo, como sigue:

3. Reflexiones sobre descripción y narración

Mirando retrospectivamente lo expuesto hasta ahora, vemos que hemos

REPRESENTACIÓN SUPERPUESTA DEL CAMBIO HISTORICO GEOGRAFICO



Dos etapas en el desarrollo de Ayshire, al norte de Cessnock Water (Escocia).

Sistema de campos originados en el primitivo régimen de arrendamiento burgalés en coexistencia con edificación suburbana moderna en Boizenburg, sobre el río Elba, en Alemania.

Reproducidos de A.G. Ogilvie, The Time-Element in Geography, The Institute of British Geographers, "Transactions & Papers", 1952, Liverpool-London, 1953.

reflexionado sobre la teoría de la geografía histórica, así como luego hemos examinado las experiencias más destacadas que se han verificado en estudios específicos. No debe quedar lugar a duda de que en efecto existe un enfoque -un espíritu-, que permite captar el lado espacio-temporal de la realidad como una evidencia que no requiere mayor demostración o, dicho en otros términos, que la historia tiene una dimensión espacial y la geografía una histórica. También se ha podido seguir la paulatina formulación de la geografía histórica, como disciplina más o menos irremplazable, en el tratamiento de aquella temática.

Pero si la geografía histórica tiene sus principios, que como los de cualquier ciencia deben gozar del consenso universal, son los métodos los que mejor revelan la relación entre teoría y práctica, y exhiben más claramente las disidencias que ocasionan los distintos puntos de partida y los diversos tipos de situación que pueden presentarse.

En efecto, la geografía histórica no tiene un método único y universal, sino que éste exige una relativa adecuación a la variabilidad de las circunstancias. También no es menos cierto que la formación intelectual y la base cultural del experto gravita en cierto modo en la peculiaridad del enfoque.

Es un error muy común de nuestro tiempo imaginar que la perfección del método puede remplazar el factor humano y la experiencia (o sea el factor humano a través del tiempo); pero esto que puede inducir a error en otras ciencias y técnicas, no resiste la prueba a que un tema de investigación histórico-geográfica somete a su propio autor.

Aliada a la geografía descriptiva y quizá parte de ésta, hallamos lo que alguien ha llamado "estética geográfica". Como ha dicho H. C. Darby (217) y puesto que en cierto modo pensar en la objetividad de la descripción del paisaje es tan aleatorio como buscarla en el arte, acaso no quede otra salida que incorporar este elemento de selección de rasgos y elaboración de la expresión que, indudablemente, es de naturaleza artística. De allí que la fotografía -o el cine-, en lugar de resolver el problema de fondo, lo vuelven a plantear: ¿por qué este enfoque y no otro? ¿ qué es lo que sobresale y qué en el fondo? , pues hasta lo que está detrás de la cámara es parte integrante del mismo paisaje.

Una vez más vemos que la perfección técnica puede facilitar el método, ahorrar tiempo, aclarar detalles, pero no resuelve por sí sola la tarea de la descripción o la del análisis, cuando se trata de expresar finalmente una realidad total y no meramente visualizable como la que percibe el hombre en su medio circundante.

Aparte de aquel elemento que de arte tiene la geografía -y la historia-,

en general, según el cual es imposible no aplicar un criterio selectivo y calibrar el énfasis conforme a cierta dosis de intuición -que por otra parte no está ausente ni en las ciencias más positivas-, y un modo de expresión particular; aparte de ello, pues, la geografía histórica apela al sentido integral y realista de la vida y no puede conformarse con una fría disección de sus partes.

Dice A. N. Whitehead (218) que una de las desventajas de la educación contemporánea radica en la tendencia sistemática de presentar al niño la representación del objeto antes que el objeto mismo. Por ejemplo, la imagen de un animal se le hace familiar mucho antes de procurar que lo descubra por sí mismo en el Zoológico; o para poner un caso más geográfico, sucede lo mismo con el bosque -según aparece en el cuento infantil-, como engañosa anticipación al encuentro real con aquél.

Esta fuerte dosis de abstracción y representación a priori que es, por otra parte, típica de la civilización en que vivimos, alcanza extremos verdaderamente patológicos. El caudal de información aumenta a un ritmo mucho mayor que el de las experiencias personales y el mero hecho de ser conocido ha transformado en famosos a lugares y paisajes que sin el soporte de la difusión o propaganda habrían pasado inadvertidos.

Pues bien, no vamos a insistir sobre esta línea de pensamiento nada más que en la medida en que se relaciona con el método de la geografía histórica. Esto es, si la tentación de aprehender la realidad indirectamente por representaciones, o como vulgarmente se dice, de segunda mano, afecta a toda la disciplina del conocimiento, lo hace con particular calibre, respecto de la geografía histórica, donde confluye el saber en cierto modo narrativo de la historia, con el eminentemente representativo de la geografía.

Si tomamos rigurosamente al pie de la letra el concepto de síntesis, es decir, poner las cosas juntas, de una determinada manera, para proceder a describirlas nuevamente, veremos que ello tampoco nos exime de las dificultades que tal método puede presentar. Más, como dice Sauer, si declaramos que nuestro trabajo es solamente el de sintetizar, es muy probable que para adjudicarle validez a cada cosa la hagamos depender de lo que unimos solo para interpretar; lo que comenta H. C. Darby, agregando: uno debe distinguir entre síntesis y lo que es selectividad en el arte. (219)

En efecto, toda síntesis pretende una objetividad en la presentación, al menos, que a ciencia cierta no puede demostrar; pero con mayor razón en geografía histórica -teniendo ambas ciencias componentes su lado lúdico-, se impone más bien hablar con propósitos prácticos, de selectividad, antes

que de síntesis.

Así como el movimiento -ya lo hemos visto-, provoca el concepto de proceso, la simultaneidad origina el de síntesis. Pero éstos son, como decíamos, conceptos y a ellos hemos apelado al reflexionar en materia de principios o teoría. Ahora, al hablar de método y práctica, es conveniente adecuar nuestro lenguaje a las posibilidades instrumentales con que modestamente contamos.

Por ello, pues, también es aconsejable sustituir la idea -profunda y teóricamente exacta-, de proceso por el concepto más práctico, más viable, de secuencia, en la cual, por otra parte, tendrá su papel de relevancia, el criterio de selectividad antes propuesto.

Veamos esto más detalladamente. Si uno de los métodos de representación histórico-geográfica más eficiente es el de hacer idealmente cortes en el tiempo o cross sections, la reconstrucción de la situación geográfica en determinado momento, provoca este problema, ¿por qué tomar una determinada época antes que otra?, a lo que solo puede responderse que la elección residirá en un criterio selectivo según el cual el total de cortes -o la secuencia de simultaneidades-, exprese lo más elocuentemente posible el sentido de proceso y cada corte en sí mismo, dé la idea más expresiva del conjunto o de su individualidad articulada en el contexto.

Escribe R. E. Dickinson: La colación o síntesis de todos estos fenómenos distribuidos espacialmente (que ocurren juntos en una misma área, pero que no tienen necesariamente una conexión causal mutua), como una totalidad, es en el mejor de los casos un manual y, en el peor, una enciclopedia. El estudio geográfico de un área concreta, especialmente en su aspecto humano más allá y por encima de lo que los estudios sistemáticos estipulan, es solo posible si se realiza una rigurosa selección de aquellos fenómenos en esa área que son relevantes en relación a un tema o problema particular. (220)

Aquí también nos hallamos sin poder escapar al sentido de arte -arte comprometido al máximo, si se quiere-, que tiene la geografía histórica. Veremos luego que, a pesar de la libertad del investigador frente a su objeto que lo asocia con el artista en su tarea de representarlo, la dosis de compromiso es potencialmente tal que solo habiendo tomado contacto íntimo con las evidencias reales se puede concebir exactamente el grado de selectividad a aplicar en cada caso.

De cualquier modo, debe haber quedado aclarado que en geografía

histórica -como en geografía y en historia independientemente-, realizada la descripción, quedan incluídos ya elementos de interpretación. O dicho todavía más rotundamente, no hay tal divorcio entre descripción y explicación. Perfeccionando la descripción se arriba, sin artificio, al terreno de la explicación. Al hacer la descripción, el investigador se halla frente a tal cúmulo de información que debe practicar la selección de acuerdo con su tabla de valores fijada necesariamente de antemano en sus líneas generales: ésta es la primera indicación de que procede conforme a un canon (si es que perseveramos en destacar la analogía con el arte) o a una ley (si lo hacemos en relación a la ciencia). Porque ese canon, o esa ley, dependen en grado sumo de la manera en que quiere verse la realidad y no está opuesta a una inevitable subjetividad en los medios con una tendencia a la objetividad de los fines.

Dicho en otros términos, el geógrafo histórico sabe que la objetividad en el conocimiento humano es un elemento harto relativo, y aunque no la vulnera deliberadamente -sino que trata de expresar la realidad en su conjunto-, no puede pretender que ignora la diversidad de valores con que trabaja. Aparte de ellos, sin embargo, le consta que lo que se propone es investigar y representar de un golpe de vista una realidad hasta entonces solo conocida unilateral y parcialmente. En esto, otra vez, se parece al artista, particularmente al pintor, y frente a él debe reconocer su inferioridad.

La analogía con la pintura es fecunda en reflexiones. No solo porque el arte tradicional haya sido realista -de muy diversa manera: ingenua o conscientemente-, sino porque ese realismo no significa mirar la escena en un espejo, sino representarla según la vemos, de acuerdo con nuestros propios ojos.

Esto, que según nuestro entender es la esencia de la pintura, significa que el cuadro tiene a priori una tendencia abarcadora y captadora de la realidad cuya mayor contradicción es el detalle o la visión separada de sus partes. Así, sin entrar en la polémica de la crítica artística y del arte contemporáneo, la pintura abstracta no sirve a nuestros propósitos de comparación, más que en un sentido negativo, porque por más valor que posea -en sí misma o como técnica-, importa una renuncia al sentido de la percepción del conjunto, o más aún, a la unidad de la realidad.

Tal vez sea ésta la causa por que la pintura paisajista haya sido evitada sistemáticamente por casi todos los artistas contemporáneos, pues es en ella donde ese sentido de coherencia no puede ser vulnerado impunemente. La naturaleza muerta -el nombre lo dice todo-, es como la antítesis del arte tradicional, privando de secundar -de cerca-, al ojo humano, en su examen de la realidad natural, sin sofisticación.

En este mundo que se debate entre los dos extremos opuestos de la fotografía y de la abstracción pictórica, de técnica pura y de metodología cruda, la necesidad de la descripción en la geografía histórica impone, en cierto modo, una vuelta al ojo humano, al arte realista que es solo un medio auxiliar, para que -siquiera imaginariamente-, sea posible la tarea de reconstruir el pasado geográfico.

Podríamos decir que el riesgo del geógrafo radica en su dependencia excesiva del mapa y que el del historiador consiste en su ciega confianza en la vaguedad de la imaginación. Una vez más, la combinación de aportes de ambas disciplinas nos devuelve al punto exacto en el que la geografía histórica comienza su quehacer. Armonizar estos dos extremos: la abstrusión del mapa (plano o hasta diagrama) con la frondosidad de la imaginación, parece, entonces, ser una de las metas del método de la geografía histórica.

Por ello, al citar *Mirror for Americans*, de Ralph Brown, destacamos cuáles son las posibilidades concretas de recurrir con tanto énfasis al resorte de la imaginación para situarse en una circunstancia histórico-geográfica a la vez que, contrariamente, al recordar la anécdota de Fustel de Coulanges, hemos puntualizado los peligros de una incapacidad para ubicar la historia en el terreno real en que transcurre.

Como acotación, podríamos decir que es imposible permanecer indiferentes ante las consecuencias de la introducción de ciertas técnicas -como la fotografía-, que ocasionan una reacción por parte del arte creador. Porque no hay duda de que la tendencia a la abstracción nace del malentendido, según el cual los adelantos y difusión de la cámara habrían dejado inerme a la pintura realista, cosa que, por cierto, no es verdad, ya que por objetivo que fuese el pintor tradicional -por lo menos en conciencia-, su papel nunca fue el de *reproducir* la realidad sin cometer alguna *parcialidad necesaria*.

Mas como a nuestro cometido no importa ese aspecto, sino el de la descripción, los dispositivos de la tecnología contemporánea (y de la por venir), no deben desecharse ni operar como reactivos, sino que obligan a una asimilación -en su categoría respectiva-, que no descarte la prosecución de los fines verdaderos de la descripción en sí misma. O dicho en otra forma, la fotografía -particularmente la aérea-, ha aportado un medio valiosísimo a la investigación en geografía histórica, pero ello, de ningún modo, significa una nueva meta. A lo sumo, la equipara con un instrumento cuyo buen uso perfeccionará su cometido fundamental.

Pese a las múltiples virtudes que tiene la descripción, como recuento de los rasgos y las condiciones de una determinada situación histórico-geográfica, y más aún, cuando un juego de descripciones se enlaza en una se-

cuencia, hay un vacío que no puede cubrir. Así pues, mientras la imagen puede resolver la visión en simultaneidad, la palabra lo hace en continuidad. Pero más aún, el sentido de proceso -ni aun recurriendo a la imagen en movimiento, al cinematógrafo-, puede cubrirse enteramente, sin el relato o narración, ya que los factores intervinientes en aquél, no solo están dotados de movimiento y tienen una magnitud variable, sino que operan en estrecha conjunción con los demás y poseen, cada uno, su propia peculiaridad.

En definitiva, pues, es impensable la investigación y sus resultados , confinándolos a la expresión puramente visual. El valor de la palabra no puede ser delegado a ningún otro medio de expresión, y esto, a su vez , nos ciñe a una de las condiciones fundamentales del lenguaje: su necesaria consecutividad. De tal manera, la narración no es solo un voluntario y adecuado empleo de la palabra, sino que fatalmente introduce el factor tiempo, el ritmo, y sobre todo, un sentido irreversible al discurso mismo, originado en la lógica sintáctica.

La narración obliga a hallar el *cemento* temporal que encadena el argumento, y no permite dejar paréntesis en blanco gratuitamente, del mismo modo que la descripción no puede quedar satisfecha con huecos sin llenar o manchas en blanco.

La experiencia de los novelistas es a este respecto muy estimulante, porque este género debe combinar descripción -en este caso escrita-, con narración o sea, escenario con acción, geografía con historia particular, todo mediante el recurso único de la palabra.

Naturalmente, a través de la novela se hallarán los más variados especímenes desde quienes ponen todo el énfasis en la descripción hasta los que casi la suprimen para volcarla en la narración. También se encontrarán quienes confunden necesariamente una cosa con la otra, como los escritores autobiográficos o los escritores de los así llamados *temoignages*. Algunos intentarán fundir el factor tiempo, disolverlo morosamente como Proust, en idas y venidas sucesivas; otros, parcelarlo cuidadosamente como *le roman fleuve*, del cual Roger Martin Du Gard es su más nítido exponente; otros, por fin, proyectarán todo el relato en un gran paréntesis retrospectivo como Virginia Wolf. Pero así como usamos de la analogía con la pintura realista al hablar de descripción, aquí debemos relacionar la narración con la novela tradicional. El recurso del *racconto* -tan usado en el cine-, es, entre nosotros fruto del deseo de insertar ciertos acontecimientos, no en su mera sucesión cronológica, sino en el contexto de valores que se quiere expresar.

Las posibilidades de adaptar la técnica novelística a la narración histórico-geográfica no tienen visos de mucha practicidad, aunque no puede

descartarse que la experiencia de los escritores deba ser aprovechada, aunque más no sea en sus limitaciones.

Verdad es que muchos estudiosos de la teoría histórico-geográfica han propuesto alguna vez la aplicación del método literalmente retrospectivo, como expresión fidelísima de que lo que importa realmente en geografía histórica es lo que permanece vigente y desde lo que, cual punto de partida, solo es posible remontarse en el tiempo.

Marc Bloch ya puntualizó el anhelo imposible de escribir la historia hacia atrás -la méthode regressive-, como una manera de demostrar que el fundamento de la historia no está en el pasado, sino en el presente, así como que no hay otra forma de investigar que ir de lo conocido a lo desconocido, literalmente. En realidad, lo que en definitiva le interesaba era hallar el mejor modo de expresar la historia: desentenderse de la organización racional de lo que nos llega como material bruto es, a la larga, negar al tiempo -esto es-, a la historia misma. (221)

Pierre Deffontaines, por su parte, en su monografía sobre la región del Garona medio, (222) aunque no dedica ninguna parte del trabajo exclusivamente a la evolución histórica del paisaje, vuelve una y otra vez a remontarse al pasado, hallando en él un auxiliar de lo que, según su entender, comienza en la consideración de lo actual. Decimos bien remontar porque conforme creemos, el geógrafo tiene interés por la historia a partir del presente.

Tal vez, en relación a la cuestión de dilucidar en qué medida el presente importa para adquirir una noción del pasado, convenga identificarse con el autor de una novela policial: sin la clave del asesino -concebida a priori-, es imposible reconstruir el crimen. Pero, también no es menos cierto que, sabido de antemano el nombre del culpable, la novela pierde todo interés para el lector.

Así sucede con la geografía histórica que, mientras el investigador debe partir, en cierto modo, del presente conocido, la expresión de su trabajo debe reproducir, casi ingenuamente, todo el proceso tal cual sucedió, sin dejarse influir por las consecuencias, antes que ellas surjan por sí mismas. Entiéndase que el investigador no es un creador, sino que trabaja sobre un material dado; de tal manera, la analogía de la narración histórico-geográfica con la novela, atiende tan solo al problema del método en la expresión, bien que este asunto, según sea resuelto, puede ser más relevante y elocuente que muchas teorías formuladas al respecto. Insistimos una vez más en que una cosa es lo histórico-geográfico tal cual podemos concebirlo ideal y objetivamente, y otra, la manera en que lo tratemos, es decir, en que hagamos el trabajo fundamental de la reconstrucción.

Varias veces hemos mencionado la riqueza potencial del cine como me-

dio de expresión. Ahora que hemos pasado revista a esos dos medios complementarios de descripción y narración, conviene detenerse a estudiar las posibilidades concretas del cine sonoro, como dispositivo ideal en la materialización de una síntesis de aquellas dos partes fundamentales. Las ayudas audiovisuales han alcanzado no solo una eficiencia extraordinaria como técnicas de la enseñanza, sino que desde las primeras experiencias precedentes al cinematógrafo, como las del fisiólogo francés Marev , la relación entre cine e investigación sigue un curso perfectamente paralelo, en una perspectiva todavía promisoria.

Tanto práctica como teóricamente, pareciera que no hubiera impedimentos serios para que se aplique el cine sonoro a la geografía histórica, en lo que atañe principalmente a la reconstrucción de procesos dinámicos. La ventaja de utilizar este medio frente a la sucesión de imágenes fijas o secuencias mudas es, dicho groseramente, equivalente a la diferencia que media entre la tira cómica, o la foto-novela, y el dibujo animado o la película argumental.

A esta utilización del cine orientada a la expresión geográfica, en general, se la ha llamado acertadamente Cartografía animada (223) y seguramente puede decirse que su mayor mérito lo consigue aplicada a la geografía del movimiento y a la histórica muy en particular.

En una película compuesta en los Estados Unidos, se ha utilizado el recurso de la cámara en movimiento para representar sobre un mapa, el proceso de inundación de un área, en este caso la de Salton Sea , (224) reproduciendo fielmente el movimiento de las aguas que se desplazan sobre determinadas zonas del territorio, progresivamente. De tal manera, no solo se ha hecho posible reflejar la pauta móvil que la inundación va configurando, sino que a ello se une la posibilidad de visualizar el ritmo y la sincronización del fenómeno, permitiendo advertir las discontinuidades, tanto en su fase ascendente como en la descendente. Esta experiencia sobre un cambio fisiográfico circunstancial y pasajero, verificado en un lapso relativamente breve, es aleccionadora de las ventajas y posibilidades de practicar idéntica técnica para representar los fenómenos antropogeográficos o los del cambio histórico-geográfico.

Este parecer cuenta con el total apoyo de Thrower, quien escribe en el artículo citado: Mediante el uso de la cartografía animada es posible crear la impresión del cambio contínuo y a partir de él enfocar idealmente lo histórico-geográfico, donde los fenómenos aparecen más como entidades dinámicas que como estáticas. (225)

En efecto, la reconstrucción cartográfica llevada al film permite tomarse grandes licencias en la expresión gráfica, tanto en materia de mo-

vimiento o tiempo como de colores y texturas, la presentación de dos o más procesos paralelos o la superposición de hechos simultáneos. El desarrollo de líneas ferroviarias; el variante caudal de tránsito; el ciclo diario -estacional o de mayor amplitud-, referente a cualquier factor del cambio geográfico, así como, entre otras, las sucesivas pautas de distribución de la población; la expansión de áreas urbanas; las transformaciones en la subdivisión de la tierra y, en fin, la revista de cualquier tipo de manifestación localizable en el espacio, cumpliéndose paulatinamente, es apenas un puñado de ejemplos dentro de las innumerables posibilidades de esta técnica de expresión.

Se preguntará, acaso, cuál es el beneficio directo de la reconstrucción no solo de las pautas inmovilizadas, sino del movimiento en el cambio , para justificar tal esfuerzo técnico como el que demanda la ejecución de un film. La primera de las razones -y aunque fuera la única-, es suficiente: se trata de agregar elementos de realismo a lo que, sin muchas posibilidades de re-crear lo ya inexorablemente pasado, corre siempre el riesgo de cristalizarse en formas sin vida y sin expresión, de las cuales se puedan sacar erróneas consecuencias.

La posibilidad de que la expresión móvil agregue algo sustancial a los procesos investigados no puede descontarse, aunque conviene separar, por disciplina en el método, lo que es investigación pura y aplicada: como medio de comunicación, o síntesis asimilable de un complejo de elementos que difícilmente pueden percibirse de un solo golpe de vista y como recurso que facilita el diálogo entre el investigador y un público relativamente calificado, estas experiencias parecen ser a todas luces irremplazables. (226)

CAPÍTULO V

APLICACIONES A PLANEAMIENTO Y A DESARROLLO FÍSICO

1. Concurrencia del saber histórico-geográfico al quehacer del planeamiento

Aquel eminente jurista, el desaparecido Lord Justice Scott, dijo una vez que "el planeamiento es el arte del cual la geografía es la ciencia." (227) Por lo que pareciera ocioso insistir sobre la validez de dicho juicio visto que una autoridad como el propio profesor L. Dudley Stamp la hace incluso suya. Hay, sin embargo, algunas reflexiones complementarias que pueden y deben hacerse. máxime cuando, como en este trabajo, la meta final reposa en la aplicabilidad del conocimiento histórico-geográfico a la tarea del planificador físico.

También podrían invertirse los términos de la proposición citada y enunciar: la geografía es la ciencia cuya aplicación más integral la constituye el planeamiento. Porque ¿cuándo como ahora se ha comprendido que el valor de un conocimiento científico no tiene mera actualidad, sino que adquiere verdadera trascendencia en cuanto podemos orientarlo armónicamente, en el conjunto de la realidad, con ciertas garantías de que en lo futuro ese equilibrio no se volverá contra nosotros? Además, está igualmente claro que ese sentido de unidad y coherencia con que examina los procesos espaciales la geografía, es un requisito relevante para asegurar un orden entre los elementos concurrentes. Y todavía más, podríamos agregar, en la medida que el factor tiempo se hace presente se define más concretamente esa realidad dinámica a la que apunta la nueva geografía.

Pues bien, si entendemos a la ciencia geográfica en su sentido dinámico, no tardaremos en reparar en las consecuencias que tal enfoque opera directamente sobre el campo del planeamiento. Ya Patrick Geddes, a principios de siglo, abogando por la imperiosa necesidad de basar en investigaciones específicas toda tarea de planeamiento espacial, escribía : Indudablemente corresponde a la esencia misma del concepto de evolución -por difícil que sea captarlo y más difícil aún que sea aplicarlo-, indagar no solo

acerca de cómo lo que hoy existe pueda haber derivado de lo que existía ayer, sino también prever y prepararse para aquello que el futuro comienza va a anticipar. (228)

Como quiera que sea, se advierte que una concepción de la geografía, en la que el elemento tiempo está presente, nos traslada desde el pasado hacia lo futuro -pasando por el presente-, pero sin quedar estáticamente adherido a él. ¿Qué no podríamos decir entonces con relación a la geografía histórica que es por antonomasia la fase de la geografía que no solo se desarrolla íntimamente a lo largo de la coordenada del tiempo, sino que argumenta por sí sola sobre la cualidad dinámica de los procesos que estudia?

Alguna vez dijo Ortega y Gasset que el pasado es el momento de identidad en las cosas humanas, lo que tiene de cosa... y antes Comte había destacado que la doctrina que haya explicado suficientemente el pasado obtendrá inevitablemente la presidencia mental del porvenir. De tal manera, entendiendo el pasado no como algo perimido y completo en sí mismo, sino como una continuidad aún vigente y renovada por factores inéditos, es fácil inducir que su alcance no termina siquiera hoy, sino que se prolonga más o menos ignoto hacia el porvenir.

Si la profecía es harto difícil y lo futuro encierra muchos secretos insondables, no por ello es lícito cancelar la intuición y menos aún no registrar aquellas notas que indudablemente tienen mayores perspectivas que otras de subsistir. Porque si el porvenir está encerrado en un hálito de misterio, ello no significa de manera alguna que nada de él es previsible, o lo que es igual, decir que no tiene ninguna continuidad con el presente conocido. En rigor solo podemos afirmar que un evento es anterior a otro si realmente puede influir sobre él de alguna manera y así la interdependencia de lo pretérito con lo actual -cuya verificación es más patente-, no tiene por qué desaparecer en lo sucesivo.

Aun omitiendo el aspecto temporal de la realidad geográfica, que tan obviamente nos familiariza con la noción de planeamiento, -en la medida que nos da la oportunidad de intervenir en los procesos conscientemente para obtener mejores resultados-, aun desconociendo ese importante matiz, lo repetimos, existe entre geografía y planeamiento físico un común denominador científico y conceptual. Se trata, pues, del sentido de integración espacial que es tan necesario en una como en otro. Según la citada definición de Kant, dada en el capítulo I, la condición esencial de lo geográfico consistiría en esa interrelación espacial que homogeniza ciertos fenómenos (Nebeneinder). Lo mismo en planeamiento físico, aun cuando más de una vez surge, legítima, la sospecha de estar rebasan-

do sus fronteras, la noción de coherencia e integridad espacial justifica la amplitud concedida a su campo.

También la unidad indisoluble, tanto en geografía como en planeamiento, es el paisaje y así las dos grandes ramas de éste -planeamiento urbano y planeamiento rural-, emergieron como una respuesta a esa necesidad de concepto. Bueno es agregar que ello no es óbice para que, como sucede con la geografía, sea impensable un planeamiento no-regional, bien que la magnitud de esta área no sea nunca absoluta y responda a muy diversos motivos. Puede decirse, en tono aclaratorio, que toda área de planeamiento es genéricamente una región, y como tal es oportuno agregar que dicha región está en buena medida dada por una sucesión de eventos en el tiempo que han ido definiendo sus límites sucesivamente.

Podríase abundar aún más en analogías y rasgos comunes que vinculan indisolublemente geografía y planeamiento, aunque no lo consideramos necesario por el momento. En rigor, se trata de exhibir la presencia del factor tiempo en ambas disciplinas, del mismo modo que lo hemos verificado -bien que no tan obviamente-, entre geografía e historia. Por una especie de carácter transitivo llegamos así a reconocer la íntima relación conceptual entre geografía histórica y planeamiento.

Entiéndase bien, sin embargo, que la filiación enunciada no es mero resultado de la participación recíproca de la ciencia madre de la geografía con el planeamiento, sino que, más aún, la geografía histórica, por representar justamente el desarrollo de la dimensión temporal de la geografía, trata por lo mismo de la dinámica de los fenómenos espaciales que el planeamiento procura prever y regular, enderezar e impulsar, según los casos.

Desde otro ángulo, la semejanza aparece en conflicto porque mientras la ciencia geográfica, en general, y la histórica, en particular, se nutren pasivamente de la observación, de la indagación y de la confrontación, la técnica del planeamiento no logra ponerse en movimiento de no mediar el impulso de la intuición creadora. A propósito, son precisas las palabras de Anatole France cuando afirma que la comprensión de la historia solo se alcanza por medio de la imaginación. (229) Y en efecto, podría agregarse, solo por medio de ese ejercicio de la imaginación -hecho consciente o inconscientemente-, puede afinarse y enriquecerse el don natural de la intuición en el hombre. Por lo que, como se ve, aun como tareas mentales, geografía histórica y planeamiento comparten muchos aspectos en lo que concierne a oficio puro.

Al hablar de lo histórico, asimismo, puntualizamos que su interés permanente radica en la circunstancia, más que en el hecho positivo (Kirkegaard diría que l o h i s t ó r i c o n o e s m á s q u e l a o c a s i ó n). No

se puede dudar que la esencia y el más alto producto de la historia consiste en alcanzar cierto grado de universalidad que permita la generalización y ello solo se logra indagando acerca de lo posible y lo probable en su relación con la realidad de hecho. Con este fundamento es seguro que lo futuro se prefigure con mayor relieve; no en vano, como vimos antes, los mejores pronósticos han provenido de historiadores o pensadores con fuerte sentido de la historia.

Se ha argüido, no obstante, que vivimos una era post-histórica (230) en la cual se está operando una transformación básica en términos de un cambio de fase de la historia análogo en su significado estructural al cambio de fase en el mundo físico-químico. Según este criterio, de ahora en adelante los hechos responderían a leyes emanadas de un inescapable determinismo histórico. Hay que admitir que fuerzas inéditas han hecho su aparición provocando, sin lugar a dudas, un verdadero cambio de fase; pero inferir de ello que el curso de los acontecimientos humanos va a seguir una dirección fatal, semejante a la que se verifica en la naturaleza, parece un lamentable malentendido. Porque una cosa es que la marcha de la historia esté influída por una compleja combinación de factores nuevos y viejos y otra, muy diferente, pretender que esos elementos causales que se hacen sentir más por los efectos que por su esencia, vayan a presidir y dominar absolutamente el cambio.

En rigor, no se justifica hablar de post-historia por más perplejos que nos hallemos frente a la circunstancia presente. Parece una petulancia suponer que la aparición de nuevas causas -que pronto serán viejas-, significa la desaparición de las preexistentes. Más aún, revela una limitada noción de lo histórico creer que pueda experimentarse una alteración sustancial mientras el hombre y las cosas humanas sigan siendo el único protagonista. Por lo demás, aunque la crisis sea profunda, ¿ qué otro camino queda sino ahondar en los misterios de la conducta humana -de hoy y de ayer-, como única forma de prever el mañana?

En el fondo, de nuevo, se vuelve al tema del determinismo, solo que renovado por causas recientes gravitando sobre la historia. Acaso, como dice Heidegger, la clave de la posición neo-determinista se base en una premisa anti-histórica: un hombre que hubiese renegado enteramente de su pasado perdería su libertad. Todo le parecería fruto del azar ciego y todopoderoso. Quien olvida su pasado abandona las riendas de su destino. (231) Una cosa es un determinismo experimental, por el que hemos abogado anteriormente, y otra muy distinta concebirlo como filosofía. No es posible desconocer que los elementos que hoy entran en juego van a tener en lo futuro una repercusión más precisa que los que se pierden en el pa-

sado histórico, pero ello no es óbice para que negando los antecedentes se pueda caer en una prefiguración de lo futuro, simplista y limitada.

La sabiduría que es lícito exigir a un planificador, no permite eximirlo de asumir la importancia que tiene el pasado justamente en la medida que garantiza una fuerte dosis de realismo frente a las utopías fáciles del determinismo. Vale decir que uno de los riesgos más legítimamente achacados a la planificación en general, esto es, la de ser rígida, irreal e idealista, vendría a ser el producto, en última instancia, de una actitud a-histórica. Y así también, por consecuencia, el valor positivo de la geografía histórica, con miras al planeamiento físico, radicaría fundamentalmente en orientar la acción sobre el terreno virgen del mañana a partir de los canales de lo existente; canales que no pueden ser obturados sin consecuencia y que solo deben ser dirigidos y regulados.

Para no pecar de insistentes podemos referir que ya antes que nosotros muchos urbanistas modernos advirtieron la necesidad de la indagación histórica como medio previo para acometer la tarea de planificar. Más aún, es dudoso que la mayoría de las investigaciones histórico-urbanas hubiesen alcanzado la luz de no mediar -subrepticiamente-, el estímulo y hasta la presión originada en el campo del planeamiento. En un trabajo sobre el particular (232) hemos examinado los antecedentes que, en el campo del urbanismo histórico, han contribuido a la formación del planificador urbano contemporáneo. Pero también en esa ocasión hemos puntualizado que lo que debiera ser una fuente dinámica de investigaciones ha quedado constreñida, en la mayoría de los casos, a un ritual, a una reverencia respetuosa al pasado sin demasiado compromiso con el quehacer práctico del planeamiento. Y si eso acontece precisamente en los dominios del planeamiento urbano ¿qué podríamos esperar del planeamiento regional o nacional que, especialmente en nuestro país, todavía no ha sentado las normas fundamentales de su problemática?

Lewis Mumford anota, a propósito, que hemos alcanzado ahora un punto donde esas acumulaciones recientes de percepción histórica y de conocimiento científico, pueden influir en la vida social, moldear nuevamente las formas de las ciudades... (233) de lo que viene a deducirse que pese a que las investigaciones específicas todavía tienen mucho por delante, el volumen de lo conocido ya obliga al planificador a tenerlo en cuenta.

Salvo algunas excepciones, la indagación de la geografía urbana histórica supone implícitamente que sus descubrimientos tienen utilidad para el planeamiento. Arthur Korn en su libro History Builds the Town (234) lo hace notar en las primeras frases de su introducción :

DIAGRAMA DEL PROCESO EVOLUTIVO DE UN AREA LOCAL. Síntesis de una investigación histórico-geográfica exhaustiva ordenada por cortes en el tiempo y tipificación de fenómenos análogos.

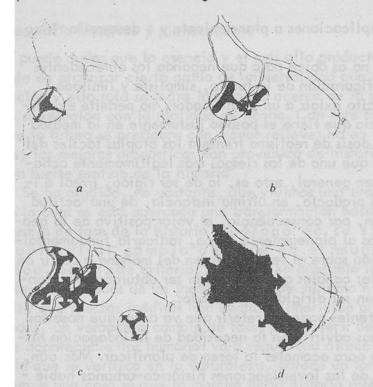


Fig. 12(a)

Tendencias de crecimiento y definición de escalas: (a) Fines del s. XVIII. El núcleo original y las tres direcciones de la expansión inicial. (b) 1850. Un temporal ha profundizado el lecho de un nuevo río originando un nuevo puerto y un segundo núcleo de población. (c) 1915. La construcción de un canal cercano crea un tercer núcleo. Los dos anteriores al crecer y vincularse determinan una escala mayor del conjunto. (d) 1960. Las aglomeraciones primitivas se confunden en su solo complejo, implican una escala mayor y exhiben nuevas y múltiples tendencias de crecimiento.

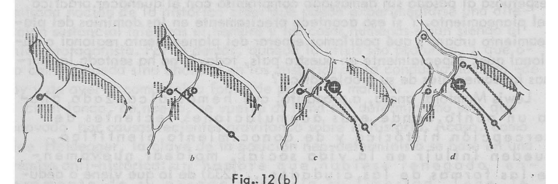


Fig. 12(b)

Tensiones en la estructura: (a) 1805. Un solo centro de atracción y una sola línea de acceso. Las zonas grisadas indican tierras bajas o anegadizas. (b) 1865. Tres centros de atracción enhebrados por una misma línea de acceso. (c) 1895. La estructura original comienza a alterarse; la barrera de la línea férrea divide la zona y provoca una red vial más compleja. (d) 1915. Aunque el crecimiento de entonces a hoy ha sido cuantitativamente pronunciado, la estructura, sin embargo, queda ya por entonces definida en los mismos términos: un nuevo ramal ferroviario, una red vial interna principal netamente definida y un porcentaje más o menos fijo de áreas inundables.

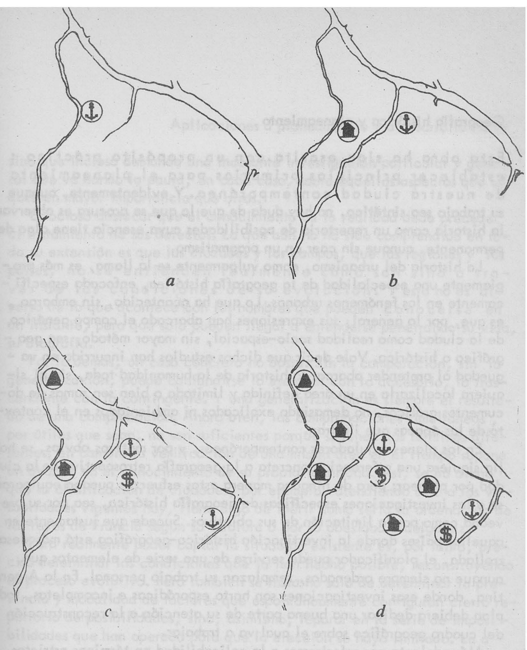


Fig. 12 (c)

Pautas de zoneamiento espontáneo: (a) 1805. Función predominante como puerto fluvial. (b) 1850. Dos zonas funcionalmente netas: el puerto y la residencial. (c) 1915. A las existentes se agregan otras claramente definidas: turismo y comercio. (d) 1960. La residencia invade todos los huecos y desfigura la claridad de la fase anterior. Los lineamientos de aquélla, empero, pueden representarse claramente y, eventualmente, reconstruirse.

Reproducido de P.H. Randle, The Use of Historical Data, Journal of the Town Planning Institute, vol. XLVIII, nº 8, sept-oct. 1962. En este artículo el autor ejemplifica la utilidad de la investigación histórico-geográfica para la formulación de un plan regulador con este modelo resultante de trabajos anteriores que forman parte del Plan regulador de Tigre realizado por el Instituto Superior de Urbanismo.

Esta obra ha sido escrita con un propósito práctico : establecer principios primarios para el planeamiento de nuestra ciudad contemporánea. Y evidentemente, aunque su trabajo sea sintético, no hay duda de que lo que se procura es observar la historia como un repertorio de posibilidades cuya esencia tiene algo de permanente, aunque sin caer en un pragmatismo.

La historia del urbanismo, como vulgarmente se la llama, es más propiamente una especialidad de la geografía histórica, enfocada específicamente en los fenómenos urbanos. Lo que ha acontecido, sin embargo, es que, por lo general, sus expresiones han abarcado el campo genérico de la ciudad como realidad socio-espacial, sin mayor método, sea geográfico o histórico. Vale decir que dichos estudios han incurrido en vaguedad al pretender abarcar la historia de la humanidad toda, sin ni siquiera localizarla en un área definida y limitada o bien son sumas de documentos gráficos, no demasiado explicados ni ambientados en el contexto de las épocas que ilustran.

En los planes reguladores contemporáneos, y por motivos obvios, se halla siquiera una referencia concreta a la geografía retrospectiva de la ciudad por planear; pero de ninguna manera estos esfuerzos pueden equipararse a las investigaciones específicas de geografía histórica, sea por su brevedad como por la limitación de sus objetivos. Sucede que justamente en aquellos países donde la investigación histórico-geográfica está más desarrollada, el planificador puede servirse de una serie de elementos que, aunque no siempre ordenados, remplazan su trabajo personal. En la Argentina, donde esas investigaciones son harto esporádicas e incompletas, todo plan debiera dedicar una buena parte de su atención a la reconstrucción del cuadro geográfico sobre el cual va a trabajar.

Más adelante nos referiremos a la aplicabilidad en términos estrictos, en donde veremos que la relación entre geografía histórica y planeamiento, más que ser teóricamente necesaria es simplemente conveniente.

2. *La situación existente a través de las condiciones que la han hecho posible*

En planeamiento llamamos la situación existente al conjunto de condiciones que gravitan en la actualidad sobre el área que debe estudiarse previamente a la formulación de un plan. Pues bien, esa necesidad de análisis que hace muy poco, relativamente, ha sido admitida en toda su importancia, obliga no solo a cumplir con un mínimo de indagación acerca de cuál es la realidad del terreno sobre el que se trabaja,

sino que incluso demanda una incesante investigación particular y general que va dando la pauta, en cada caso, sobre aquellos aspectos que adquieren mayor importancia que otros.

Es ocioso destacar que el conocimiento de la realidad debe preceder al tratamiento de sus defectos. Lo que aún no ha sido comprendido en toda su extensión es que las ciudades y los campos, que las regiones y los países, no se entienden realmente como son sino a través de las condiciones de su evolución. Y esto no es diverso de lo que acontece con los hombres que pueden conocerse en un instante, pero que solo pueden llegar a entenderse penetrando su vida, su biografía.

Por lo demás, un caso concreto no basta. Sin la comparación, sin la generalización, puede confundirse lo esencial con lo accesorio, lo trascendente con lo contingente. Y una generalización es siempre el resultado de una comprobación. Ahora bien, las comprobaciones simultáneas, por útiles que sean, no son suficientes porque suponen dos términos diferentes; en cambio la verificación de una misma área en el tiempo supone un avance en el conocimiento de su propia identidad. Así, se ha dicho que la clasificación de ciudades, por ejemplo, atendiendo solo a las virtualidades vigentes hoy, tiene algo de inútil como sería la ordenación de los reyes de Francia según su estatura o por su obesidad o delgadez.

Para realmente poder captar la situación existente es, por tanto, preciso determinar las condiciones que la han hecho posible, reconstruyendo el proceso evolutivo. Pero también se trata no solo de determinar la presencia y modalidad de factores que espontáneamente configuran cierto repertorio de posibilidades, sino, asimismo, reparar en la serie de imposibilidades que han operado para que la elección se haya limitado. La apertura de nuevas *chances* y la remoción de obstáculos significa un giro en el curso de una línea evolutiva. Por lo mismo, así como los determinantes no tomaron un rumbo fatal en el pasado, tampoco un caso en desarrollo tiene por qué continuar irremisiblemente dentro del mismo cauce.

Lo que importa, tanto para interpretar el pasado como para regular el porvenir, es ponderar la fuerza y realidad de los elementos en juego, a fin de poder adecuarlos a un todo armónico, cual es el fin de todo planeamiento.

Hemos citado en otro lugar el juicio de R. E. Dickinson, según el cual para el geógrafo, la región es un *terminus ad quem* y no un *origo ad qua*. Recordando esta simple verdad habría que comentar que en planeamiento de hecho sucede, en cierto modo, lo contrario: la determinación del área de un plan es de hecho el punto de partida de su quehacer específico. Desde luego que sin una estimación previa de los límites de

dicha área -normalmente fundada en estudios geográficos y cartográficos ya realizados-, sería imposible comenzar a trabajar. Es, sin embargo, menester que el planificador se comprometa a revisar los términos de dicha área con el objeto de ajustar mejor su cometido a la realidad.

Una de las más importantes contribuciones de la geografía histórica al planeamiento consiste en la posibilidad que aquélla abre de re-definir regiones, comarcas y aglomeraciones. Dicha re-definición es imprescindible a efectos de poder adecuar medidas de ordenamiento y previsión que no solo no entren en abierto conflicto con la realidad, sino que se afirmen sobre ella misma para alcanzar resultados positivos.

Por un lado es preciso re-definir lo que no se halla suficientemente definido, y por el otro, lo que está definido erróneamente basado en meras apariencias. En el caso de nuestro país, se impone poner en cuarentena diversas aglomeraciones cuya razón de ser no parece estar justificada más que por motivos arbitrarios o unilaterales o por la simple subsistencia de hecho. Otras tienen una existencia que responde a motivos difusos y, finalmente, están aquellas que no terminan de expresarse nítidamente, sea por solapamiento con otras áreas de influencia, o por sus propios límites imprecisos. Todos estos casos exigen, pues, un análisis desde su origen para configurar mejor la realidad actual y sus perspectivas; solo reconstruyendo los procesos, previamente, puede hablarse seriamente de un análisis de la condición existente.

Al hablar de Toponimia, como un auxiliar de la geografía histórica, hemos recordado algunas estaciones ferroviarias cuya nomenclatura se halla restringida a la mención de su kilometraje y de otras aglomeraciones cuyas híbridas o poco imaginativas denominaciones reflejan precisamente un principio de indefinición que es igualmente verificable en su realidad socio-espacial. Regiones enteras, bajo un nombre anacrónico, han ido deformándose hasta tal punto que hoy no se sabe a ciencia cierta cuál es el área que exactamente denominan, qué límites precisos tienen y ni siquiera cuál fue el criterio con el que originalmente se las designó así.

Si uno de los pivotes del planeamiento moderno consiste en la descentralización de conglomerados amorfos y en la ordenación orgánica de los vacíos dejados por aquéllos, no solo es inconcebible proceder a tales fines sin la búsqueda de los elementos que han contribuido en el proceso evolutivo de un área dada, sino que solo un autómata podría resignarse a no conocer las razones de ser de tal sujeto de planeamiento.

Se ha dicho que más relevantes que los hechos son las razones, pero que más aún que ambas son las significaciones. Pues bien, sin estar en condiciones de intuir siquiera la significación de una aglomeración es impensable proponer un plan con objetivo propio. Dígase a la vez que

la intuición es falaz cuando no está apoyada en el máximo del conocimiento -hechos y razones-, a que se pueda llegar. Renunciar a ello es un filisteísmo inadmisible y peligroso.

Es aleccionador al respecto comprobar que ciudades, comarcas y regiones, que se reconocen por su nitidez y vitalidad, son justamente aquéllas cuya significación está racionalmente definida y consolidada por hechos culturales de envergadura histórica. Es imposible no ver, por ejemplo, la diferencia entre una ciudad catedralicia y una aglomeración nacida de la prescripción de instalar una estación ferroviaria cada 20 kilómetros. Equivale esto a decir que por el análisis de los orígenes se alcanza ya a configurar situaciones que, de otro modo, pueden acaso percibirse, pero sin el necesario fundamento y explicación que arranca del pasado.

Todo elemento que contribuya a mejorar el conocimiento de una *región a priori* es de inestimable valor para el planificador y en ese sentido podemos agregar que la determinación de un área desde el punto de vista histórico-geográfico o evolutivo es quizá la que reúne la mayor parte de los criterios para ser aplicados y utilizados en planeamiento. De manera que si la región es un *terminus ad quem* para la geografía histórica, *este objetivo* -una vez definido-, empalma como *origo a qua* para los fines de planeamiento.

En un análisis completo importa siempre deslindar los factores de cambio y de hecho se hace la distinción entre los factores vigentes y los latentes. Lo que no es tan obvio y que resulta con evidencia de la investigación evolutiva, son los factores de inercia. Frente a una situación actual no basta, pues, con anotar lo que fluctúa, lo que de una manera directa gravita sobre el curso de su futuro desarrollo; es imprescindible detectar con toda precisión la serie de fuerzas que, indirectas, contribuyen a perseverar dentro de los mismos estados. Seguramente, en virtud de que el planeamiento solo puede concebirse en términos dinámicos, se comete frecuentemente el error de no considerar el peso de lo que, inerte, es muchas veces el sustento de todo un complejo vital.

Veamos cómo lo dicho, a través de un ejemplo específico queda plenamente verificado. John Bradford, en su obra sobre arqueología aérea ya citada, (235) pone justamente una técnica bien contemporánea, como es la aerofotografía, al servicio de la investigación del pasado oculto y dice textualmente que los relevamientos aéreos *aun cuando tomados con otros propósitos, pueden servir a la arqueología como valiosa fuente de información clandestina,* lo que equivale a confirmar lo por nosotros aseverado. Siguiendo la idea de Marc Bloch, según la cual el paisaje de hoy debe ser pensado como la última exposición de una tira filmada a lo largo del tiempo, Bradford reconoce

que la mayor dificultad de su tarea reside en hacer recobrar a esta última exposición el carácter de película animada que amalgama la secuencia, y anota como principio básico la necesidad de distinguir dos hechos vitales: el cambio continuo expresado en detalles y el cambio violento registrable en una breve secuencia.

Dentro de las numerosas e interesantes alternativas que se suscitan al desarrollar estas apasionantes investigaciones, el nombrado estudioso menciona el caso en que las diferencias en el crecimiento de vegetales, así como los contrastes en colores en el suelo, a menudo indican la presencia de rastros arqueológicos. Una experiencia explicada en detalle revela el hallazgo de un foso romano descubierto a través del distinto comportamiento de un mismo tipo de cultivo.

El lector podría argumentar que esta técnica y ejemplo están condicionados a terrenos ricos en restos arqueológicos. He aquí que Bradford mismo le responde: esto que ha dado buenos resultados en las tierras bajas de Wessex, debería -mutatis mutandi-, también proporcionarlos en las praderas de Sudamérica. Y, en efecto, así es, según un estudio de fotografía aérea realizada en los alrededores de Rosario, según el cual se pueden reconstruir los recorridos de ganado, hace tiempo extinguidos, basándose en ciertas marcas dejadas en los cultivos después que la tierra ha sido arada. (236)

Este breve paréntesis, lejos de apartarnos del tema, nos muestra una vez más que el reconocimiento de las condiciones actuales está íntimamente ligado al de situaciones pretéritas -influyendo éstas sobre aquéllas y descansando buena parte de aquéllas sobre éstas. Pero, todavía más, no es necesario indagar bajo tierra estas relaciones y como el mismo Bradford lo dice: hay rasgos antiguos (por ejemplo, pertenecientes a caminos y a límites) todavía sobrevivientes sobre el terreno e incorporados a límites existentes en el paisaje vivo. Esto es que, aunque la técnica de reconocer estas notas sea más o menos compleja -y para ello el valor de la aerofotografía tomada casi exclusivamente con la idea de relevar el presente, es extraordinaria-, es el hecho en sí el que no puede desconocerse, aun cuando no haya estado incluído explícitamente en los objetivos.

En este capítulo estamos empeñados en revelar la aplicabilidad urgente y necesaria de la geografía histórica a planeamiento, así como previamente nuestro solo móvil ha sido exponer los medios y los fines de la geografía histórica por sí mismos. Es importante retener que el deslinde entre una actitud y otra no puede trazarse teóricamente. La aplicabilidad de una ciencia está siempre condicionada al uso que se haga de su conocimiento y tiene, por tanto, múltiples matices que se descubren en la prácti-

ca y no en una formulación a priori.

Si perseveramos en hacer una distinción conceptual entre zoneamiento -agrupación espontánea de funciones homogéneas-, y zonificación -ordenamiento racional de zoneamiento-, (237) no podemos dejar de reconocer la importancia que tiene el conocimiento de aquél para el mejor planeamiento de ésta. Aun así, el zoneamiento no puede ser comprendido como una situación meramente de hecho, sino a través de las condiciones que lo han hecho posible. Por eso T. W. Freeman, en un libro que puntualiza la contribución general de la geografía al planeamiento, (238) ha escrito con acierto: Las circunstancias cambian; pero las necesidades humanas de ayer están reflejadas en el paisaje de hoy. El trabajador industrial del siglo XIX, que tenía una jornada de doce horas y carecía de medios de transporte para llegar a su fábrica, excepto caminando, necesitaba vivir cerca de su trabajo -de allí los "cottages" obreros en torno a los oscuros y satánicos "mills". El trabajador rural de la era anterior a la bicicleta vivía lo más cerca posible del "casco" de la granja -de allí los "cottages" que, en algunas propiedades de los Lothians, contribuyen a que la granja se asemeje a una aldehuela.

Realizar un survey sobre la realidad actual que no indague estas realidades anteriores es, como se ve, una tarea superficial y sin sustancia, que no justifica la pretensión de entender el paisaje y, a nuestro modo de ver, es una pobre garantía para poder asegurar bases sólidas a una previsión del futuro.

3. Pautas de crecimiento y de escala

El origen de los procesos tiene interés en tanto explica o ilustra la sucesión de fenómenos que le sigue, pero carece de valor si se restringe a una nueva comprobación de la influencia inicial del medio -sea físico o económico-social-, sobre el paisaje, descartando todas las interferencias que posteriormente contribuyan a modificar parcial o totalmente tal interacción.

De esta forma la geografía histórica enfoca dinámicamente las situaciones geográficas proveyendo no solo un análisis estático de la condición inicial y de la existente, sino llenando el vacío que queda entre éstas, esto es, puntualizando el sentido de la evolución y, por este medio, infiriendo por sí sola un futuro previsible. Vale decir que el análisis histórico-

CURIOSOS RASTROS DEJADOS EN LA PAMPA, DATAN DE TIEMPOS ANTERIORES A LA EXPLOTACION AGRICOLA Y SON REVELADOS POR LA AEROFOTOGRAFIA.

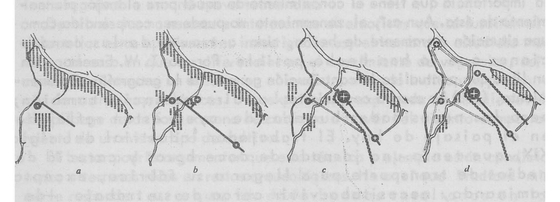


Fig. 13

Setenta y cinco kilómetros más adelante (172 kilómetros al oeste y 25 al norte de Rosario), fue obtenida esta notable fotografía con peculiares marcas lineales que cruzan esta región en varias direcciones. Tales rastros se presentan totalmente independientes de los actuales límites de los campos y se interceptan, unos con otros, en nudos tales como el que se advierte en primer plano. Mediciones hechas en la fotografía indican que las huellas tienen alrededor de 30 m y que el nudo mencionado tiene unos 50 m de diámetro. Una verificación con los grupos de edificios que forman el corazón de las chacras demuestran que estas cifras no pueden estar demasiado equivocadas. El centro de las huellas es de un solo color más pálido que el de la planicie circundante y produce cosechas más pobres, mientras que las franjas a cada costado son más oscuras y más fértiles, tal como lo indican plantas más verdes y más altas.

Una cuidadosa observación del fenómeno originalmente nos llevó a la conclusión provisional de que las marcas eran huellas animales datando de un período previo al alambrado y roturación de las tierras de la región. El doctor Alfredo Castellanos, director del Instituto de Fisiografía y Geología de Rosario, cree que las huellas fueron hechas por el ganado que se concentraba en torno a los pozos de agua o jagüeles, que los primitivos habitantes habían hecho excavando unos no muy profundos depósitos cóncavos y forrándolos con loess o arcilla para poder contener y conservar el agua de lluvia.

Ilustración y texto reproducidos de J.L. Rich, The Face of South America. An Aerial Traverse, figura nº 163 y pp. 133/4, American Geographic Society, Special Publication nº 26, 1942.

geográfico, aun limitado a una pura descripción -concorde con los principios clásicos y eternos de la ciencia geográfica-, produce un resultado cargado de sentido, cuya valoración está a un paso de las técnicas aplicativas.

De ahí, una vez más, la importancia que tiene la investigación específica en relación a planeamiento, porque, en rigor, no se trata de una competencia indirecta -solo colaborando al mejor conocimiento de lo actual: el último antecedente necesario para planear el futuro-, sino algo íntimamente trabado, y continuo, por el que hay que circular imaginativamente para alcanzar a captar ese imponderable que es lo evolutivo, el cambio mismo y la inercia oculta.

Todo enfoque de la geografía histórica subordinado pura y exclusivamente a la producción de un conocimiento ampliado de la historia, significa una restricción de su horizonte y equivale, en cierto modo, a centrarla únicamente como medio genético de entender la geografía. Pero hay más; si estas ciencias madres, -geografía e historia-, tienden a monopolizar su influencia sobre la geografía histórica, ocurre que en cierta opinión ésta tendría como último objetivo suministrar los datos para la comprensión de las geografías pretéritas, fase por fase, como unidades estáticas, determinadas con el mismo criterio de la geografía convencional. De este último modo queda limitada la vigencia de su contenido que -stricto sensu-, supera las dimensiones de la ciencia tradicional, usando como pivote para sus más profundas implicaciones la noción de espacio-tiempo en su versión más dinámica.

Hace ya bastante tiempo, Vidal de la Blache sostuvo que la geografía se interesa en los acontecimientos de la historia en tanto que ellos ponen en acción y a la luz, en las comarcas donde se producen, propiedades, virtualidades que, sin ellas, quedarían latentes. En otra ocasión agregó que la naturaleza prepara el sitio y el hombre lo organiza para permitirle responder a sus deseos y a sus necesidades. (239) Por otra parte, Lucien Fébvre (240) desarrolla la idea del célebre historiador -con raro sentido geográfico-, Camille Jullian, cuando hace la distinción, conforme a los principios de Vidal, entre el elemento de formación y el de crecimiento. (241)

En este punto debe reconocerse la dificultad práctica de aplicar conocimientos teóricos, ya que allí se dan cita, de una manera harto íntima, tanto los factores geográficos como los históricos. Aun así puede decirse que la diferenciación simple entre formación -como elemento estático, natural y geográfico, en el sentido de fisiográfico-, y crecimiento -como agente socio-económico, humano e histórico en el sentido cultural-, es una simplificación equívoca. Ninguno de los autores citados, Vidal

geógrafo, Jullian historiador y Fébvre, agudo expositor de la interrelación entre ambas ciencias, podían tener la concepción, hoy más clara, de lo que es geografía histórica y que resuelve en cierto modo estas dificultades.

La oposición entre el elemento de formación y el de crecimiento responde, seguramente, a las inquietudes del momento, en el que se debatía el pleito entre deterministas, posibilistas y probabilistas, hoy superado. Ese dilema, si acaso, responde al determinismo pasado de moda de Ratzel, pero introduce un factor de confusión al adjudicar en sus orígenes, una primacía al medio físico y a las causas humanas en lo relativo a evolución. Según este criterio, la geografía histórica solo tendría por objeto reconstruir la geografía pretérita de cierta fase, a partir de la cual la historia por sí misma bastaría para investigar el proceso subsiguiente.

A nuestro entender esto no es así, e importa aclararlo ahora al considerar la geografía histórica aplicada. Porque ni el elemento de formación es nunca un puro escenario físico, sino que ya está animado por situaciones mentales; ni la evolución es un puro desarrollo humano visto que su relación con el medio no es fija sino plena de alternativas.

De no ser así, la previsión de lo futuro, el planeamiento, no exigiría tantos antecedentes espaciales como socio-económicos. Fijado el cuadro físico en un momento dado, el resto sería el único dinamismo que realmente cuenta. Pero sabemos que esto no es así. Así como la diversa naturaleza de los suelos ha determinado -bien que no fatalmente-, diversos tipos de habitat rural, al estudiar la evolución de estos últimos es posible establecer el comportamiento relativo del hombre frente a un medio dado, es decir, captar ese otro lado de la interrelación hombre-medio, según la cual los determinantes son alterados por posibilidades de otro origen.

Concretamente, si la oposición entre tierras secas y húmedas produce comúnmente habitats concentrados y dispersos, respectivamente, cumple investigar hasta qué punto, por obra de la tecnología, la política administrativa y los factores mentales, esa situación puede provocar alteraciones notables en dicha ley natural. Por este camino, puede verse, la geografía histórica perfecciona la simplificación de una doctrina determinista, solo preocupada por el elemento de formación y descuidada por el de crecimiento.

A la vez, al examinar el proceso de crecimiento no es posible perder de vista la perduración de los factores del sitio, actuando sea por inercia, sea por renovación de situaciones originales. Dicho en términos de generalización: el crecimiento incluye nuevos elementos de formación, el proceso evolutivo no puede ser simplificado a una ecuación causa-efecto única y fija en el tiempo. De ser así, el planeamiento estaría condicionado

a una circunstancia fatal y no presentaría la incógnita de nuevos puntos de partida, siempre posibles.

Lo que hemos querido enfatizar con esto es que el crecimiento no es un fenómeno simple y, por ende, que no admite simplificaciones conceptuales. Por otra parte, crecimiento debe entenderse no como un mero incremento, sino que puede significar compactación, densificación, tanto como extensión; más aun como fenómeno análogo aunque de signo opuesto, debe incluir al proceso de decrecimiento. Todavía más, el crecimiento extensivo no responde a una sola fórmula, sino que se presenta de muy diversas maneras, a veces combinándose entre sí.

Indudablemente, ya se ha abusado mucho de la presentación sucesiva de gráficos que muestran el incremento de ocupación humana, como el de un núcleo que va creando anillos alrededor o que va adoptando la forma de una estrella con puntas más agudas. La forma del crecimiento tiene, por sí sola, muy poca importancia. No es el incremento cuantitativo indiscriminado el que describe y explica el proceso. Para poder ponderar la magnitud de un crecimiento es mucho más importante fijar su ritmo que su mera extensión formal. Y así, del análisis retrospectivo solo podrá inferirse un relativo pronóstico cuantitativo, en cuanto permita medir la capacidad de crecimiento verificada positivamente.

El aspecto más relevante por estudiar en todo proceso de crecimiento es el de la distinción de tendencias. Las tendencias son, por así decirlo, elementos dinámicos que no solo se han manifestado en sus efectos, sino que perduran en acción o se hallan latentes. Esta verificación descubre, por vía inversa, el papel de las barreras a la expansión, de los obstáculos a la compactación y de los impedimentos a la densificación. A veces, el análisis en el tiempo del crecimiento describe claramente la fuerza de atracción de ciertos centros, el traslado de ese poder centrípeto o la persistente tensión en pos de un objetivo no alcanzado.

No puede haber punto de partida más vital para planeamiento que la consideración de esta dinámica a través de todas sus fases, y como resultado de una serie de con-causas naturales y culturales estrechamente unidas. Detectar las fuerzas aún vigentes, las latentes y las que probablemente desempeñarán un papel en el futuro previsible es tanto un requisito para poder interpretar el resto de la realidad como la coronación de una investigación difícil y complicada en sí misma.

Necesariamente debemos omitir las ejemplificaciones, en parte porque tratándose de principios generales resultarían un tanto obvias y además , porque según nos hemos fijado en este trabajo, nuestra meta es más la de un estudio que la de una investigación. Para esto último debemos remitirnos a la labor realizada desde el Instituto Superior de Urbanismo, lamen-

tablemente todavía en estado inédito.

Las pautas de crecimiento, aparte de su modalidad y de su valor intrínseco y trascendente no son, sin embargo, los únicos temas genéricos de la geografía histórica aplicables a planeamiento. Otro aspecto menos estudiado, pero no menos importante, es el de la determinación de escalas que aquéllas traen aparejadas.

Las escalas que determina la ocupación humana sobre el terreno son valores naturalmente relativos, pero, por lo mismo, ligados a otros rasgos que forman el conjunto de la realidad. Antes que nada, la escala que determina por sí misma una aglomeración urbana, al aumentar su radio modifica su capacidad funcional; obviamente no es lo mismo una ciudad de 10.000 habitantes que otra de 5 millones. Pero éste es el lado grosero de la cuestión porque, a su vez, dentro de una aglomeración o de una región toda, existen siempre pautas de distribución que van configurando, a su vez, lo que podríamos llamar subescalas. Un caso tipo, en el que el papel de las escalas tiene un gran valor expresivo es en las conurbaciones donde los círculos abstractos del alcance de cada núcleo se van acercando, haciéndose tangentes y luego secantes. Una región, además, siempre supone una escala, la cual incluye, inevitablemente, una serie de subescalas que a lo largo del tiempo van describiendo una variación y una tendencia.

Las escalas son, lógicamente, abstracciones, generalizaciones de fenómenos antropo-geográficos. ¿Pero acaso el mismo concepto de r e g i ó n , no es eso? Lo que sí debe quedar siempre en claro es que el módulo debe aplicarse sobre un material homogéneo, es decir, que represente un mismo género de cosas, sea edificación, servicios, equipamiento, población, abastecimiento o, más genéricamente, el conjunto de todo esto -convenientemente definido-, o sea escalas de urbanización, de concentración de funciones subregionales, etc.

Lo que ha de leerse en una secuencia, así convenientemente elaborada sobre la base de una amplia información y mayor certeza, no es tampoco como en lo relativo a crecimiento, la simple magnitud de los radios definidos, sino la variedad de causas y áreas que contribuyen a ese efecto. De otro modo, tal síntesis ¿qué valor elaborado podría representar con miras a ser utilizada en planeamiento? En cambio, una cuidadosa ponderación de este proceso de donde surja que la investigación histórico-geográfica es capaz de una interpretación específica, arroja mucha luz no solo en lo que atañe a la fijación de un área total de planeamiento, sino a la subdivisión del trabajo de conjunto por partes homogéneas.

Es importante agotar todos los medios que permitan disecar la realidad urbana o rural, local o regional -a fin de hacerla asimilable-, si es que, como lo quiere el planeamiento contemporáneo, se desea prever el futuro

sobre la base de pautas coherentes y combatir la hibridez y la hipertrofia amorfa.

Para matizar la aridez de esta disquisición permítasenos citar un caso estudiado por nosotros (242). La consideración puramente formal de la traza de la ciudad de Buenos Aires, analizada en detalle, nos llevó a parcelar el plano de la ciudad según sectores diversos; así se pudieron catalogar los de cuadrícula geométrica, cuadrícula aproximada, amanzanamiento libre, y sin amanzanar. El encuentro de cada uno de estos sectores provoca lo que dimos en llamar líneas de ruptura que ponen de relieve que nuestra ciudad no es un damero, como vulgarmente se dice, sino más bien una serie más o menos inconexa de retículas también más o menos regulares.

Las conclusiones de este examen son varias y no es el caso de volver a ellas ahora. Lo que sí queremos comentar, porque ilustra cuanto venimos diciendo, es que en un análisis de esta naturaleza emerge con fuerza palpable la importancia que el proceso evolutivo tiene para explicar la condición existente, porque en el caso citado, cada uno de los sectores correspondientes a una categoría dada puede ubicarse netamente en la cronología de la evolución, es decir, que encaja claramente en cada fase de crecimiento con caracteres peculiares –no simplemente como incrementos indiferenciados–, y, finalmente, da una pauta, en materia de escalas, en lo que se refiere a red vial y quién sabe (esto no lo llegamos a profundizar) hasta en aspectos socio-económicos.

Lo que queda demostrado es, nuevamente, que la interconexión de toda la gama de factores histórico-geográficos juega de consuno y que, entre ellos, los conceptos genéricos de crecimiento y escala no escapan, por cierto, a esta regla.

La expansión de Buenos Aires, por lo demás, se produjo por la repetición cíclica de procesos-tipo y no como un fluir indeterminado, sino creando vacíos y luego llenándolos. Si se hubiese entendido así este crecimiento, cada fase expansiva podría haber servido de experiencia para las siguientes.

Como ya dijimos, habría que hacer mención, al hablar de crecimiento, del fenómeno de signo contrario, del decrecimiento. El novísimo proceso que se está verificando en algunos países –Inglaterra y la Argentina, por de pronto–, consiste en el levantamiento de líneas ferroviarias cuyo rendimiento no justifica su explotación. Aparte de toda otra consideración, este hecho supone –o debiera suponer–, la previsión cuidadosa de los efectos que esta medida pueda tener sobre una comarca, sobre una aldea o sobre una región. Es absolutamente imposible poder ponderar el impacto de tal supresión sin remontarse a la etapa inmediatamente anterior a aquella de la del tendido de las vías, cuando el ferrocarril aún estaba por im-

primir su marca en el paisaje y establecer su función en el área.

Dicho de una manera más abstracta y general, para poder describir los efectos de una supresión es menester primero reconstruir experimentalmente la situación en el momento de su implantación. Más aún, es preciso indagar con mayor o igual prolijidad al menos, un cambio de signo negativo -en el sentido que resta un elemento-, que un incremento positivo.

Al respecto, digamos finalmente que todos y cada uno de los ítem en que se divide un plan tiene un aspecto retrospectivo cuyo conocimiento es imprescindible para prever la evolución natural respectiva y adecuar mejor las normas de su encauzamiento.

¿Cómo sería posible -por ejemplo-, pronosticar el crecimiento de la población, si no basándose en los datos correspondientes a fases pretéritas? ¿Cómo se fija una tasa, si no dividiendo el incremento por el lapso de tiempo elegido? ¿Y cómo puede intentarse determinar el futuro de una curva demográfica sin tener en cuenta el segmento que representa la evolución verificada hasta el momento?

Desde luego, una ecuación matemática, que es síntesis de un complejo proceso, no encierra la fórmula que revela el misterio del porvenir; para poder ser utilizada en esa dimensión es menester poder describirla en detalle, interpretarla, valorarla. En otros términos, hay que conocer las causas que la determinan, calibrando temporalmente los resultados, para obtener una pauta y una medida de los cambios. Pero como quiera que sea no hay otro medio más apropiado de acercarse a lo desconocido que partiendo de lo conocido, máxime cuando se ha penetrado la esencia que da una coherencia mínima a toda evolución.

Lo mismo podría decirse en relación a la evolución de la red vial, a la subdivisión de la tierra, a su alteración en los usos, al equipamiento en general. Y todavía más, la experiencia registrada de cómo se han ido configurando las distintas situaciones, de cómo se han ido alcanzando ciertos niveles de interacción y con qué ritmo se van integrando en nuevos órdenes cada una de las partes, es un testimonio valioso que debe ayudar a fijar el crucial criterio de las prioridades.

En planeamiento no es suficiente con determinar una serie de medidas por tomar; es tanto o más importante programar las fases futuras, intercalarlas en la correcta sucesión temporal, y esta importancia solo puede sopesarse correctamente estudiando procesos ya completos en su progresiva materialización.

4. Los cambios estructurales y de apariencia

Aunque tanto el método de la geografía histórica como el del planea-

miento físico apunta a los resultados tangibles y visibles y no a la re - construcción, ni al reordenamiento de la sociedad por medio de sus instituciones políticas u organización económico-social, hay un solo medio de penetrar en los fundamentos de la realidad espacial y es atendiendo a la localización y distribución de funciones, que son las que determinan la apariencia del paisaje y la estructura que lo rige.

Este enfoque del medio geográficò a través del tiempo, nos descubre las últimas incógnitas -que podemos aspirar a revelar-, del proceso evolutivo. Pero para llegar a formularlo en esos términos, menester es convenir que se hace imprescindible el imperioso y consciente esfuerzo de la reconstrucción individual de las geografías pretéritas. El interés de estudiar las funciones humanas en su trascendencia espacial no radica sino en el peculiar modo que tienen de localizarse y agruparse localmente, esto es, de configurar una estructura. Ahora bien, una estructura no es un hecho inmóvil, sino pleno de dinamismo, ya que comprende elementos en proceso de cambio.

R. E. Dickinson en The West European City (243) hace suya la norma de Raoul Blanchard: après l'étude dans le temps, l'étude dans l'espace (244) a la cual este trabajo no constituye sino una ferviente adhesión. Para captar la esencia vigente de una estructura antropogeográfica no solo es preciso remontar la línea del proceso evolutivo, sino que algo más se hace necesario: descubrir la fase determinante, la clave de la estructura actual, ya que aunque el fenómeno del cambio no se detiene sino raramente, siempre hay en la evolución de un área un momento en que se producen eventos de mayor relevancia o profundidad y que, en un contexto dado, dejarán impresas las marcas básicas del proceso subsiguiente.

Así como en la existencia de una persona hay acontecimientos que marcan un rumbo casi definitivo al curso de su vida, en la historia de una comarca o de una ciudad también se da el caso de hallar esas fases críticas en que se prefigura lo futuro, dentro de ciertos carriles. De este modo se responde al determinismo geográfico, ya obsoleto, con los argumentos complejos de la historia. Los determinantes -si acaso merecen calificarse de tales-, son, en definitiva, obra de la voluntad humana que a veces toma decisiones que no puede rectificar sin esfuerzo, pero jamás consecuencias fatales del medio físico, ni cosa semejante.

Encontrar ese momento clave, entre otros, en que la estructura se define con hondos lineamientos, no puede ser un hecho sin consecuencias para quienes deben planificar ese espacio. Desconocerlo sería como pretender asir la esencia de una cosa sin aproximarse a ella a través de su existencia; en términos filosóficos, caer en un idealismo absoluto.

Si una de las metas del planeamiento es restituir o alcanzar un equilibrio entre las funciones y el espacio en que se desarrollan, es evidente que antes de programar reformas se impone indagar cuál de las pautas que se han sucedido en un lugar es la que mejor respondía a las necesidades de la población. Esto no quiere decir que esta tarea es una búsqueda de la receta perfecta ni mucho menos; por el contrario, cualquier intento de reeditar -justamente en orden a la estructura de un área-, situaciones espaciales que respondían a necesidades sociales diversas, es un anacronismo peligroso. Pero poder valorar esa armonía que se desprende del óptimo acomodamiento de funciones, concorde con el conjunto humano que las ejercita, es algo que aún tiene que aprender a aplicar el planeamiento contemporáneo.

Más allá de la zonificación, que ordena parcelas de espacio conforme a sus funciones, importa evaluar los usos de la tierra existentes y las proporciones de las diferentes categorías de uso en relación al área total, (245) cosa que no se hace debidamente por ahora, aunque la lección de la geografía histórica sea tan clara. Esto y no otra cosa es, en última instancia, la estructura, a conocer la cual debe apuntar tanto la geografía histórica -en sus fases progresivas-, como el planeamiento, en la actual y en la posible. Una zonificación que no esté basada en ese sentido unitario es un remedo burdo de la experiencia del pasado, al que la alusión ligera a sus ejemplos puede inducir.

Por otro lado, la configuración de subregiones o subzonas, es decir, de distritos secundarios no se ha de subordinar tanto a su posición en relación al centro, sino a las condiciones topográficas y de desarrollo histórico. (246) Esta última recomendación de Dickinson parece bien apropiada cuando, una vez más en planeamiento, se trata de conservar o de crear el carácter definido de las áreas, frente al arrollador proceso de masificación anónima derivado de un crecimiento vertiginoso e incontrolado.

En un Reader de Sociología Urbana (247) hallamos un trabajo sobre la fusión de lo urbano y lo rural, tal como se produce en los Estados Unidos, como consecuencia de cierto grado de mayor desarrollo. Para sus autores el problema se concreta en el binomio campo-centro, en el que se dividen las actividades humanas en términos de distribución geográfica. El factor causativo de las tendencias a la fusión ha sido el aumento de accesibilidad y, en particular, la evolución del sistema vial.

Sin entrar en detalles de este proceso, a veces determinante del carácter general de una estructura regional, digamos que el método evolutivo es, acaso, el único medio de llegar a una ponderación adecuada de

las características de dicha estructura. El registro de diversas fases, tantas como sea posible reconstruir, del fenómeno de progresivo cambio, indicará con mayor precisión la expansión, la contracción o el congelamiento de las áreas en cuestión, conforme a las categorías que se hayan previsto a priori.

También R. E. Dickinson (248) analiza este complejo de campo-ciudad, bien que en cuanto al alcance de las relaciones comerciales locales, con lo cual se complementa el enfoque anterior hecho exclusivamente teniendo en cuenta el caudal de tráfico de las rutas y trazando límites que caen sobre los puntos de mínima de las rutas divergentes.

Cualquier método es apropiado para ilustrar lo que queremos explicar, siempre y cuando permita el cotejo de por lo menos dos fases dentro de las mismas normas de clasificación y categorías fijas. Naturalmente que este tipo de verificación, tan útil para ir delineando la evolución de la estructura regional, no siempre es practicable; generalmente está limitado por la obtención de datos que no se remontan demasiado en el tiempo, produciendo lapsos de suficiente extensión, y, como en el caso de nuestro país, a veces no alcanzan a definir con exactitud el cambio en escala reducida.

Como quiera que sea, un método que permita ver una región, o una ciudad -simplemente reconstruir un paisaje-, a través del tiempo, agrega, a no dudar, elementos valiosos para recomponer su esencia funcional esto es, su estructura.

Muchos geógrafos, sociólogos, planificadores y ensayistas de toda clase -para no mencionar a los novelistas científicos-, tratan de persuadirnos de que las tendencias actuales y dominantes en el mundo van hacia una homogeneización, una standardización más y más completa. Según este modo de ver la realidad, lo futuro sería una síntesis mucho menos compleja que la de los tiempos precedentes y de tal manera solo bastaría con instrumentar la administración, el gobierno y el planeamiento con fórmulas sencillas y esenciales.

Sucede, sin embargo, que las tendencias dominantes no son nuevas para la geografía histórica; por el contrario, se pueden palpar claramente frente a ejemplos del antiguo Oriente, como en Egipto o la Mesopotamia, o más próximamente en el Imperio Romano. En nuestra pampa, también, el catastro y la red ferroviaria han impreso seguramente rasgos cuyas consecuencias han sido decisivas durante más de un siglo. La direccional a medio rumbo ya comentada anteriormente entra en conflicto con el trazado de la red férrea al punto que, como dice Pierre Deffontaines (249) ciertas ciudades parecen liberarse de la obsesiva dirección NE-SO. En efecto, la dirección de las vías ferroviarias o rutas E-O ha servido de base a otro plan derivado

de la estación que no concuerda con las líneas oblicuas de los campos. Y también puede verse que hay algunas aglomeraciones que presentan las dos direcciones con un distrito de la estación E-O y un distrito de rural NE-SO que mueve a Deffontaines a acuñar el concepto de *pampa mobile* aplicándolo a este paisaje tan elocuente de la obra humana a través del tiempo.

Es cierto que la impronta de ciertos factores va produciendo un género relativamente homogéneo de posibilidades de estructura. El ejemplo citado nos da series semejantes de encuentro entre las líneas férreas y las plantas urbanas que pueden tipificarse en pocas categorías. Pero ¿ acaso no ha sido siempre así? El surgimiento de un nuevo elemento de ordenamiento espacial, lógicamente, va produciendo nuevas tipificaciones, pero el conjunto de ellos, *localizado*, es decir, como una suma de función más espacio igual a estructura, abre nuevamente infinitas posibilidades.

Cualquier pronóstico vago sobre lo futuro siempre semeja un cuadro absolutamente más simple que la realidad, porque las notas que se quiere expresar parecen anular el fondo de la situación. Y así ocurre en esta materia que cuando se planifica monotemáticamente, es decir, obsesionados por la gravitación de un factor, por principal que sea, se corre el riesgo de simplificar el problema. Unas veces ha sido la industria; otros, el tráfico y los nuevos medios de comunicación; otras, el incremento demográfico, todos temas de apasionante interés y tremenda perspectiva, los que pueden hacer malograr el sentido de equilibrio que debe tener una previsión ajustada al futuro.

Pero, si la ficción científica puede inducir en obsesión fantasista, el planeamiento físico nos devuelve los pies a la tierra cuando nos obliga a pensar en términos de funciones *en el lugar* y no como superestructuras absolutas. Si las actividades humanas se transforman y alteran considerablemente, la superficie terrestre y el medio físico, en general, el espacio como vacío a llenar, a ordenar y a prever, constituye una base inalterable para trabajar en concreto. Una vez más vemos que el fundamento geográfico del planeamiento es como la piedra fundamental que nos impide derivarnos hacia otras jurisdicciones, o perdernos en la consideración general a costa de lo específico.

Por tanto, determinar lo peculiar, lo específico, en las estructuras urbanas y rurales, a través de su evolución, no es tarea que deba poder postergarse ni, mucho menos, desdeñarse porque entonces el resto de la investigación realizada quedaría sin sentido. Y, dicho en términos menos rigurosos, pero igualmente valederos, o tal vez más, dada la autoridad de quien los emitiera, el doctor Sharp, refiriéndose a la importancia de conocer a fondo la estructura de la aldea inglesa típica para poder hacer

planeamiento en Inglaterra, ha escrito: planeamiento y diseño comprensivo e imaginativo solo puede derivar de un entendimiento profundo e informado de las profundas sutilezas que yacen en el corazón del carácter al - deano.

El conocimiento de la evolución estructural tiene, finalmente, otra aplicación no menos importante para planeamiento, y que puede quedar oculta por el énfasis renovador -a veces un poco ciego-, de los expertos. Nos referimos al caso, por cierto no demasiado raro, en que se descubre que la estructura de un área tiene una coherencia y una lógica que no reclamán modificaciones en envergadura, sino un encauzamiento de mero detalle. Estas circunstancias suelen darse, por lo general, en aquellos casos en que el proceso de formación y de crecimiento se ha operado sin contar con la irrupción de factores de alteración violenta. Por ello, la prueba fehaciente de que una estructura es verdaderamente la natural y adecuada debe buscarse, más allá de su comportamiento actual, en las distintas fases de su evolución. Y cuando este hecho queda verificado, cumple al planificador rendirse humildemente a la evidencia de que su intervención debe ser puramente pasiva y respetuosa de los hechos consumados.

En tareas subsidiarias del planeamiento físico, cabe mencionar la utilidad de los estudios evolutivos, en punto a estructura, en los casos de englobamientos de tierras, como actualmente se operan en el norte de Francia, donde el objetivo de un mejor rendimiento agrario debe consultar sus relaciones de dependencia con todos los factores concurrentes del medio físico y socio-económico. ¿Qué mejor que reconstruir el proceso retrospectivo de los cambios, para encontrar las fórmulas precisas allí donde la evolución denota la ingerencia de causas divergentes que han tenido los efectos que justamente se quiere corregir?

En otro aspecto, de los numerosos casos que podríamos citar, la fijación de jurisdicciones políticas y administrativas, si han de ser el fiel reflejo del territorio real y no simplemente la fórmula de la abstracción legal, impone la necesidad de revisar la secuencia de cambios hasta llegar a la presente condición; de donde se podrá deducir en qué medida se ha seguido hasta entonces el dictado de hechos espaciales concretos, o se ha confinado a la imaginación de los burócratas el trazado de dichos límites.

Analizar los cambios de las estructuras espaciales en el tiempo, como puede verse, no es tarea simple. Supone, antes que nada, el conocimiento de las geografías retrospectivas completas y después de esto, la minuciosa disección de los elementos funcionales convenientemente ordenados en conjuntos. Pero aun esta verificación exige ser llevada a términos

simples que permitan el contraste, la comparación. Para una mejor realización de estas síntesis necesarias es aconsejable la expresión gráfica que refleje, dentro de ciertas categorías genéricas, los elementos tipo que componen una estructura.

Una ligera visión de los fenómenos principales que se advierten en los conjuntos funcionales, urbanos o rurales, permite percibir que los principales son los focos de atracción -o de repulsión-, que originan agrupamiento -o dispersión-, en torno a lugares donde se cumple una determinada actividad, y cuya permanencia, mutación o traslado debe ser registrado en las diversas fases de la evolución. Esos focos pueden reflejar, también, expansiones, contracciones o inercia en sí mismos, contagiando a su contorno a través de los correspondientes efectos. Como ejemplo clásico, en las aglomeraciones urbanas, de focos de atracción, se cita la plaza, que arrancando del agora de las polis griegas, pasa a través de la civilización latina bajo la forma de foros (250) y se ensambla en la tradición de las ciudades occidentales europeas y americanas conservando el mismo sentido funcional. Pero aparte de la plaza y según la escala en que se trabaje, en una ciudad contemporánea puede calificarse de foco de atracción, todo un distrito -de esparcimiento, por ejemplo-, o simplemente una esquina que, por motivos que no diremos ahora, puede tener un valor bien diverso de las otras del mismo barrio.

Aparte de estos elementos puntuales, positivos y negativos, hay otros lineales que operan también en un sentido u otro, como canales o como barreras. Son direccionales de accesibilidad u obstáculos a la circulación y al crecimiento; se materializan por medio de rutas, (en el primer caso, o por líneas férreas a nivel en el segundo, la mayoría de las veces), aunque pueden consistir en una interminable variedad de elementos, como líneas de costa, valles, o pasos obligados en la primera alternativa y como ríos, arroyos, zanjones, barrancas o extensiones indivisas, en la segunda.

Finalmente, más allá de estos rasgos básicos enumerados -puntuales o lineales-, debe mencionarse como relevantes, aquellos que son de naturaleza propia del área y que también permiten su determinación a modo de síntesis para facilitar el cotejo, no solo de las diferentes fases de un mismo proceso, sino hasta el de diversos casos entre sí.

La naturaleza funcional de ciertas áreas refleja lo que hemos llamado zonización, aspecto éste sobre el que no volveremos, y que de una manera más general, puede expresar la extensión de los servicios urbanos -desglosados o en conjunto-, o las órbitas de acción del equipamiento regional, sea educativo, de seguridad o de salud pública, etc. La configuración de estas manchas denotará así otro aspecto sintético que presenta la estructura del área estudiada y podrá ser complementada, cuando los

elementos de información sean fidedignos y netos, por otras superficies que expresan situaciones de homogeneidad económica o social, que aunque no pueden ser consideradas estrictamente de naturaleza física, suelen reflejar condiciones de cierto paralelismo.

Al titular este párrafo hemos prometido referirnos a los cambios de la apariencia, lo que nos obliga, previamente, a explicar qué entendemos por tal. Los fenómenos de cambio a que hemos hecho alusión hasta ahora son, en cierta forma, abstractos, o mejor dicho, los hemos tratado de una manera abstracta para poder abarcarlos, calibrarlos, compararlos, etc. Ahora, antes de concluir con esta revista a los factores de transformación más generales parece preciso retornar al realismo básico de la geografía, al cual apelamos al comenzar este trabajo.

La apariencia, aunque no sea medible por estadísticas, censos, muestreos, encuestas, aerofotografía -y hasta fotografía frontal-, no por ello es un rasgo menos real. Un paisaje urbano -una calle, una plaza, todo un barrio-, sin diferencias físicas notables de otro, puede tener un aire de individualidad, de perfecta armonía con la comunidad que habita en él y que le imprime una autenticidad evidente. Lo mismo sucede con un paisaje agrario -sea un establecimiento de explotación rural, con colonia agrícola, una reserva natural-, que por una peculiar combinación de sus elementos constitutivos con la modalidad de las actividades de sus habitantes, refleja una atmósfera netamente diferencial.

Se dirá que acaso se trata de un concepto subjetivo y en buena parte hay que concederlo, lo que, sin embargo, no le quita un ápice de realidad. Que a veces más que ver, se respira, también es justo concederlo. Aún más, consiste en un rasgo relativo, literalmente relativo al contorno que lo rodea, lo que da una base para tales valoraciones.

Las causas de conformación de la apariencia urbana o rural reposan frecuentemente en las fuentes de origen, pero más a menudo son el fruto de cambios operados a través de diversos factores. Un cambio de uso puede traer apareado un notable cambio de apariencia; la elevación económico-social de la comunidad también se traduce en alteraciones en la apariencia; la prosperidad mercantil supone inexorablemente una transformación en la apariencia de un centro comercial. El sentido comunitario, la emulación vecinal, la pulcritud urbana, el amor por los árboles y las flores, todas estas características que -sin duda-, suelen darse en formas colectivas, gravitan extraordinariamente para dar un sentido peculiar a la apariencia.

Ahora bien, estos cambios se registran, asimismo, curiosamente a lo largo del tiempo sin que -a veces-, haya transformaciones físicas notables que los expliquen. En muchas ciudades, un barrio aristocrático pierde su brillo

para convertirse paulatinamente en una zona donde abunda el desaliño y hasta el hacinamiento; por causas diversas -entre ellas frecuentemente la valorización de la tierra-, al cabo de cierto período comienza a recobrar su antigua categoría, las viejas mansiones remozadas, adecuadas a un nuevo tipo de vida, vitalizadas por el resurgimiento de la propiedad privada después de un lapso de inquilinato.

A la inversa, un distrito descuidado puede pasar por una época de rehabilitación hasta que envejece nuevamente, pierde todo encanto y perece.

La apariencia es un resultado. Las causas son a veces mucho más complejas de encontrar y ponderar que los efectos. Pero no por ello éstos han de ser subestimados ni postergados. La motivación de estos fenómenos es de neta naturaleza socio-económica y, al menos, esto puede verse con evidencia en los casos de unidades residenciales nuevas, construídas para alojar las más bajas capas sociales -a menudo producto de migraciones internas, como consecuencia de la atracción que la urbe ejerce sobre la campaña-. Allí donde el arquitecto -e incluso el experto en planeamiento-, han previsto *todo*, desde el punto de vista material, se filtran factores sociales que van a modificar vitalmente todos los cálculos.

Las más refinadas condiciones de confort y estética urbana, pueden no ser las más apropiadas para determinado grupo social y así el resultado es la sustitución de la apariencia prevista, a corto plazo, por otra menos coherente con las intenciones de sus proyectistas, pero más fiel reflejo de la realidad social que aloja.

Asimismo sucede -y éste es un caso frecuente en nuestro medio aquí y ahora-, que el empobrecimiento económico de estamentos socialmente evolucionados, lo que redondamente se llama *la clase media*, por efectos de políticas salariales o sencillamente por falta de medios de financiación normales, desciende en su nivel de habitación produciendo distritos de poco valor intrínseco, mas donde afloran otras cualidades de la población imprimiendo al conjunto una atmósfera superior a la equivalente realidad física.

Los ejemplos son incontables; desde las antiguas casonas de hidalgos del Cuzco, hoy habitadas por indígenas, a las *new towns* inglesas en la cintura exterior de Londres, donde el elemento humano que no se adapta, ha provocado la acuñación de una expresión -*new town blues*-, que refleja esa misma diferencia entre el contenido social -vital en sus localidades de origen-, y el continente físico -absolutamente superior a los *slums* de los que proviene la población.

La investigación de la motivación de estos fenómenos excede absolutamente de nuestro objetivo. Quede consignada, sin embargo, claramente,

la existencia e importancia del dato, específicamente en lo que le atañe como factor de cambio del paisaje.

5. Regulación y desarrollo acordes con el factor histórico-geográfico. La clave de la aplicabilidad

Aunque los principios de la geografía histórica no necesitan justificación después de todas las consideraciones hechas, así como tampoco es necesario insistir sobre la precisa relación entre aquella disciplina y el planeamiento, en términos teóricos, nos hemos impuesto la obligación de aclarar exhaustivamente que dicha relación reposa, asimismo, sobre una aplicabilidad factible de los conocimientos de tal ciencia a tal técnica.

Digamos, en primer término, que la clave de dicha aplicabilidad se basa en el grado de elaboración y expresiva síntesis a que sea posible arribar en materia de investigación histórico-geográfica. Este requisito es no solo formal, sino esencial, ya que sin reflejar el sentido unitario y coherente de los procesos humano-espaciales, toda la erudición posible en geografía histórica pierde su verdadero valor y no es precedente para ponderación ninguna.

Esa síntesis expresiva -justo es reconocerlo-, no es dable hallar, ni aun en muchos de los celebrados trabajos sobre la especialidad, compuestos en los países más evolucionados en la materia. El paso para completar tal panorama es, empero, breve y probable desde que -aunque dispersos-, tales elementos se pueden hallar y recomponer en un conjunto homogéneo. No es éste el caso de nuestro país donde, aparentemente, será preciso completar la investigación teniendo por miras la realización de dicha síntesis y, más aún, apuntando -como móvil motor-, a sus aspectos de aplicación práctica.

De cualquier forma que sea, la expresividad de la síntesis ha de lograrse cumpliendo ciertas y determinadas condiciones, tales como las que enumeramos a continuación: primero y antes que nada, haber alcanzado relativo grado de exhaustividad, sin el cual puede malograrse el conjunto, ya que un factor no tenido en cuenta, a menudo destruye una interpretación del total; luego, los resultados de tal investigación deben aparecer evidentes y netos -despojados de lo que se ha probado ser accesorio-; y esto último, a su vez, revelará un s e n t i d o evolutivo, sin el cual el valor de los conocimientos pierde dinamismo y, por consecuencia, todo lazo con la realidad subsiguiente de la cual el presente es el último eslabón verificable.

En resumen, puede afirmarse que la geografía histórica tiene aplicación

a planeamiento solo por medio de las grandes síntesis, siendo el detalle de valor muy relativo, bien que para alcanzar aquéllas no hay otra forma que proceder a trabajar con éstos. La expresividad, por otra parte, no solo derivará de un claro y cabal manejo de los elementos en juego, sino que exige una presentación ordenada y coherente, lo que en textos escritos se debe traducir por medio de información codificada -tal como lo propusimos al considerar cuestiones de trabajo-, y en la documentación gráfica a través de mapas comprehensivos y diagramas interpretativos de los mismos.

Estas condiciones de método son muy importantes y cuando se dan plenamente realizadas, no permiten que ningún experto en planeamiento pueda desentenderse de sus implicancias. Pero, supuesto que estos hechos son innegables, importa precisar la relación que concretamente debe verificarse entre los temas histórico-geográficos y las proposiciones de un plan. Para ello es imprescindible no solo que el experto en planeamiento se pueda inspirar en los resultados de la investigación retrospectiva, sino también -y ante todo-, que ésta haya tocado bien hondo en la raíz de los procesos vigentes. De allí que un acuerdo, una interrelación entre ambos quehaceres, es una meta digna de tenerse en cuenta para poder expresarse ambos en términos de un mismo lenguaje.

Por otra parte, y en la medida en que el planeamiento contemporáneo ha abandonado hasta el último rasgo de utopía -por lo menos en lo que respecta a las experiencias que marcan rumbos en la materia-, (251) la valorización de los antecedentes histórico-geográficos parece ir en aumento. En efecto, no se trata de adivinar el futuro lejano, sino de prever lo que podríamos llamar el p r e s e n t e c o n t í n u o; alcanzar a poder modelar, encauzar, regular y desarrollar lo que es la savia viva de la evolución vigente.

El término desarrollo, que goza en el presente de tanto predicamento -al punto que en muchas mentes ha desplazado al más integral y equilibrado de planeamiento-, no debe ser opuesto equívocamente al sentido de la evolución natural que la geografía histórica trata por todos los medios de aislar para su mejor comprensión. Por el contrario ¿no es acaso en lo más profundo de una tendencia evolutiva donde deben hallarse los elementos madres para ser proyectados a más altas escalas cuantitativas?

El éxito de un puro plan de desarrollo, según todo lo que hemos visto en este trabajo, no puede afirmarse si va en contra de precedentes bien fundamentados y solo podrá materializarse, pero a riesgo de destruir valores, quién sabe si no mayores que los bienes que ofrece. Y, al revés, el programa más revolucionario y de cambio más radical, asentado -y no en falso conflicto-, con el contexto histórico-geográfico del lugar, ofrecerá

garantías extraordinarias de eficiencia y consolidación.

Aunque no es de la esencia del contenido aplicable que tiene la geografía histórica en relación al planeamiento, los problemas de preservación -el término suena siempre como algo postizo y artificioso-, importan también un aspecto bien concreto. Naturalmente, no se trata tanto del descubrimiento y de la protección de elementos aislados del paisaje urbano o rural, ya que esta preocupación nace y madura a través de otros medios que los del planeamiento -el cual a lo sumo podrá aconsejar medidas de detalle-, sino en lo que atañe a conjuntos y áreas enteras que aunque a veces no tan valiosos intrínsecamente como aquéllos, representan una summa de factores que acreditan la pretensión de no ser alterados arbitrariamente sin grave perjuicio para el área mayor en la cual están integrados.

Quede bien en claro que no nos referimos solamente a valores de tipo estético o histórico, sino que los títulos que puede representar una situación, tal como la supuesta, suelen consistir en cualidades funcionales y de apariencia, que merecen igual respeto que aquellas otras. Por lo demás toda medida de preservación será válida y estará justificada siempre y cuando no intercepte la evolución encauzada; es decir, que con el pretexto de conservar elementos estéticos o útiles no se pierdan valores más altos de conjunto.

Sin duda alguna, para poder contar con una tabla de valores adecuada en cada caso, es preciso haber realizado a fondo la investigación. De otra forma, la apreciación, la ponderación de lo que debe ser preservado, regulado, modificado o suprimido, podrá responder a criterios inmediatamente prácticos, pero a la larga creará subsecuentes problemas, conflictos que nacen de la necesidad de buscarse una salida que tiene todo aquello con raíces profundas en la realidad, aunque no aparezcan obvia - mente en la realidad efímera de lo meramente actual o aunque el experto en planeamiento, al no tropezar claramente con ello, pretenda ocultar sus implicancias.

Más aún, como ya hemos destacado, acaso el genio del planificador no se revele tan a menudo, mediante su inventiva como a través de su afinado don de percepción de esa realidad, que a veces no exige grandes transformaciones -que serían contraproducentes-, sino la más sutil regulación de lo que se halla vigente.

Si la contemplación del paisaje rural, y mucho más, el urbano, en países desarrollados, descubre una amplia gama de rasgos obsoletos -que ayer no más eran modernos-, es predecible que en lo futuro, cuando este presente sea ya pasado, se multiplicarán aún más los hitos de una fase prolíficua tanto en la construcción como en el desuso de sus propias creaciones.

Ya es un hecho ordinario hallar ramales ferroviarios abandonados, tramos de pavimentos sacados fuera de la circulación, aeropuertos clausurados, para no mencionar otras instalaciones y edificios que en el orden urbano constituyen una rémora a la evolución. Pues bien, sin proponer el absurdo de la inactividad con el pretexto de la breve utilidad de tales obras, ¿no es una enseñanza concreta de la geografía histórica que toda transformación espacial no debe medirse por su superficie, volumen, y ni siquiera por su vitalidad funcional, sino también por sus perspectivas temporales?

Pongamos un ejemplo concreto, aplicable a nuestro país. La necesidad de aeropuertos es un hecho innegable, sobre todo en ciertas regiones, aparte de la urgencia en ampliar los existentes. Por otra parte, es un hecho conocido que ya se hallan muy avanzadas las investigaciones tendientes a poder fabricar aviones con una exigencia de pista mínima para despego y aterrizaje. Aparte de las razones de orden económico –que no entran en esta disquisición–, es evidente que la construcción de nuevos aeropuertos enfrenta al planificador con la pregunta urgente de cuál será la utilidad de extensas pistas cuyo uso acaso se vea restringido a una década, si no menos. Precisamente, el criterio puramente económico no basta, porque según aquél lo único que cuenta es la amortización. Pero es que hay también una especie de amortización –no financiera–, del uso de la tierra, que aconseja no se hagan inversiones irreversibles.

Por aplicar una norma exclusivamente económica a la tierra, se producen fenómenos de especulación, es decir, se extiende más y más la ocupación de ésta sin atender a criterios funcionales. Lo que sucede en realidad es que se devora tierra y más tierra –en búsqueda de valores más bajos–, ocasionando problemas de baja densidad, descentralización de servicios y bajos standards de equipamiento, etc., que a la larga se vuelven antieconómicos.

Simplemente hemos querido consignar, una vez más y como punto final, la relevancia de la consideración de la coordenada temporal en los problemas espaciales. Si la geografía histórica se vuelve necesariamente hacia antecedentes pretéritos, ello no significa que como método, como estado mental no suministre ejemplos, enseñanzas rotundas, y hasta un sentido peculiar necesario para percibir la constante del cambio tanto hacia el pasado como hacia el porvenir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CAPÍTULO I

(1) Extractado de una cita de Giddings en Barnes, H.E. & Becker, T., Social Thought from Lore to Science (2da. Ed.), Washington, 1952 (hay versión castellana: Historia del pensamiento social, 2 ts., Fondo de Cultura Económica, México, 1945).

(2) Macam, Reginald Walter, Herodotus, The IV, V and VI books, London, 1895, (traducción directa del griego).

(3) Hamilton, H.C. & Falconner, W., The Geography of Strabo (Literally translated with notes), 2 vol., London, 1912.

(4) Shiletto, Arthur Richard, Pausanias Description of Greece (Translated into English, with notes and Index), London, 1886 (t. I: Atica)

(5) Févbre, Lucien, La terre et l'évolution humaine (Colection "L'évolution de l'humanité", dirigée par Henri Berr), Paris, Albin Michel, 1922. (hay versión castellana: La Tierra y la evolución humana, México, Editorial U.T.E.H.A., 1955).

(6) La reponse de Jean Bodin a M. de Malestroit - 1568, (Introduction par Henri Hauser), Paris, Nouvelle édition, 1932.

(7) Darby, H.C., "On the Relations of Geography and History", Institute of British Geographers, Transactions and Papers, Publication nº 19, Liverpool, 1953.

(8) Gebser, Jean; Naegeli, Ernst; March, Arthur y otros. La nueva visión del mundo, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954 (título del original en alemán: Die Neue Weltschau).

Man's Role in Changing the Face of the Earth, Illinois, University of Chicago Press, 1956.

(9) Keyserling, Hermann Alexander, Prolegomena zur Naturphilosophie, München, 1910.

(10) Sauer, Carl, "The Morphology of Landscape", University of California, Publications in Geography, vol. II, nº 2, october, 1925.

Hellpach, W., Die Geographischen Erscheinungen, Leipzig, 1923, citado por Broek, J.O.M., The Santa Clara Valley, California (A Study in Landscape Changes), Utrecht, 1932, define el paisaje en estos términos: . . . la pura-

mente sensorial impresión recibida al observar una parte de la superficie de la Tierra con el cielo encima.

(11) Sauer, Carl, Op. cit.

(12) James, Preston, "Toward a Further Understanding of the Regional Concept". Annals of the Association of American Geographers, vol. XLII, nº 3, p.195, september, 1952.

(13) Myres, John Linton, Geographical History in Greek Lands, Oxford, 1953.

(14) Erróneamente citado por Charles Redway Drier en "Genetic Geography", Annals of the Association of American Geographers, vol. X, como perteneciente a un artículo de Patrick Geddes publicado en Contemporary Revue, t. 80, p. 707, cuyo texto no incluye el párrafo citado, de origen desconocido.

(14a)Ackermann, Edward, "Geography as a Fundamental Research Discipline", The University of Chicago - Dept. of Geography Research Paper, nº 35, Chicago, Illinois, june, 1958.

(14b)Ackermann, Edward, "Where is a Research Frontier?", Annals of the Association of American Geographers, vol. 53, december, 1963, nº 4.

(14c)George, Pierre, "Existe-t-il une Geographie Appliquée?", Revista Geográfica del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, nº 56, t. XXX, 1er. semestre, Río de Janeiro, Brasil, 1962 (pp. 5-15).

(15) Berheim, Ernst, Introducción al estudio de la historia (traducción de la III edición alemana), Barcelona, 1937.

(16) Randle, Patricio H., Historia e Historia de la arquitectura, 1a Reunión de Docentes de Historia de la Arquitectura, Tucumán, Imprenta de la Universidad Nacional de Tucumán, 1957.

(17) García Morente, Manuel, Ensayos, Madrid, Ediciones Revista de Occidente, Madrid, 1945.

(18) Collingwood, R.G., The Idea of History, Oxford, 1946.

(19) Von Uexküll, Barón Jakob, Ideas para una concepción biológica del mundo, Madrid, Calpe, 1922.

(20) Ortega y Gasset, José, Pensamiento sobre África Menor: un ejemplo de evolución cíclica, Obras Completas.

(21) Rostovseff, M.I., The Social and Economic History of the Hellenistic World, Oxford University Press, New York, 1941, 3 vols.
The Social and Economic History of the Roman Empire, New York, Oxford University Press, 1957, 2 vols. (hay traducción castellana, Espasa Calpe, 1945).

(22) Pirenne, Henri, Histoire de l'Europe des invasions au XVIe siècle, 6ème ed.,

Paris-Bruxelles, Alcan, 1936 (hay traducción castellana: Historia de Europa, México, Fondo de Cuntura Económica, 1942).

(23) Bloch, Marc, Les caractères originaux de l'histoire rural française, Oslo, Instituttet for Sammenlignende Kulturforksning, 1931.

(24) Clapham, Sir John, An Economic History of Modern Britain, Cambridge, 1926-32.

(25) Heckscher, Eli Filip, An Economic History of Sweden, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1954.

(26) Cf. Architects and Craftsmen in History, editado en homenaje a Abbott Payson Usher (varios autores), Tubingen, 1956.

(27) Whittlesey, Derwent, "The Horizon of Geography", Annals of the Association of American Geographers, vol. XXV, nº 1, 1945.

(28) Ogilvie, A.G., The Time Element in Geography, Institute of British Geographers, Transactions and Papers, 1952, Liverpool, 1953.

(29) Bergson, Henri, La pensée et le mouvant, Paris, Presses Universitaires Françaises, 27ème ed., 1950.

(30) Bergson, Henri, L'evolution créatrice, Paris, Presses Universitaires Françaises, 77ème ed., 1948 (hay traducción castellana, Editorial Sudamericana, Buenos Aires).

(31) James, Preston, Op. cit.

(32) Geógrafo alemán (1872-1959).

(33) James, Preston, Op. cit.

(34) Introducción, por Strayer, Joseph R., a la versión inglesa de Bloch, Marc, The Historian's Craft, Manchester University Press, 1954.

(35) Myres, John Linton, The Dawn of History, London, Williams and Norgate, 1911 (hay traducción castellana: El amanecer de la historia, México, Fondo de Cultura Económica, 1950).
Myres, John Linton, Geographic History in Greek Lands, Oxford, Clarendon Press, 1954.

(36) Cf. Jaspers, Karl, Origen y meta de la historia, Madrid, Ediciones Revista de Occidente, 1951 (original alemán: Von Ursprung und Ziel der Geschichte, München, R. Piper & Co. Verlag, 1949).

(37) Spengler, Oswald, Años decisivos, Madrid, Espasa Calpe, 1936 (original alemán: Jahre der Entscheidung, München, Beck, 1933).

(38) Amorim Girao, A. de, As descriçoes das viagens dos seculos XVI e XVII e a geografia humana, Union Géographique Internationale, Comptes Rendus du Congrés International de Geographie, Lisbonne, 1949, vol. IV, p. 243, Lis-

bonne, 1952.

(39) Cf. *Ibíd.*

(40) Ratzel, Friedrich, *Antropogeographie*, Stuttgart, 1882-1891.

(41) Amorim Girao, A. de, *Op. cit.*

(42) Spate, O.H.K., "Toynbee and Huntington: a Study in Determinism". *Geographical Journal*, vol. CXVIII, part 4, december 1952.

(43) *Ibíd.*

(44) *Ibíd.*

(45) Ibíd.: ... *apenas podríamos imaginar al autor de "El pulso del Asia" llevando la estepa euroasiática hasta el Círculo Ártico como lo hace Toynbee*. Cf. Toynbee, Arnold, *A Study of History*, Abridgement of volumes I-VI by D.G. Sommervell, p. 254, New York-London, Oxford University Press, 1947 (hay traducción castellana, Emecé Editores, Buenos Aires).

(46) Huntington, Ellsworth, *World Power and Evolution* (The Example of Rome), New Haven, Yale University Press, 1920.

(47) *Ibíd.*

(48) Cf. East, W.G., *The Geography Behind History*, London, Thos. Nelson & Sons Ltd., 1948.

(49) *Ibíd.*

(50) *The Observer*, London, 4th. february 1962.

(51) *Ibíd.* Las supuestas inexactitudes de Evans provendrían de no estar presente durante cierto período de las excavaciones y de haber interpretado erróneamente un informe de su ayudante Mc Kenzie.

(52) *The Times*, London, 13th. february 1962.

(53) Marsh, George Perkins, *Man and Nature*, New York, 1864.

(54) Sherlock, Robert Lionel, "The Influence of Man as an Agent in Geographic Change, *The Geographical Journal*, vol. 61, p. 258, february 1923.

(55) Sherlock, Robert Lionel, *Man as a Geological Agent: an Account of Historic Action on Inanimate Nature*, London, Witherby, 1922.

(56) *Ibíd.*

(57) Bunting, W.L., *Where Geography and History Meet*, London, 1925.

CAPÍTULO II

(58) Sauer Carl, "Foreword to Historical Geography", Annals of the Association of American Geographers, vol. 31, nº 1, march 1941.

(59) Rideau, Emile, Consécration: le christianisme et l'activité humaine, Desclée de Brouwer, 1946.

(60) Hartshorne, R., "The Relation of History to Geography", incluido en "The Nature of Geography", Annals of the American Association of Geographers, vol. 29, pp 184-5, 1939.

(61) Hartshorne, R., "What is Historical Geography", Annals of the Association of American Geographers, vol. 17, nº 1, pp 42-43, 1932.

(62) Huntington, Ellsworth, "Geography and History", The Canadian Journal of Economic and Political Science, vol. 3, nº 4, p. 565, Toronto, 1937.

(63) Cf. Dudley Stamp, L., ed., A Glossary of Geographical Terms, London, Longmans, 1961. (El artículo correspondiente a "Geografía histórica" por H.C. Darby).

(64) Descubrir el papel de la Tierra en los porqués de la historia, según la clásica obra de Smith, Adam, The Historical Geography of The Holy Land, London, 1894.

(65) Cf. Freeman, E.A., The Historical Geography of Europe, London, 1881.

(66) Hartshorne, R., Op. cit.

(67) Spate, O.H.K., Op. cit.

(68) Hartshorne, R., Op. cit.

(69) Sinhuber, Karl, "Carl Ritter (1779-1859)", The Scottish Geographical Magazine, vol. 75, nº 3, december 1959.

(70) Curtius, Ernest, Peloponessos: Eine Historisch - Geographische Beschreibung der Halbinsel, 2 vols., Gotha, 1851-2. Acaso sea ésta la primera obra formal de Geografía Histórica.

(71) Kiepert, Heinrich, Lehrbuch der Alten Geographie, Berlin, Reimar, 1878 (traducida al inglés: A Manual of Ancient Geography, London, 1881).

(72) Ratzel, Friedrich, Op. cit.

(73) Kretschmer, K., Historische Geographie von Mitteleuropa, München, 1904.

(74) Hettner, A., Geographie Zeitschrift, nº 4, Tübingen, 1898, pp 305-20

(clase inaugural en la Universidad).

(75) Hettner, A., Die Geographie: ihre Geschichte? ihr Wensen und ihre Methoden, Breslau, 1927.

(76) Kraus, T.H. von, Meynen, E., etc., Atlas Ostliches Mitteleuropa Herausgegeben, Bidefeld-Berlin-Hannover, Verlhagen und Klasing, 1959. Incluye la gran obra de Schlüter, el mapa final para toda Europa Central, en el que empleó casi medio siglo reconstruyendo el paisaje a través de la localización de bosques, pantanos y áreas pobladas de dicho territorio antes de la deforestación. Las planchas de la primera edición de 1943 sobrevivieron milagrosamente a pesar de que la primera tirada fue totalmente destruida durante la guerra. En 1952 se reimprimió con textos explicativos aparecidos en 1953 y 1958.

(77) Historische Raumforschung, Bremen-Horn, Walter Dorn Verlag, 1956, 1958, etc.

(78) Zimmern, Alfred, The Greek Commonwealth: Politics and Economics in Fifth Century Athens, Oxford, 1911.

(79) Buckle, Henry Thomas, The History of Civilization in England, London, Longmans, Green & Co., 1873.

(80) Cf. Mackinder, Sir Halford, The People and Methods of Geography. The Geographical Pivot of History. The Royal Geographical Society, London (reprinted 1951).

(81) Hoskins, W.G., The Making of the English Landscape, London, Hodder & Stoughton, 1955.

(81a)Hoskins, W.G., Local History in England, London, Longmans, 1959.

(82) Bradford, John, Ancient Landscapes (Studies in Field Archeology), London, G. Bell & Sons, 1957.

(83) Darby, H.C., The Domesday Geography of Eastern England, Cambridge, Cambridge University Press, 1952.

(84) Darby H.C., An Historical Geography of England Before 1800, Cambridge, Cambridge University Press, 1936.

Darby H.C.,"An Historical Geography of England: Twenty Years Afterward", The Geographical Journal, vol. CXXVI, part 2, june 1960.

(85) Darby H.C., ed., The Cambridge Region, Cambridge, 1938.

Martin, A.F. & Steel, R.W., The Oxford Region, a Scientific and Historical Survey, Oxford University Press, 1954.

(86) Ordnance Survey, Roman Britain, Britain in the Dark Ages, Seventeen Century England (1:1.000.000), Monastic Britain, Ancient Britain, (1:625.000), H.M.S.O.

(87) Debenham, Frank, Discovery and Exploration, London, Paul Hamlyn, 1960.

Mitchell, Jeyce B., Historical Geography, London, English Universities Press, 1959.

(88) Cf. Fevbre, Lucien, Op. cit.

(89) Demangeon, Albert, La Picardie et les regions voisines, Paris, Colin, 1905.

(90) Demangeon, Albert, "Les recherches geographiques dans les archives", Annales de Geographie, nº 87, XVIème année, 1907.

Demangeon, Albert, Les sources de la geographie de la France aux archives nationales, Paris, 1905.

(91) Demangeon, Albert, The British Empire, London, 1925.

(92) Févbre, Lucien, Op. cit.

(93) Los seis capítulos de la obra de Sion, Jules, Les paysans de la Normandie orientale, Paris, 1909, que se mencionan son los siguientes:
Cap. V: "La aldea normanda en la Edad Media."
Cap. VI: "La industrial rural en el siglo XVIII".
Cap. VII: "El bosque, los pantanos, las landas y las praderas comunes en el siglo XVIII".
Cap. VIII: "La técnica y la producción agraria en el siglo XVIII".
Cap. IX: "La producción y la explotación de los bienes raíces en el siglo XVIII".
Cap. X: "La población en el siglo XVIII".
Como puede observarse, los cinco últimos capítulos forman casi un completo corte en el tiempo – en el siglo XVIII – de la región considerada.

(94) Dion, Roger, "La Geographie Humaine Retrospective", Cahiers Internationaux de Sociologie, vol. VI, 4ème. année, Aux Editions du Seuil, Paris, 1949.

(95) Dion, Roger, Le Val de Loire, Tours, 1934. Monografía orientada en la tradición de Vidal de la Blache.

(96) Bloch, Marc, Op. cit.

(97) Paradójicamente Fustel habría escrito que la historia consiste, como toda ciencia, en verificar hechos, analizarlos, compararlos y"marcar el sitio en que suceden". Fustel de Coulanges N.D., La Monarchie Franche, cap. I, p. 3.

(98) Para alcanzar el diploma de "Agregé" en Geografía o en Historia se exige el respectivo estudio de la otra disciplina.

(99) La relativamente prematura muerte de Bloch, durante la Resistencia, en el año 1944, le impidió ascender a tan alta cátedra, para la cual le asistía un gran derecho.

Geografía histórica y planeamiento

(100) Bloch, Marc, Op. cit.

(101) Pirenne, Henti, Op. cit.

(102) Bloch, Marc, Métier d'historien, Paris, Colin, 1949.

(103) Braudel, Femand, La Mediterranée et le monde mediterranéen a l'époque de Phillipe II, Paris, Colin, 1949 (hay traducción española, México, Fondo de Cultura Económica).

(104) El Congreso Panamericano de Geografía e Historia, reunido en Buenos Aires en 1961, decidió adoptar el término para titular así una nueva Comisión.

(105) Braudel, Femand, Op. cit. ("Géohistoire et determinisme", p. 295).

(106) Allix, André, L'oisans aux Moyen Age. Étude de geographie historique en haute montagne d'après des documents inédites, Paris, 1929.

(107) Dauzat, Albert, La toponymie française, París, 1946.

(108) Ibíd.

(109) Turner, Frederick Jackson, The Significance of the Frontier in American History, New York, 1893, (incluido en una posterior publicación: Turner,. Frederick Jackson, The Frontier in American History, New York, 1921).

(110) Turner, Frederick Jackson, The Significance of Sections in American History, New York, 1932.

(111) Treggart, Frederick J., The Processes of History, New Haven, Yale University Press, 1918.

(112) Semple, Ellen Churchill, American History and its Geographic Condition, Boston-New York, Houghton Mifflin, 1903.

(113) Huntington, Ellsworth, Palestine and its Transformations, New York, Houghton Mifflin, 1911.

(114) Taylor, Griffith, Environment and Nation, Geographical Factors and Political History of Europe, Toronto, 1936.

(115) Huntington, Ellsworth, Op. cit. (Nota 62)

(116) Association of American Geographers, cuyos Annals se publican desde 1910 constituyendo una colección de las más completas en temas de la materia.

(117) Sauer, Carl, Op. cit. (Nota 10).

(118) Sauer, Carl, Op. cit. (Nota 58).

(119) Dodge, Stanley D., "Bureau and the Princeton Community", Annals of the Association of American Geographers, vol. 22, n° 3, september. 1932.

(120) Broek, Jan O.M., The Santa Clara Valley, California, Utrecht, 1932.

(121) Whittlesey, Derwent, "Sequent Occupance", Annals of the Association of American Geographers, vol. 19, p. 162, 1929.

(122) The Concise Oxford Dictionary, Oxford, 1960.

(123) Whittlesey, Derwent, "Sequent Occupance in 'Old' Boston", Annals of the Association of American Geographers, vol 25, 1935.

(124) Paullin, C.O., Atlas of the Historical Geography of the United States, Washington, Carnegie Institution of Washington, Publication nº 401, edited by John K. Wright, 1932.

(125) Brown, Ralph, Mirror for Americans - Likeness fof the Eastern Seabord: 1810, New York, American Geographical Society, 1943.

(126) Brown, Ralph, Historical Geography of the United States, New York, Harcourt, Brace & Co., 1948.

(127) U.S. Department of Commerce, Historical Statistics of the United States (Colonial Times to 1957), Washington, 1960.

(128) Fitzgerald, Walter, The Historical Geography of Early Ireland, London, 1925.

(129) Veen, J. van, The Natural Causes Determining the Shape of the Netherlands Coast, Comptes Rendus du Congrès International de Geographie de Amsterdam, 1938, Union Géographique Internationol, Leiden, 1938.

(130) Clark, Andrew H., The Invasion of New Zealand by People, Plants and Animals: The South Island, New Brunswick, Rutgers University Press, 1949.

(131) Polish Academy of Sciences (Institute of Geography), Problems of Applied Geography. En especial Dziewonski, Kazimierz, Geographical Research for Regional Planning Policy, Warsaw, 1961.

(132) Arold Stanislaw, Geografia Historyczna Polski, Warsaw, Panstw Wydawn Navkowe, 1951.

(133) Union Géographique Internationale: Comptes Rendus du XVIII Congrés International de Geographie de 1956, Rio de Janeiro, 1959.

(134) Atlas Istorii, S.S.S.R. (in-fol, 3 fasc.), Moskva, 1949.

(135) Iatsunskii, V.K., La geografía histórica, sus orígenes y su desarrollo desde el siglo XIV hasta el XVIII (original en ruso), Doklady akademii nauk S.S. S.R., Moskva, 1955.

(136) Iatsunskii, V.K., El valor del análisis histórico geográfico para el estudio de la economía local (original en ruso), Doklady akademii nauk S.S.S.R. (fasc. 3, pp. 109-115), Moskva, 1956.

(137) The Problems of Historical Geography (original en japonés con un resumen en inglés), Association of Human Geography, Kyoto, Geographical Institute, Faculty of Literature of the University, 1951.

(138) Vianna, Oliveira, Populacoes meridionais do Brasil, 2 vols., 1a. ed., Río de Janeiro, 1918.

(139) Freire, Gilberto, Interpretación del Brasil, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

CAPÍTULO III

(140) Palm, Erwin Walter, El urbanismo imperial en Hispanoamérica, Contribuciones a la Historia Municipal de América, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, México D.F., 1951.

(141) Hoskins, W.G., Op. cit.

(142) Turner, Frederick Jackson, Op. cit. (Nota 109).

(143) Demangeon, Albert, Op. cit. (Nota 91).

(144) Hoskins, W.G., Op. cit.

(145) Hueck, Kurt, Urlandschaft, Raublandschaft und Kulturlandschaft in der Provinz im N.W. Argentinien, Bonn, Bonner Geographie Abhandl N° 10, 1953. Puntualiza con precisión los motivos que indujeron a considerar, a famosos botánicos, como "parque" la región que se extiende entre el Chaco y el bosque subtropical. Explica que, en rigor, se trata de una zona sometida a tan intensa devastación, que hoy solo pueden hallarse vestigios de la vegetación original; la prueba de esto está reforzada por la naturaleza del clima y del suelo que demuestran no haber sido ningún obstáculo para el desarrollo natural del bosque. (Véase, asimismo, la reseña in extenso de esta obra en Geographical Review, abril 1955, p. 267.)

(146) Hoskins, W.G., Op. cit. p. 93. Una sola ola de exterminio terminó con medio millón de habitantes, durante la peste de 1396. Frente a tal fenómeno fácil es imaginar el efecto que tuvo sobre la distribución de la población y sus actividades. De allí también la importancia que adquieren los estudios arqueológicos en la reconstrucción geográfica. Sobre el particular puede consultarse: Beresford, M.W., The lost Villages of England, London, Lutterworth, 1954.

(147) Orwin, C.S. & C.D., The Open Field, 2nd. ed., Oxford University Press, 1954.

(148) Hoskins, W.G., Op. cit.

(149) Ibíd.

(150) Ibíd.

(151) Ibíd.

(152) Ibíd.

(153) Martínez del Río, Pablo, Los orígenes americanos, 3a. ed., México, 1952.

(154) Cf. Ibíd.

(155) Razori, Amílcar, La ciudad argentina, Buenos Aires, Imprenta López, 1945.

(156) Esto es lo que hizo Dion, Roger, Histoire de la vigne et du Vignoble en France des origines au XIX siècle, Paris, Ed. de l'auteur, 1959.

(157) Schmieder, Oscar, The Pampa - A Natural or Culturally Induced Grassland, University of California, Publications in Geography, vol. 2, nº 8, 27th october 1927.

(158) Schmieder, Oscar, Op. cit.

(159) Río, M.E., & Achával, L., Geografía de la Provincia de Córdoba, vol. 1, p. 271, Buenos Aires, 1904.

(160) Actas del extinguido cabildo de Buenos Aires (2-VII-1590) en Schmieder, Oscar, Op. cit.

(161) Schmieder, Oscar, Op. cit.

(162) Darwin, Charles, Journal of Researches into the Natural History and Geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. "Beagle" around the world. London, Ward Look & Co. Ltd. (sin fecha).

(163) Parodi, Lorenzo R., "¿Por qué no existen bosques naturales en la llanura bonaerense si los árboles crecen en ella cuando se los cultiva?", Buenos Aires, Agronomía, año 33, nº 160, 1942.

Roseveare, G. M., "The Grasslands of Latin America", Bulletin nº 36 of the Imperial Bureau of Pastures and Field Crops, Aberystwyth, Great Britain, 1948.

(164) Parodi, Lorenzo R., Op. cit.

(165) Schmieder, Oscar, Alteration of the Argentine Pampa in the Colonial Period, University of California Publications in Geography, vol. 2, nº 10, september 1927.

(166) Berg, C., "Enumeración de plantas europeas que se hallan como silvestres en la provincia de Buenos Aires y en la Patagonia", Anales de la Sociedad Científica Argentina, vol. III, 1877, pp. 181/206.

Ídem, vol. IV, pp. 30-33.

(167) Tower, W.S., "The Argentine Pampa", Geographical Review, vol. V, 1918.

(168) James, Preston, Programa para un relevamiento geográfico de América, Insti-

tuto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Serie A, nº 15, 1950.

(169) James, Preston, Op. cit.

(170) James, Preston, Op. cit.

(171) Martin de Moussy, V., Description Geographique et Statistique de la Confederation Argentine, 2 ts., París, 1860 y 1864. Obra encargada por el gobierno de Urquiza como requisito científico para la formulación de una política nacional.

(172a) Randle, P.H., "El origen de la uniformidad de las ciudades pampeanas". Nuestra Arquitectura, nº 407, Buenos Aires, octubre de 1963.

(172b) Cárcano, Miguel A., Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916, Buenos Aires, 1925.

(173) En la década 1880-1890 se hacen las mayores inversiones, especialmente en materia ferroviaria. De esos años, 1889 es el que alcanza el tope con casi un 50% de todas las inversiones inglesas en el exterior destinadas a la Argentina. Cf.: Ferns, H.S., Britain and Argentina in The Nineteenth Century, Oxford Clarendon Press, 1960.

(174) Cf. Deffontaines, Pierre, "Observations géographiques au cours d'un voyage en avion de Buenos Aires au Chili au dessus des Andes", Bulletin de la Societé Belge d'Etudes Geographiques, t. IX, nº 1, Louvain, juin 1939.

(175) James, Preston, Op. cit. (Nota 168).

(176) Breve respuesta a los 22 puntos que pide el rey y a los 12 del virrey que se compendian en los informes de Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y Montevideo (año de 1760), Archivo del Museo Mitre de Buenos Aires, Arm. B, Caja nº 18, p. 2, nº 31.

(177) Toda geografía nacional es una summa de geografías regionales, ensambladas, en cierto modo, de una manera arbitraria.

(178) James, Preston, Op. cit. (Nota 12).

(179) Dickinson, Robert E., Some Problems of Human Geography (An inaugural Lecture), Leeds University Press, 1960.

(180) Sauer, Carl, "The Education of a Geographer", Annals of the Association of American Geographers, vol. XLVI, nº 3, 1956.

(181) Badía Malagrida, Carlos, El factor geográfico en la política sudamericana, 2a. ed., Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.

(182) Un prototipo de semejante trabajo lo constituye la obra de Carter, Ernest F., An Historical Geography of the Railways of the British Isles, Cassell, London 1959, a pesar de que la falta de documentación gráfica le resta mucha eficacia.

(183) Paullin, C., Op. cit.

(184) Uriburu, J.E., La República Argentina a través de la obra de los escritores ingleses (compilación), Buenos Aires, Edición del Autor, 1948.

(185) Meynier, A., Les paysages agraires, Paris, A. Colin, 1958.

(186) Martonne, Emmanuel de, Aréisme et mouvement du sol dans les plaines argentines, Comptes Rendus de la Academie des Sciences, Paris, 1935.

(187) Martonne, Mlle. H. de, "Buenos Aires: Etude de Géographie humaine", Annales de Geographie, vol. XLIV, Paris, 1935.

(188) Deffontaines, Pierre, La colonisation des bases terres du Parana et Rio de la Plata, Comptes Rendus du Congrés International de Geographie, Lisbonne 1949.

(189) Braudel, Fernand, "Du Potosi a Buenos Aires: une route clandestine de l'argent (Fin du XVI - Debut du XVII siecles)", Annales: Economies, Societés, Civilizations, n° III, Paris, octobre-decembre, 1948.

(190) Wilhelm, Herbert, Die Spanische Kolonialstadt in Südamerika Gründzug - Eihrer Baulichen Gestaltung, Bern, Geographica Helvetica, V, 1950.

(191) Kühn, F., "Anderungen des Landschaftsbilder der la Platastaaten in XVI Jahrhundert", Berlin, Ibero-Amer. Arch., XVI, pp. 16-41, 1942.

(192) Palm, Walter Erwin, Op. cit. (Nota 140).

(193) Schmiedel, Ulrico, Biscay, Acarete du, Falkner, Thomas, Techo, Nicolás del, Espada, Jiménez de la, etc.

(194) Levene, Ricardo, director: Historia de los pueblos de la provincia de Buenos Aires, publicación del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2 ts., Imprenta Oficial, La Plata, 1940.

(195) Mulhall, M.C. & E.T., Handbook of the River Plate, varias ediciones.
Tornquist, E. & Co., The Economic Development of the Argentine Republic in the Last Fifty Years, Buenos Aires, 1919.
Corniani, C., Argentina. Guida per l'emigrazione, Milano, 1888, etc.

(196) G E A, Anales de la Sociedad Geográfica Argentina, t. I, Buenos Aires, 1947.

(197) Revista de Buenos Aires, año VII, nº 80, Buenos Aires, diciembre de 1869.

(198) Ibíd.

(199) Ibíd.

(200) Deletang, Luis, Contribución al estudio de nuestra toponimia (Pilcomayo, Paraguay y Guapay), Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, nº 29, 1926.

(201) Según The Encyclopedic Dictionary, London, Cassell & Co., 1909, el nombre de Londres proviene de "lyn" = a lake y "din" = a town or harbour for ships. The Encyclopedia Britannica, en ediciones previas al artículo de López, aunque cautelosamente elude explicar el significado positivo del término, no pone en duda de que se trata de un vocablo celta, posteriormente latinizado.

(202) López, Vicente Fidel, Op. cit. (Nota 197).

(203) Greca, Alcides, Problemas del urganismo en la República Argentina, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1939, pp. 20-21.

(204) Cf. Torre Revello, José, Mapas y planos referentes al Virreynato; Outes, Félix, Cartas y planos inéditos de los siglos XVII, XVIII y XIX y la de Furlong, Guillermo, Cartografía jesuítica.

(205) Miers, John, Map of the Country between the Rio de la Plata and the Pacific Ocean, London, 1825.

(206) Taullard, A., Los planos más antiguos de Buenos Aires, Buenos Aires, Peuser, 1940.

(207) En materia de relevamientos de utilización de la tierra, Inglaterra realiza su primera gran experiencia sistemática con el que dirigiese L.D. Stamp, publicado bajo el título de The Land of Britain; the Report of the Land Utilization Survey of Britain, 92 parts, London, 1936-1946. Actualmente, y como consecuencia de los profundos cambios introducidos en el período de posguerra, dicho trabajo asume ya valores históricos y obliga a una actualización. Esta monumental tarea se encuentra en plena ejecución, bajo la dirección de Alice Coleman (King's College, Universidad de Londres), habiéndose ampliado la escala para llevarla a 1:10.000, con 48 categorías de usos, expresados en color y cuya meta final supone la confección de más de 600 hojas.
En Francia, el Profesor Aimé Perpillou, del Instituto de Geografía de la Sorbona, está en vías de finalizar una tarea afín, que consiste en un relevamiento de la utilización de la tierra, en escala nacional, comprendiendo tres cortes en el tiempo: siglo XIX, principios del siglo XX y situación actual. La ejecución de estos mapas -en una escala mucho menor que el trabajo que se realiza en Inglaterra-, se basa en la documentación registrada en cada una de las 3.600 comunas francesas, tipifica solo ocho categorías de uso -bien que se acusan tres grados de predominio en cada una, con lo cual se elevan a 24-, y están presentados simultáneamente con una simbología en blanco y negro o en color.
El interés que ofrece esta presentación en forma de secuencia es extraordinaria, ya que permite advertir, con toda claridad, el cambio o la inercia en materia de usos del suelo, región por región, cada cincuenta años aproximadamente.

(208) En esta especialidad puede tenerse por verdaderos pioneros a Crawford, O.G. S., "Air Survey and Archeology", Geographical Journal, 61, 1923, en Inglaterra, y en Francia al Padre Poidebard, A., "Méthode Aérienne de Recherches en Geographie Historique, Terre, Air, Mer", La Géographie, Paris, janvier 1932, quien ya en 1929 realizó prodigiosas experiencias en el Asia Menor.

(209) Deffontaines, Pierre, Op. cit. (Nota 174).

(210) Ogilvie, A.G., The Time Element in Geography, Liverpool-London, Institute of British Geographers, Transactions & Papers, 1952, 1953.

(211) Pugh, R.B., How to Write a Parish History, 1st. Ed., London, 1879; 6th. Ed., London, 1954.

(212) Rowes, A.L., The use of History, London, 1946.

(213) Clark, A.H., "Field Research in Historical Geography", The Professional Geographer, vol. 4, december 1946.

(214) Darby, H.C., ed., Op. cit. (Nota 84).

(215) Martin, A.F., The Necessity for Determinism (A Metaphysical Problem Confronting Geographers), Liverpool-London, The Institute of British Geographers, Transactions & Papers, Publication nº 17, 1952.

(216) Ibíd.

(217) Darby, H.C., The Problem of Geographical Description, Presidential Adress, Liverpool-London, The Institute of British Geographers, Transaction & Papers, Publication nº 30, 1962.

(218) Whitehead, Alfred North, The Aims of Education, London, Macmillan, 1929 (hay traducción castellana, Buenos Aires, Editorial Paidós).

(219) Sauer, Carl.O., Op. cit. (Nota 180).

(220) Dickinson, Robert E., Op. cit. (Nota 179).

(221) Bloch, Marc., Op. cit. (Nota 102).

(222) Deffontaines, Pierre, Les hommes et leur travaux dans les pays de la Moyenne Garonne, Memoire et travaux publiés par des professeurs des Facultés Catholiques de Lille, Lille, 1932.

(223) Thrower, Norman J.W., "Animated Cartography", The Professional Geographers, vol. XI, november 1959.

(224) The Coachella Valley, film citado por Thrower.

(225) Thrower, Norman J.W., Op. cit.

(226) El Acta de Educación para la Defensa Nacional de los Estados Unidos destinó, en 1958, la suma de 18 millones de dólares para investigación técnica y entrenamiento en el uso de este medio.

(227) Stamp, L., Dudley, Applied Geography, Pelican Books, 1960 (traducción castellana Geografía aplicada, Buenos Aires, Eudeba, próx. ap.).

(228) Geddes, Patrick, Cities in Evolution, Oxford University Press, 1915 (hay traducción castellana, Ed. Infinito, Buenos Aires, 1960).

(229) France, A., Le jardin d'Epicure, Paris, Calman-Levy, 1895, p. 33.

(230) Seidenberg, Roderick, Post-Historic Man - An Enquiry, University of Carolina Press, 1950.

(231) Whaelens, A. de, La filosofía de Martín Heidegger, Madrid, Instituto de Filosofía Luis Vives, 1945, p. 237.

(232) Randle, Patricio H., "The Use of Historical Data", Journal of the Town Planning Institute, vol. XLVIII, nº 8, september-october 1962.

(233) Mumford, Lewis, La cultura de las ciudades, Buenos Aires, Emecé, 1945.

(234) Korn, Arthur, History Builds the Town, London, Lund Humphries, 1953 (traducción castellana: La historia construye la ciudad, Eudeba, 1963).

(235) Bradford, John, Op. cit. (Nota 82.)

(236) Rich, J.L., The Face of South America. An Aerial Traverse, American Geographical Society, Special Publication nº 26, 1942.

(237) Randle, Patricio H., Introducción al Planeamiento, Organización del Plan Regulador de Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1961.

(238) Freeman, T.W., Geography and Planning, London, Hutchinson University Library, 1958.

(239) Vidal de la Blache, P., "La géographie politique d'après les écrits de M. Fr. Ratzel", Annales de Géographie, VII, 1898.

(240) Fébvre, Lucien, Op. cit.

(241) Jullien, Camille, "Rôle des monuments dans la formation topographique des villes", Revue des courses et conferences, nº 8, 1914.

(242) Randle, Patricio H., Aspectos formales de las trazas de Buenos Aires, Trabajo presentado al Congreso Panamericano de Geografía e Historia, Buenos Aires, 1961.

(243) Dickinson, Robert E., The West European City, 2nd. Ed. revised, London, Routledge & Kegan Paul, 1961.

(244) Blanchard, Raoul, Une méthode de geographie urbaine, Paris, La Vie Urbaine, 1922, pp. 301-19.

(245) Dickinson, Robert E., City, Region and Regionalism, London, Routledge & Kegan Paul, 3rd. ed., 1956, p. 156.

(246) Dickinson, Robert E., Op. cit., p. 137.

(247) Firey, W., Loomis, C.P. & Beegle, J.A., "The fusion of Urban and Rural", en Hatt, Paul K., and Reiss, Albert J. Jr., Cities and Society, Glencoe, Ill. The Revised Reader in Urban Sociology, Free Press, 2nd. Ed., 1957.

(248) Dickinson, Robert E., Op. cit., p. 67.

(249) Deffontaines, Pierre., "Les oasis du piedmont argentin des Andes", Bordeaux, Les Cahiers d'Outre-Mer, nº 17, janvier-mars 1952, pp. 42-69.

(250) El significado etimológico de la palabra foro es de hueco. El origen de este espacio urbano responde literalmente a dicha acepción, ya que aun antes de estar incorporados formalmente a la ciudad constituían lugares naturales de reunión. Ver Rogers, E.N., Sert, J.L., y Tyrwhitt, J.: El corazón de la ciudad, Congreso Internacional de Arquitectura Moderna, Barcelona, Hoepli, 1955.

(251) Algunos planificadores modernos han tratado de hacer planes para sesenta años, para ir restringiéndose más tarde al "futuro previsible" de unos veinte; quizá fuera apropiado decir que desde la época de la guerra 1939-45 el planeamiento ha superado la fase de "un nuevo mundo feliz" para entrar en otra menos rutilante, pero más práctica. La perspectiva histórica es igualmente necesaria al geógrafo que al planificador. (Freeman, T.W., Op. cit., p. 172).

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA DE GEOGRAFÍA HISTÓRICA DE LA ARGENTINA

1) ATLAS

* Moussy, Martín de, Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine, (3 tomos y Atlas), París, 1860 (versión castellana de inminente aparición).

Biedma, J.J., Atlas histórico de la República Argentina, Buenos Aires, 1909.

Furlong, G., Cartografía jesuítica del Río de la Plata, Buenos Aires, 1936.

* Outes, Félix, Cartas y planos inéditos de los siglos XVII y XVIII y del primer decenio del XIX, Buenos Aires, 1930.

* Carranza, A.P., Ilustración histórica, nos. 1/5, Buenos Aires, 1911.

Torre Revello, K., Mapas y planos referentes al Virreynato del Río de la Plata conservados en el Archivo General de Simancas. Adición a la Relación descriptiva de los mapas, planos, etc. del Virreynato del Río de la Plata existentes en el Archivo General de Indias, Buenos Aires, 1938.

* Paz Soldán, M.F., Atlas geográfico de la República Argentina, Buenos Aires, 1887.

* Taullard, A., Los planos más antiguos de Buenos Aires. Buenos Aires, 1940.

Torres Lanzas, P., Relación descriptiva de mapas, planos, etc. del Virreynato del Río de la Plata.

Instituto Geográfico Argentino, Atlas de la República, Buenos Aires, 1889.

2) CARTOGRAFÍA DEL SIGLO XIX

Alsina, A., Cartas de la frontera, Buenos Aires, 1878.

* Registros gráficos de la Provincia de Buenos Aires: Departamento Topográfico de Buenos Aires, Años 1830-33-53-57-64 y 90 (varias escalas).

Duclout, J., Mapa topográfico de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1894 (escala 1:400.000).

* Chapeaurouge, C., Plano catastral de la República Argentina, (escala 1:500.000), Buenos Aires.

MOP de la Provincia de Buenos Aires, Compilación de referencias que demuestran que las reservas para ribera en la costa NE de Buenos Aires son bienes públicos del Estado, La Plata.

Miers, J., Map of the Country between the Rio de la Plata and the Pacific Ocean, Londres, 1825.

Martínez, B.T., Cartografía histórica de la República Argentina, La Plata, 1893.

3) CATÁLOGOS DE CARTOGRAFÍA

Pusch, R., Catálogos de mapas, planos y croquis de la República Argentina, Buenos Aires, 1935.

Catálogo de la Mapoteca, Biblioteca Nacional, 3 vols. 1941-49-56.

Mapoteca del Museo Mitre, Catálogo.

Catálogo del Archivo General de la Dirección de Geodesia de la Provincia de Buenos Aires.

Mapoteca del Instituto Geográfico Militar, Fichero.

Furlong, G., Cartografía histórica argentina, Buenos Aires, 1964.

4) DOCUMENTOS OFICIALES

* Archivo General de la Nación, Actas del extinguido Cabildo de Buenos Aires, Buenos Aires, 1907-1934.

* La Gaceta de Buenos Aires, (1810-1821), antecesora del Registro oficial de la Provincia de Buenos Aires, años 1821-1910, edición oficial.

Archivo General de la Nación, Reales cédulas y provisiones (1517-1662).

Documentos para la historia argentina, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (varios tomos a partir de 1912).

Prado y Rojas, A., Leyes y decretos promulgados en la Provincia de Buenos Aires desde 1810 a 1876, 9 vols., Buenos Aires, 1877-79.

Registro estadístico de Buenos Aires, publicado desde 1821.

Congreso de Historia de los Pueblos de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1950.

Nota: Puede consultarse el importante fichero del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
Ver, asimismo, Memorias de Reparticiones públicas, nacionales y provinciales.

5) OBRAS DE REFERENCIA

* Academia Nacional de la Historia, Historia de la Nación Argentina, (R.

Levene, director), vols. 1-5.

* Archivo Histórico de la Pcia. de Buenos Aires, Historia de la Pcia. de Buenos Aires y de la formación de sus pueblos (R. Levene, director), La Plata, 1940-41.

* Razori, A., Historia de la Ciudad Argentina, 3 vols., Buenos Aires, 1945.

Ángelis, P. de, Colección de obras y documentos relativos a la historia.... de las Provincias del Río de la Plata, última edición, Buenos Aires, 1910.

Busaniche, J.L., Estampas del pasado, Buenos Aires, 1959.

Fernández, A.R., Prontuario informativo de la provincia de Buenos Aires (1a. entrega, Buenos Aires, 1902; entrega XVII, Buenos Aires, 1907).

6) BIBLIOGRAFÍAS VARIAS

* Hanke, Lewis, ed. Handbook of Latin American Studies, Harvard University Press (varios volúmenes).

A Bibliography of Latin American Bibliographies, Library of Congress, Hispanic Foundation, Washington, 1942 (2a. ed.).

* Humphreys, R.A., ed. Latin American history. A guide to the literature in English, Oxford, U.P., 1958.

* Bibliographie Géographique Internationale, varios vols.

Aparicio, Fco. de, y Difrieri, H., Argentina, suma de geografía, t.I, p.154.

Archivo Histórico de la Prov. de Buenos Aires, Historia de la Pcia. de Buenos Aires y de la formación de sus pueblos, La Plata, 1940-41.

Rey Balmaceda, R., "Bibliografía geográfica sobre Argentina, 1955-1958", Revista Geográfica del I.P.G.H., nos. 51-52-53, 1959-60.

Carbia, R.D., Historia Crítica de la Historiografía Argentina (Bibl. de Humanidades. Fac. de Hum. y C. de la Educ. Univ. Nac. de La Plata, t. XII, La Plata, 1939).
Ver esp. Las crónicas regionales, p. 186.

Navarro Viola, A., Anuario bibliográfico de la R.A. (1880 a 1888).

7) HISTORIA DEL CONOCIMIENTO GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

Aparicio, F. de, y Difrieri, H., Argentina, suma de geografía, t. I: El conocimiento del territorio, por F. de Aparicio.

Outes, F., La determinación de las fuentes de la geografía nacional, Buenos Aires, 1921.

Dupeyron, R., y Rodríguez, M., "Historia de la cartografía en la República Argentina, Anales GAEA, VI, Buenos Aires, 1938.

* Correa Morales, Elina G.A. de, "Resumen histórico-geográfico de la geografía en la República Argentina", Geografía de la Argentina GAEA, tomo I , Buenos Aires, 1947.

8) CRONISTAS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII Y RELACIONES OFICIALES (1)

1623. Fray Antonio Vázquez de Espinosa, Compendio y descripción de las Indias Occidentales.

1649. Nicolás del Techo, Historia de las provincias del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata, etc.

1658. Azcárate du Biscay, Relación de un viaje al Río de la Plata.

1658. Diego Ruiz y Juan Salinas, Relación de la entrada al Chaco.

1717. Pedro Lozano, Historia de la conquista del Río de la Plata.

1726. Bmé. Gutiérrez, El Río de la Plata, su provincia; reducciones, etc.

1734. José Sánchez Labrador, El Paraguay católico.

1745-1770. Pierre F.J. de Charlevoix, Historia del Paraguay.

1748. José Cardiel, Diario de viaje y Misión al Río Sauce.

1771. Louis A. Bougainville, Voyage autour du monde...

1774. Thomas Falkner, Descripción de la Patagonia.

1781. Alejandro Malaspina, Viaje al Río de la Plata en el siglo XVIII ...

* 1773. Concolorcorvo, El Lazarillo de Ciegos caminantes desde Buenos Aires hasta Lima.

1782-1801. Félix de Azara, Descripción e historia de la Pcia... y Río de la Plata.

1788. Marqués de Sobremonte, Relación de la Provincia-Intendencia de Córdoba al dejar el mando.

Pedro Andrés García, Informes - Nuevo plan de fronteras - Diario de la Comisión...

Pedro de Ángelis, Colección de obras y documentos relativa a la historia... de las Provincias del Río de la Plata.

(1) Ver asimismo Busaniche, J.L., Estampas del pasado, Buenos Aires, 1959. 1a. parte "Vida colonial". Antología de crónicas sobre la Argentina durante el período de la dominación hispánica.

9) VIAJEROS DEL SIGLO XIX (1) (2)

Azara, Félix de, Voyages dans l'Amérique Meridionale, 4 vols. y Atlas, Paris, 1809 (hay otras ediciones en castellano).

D'Orbigny, A., Voyages pittoresques dans les deux Amériques, Paris, 1836 (hay otras ediciones en castellano)

* Darwin, Ch., Journal of Researches (varias ediciones en inglés y en castellano).

Woodbine Parish, Buenos Aires y la Prov. del Río de la Plata, Buenos Aires, 1853 (hay ediciones posteriores).

Pelleschi, G., Eight months in the Grand Chaco, Londres, 1886 (hay traducción castellana).

Humboldt, A., Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente.

Gillespie, A., Buenos Aires y el interior, Buenos Aires, 1921.

Mac Cann, W., Viaje a caballo por las provincias argentinas en 1847, Buenos Aires, 1934.

Robertson, J.P. y N., La Argentina en los primeros años de la Revolución, Buenos Aires, 1920.

Hutchinson, T.J., Buenos Aires y otras provincias argentinas, 1826-68, Buenos Aires, 1945.

Trifilo, S.S., La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860, Buenos Aires, 1959.

Cordero, C.J., Los relatos de los viajeros extranjeros posteriores a la Revolución de Mayo como fuentes de historia argentina, Buenos Aires, 1936.

(1) Para una bibliografía completa de viajeros ingleses ver: Uriburu, J.E., La República Argentina a través de los viajeros ingleses, Buenos Aires, 1948. Se citan algunos ejemplos.

(2) Ver, asimismo, la 2a. parte de Busaniche, J.L., Estampas del pasado, Buenos Aires, 1959. Antología de autores sobre la Argentina en el período independiente.

10) GEOGRAFÍAS DE VALOR HISTÓRICO

Latzina, F., Géographie de la République Argentine, Buenos Aires, 1890 (Reedición aumentada de la 1a. versión castellana).

Latzina, F., La Argentina considerada en sus aspectos físico, social y económico, Buenos Aires, 1902.

* Moussy, Martin de, Description Géographique et Statistique de la Confédération Argentine, 3 ts., Atlas, Paris, 1860.

Urien y Colombo, Geografía Argentina, Buenos Aires, 1910.

Zeballos, E., Descripción amena de la República Argentina, Buenos Aires, 1883.

* Denis, P., "The Argentine Republic, its development and progress"., London, 1922 (original francés, hay traducción castellana).

* Kühn, F., Geografía de la Argentina, Barcelona, 1930.

Napp, R., La République Argentine, Buenos Aires, 1876.

11) GUÍAS

Almanaque comercial y guías de forasteros para el Estado de Buenos Aires, para 1855.

* Mulhall, M.G. y E.T., Handbook of the R.P.; comprising B.A., the Upper. Provinces, Banda Oriental and Paraguay., Buenos Aires, 1868 en adelante, varias ediciones.

Martínez, A.B., Baedeker of the Argentine Republic, Londres y New York, 1916, 4a. ed.

* F.C.S., Guías comerciales (varias ediciones).

12) ÁLBUMES

* Urien, C. y Colombo, E., La República Argentina en 1910, Buenos Aires, 1910.

Blasco Ibáñez, V., Argentina y sus grandezas, Madrid, 1910.

Cartavio, A.R., Geografía comercial de la Argentina, Buenos Aires, (c.1912)

Chueco, M., La República Argentina en su primer centenario, 2 ts., Buenos Aires, 1910.

13) CENSOS

* I al V Censos Nacionales, años 1869, 1895, 1914, 1947 y 1960.

* Censo Gral. de la Pcia. de Buenos Aires, verificado el 9 de octubre de 1881. Buenos Aires, 1883, 1890, 1938.

Censo Nacional Agropecuario, Buenos Aires, 1909 (3 ts.). 1940 (4 ts.). 1952.

Censo Gral. de Educación, Buenos Aires, 1909.

Censos Industriales Nacionales (I al IV), años.... 1935 y 1946.

Censos de Transporte en la red nacional de caminos (I al VI), ... 1939.

Censo Comercial e Industrial, 1916, 1954.

Censo Agrícola-pecuario de la Provincia de Buenos Aires, 1889.

Censo Ganadero de la Provincia de Buenos Aires, 1916.

Censo de Industria y Comercio de la Pcia. de Buenos Aires, 1920.

Censos Municipales de la Ciudad de Buenos Aires, 1889, 1906, 1910, 1936.

14) POBLACIÓN

Rebuelto, E., Variaciones de la población argentina según los cuatro censos Nacionales, ISU, 1948.

Dirección General de Inmigración, El movimiento migratorio en la Argentina 1875/1924, Buenos Aires, 1925.

Llorens, E., y Correa Ávila, C., Demografía argentina, publ. Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1948.

Bunge, A., Una nueva Argentina, Buenos Aires, 1941.

Besio Moreno, N., Buenos Aires ... Estudio crítico de su población 1536/1939, Buenos Aires, 1939.

Ravignani, E., "Crecimiento de la población de Buenos Aires y su campaña (1726/1810)", Anales de la Facultad de Ciencias Económicas, t. I, p. 405, Buenos Aires, 1919.

Monteagudo, P.I., Migraciones internas en la Argentina, Buenos Aires, 1956.

Rey Balmaceda, R.C., "Centros de población de la Argentina 1810-1960", en Anales GAEA, t. XI, p. 275, Buenos Aires, 1961.

Vicien, J., Distribución de la población en la República Argentina (1869-1947), (tesis doctoral inédita, 1951).

15) TRANSFORMACIÓN DEL PAISAJE

* Anales GAEA, t. XI, Buenos Aires, 1961 (contribuciones por Daus, Sarrailh, Rey Balmaceda y Vidal).

Otonello, Héctor, La tierra virgen y el origen del trazado de la ciudad de Buenos Aires, folleto, Buenos Aires, 1958.

Schmieder, O., "The Pampa - a natural or culturally induced grassland?", University of California, Publications in Geography, vol. 2, nº 8, sept. 1927.

* Parodi, L.R., "¿Porqué no existen bosques naturales en la llanura bonaerense si los árboles crecen en ella cuando se los cultiva?", Agronomía, año 33, n° 160, Buenos Aires, 1942.

* Schmieder, O., "Alteration of the Argentine Pampa in the Colonial Period", University of California, Publications in Geography vol. 2 n° 10, sept. 1927.

Rohmeder, G., "Paisaje natural y antropógeno en Tucumán", Anales GAEA, n° VII, Buenos Aires, 1945.

Berg, C., "Enumeración de plantas europeas que se hallan como silvestres en la Pcia. de Buenos Aires y en la Patagonia", Anales de la Sociedad Científica Argentina, vols. III y IV, 1877.

Hueck, K., "Urlandshaft, Raublandschaft und Kulturlandschaft in der Provinz in N.W. Argentinien", Bonner Geographie Abhandl, n° 13, 1953.

Deffontaines, P., "Les oasis du Piedmont Argentine des Andes", Les Cahiers d'autre-mer, n° 17, Bordeaux, 1952.

Deffontaines, P., La colonisation des basses terres du Parana et Rio de la Plata. Comptes Rendus du Congrés International de Géographie, Lisboa, 1952.

16) COLONIZACIÓN AGRÍCOLA (1)

* Schoppflocher, R., Historia de la colonización agrícola en Argentina, Buenos Aires, 1955.

Coni, E.A., La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia, Buenos Aires, 1927.

Gerchunoff, A., Los gauchos judíos, Buenos Aires, 1936.

Villalobos-Domínguez, C., La enfiteusis rivadaviana, Buenos Aires, 1953.

* Peyret, A., Las colonias de la República Argentina, Buenos Aires, 1889.

Lamas, A., La legislación agraria de Rivadavia, Buenos Aires.

Wilken, G., Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas en la República Argentina, Buenos Aires, 1873.

Alsina, J.A., Población, tierras y producción, Buenos Aires, 1903.

Razori, A., La ciudad argentina, t. III, libro 7º, cap. 3º, Buenos Aires, 1945.

(1) Ver bibliografía sobre Colonización e Inmigración publicada en mimeógrafo por la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA, Buenos Aires, 1958.

Geografía histórica y planeamiento

17) LA CONQUISTA DEL DESIERTO

* Zeballos, E., La conquista de las 15.000 leguas, 2a. ed., Buenos Aires, 1878.

Zeballos, E., Viaje al país de los araucanos, última ed., Buenos Aires, 1960.

Alsina, A., La nueva línea de fronteras (memoria especial presentada al H. Congreso Nacional), Buenos Aires, 1887.

Barros, A., La guerra contra el indio, Buenos Aires, 1875.

Barros, A., Fronteras y territorios federales en las pampas del Sur, Buenos Aires, 1872, reed. Buenos Aires, 1957.

Marfany, R.H., Fronteras con los indios en el sud y fundación de pueblos, Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1938, vol. IV.

Olascoaga, M.J., La conquista de la pampa, Buenos Aires, 1881.

18) EVOLUCIÓN AGRARIA

Hernández, J., Instrucciones del estanciero, Buenos Aires, 1884.

* Coni, E., "La agricultura, ganadería e industrias hasta el virreynato", en Historia de la Nación Argentina, vol. IV, cap. III.

Giberti, H.C.E., Historia económica de la ganadería argentina, Buenos Aires, 1961.

* Sbarra, Noel H., Historia del alambrado en Argentina, Buenos Aires, 1955.

* Sbarra, Noel H., Historia delas aguadas y el molino, Buenos Aires, 1961.

Seymour, R.A., Pioneering in the Pampas (hay traducción castellana), Buenos Aires, 1948.

Cárcano, M.A., Evolución histórica del régimen de la tierra pública, 1810-1916. Buenos Aires, 1925.

Platt, R., "Pirovano, Items in the Argentine Pattern of Terrene Occupancy", Annals of the Association of American Geographers, vol. XXI, 1931.

Taylor, C., Rural life in Argentina, Baton Rouge, 1948.

Núñez, J.T., "Orígenes de la ciudad de Rosario e historia de la propiedad raíz", Rosario, 1933.

Campolieti, R., La chacra Argentina, Buenos Aires, 1914.

Daireaux, G., "La Estancia Argentina", Censo Agropecuario Nacional - La Ganadería y la Agricultura en 1908, t. III, pp. 1-53, Buenos Aires, 1909.

Jurado, J.M., "La estancia en Buenos Aires", Anales de la Sociedad Rural Argentina, t. IX, nº 2, 1875.

Delachaux, E.A.S., La tierra amenazada, Universidad Nacional de La Plata, 1909.

Avellaneda, N., Estudios sobre las leyes de tierras públicas, Buenos Aires, 1915.

* Coni, E.A., La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia, Buenos Aires, 1927.

Anales de la Sociedad Rural Argentina, "Descripción de estancias contemporáneas", suplemento de noviembre, 1878.

Stannius, F., dir., Estancias y chacras de nuestra tierra, t. I. Part. de Tres Arroyos, Buenos Aires, 1929. t. II., Part. de Necochea, Buenos Aires, 1931.

Jefferson, M., Peopling the Argentine Pampa, American Geographic Society, New York, 1930.

19) CAMINOS Y TRANSPORTE

* Barba, E.M., Rastrilladas, huellas y caminos, Buenos Aires, 1956.

Sánchez de Bustamante, T., La vialidad y los transportes por caminos en la Argentina, Buenos Aires, 1939.

* Cárcano, R., Historia de los medios de comunicación y transporte en la República Argentina, Buenos Aires, 1893.

* Rögind, W., Historia del F.C. Sud, 1861/1936, Buenos Aires.

Rebuelto, E., Los ferrocarriles argentinos, evolución histórica y situación actual, Cursos y Conferencias Buenos Aires, 1941.

Carrasco, R., Historia de los caminos del Nuevo Mundo, Buenos Aires, 1945.

Caminos, Revista de la Dirección Nacional de Vialidad.

Zapata Gollan, A., "Caminos de América", publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, nº 1, Santa Fe, 1940.

Abrejo, A., Historia del camino en el país, Universidad Nacional de Cuyo, Instituto de Estudios Económicos, Mendoza, 1943.

20) EQUIPAMIENTO Y SERVICIOS PÚBLICOS

Olivera, Ed., "El correo en el Río de la Plata bajo el gobierno español", en Nueva Revista de Buenos Aires, 1881.

* Bose, W., "Establecimiento de postas, correos y mensajerías en la Pcia. de Buenos Aires", Revista de Correos y Telégrafos, nº 48, agosto de 1941.

Carbia, R.D., Historia eclesiástica del Río de la Plata, Buenos Aires, 1914.

* Sbarra, N.H., Historia de las aguadas y el molino, Buenos Aires, 1961.

Vela Huergo, J., Síntesis histórica de la acción higiénica de O.S.N., 1er. Congreso de Urbanismo, Buenos Aires, 1937.

Castro Estévez, R., Historia de correos y telégrafos de la República Argentina, Buenos Aires, 1934 (1).

Cortés Conde, R., Historia de la policía de Buenos Aires, 2 ts., Buenos Aires, 1935-36.

Mulleady, Ricardo T., Breve historia de la telefonía argentina, Buenos Aires, 1956.

Dirección de Informaciones y Publicaciones ferroviarias, Los ferrocarriles en la Argentina, Buenos Aires, 1946.

Romay, F., Las milicias del fuego, (Historia del Cuerpo de Bomberos desde la época colonial), Buenos Aires, 1955.

21) GEOGRAFÍA URBANA Y PLANEAMIENTO

Violich, F., Cities of Latin America, N.Y. 1944.

* Palm, E.W., Los orígenes del urbanismo imperial en América, contribuciones a la historia municipal de América, I.P.G.H. México, D.F., 1951.

Greca, A., Problemas del urbanismo en la República Argentina, Santa Fe, 1939.

Archivo Histórico de la Pcia. de Buenos Aires, Fundación de la ciudad de La Plata, La Plata, 1932.

* Morales, C.M., "Estudio topográfico y edilicio de la Ciudad de Buenos Aires", Censo General de Población, etc., Buenos Aires, 1910.

Guido, A., Plan regulador de Tucumán, Rosario, 1941.

Bereterbide, F.H. y otros, Plan regulador de la Ciudad de Mendoza, Men-

II Exposición Municipal de Urbanismo, Buenos Aires, 1939.

1er. Congreso Argentino de Urbanismo, Buenos Aires, 1937.

Bolthauser, J., Noçoes de Evoluçao Urbana nas Americas, 3 vols., Belo Horizonte, 1959.

* Razori, A., Historia de la ciudad argentina, 3 vols., Buenos Aires, 1945.

* Randle, P.H., Introducción a la investigación de la evolución de las aglomeraciones argentinas, Buenos Aires, 1961. (Inédito, ISU).

* Randle, P.H., "El origen de la uniformidad en las ciudades pampeanas", N. Arquitectura, nº 407, 1963.

Ardissone, R., Manifestaciones de la Paleografía en la región pampeana, Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), serie A, nº 20, Buenos Aires, 1957.

Aparicio, F. de y Difrieri, H., Argentina, suma de geografía, ts. VII y IX, Buenos Aires, 1963.

Terzaga, A., Geografía de Córdoba, Córdoba, 1962.

22) CIUDAD DE BUENOS AIRES

Vidal, H., Picturesque illustrations of B.A. ..., etc., Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

* Revista de Arquitectura, año 1956, nos. 367 y 377.

Municipalidad de Buenos Aires, Planeamiento de Buenos Aires, Información urbana, Buenos Aires, 1945.

La Fuente Machain, R., Buenos Aires en el siglo XVIII, Buenos Aires, 1946.

Moores, G.H., Estampas y vistas de la ciudad de Buenos Aires, (1599-1895), Buenos Aires, 1945.

Beccar Varela, A., Torcuato de Alvear. Su acción edilicia, Buenos Aires, 1926.

Bucich Escobar, I., Buenos Aires ciudad, Buenos Aires, 1921.

Peña, E., Documentos y planos del Buenos Aires colonial, Buenos Aires, 1910.

* Martonne, Mlle. H. de, "Buenos Aires: études de Géographie Humaine", Annales de Géographie, vol. XLIV, Paris, 1935.

Madero, E., Historia del Puerto de Buenos Aires, Buenos Aires, 1902.

Madero, G., Historia del Puerto de Buenos Aires, Buenos Aires, 1960.

* Bucich Escobar, I., Visiones de la Gran Aldea.

Morales, C.N.,"Estudio topográfico y edilicio de la ciudad de Buenos Aires, en Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industria de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1910.

* Laass, A.F., "El desarrollo evolutivo de la ciudad de Buenos Aires ... hasta 1778" (Tesis inédita, ISU).

* Taullard, A., Nuestro antiguo Buenos Aires, Buenos Aires, 1927.

* Bilbao, M., Buenos Aires desde su fundación ..., Buenos Aires, 1902.

Zabala, S. y Gandía E. de, Historia de la ciudad de Buenos Aires.

Pillado, J.A., Buenos Aires colonial, Buenos Aires.

Galarce, A., Bosquejo de Buenos Aires, capital de la República Argentina, Buenos Aires.

Cortés Conde, R., Historia de la policía de Buenos Aires, 2 ts., Buenos Aires, 1935-36.

Cánepa, Luis, Antecedentes históricos de la Plaza de Mayo y los medios de transporte nacionales, Buenos Aires, Shell Argentina, 1960.

Marechal, L., Historia de la calle Corrientes, Buenos Aires, 1937.

Del Carril, B., Monumenta Iconographica, Buenos Aires, 1964.

23) GEOGRAFÍA POLÍTICA

Zorraquín Becú, R., La organización política argentina en el período hispánico, Buenos Aires, 1960.

* Badía Malagrida, C., El factor geográfico en la política sudamericana, Madrid, 1946.

* Isola, E.R. y Berra, A.C., Introducción a la geopolítica argentina, Buenos Aires, 1950.

Daus, F.A., Geografía y unidad argentina, Buenos Aires, 1957.

24) HISTORIA ECONÓMICA GENERAL

Ortiz, R., Historia económica de la Argentina, 2 vols., Buenos Aires, 1955.

Puiggrós, R., Historia económica del Río de la Plata, Buenos Aires, 1948.

* Bagú, S., Economía de la sociedad colonial, Buenos Aires, 1949.

Tornquist & Co. E., The economic development of the Argentine Republic in the last fifty years, Buenos Aires, 1919.

* Dorfman, A., Historia de la industria argentina, Buenos Aires, 1942.

Dorfman, A., Evolución industrial argentina, Buenos Aires, 1942.

Flores, M., Geografía económica de la República Argentina, Buenos Aires, 1927.

Labougle, A., Historia de la industria.

25) HISTORIAS REGIONALES
(Se citan como ejemplos)

* Schmieder, O., "The Historic Geography of Tucuman", University of California, Publications in Geography, vol. II, n° 2, 1928.

Freyre, R., El Tucumán colonial.

Gómez, H., Historia de la Gobernación del Chaco, Buenos Aires, 1939.

Ygobone, A., Paladines auténticos de la Patagonia, Buenos Aires, 1950.

Stieben, E., La Pampa, su historia, su geografía ..., Buenos Aires, 1946.

Gómez, H., Ciudades y municipios de la Pcia. de Corrientes.

* Furlong, G., Historia de las Misiones, Buenos Aires, 1963.

Martínez, Benigno T., Historia de la Pcia. de Entre Ríos, Buenos Aires, 1901.

Álvarez, Agustín, Breve historia de la Pcia. de Mendoza, Buenos Aires, 1910.

Hudson, Damián, Apuntes cronológicos para servir a la historia de la antigua provincia de Cuyo, Mendoza, 1852.

Álvarez, Juan, Ensayo sobre la historia de Santa Fe, Buenos Aires, 1910.

Levillier, Roberto, Nueva crónica del Tucumán, Madrid, 1927 (hay otras ediciones).

Rey Balmaceda, R., Geografía histórica de la Patagonia, (tésis inédita), Departamento de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Cervera, Manuel, Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, Santa Fe, 1907.

Mantilla, Manuel F., Crónica histórica de la Provincia de Corrientes, Buenos Aires, 1928-29.

26) HISTORIAS LOCALES
(Principalmente de la Pcia. de Buenos Aires).

* Archivo Histórico de la Pcia. de Buenos Aires: Contribución a la historia de los pueblos de la Pcia. de Buenos Aires (31 vols. publicados 1930-38). Sobre los siguientes partidos, pueblos o ciudades: Chascomús, San Fernando, Magdalena, Merlo, La Plata, Ensenada, Mercedes, Ranchos (Gral. Paz), San Nicolás, Quilmes, Olavarría, Saladillo, Lobos, 9 de Julio, Campana, Dolores, Avellaneda, Chivilcoy, Mar del Plata, Tigre, Gral. Sarmiento, Pergamino, Zárate, 25 de Mayo, Rojas, Junín, Bragado y Belgrano.

* Instituto Agrario Argentino: Colección "Reseñas". Varios volúmenes sobre los Partidos de San Pedro, Pergamino, Zárate, Pilar, San Nicolás, Azul, Gral. Pueyrredón, Chascomús, Campana, Junín, San Isidro, Tigre, Suárez, Magdalena, Tandil, Exaltación de la Cruz, Cañuelas, Las Flores, Lobos, Baradero, Esperanza, Río IV, etc.

Numerosas ediciones comerciales y privadas. Entre otras, sobre los pueblos o partidos de: Morón, Belgrano, Monte, Pigüé, San Antonio de Areco, Chapaleofú, Flores, Lomas de Zamora, Alte. Brown, Navarro, Pilar, San Pedro, Bartolomé Mitre, San Andrés,de Giles, Luján, etc.

27) SOCIOLOGÍA Y ENSAYOS

Martínez Estrada, E., Radiografía de La Pampa, Buenos Aires, 193...

García, J.A., La ciudad indiana, (varias ediciones).

* Canal Feijóo, B., Teoría de la ciudad argentina, Buenos Aires, 1851.

Mafud, J., El desarraigo argentino, Buenos Aires, 1959.

Bagú, S., Sociología de tiempos de la colonia, Buenos Aires, 1949.

Sarmiento, D.F., Facundo (varias ediciones).

Bagú, S., Economía de la sociedad colonial, Buenos Aires, 1944.

Corbellini, E.C., La Metrópoli campesina y la colonia urbana, Santa Fe, 1949.

Moyano Llerena, C., Argentina social y económica, Buenos Aires, 1946.

Williams Álzaga, E., La pampa en la novela argentina, Buenos Aires, 1955.

SE TERMINO DE IMPRIMIR
EN OCTUBRE DE 1966
EN TECOGRAF LITOGRAFIA
MUÑIZ 1042 - BUENOS AIRES

cultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires y miembro de la carrera de investigador científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina, ha realizado estudios especializados sobre geografía histórica en el University College de Londres. Ha publicado artículos en revistas especializadas argentinas y extranjeras y es autor de *Introducción al planeamiento.*

T. 904



temas
de eudeba